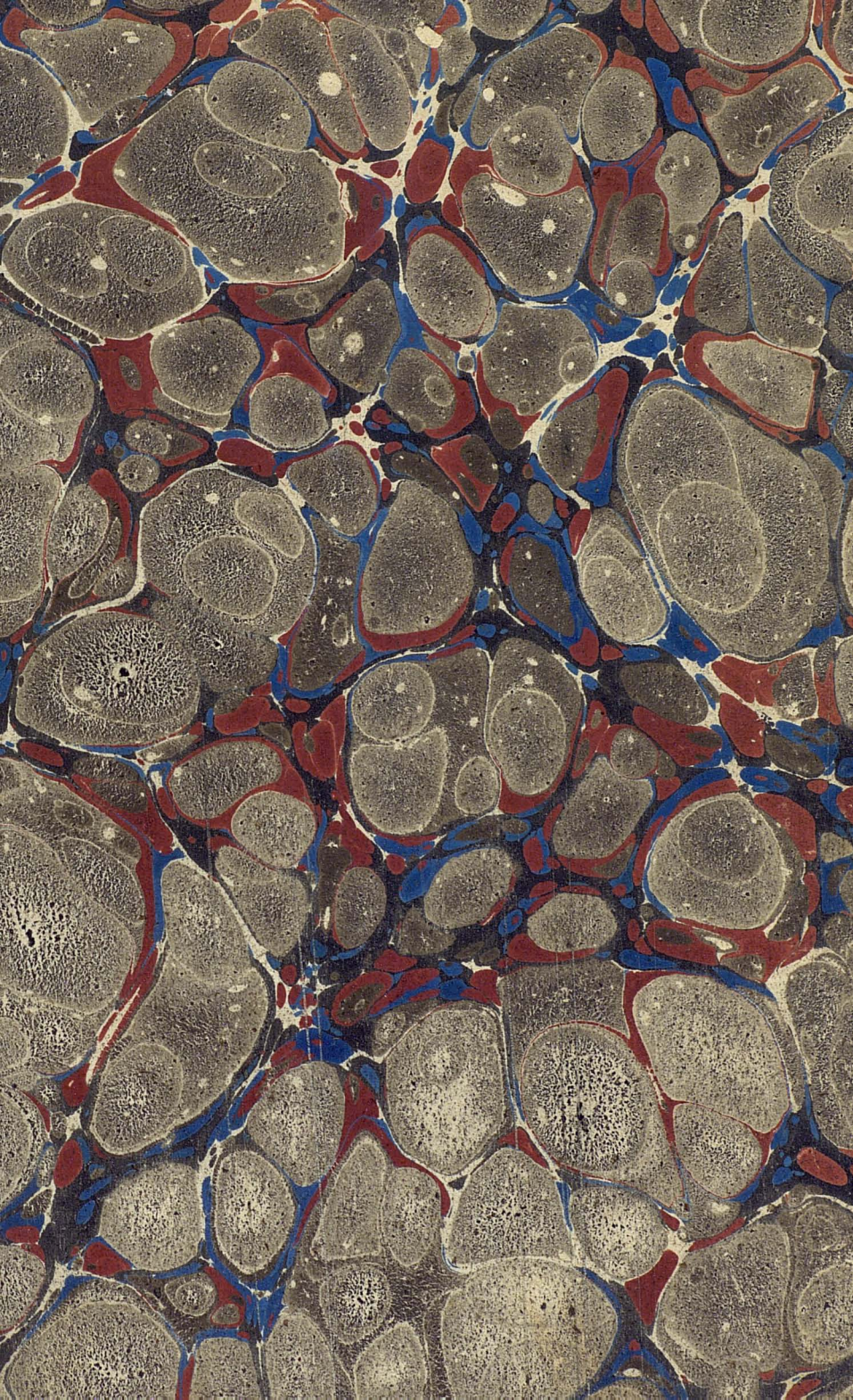






JOSE LUIS ESTRADA
MALAGA

N.º 3903



1 2.164

C/ 1.202

VIDA Y JUICIO CRÍTICO

DE LOS ESCRITOS DE

D. JAIME BÁLME.

R. 1219

VIDA Y JUICIO CRÍTICO

DE LOS ESCRITOS DE

D. JAIME BÁLMES,

obra recientemente publicada en frances

POR A. DE BLANCHE-RAFFIN,

y traducida al castellano por varios admiradores

DEL EMINENTE PUBLICISTA ESPAÑOL.



X-61-058309-2

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104223903

MADRID.

Imprenta de **D. ANSELMO SANTA COLOMA Y COMPAÑIA,**
calle del Nuncio, número 19.

1850.

INTRODUCCION.

España presenta en este momento un espectáculo muy digno de la atención de los espíritus reflexivos. Mientras que la mayor parte de los estados europeos luchan contra un principio de disolución y de ruina, esta nación vé afirmarse en su suelo las diferentes bases de la estabilidad social. La misma tempestad que conmueve todas las instituciones en Europa, parece añadir fuerza á la solidez del edificio construido en el territorio español. El equilibrio de este edificio se halla asegurado de tal manera que la mano del arquitecto podría sin peligro,

cambiar esta ó la otra parte, poner este ó el otro coronamiento mas en armonía con el conjunto.

Esta sabiduria de España, en presencia del delirio de la Europa, escita naturalmente en nuestro entendimiento muchos grandes recuerdos de la nacionalidad castellana. No es la primera vez en el curso de este siglo, que este pais ha permanecido firme en medio de un trastorno europeo. En el siglo XVI la España contrastó el desbordamiento del luteranismo y del calvinismo. Anteriormente á Lutero, no pudieron cansar su patriotismo impaciente ocho siglos de combates contra el islamismo.

Si se quiere considerar la historia desde un punto de vista elevado, se comprenderá que, cada una de las grandes acciones por cuyo medio la España ha influido en la marcha de la civilizacion del mundo, se ha realizado en virtud de una fuerza tomada del principio católico. Subyugado por la conquista romana, este pais no producía sino bailarinas y sofistas. Las primeras lumbreras del cristianismo promueven allí la obra admirable de los *Concilios de Toledo*. La cruzada contra los moros, este prodigio que dura ochocientos años, no fué otra cosa mas que un milagro del espiritualismo cristiano. El resto de la gloria de España, la civilizacion de una grande parte de los indígenas de América, la resis-

tencia contra el protestantismo, la lucha contra Napoleon, todo ha sido consecuencia de la energía de las convicciones católicas; y hasta el ejemplo ofrecido en este momento al mundo por la España no hace excepcion á esta regla constante.

Considerando detenidamente el fondo de las cosas, las disensiones modernas de España, las guerras sostenidas por ella desde el principio de este siglo, han sido una prolongacion de su gran combate contra la heregía protestante; su paz actual es fruto de sus antiguas victorias. Despues de una série de tres siglos, natural es que los nombres, las costumbres y las apariencias se hayan cambiado, y que las doctrinas, despojándose de la forma teológica, hayan tomado el aspecto científico, filosófico ó político. Sin embargo, la esencia de cada cosa permanece la misma: por una parte es el génio de la rebelion, ora violento, ora insidioso que alega siempre un pretesto de libertad para introducir como su resultado la servidumbre: por la otra es siempre el espíritu de obediencia para el cual todo es amor *aun el servir*; para el cual la *fidelidad* no es sino una *preferencia continuada* y por consiguiente una libertad perfecta y soberana. Este espíritu que comunicó un carácter tan bello al heroísmo de España en 1808 es todavia en el momento actual lo

que da á esta nacion una actitud tan pacífica, tan sabia y tan noble.

JARNE BÄRMES, cuya vida y trabajos nos han proporcionado la materia de este libro, ha sido en su pais un soldado armado contra los ataques directos é indirectos del protestantismo. No solo desde su primera obra ha luchado este escritor cuerpo á cuerpo contra el error protestante, combatiendo y destruyendo con la historia sus pretensiones de claridad, sino que tambien se puede añadir que todo el resto de sus trabajos, así en política como en filosofía, ha sido dirigido contra las empresas sectarias de aquel enemigo sutil. Favorecidos por el sentimiento nacional, los esfuerzos de nuestro escritor han producido una gran parte de los bienes de que España goza en la actualidad.

«Á fin de comprender» nos dice uno de los parategrafistas de BÄRMES, á qué altura se ha elevado este escritor conviene echar una mirada sobre el terreno en que se halló colocado. Antes de él, España era para la Europa intelectual un objeto de desprecio; en el seno mismo de la península, el clero pasaba por la clase mas ignorante y atrasada. Mas he aquí que aparece un eclesiástico catalan con su libro sobre el protestantismo en el mundo. En un instante el público despierta de su

»indiferencia: todo el mundo le lee y todo el mundo le admira; los extranjeros se hacen traductores por esta vez: el nombre de BÁLMEs apenas conocido en España se hace europeo y universal; y pocos ejemplos se presentan de una celebridad tan rápidamente estendida y tan legítima y sólidamente asentada.

»Esta alta inteligencia, añade otro español, ha hecho brillar entre nosotros un hermoso reflejo del antiguo saber, mezclado con las lumbreras nacientes de la escuela moderna. Puesto como M. Chateaubriand, como M. de Bonald y M. de Lamennais, entre los restos de una época y los cimientos de otra, BÁLMEs se ha presentado revestido de la armadura de un guerrero de los antiguos tiempos, pero iniciado en la táctica y en la habilidad de los combates modernos. Asi, que se ha reunido en él el doble vigor de las dos edades. El teólogo profundo ha sido un matemático consumado; el juriseconsulto sutil, un publicista eminente; el dialéctico diestro, un escritor penetrante.»

Estas líneas sacadas de dos plumas apreciables (1) pintan sin exageracion el cuadro que se

(1) D. José María Quadrado, *Revista hispano-americana*, entrega tercera.—D. Joaquin Roca y Cornet, *Una palabra sobre el Dr. D. Jaime Balmes*.

nos ofrece en la existencia de JAIME BÁLMEZ. Historiador, publicista, filósofo, BÁLMEZ recuerda las figuras mas nobles esparcidas aqui y allá en la historia del entendimiento humano. A fin de hallar entre las glorias de España, un escritor cuya influencia haya sido tan vasta, seria preciso remontarnos mucho mas allá del siglo presente. Sin duda que algunos de sus contemporáneos han hecho vibrar con mas arte la lengua ilustre de Cervantes, pero (particularidad bien notable) ninguno ha establecido su reputacion sobre bases tan permanentes, ninguno la ha esparcido tan lejos en la universalidad del mundo científico.

En un libro que precedió á sus extravíos (1) M. de Lamennais ha consignado una observacion digna de memoria. Despues de haber descrito los síntomas de disolucion social que estallaban desde aquel tiempo al rededor de él, predijo que las naciones en cuyo seno ha ejercido el catolicismo un imperio largo y poderoso, no recobrarán una paz efectiva, una felicidad duradera, sino volviendo al catolicismo.

Esta ley, una de las mas ciertas del orden político, halla tambien su aplicacion en el orden del desarrollo intelectual. Los resortes de nuestras

(1) Des progrès de la Revolution publié en 1829.

máquinas políticas, dulcificados hasta el último punto, porque no tenían que dirigir sino á voluntades obedientes, se rompen desde que tienen que obligar á voluntades que se hacen rebeldes por el entibiamiento del principio de amor. Por un fenómeno análogo, la inteligencia de ciertos pueblos aparece acometida de una impotencia incurable siempre que se esfuerza en seguir una carrera fuera de las influencias de la fé católica. Durante una sucesion de quince siglos la razon de la España ha ido á beber al manantial de la idea católica su claridad y sabiduría: ¿por qué, pues, admirarse que el génio de esta nacion tome un nuevo vuelo de las inspiraciones que en lo pasado han comunicado á este mismo génio su fuerza y su esplendor?

Tal es, á nuestro parecer, la causa principal del éxito obtenido por BÁLME: lo demás se explica por el mérito personal del escritor. En todos los casos, la influencia ejercida por él en la marcha de las ideas en España, es un hecho que no admite contestación. Si este pais ha entrado de nuevo y felizmente en una via de la cual se empezaba á desviar; si sus tradiciones mas puras y mas rectas han vuelto á serle sagradas, á JAI-ME BÁLME es á quien se debe sobre todo.

Al mismo tiempo se sabe bien que la influencia del publicista español se ha extendido mucho mas allá de las fronteras de su patria. En toda la Europa, sus principales escritos son leídos, analizados y ocupan un puesto entre los documentos mas importantes para la causa de la verdad. En la América del Sur, sus obras han conquistado una popularidad nacional. Para aquella region inmensa en la que el bien y el mal se entregan en nuestros dias á un combate tan lamentable y cuyo resultado todavia permanece desgraciadamente tan dudoso, la lengua de BÁLMEs es la lengua de los antepasados. Su pensamiento es tambien el pensamiento que reinaba en una edad mas feliz. Se reconoce en esta voz el eco de los grandes doctores que hicieron en otro tiempo de la madre patria la maestra de un nuevo mundo, y la nodriza fecunda de una civilizacion naciente.

BÁLMEs ha opuesto á los progresos del error una resistencia tenaz; por otra ha abierto á la actividad de los espíritus caminos seguros y anchos. Preceptor prudente, ha hecho comparecer delante del buen sentido de su patria las opiniones mezcladas con tantas ilusiones por las que la humanidad casi entera se ha enloquecido en nuestros dias. Estas opiniones fueron por él espuestas

y juzgadas: raras veces le han parecido dignas de ser añadidas al tesoro de las doctrinas nacionales. Y sin embargo, con una mano ya conmovida por los primeros estremecimientos de una tempestad que iba á trastornar el mundo, no ha temido escribir un testamento, en el cual al lado de la palabra *porvenir*, se lee á cada línea esta otra palabra: *esperanza*. Este testamento es el opúsculo titulado *Pio IX*.

Así, pues, según bajo el aspecto que se le considere, BÁLMEs aparece como innovador ó como sectario prudente de la experiencia. Fiel á la verdad en lo pasado, no se muestra menos adicto á la verdad en el porvenir. Su carrera abierta por una memoria en favor de la propiedad eclesiástica, terminó por una apología de las reformas debidas á Pio IX: entre estos dos términos se desenvuelve todo su pensamiento. Desde la primer mirada que se dirige sobre los escritos de BÁLMEs se percibe que este talento se habia colocado en el punto superior y culminante de las diferentes verdades. En el vasto dominio de la ciencia, es una montaña mas alta que cualquiera otra region, una cima sublime y luminosa. Sostenida por las alas de la fé, la inteligencia de BÁLMEs llegó temprano á esta cima en donde tenia su re-

sidencia y desde la cual dominaba el confuso laberinto en el que se agita, se choca y se estravia la multitud de nuestros pensamientos.

Si el entendimiento del publicista español ha esparcido verdades útiles, su corazón ejercia al mismo tiempo un atractivo poderoso. Las numerosas *Biografías*, los *Elogios*, las *Oraciones fúnebres* con las que España ha honrado su memoria, tienen casi todas el sello de un sentimiento que conmueve y que queríamos trasportar á estas páginas. Varios de los biógrafos de BÁLMEZ, han sido sus amigos (1): este es un honor que yo invoco á mi vez. Las distancias de edad, del talento, de la patria, no me han privado de manera alguna entrar en aquel círculo donde sus virtudes eran admiradas al par de su génio. Para explicar sus escritos y su carácter, sus compatriotas han tenido necesidad de evocar mas de un recuerdo íntimo; yo imitaré este ejemplo añadiendo algunas flores traídas de lejos á la corona que han tejido para su tumba. La España llorará mucho tiempo al rededor de ella. ¿Por qué ha sido arrebatada tan pronto una existencia tan preciosa? Apenas llegado á la edad madura, BÁL-

(1) Los señores Quadrado, García de los Santos, Soler, D. Pedro de la Hoz, etc., etc.

MES fué arrebatado á su patria y á la cristiandad. Al considerar la prodigalidad con que ha gastado su vida por el trabajo, se calculará el número de años que hubiera podido ahorrar y que su entendimiento creciendo cada dia en fuerza, hubiera hecho tan productivos. Sin embargo, en su lecho de muerte, él mismo llegó á alejar todo pesar, embriagándose en el pensamiento de Dios y en el sentimiento de la inmortalidad, que la tumba entreabierta le ponía mas presente. Como él, nosotros disiparemos tambien por una confianza sobrenatural estas reflexiones tristes y amargas.

Quizá la muerte prematura del publicista haya añadido mas eficacia á su enseñanza, pues que si viviese su renombre podia ser un motivo de envidia. La superioridad de su talento ó de sus doctrinas ha sido confesada por todos en presencia de su sepulcro.

Habiéndose atrevido un periódico á pronosticar que BÁLMEs seguiria la suerte de un apóstata célebre, el piadoso doctor escribió lo siguiente (1): «Antes que caer en tal desgracia espero que Dios me arranque la vida.»

No solo hasta el último instante ha conservado el brillo y el mérito de su ortodoxia, sino que tambien

(1) Escritos políticos, pag. 732.

parece que su muerte multiplicó los frutos de su vida laboriosa.

Así es que el escritor sobrevive en sus obras. Antes de espirar tuvo tiempo de esparcir un vivo resplandor en todos los senderos que ha recorrido la inteligencia de su país. Cada punto del territorio frecuentado en nuestros días ha recibido un rayo de luz de la antorcha que brillaba entre sus manos. Bajo todos conceptos tuvo derecho para morir en paz. Dios que le había comunicado esta antorcha sabrá perpetuar su resplandor sobre el suelo de España ó encenderla en otras manos si se encuentran tan puras y tan generosas.

15 DE OCTUBRE DE 1849.



VIDA

DE

D. JAIME BÁLMES.

VIDA

DE

D. JAIME BÁLMES.

I.

JAIME LUCIANO BÁLMES, nació en Vich en Cataluña, el 28 de agosto de 1810. Su padre Jaime Bálmes hacia el comercio de pieles. Su madre se llamaba Teresa Urpia. Era una familia de artesanos pobres, pero dotados de inteligencia, de virtud y de piedad. Sobre todo, Teresa Urpia, se distinguia por un carácter enérgico que aplicaba sin descanso á la educacion de sus hijos. Severa hasta el esceso, enmiga de toda diversion para ella lo mismo que para su familia, reprendia sin compasion las más

pequeñas faltas de su hijo. Esta fué aquella mujer fuerte que desde la mas tierna infancia le hizo acostumbrar á la austeridad de las prácticas religiosas, inspirándole un amor profundo hácia la santa Vírgen que le presentaba como una madre dispuesta siempre á socorrernos. Todas las mañanas, siguiendo el uso del pueblo español, oia misa en la iglesia de Santo Domingo. Antes de dejar la iglesia se prosternaba delante del altar de Santo Tomás de Aquino, patrono de los estudiantes, y le suplicaba que inspirase á su hijo la ciencia y la santidad. Veremos cuáles fueron los frutos de estas plegarias. Los biógrafos de JAIME BÁLMES han notado tambien que el 28 de agosto, dia de su nacimiento, era la fiesta de San Agustin.

Vich está situada en la parte del Principado catalan que se designa comunmente con el nombre de la *Montaña* y es la region mas cercana á los Pirineos. Toda la Cataluña está dispuesta como un anfiteatro cuyas gradas mas altas están coronadas de nieve viniendo á concluir las últimas á las olas del Mediterráneo. En toda la estension de la provincia, cumbres gigantescas erizadas de rocas dominan valles fértiles y poblados. Los principales rios que son unos torrentes que se despeñan de las crestas de los Pirineos, surcan estos valles y sirven por sus nombres para distinguir los distritos. En medio de estas comarcas algunas ciudades esparcidas acá y allá y en terrenos favorables al cultivo, son como

asilos de donde sale y á donde vuelve á refugiarse la civilizacion. Estas ciudades están casi todas rodeadas de murallas y defendidas por ciudadelas: muchas han sido colonias cartaginesas ó romanas, cuyo origen se trasluce por su nombre. Vich en la antigüedad se llamaba *Ausa*, mas tarde *Ausona*: destruida por los conquistadores que se disputaron el suelo de España, esta ciudad fué reedificada hácia fines del siglo noveno, por un conde de Barcelona Wilfredo, y la llamaron *Vieus Ausond*. Su nombre actual no es sino la abreviacion de este último. Como Solsona, Gerona y la Seo de Urgel es la sede de un obispado. Al rededor de las reliquias de sus antiguos mártires Luciano y Marciano, vinieron á abrigarse durante el transcurso de la edad media los primeros rudimentos de las artes, de las letras y del comercio. La fisonomía de estas antiguas ciudades españolas es muy digna de la atencion de los historiadores. Si se destruye en ellas la iglesia no queda sino la barbarie. Los capítulos, los conventos, los seminarios eran el único recurso para mantener una tradicion de cultura intelectual. Por otra parte, los estudios no daban lugar en aquellos privilegios de ningun género; por el contrario, todo el pueblo tenia allí franca entrada. Por eso el abuelo paterno de JAIME BÁLMES, artesano pobre como todo el resto de la familia, tenia un gusto decidido por los ejercicios literarios. El uso de conferir los cargos eclesiásticos al mas capaz, á conse-

cuencia de un concurso público, uso que se ha conservado en España hasta nuestros días, escitaba incesantemente en todo este país la emulación del saber y de la elocuencia. Considerada bajo otro aspecto, la pequeña ciudad de Vich merece también nuestra atención. En todo el Principado, sus habitantes tienen una fama particular de dulzura, de hombría de bien y de religión. Mas de una vez he oído á BÁLMEs describir con amor las virtudes de este pueblo; la emoción de su lenguaje comprobaba bien la sinceridad de sus recuerdos. Yo mismo al recorrer las montañas de Cataluña he hallado esparcida por todas partes esta opinión acerca de Vich. «Es una ciudad enteramente *levítica*,» me decía un día un compañero de viaje, «los oficios de la iglesia, los sermones, las ceremonias piadosas, son el único pasatiempo.» Este pueblo es al mismo tiempo laborioso, industrioso y rico. Las costumbres de la antigua España han sido muy calumniadas en los libros redactados por la incredulidad francesa. Pero ¿se ha preguntado lo que llegaría á ser este país si se viese despojado de la tutela que sobre él ejerce el catolicismo?

II.

Tal fué la atmósfera en la que comenzó á respirar JAIME BALMEs. Desde su infancia fué dotado de una

vivacidad estrema de espíritu y de carácter. Mas la severidad de su madre y la pasión del estudio que se desarrolló en él desde sus primeros años, comprendieron ó dirigieron este ardor. «He oido de su misma boca, dice uno de sus biógrafos (1), el relato de algunas travesuras de su infancia: aunque la verdad me obliga á enunciar que, si bien un poco travieso, no lo fué tanto sin embargo como él se imaginaba, y lo fué menos que un gran número de niños, puesto que su atención se ocupó al punto en cosas serias y se apoderó de su voluntad la calma de las inspiraciones religiosas. Comenzó el estudio de la lengua latina á la edad de siete años á la que se aplicó por tres años con gusto decidido y una especie de pasión. Le he oido contar con qué pesar volvía á la casa de su padre el día que se le había quitado en la escuela algún puesto de honor; por lo cual permanecía triste y lloraba algunas veces, y no tenía reposo hasta que volvía á conquistar su lugar.» Un día le sorprendió la hora de la clase en una habitación alta de la casa de su padre hallándose ocupado en cuidar de unas palomas: se precipitó hácia la escalera con tanta prisa que cayó y se hirió en la cara, de cuyo golpe le quedó siempre una cicatriz. Este gusto por las aves le dominó durante toda su infancia. Cuando tuvo que dejar á Vich para ir á la uni-

(1) D. Antonio Soler su compatriota, *Biografía del doctor D. J. Balmes*, página 4.

versidad, no pudiendo resolverse á dejar sus palomas solas y prisioneras les dió libertad. Desde el tiempo de que hablamos, su hermano Miguel, de mas edad que él, fué su mas caro compañero y su mas íntimo confidente. Sentados uno al lado de otro en la escalera del palomar, pasaban largas horas divirtiéndose. Esta ternura no se desmintió jamás entre ellos. En la pobre casa de su padre tenian una alcoba comun. La diferencia de sus trabajos apenas puso mas tarde separacion alguna entre sus destinos.

Los tres años de latin fueron seguidos de dos de retórica; despues vino la filosofía que le ocupó otros tres años. En el nono se consagró á las primeras lecciones de Teología. Tal era el orden de los estudios en el seminario de Vich. En todo este tiempo la conducta de JAIME BÁLMES no dió lugar á una sola reprension. Destinado á la carrera eclesiástica, aceptó desde su infancia el freno de una disciplina rigurosa. «Nadie me vió, nos dice él mismo, en otra casa, mas que en la casa de mi padre, en la iglesia, en el seminario, en algunos conventos de religiosos con quienes tenia relaciones frecuentes, y en la Biblioteca Episcopal, de la que no salia hasta que se cerraban las puertas.» De una docilidad extrema, respetaba á sus maestros hasta el punto que cada una de sus palabras se grababa en su espíritu como una verdad indudable.

Sin embargo, su misma sencillez fué para él el motivo de alguna perplegidad. Se preguntaba por qué hombres de un saber tan grande exageraban la dificultad de ciertas cuestiones en las que su inteligencia penetra sin trabajo. Este misterio no se aclaró para él, sino mas tarde. Dios vigilaba de todos modos sobre la perfeccion de su corazon. La severidad de sus parientes, y especialmente la de su madre, era un gran preservativo. En el Seminario, sus triunfos armaron contra él á numerosas vanidades, y á pesar de las cualidades que le adornaban, estuvo lejos de ser halagado del favor de la generalidad. «Estas »amarguras del colegio, decia él en otra edad, »reunidas al aislamiento en que vivia con mis »padres, en lugar de abatir mi espíritu, le fortificaron: todo lo cual me dió una energía mas grande, mas actividad y un plan de venganza que »me aprovechó grandemente, pues que *resolví re- »doblar el trabajo.*»

He dicho ya que la familia de BALMES era pobre. Dificilmente el escolar del Seminario de Vich, hubiera llegado á completar el desarrollo de su talento sin los recursos que ofrecia la iglesia en esta pequeña ciudad de España como en todo el resto de la cristiandad. A la edad de catorce años consiguió un beneficio, cuya renta á la verdad era muy corta, pero que fué un aliciente no menos que una primera recompensa. BALMES debió este

beneficio al Arcediano de Vich que tenia su colacion. Mas tarde el mismo obispo de la Diócesis, el Ilustrisimo Pablo de Jesus Corcuera y Caserta, instruido de las esperanzas que hacia concebir el jóven seminarista, le dió una *beca* en el Colegio de San Carlos de la Universidad de Cervera. Esto sucedia en 1826 en que BALMES habia llegado á la edad de 16 años.

III.

Antes de ir mas lejos, me será permitido consignar aqui uno de mis recuerdos. Conversando un dia conmigo, JAIME BALMES se puso á hablar de los escrúpulos que asaltan á ciertas almas en la práctica de la piedad: me confió que en los primeros tiempos que disfrutó su beneficio, le causaron alarmas crueles la obligacion de recitar el Oficio Divino y el temor de desempeñar mal este deber. Su terror fué llevado hasta el último punto por la exaltacion de una imaginacion de fuego; si bien los consejos de un hombre ilustrado calmaron su espíritu. Sin embargo, el carácter de su obligacion no se presentó á sus ojos menos imponente y sagrado. Asi que, este beneficio concedido en una edad en apariencia tan poco propia para los deberes que exige, llevaba un grado de

sabiduría extraordinaria al jóven que le recibió. Este egemplo recuerda otro mas illustre : San Carlos Borromeo promovido á la dignidad de cardenal y al arzobispado de Milan á la edad de veinte y dos años, debida esta elevacion á un acto de favor reprehensible , no dejó por eso de ser en la silla episcopal de Milan el admirable santo á quien veneran la historia y la iglesia.

IV.

Cervera es una pequeña ciudad situada poco mas ó menos en el centro de Cataluña. Siempre dispuesta á aprovecharse de algun rato de independencia, esta provincia favoreció al partido de la casa de Austria durante las guerras de sucesion. Solo Cervera dió prueba de una fidelidad notable á los derechos de Felipe V, quien la recompensó dándole una universidad, que llegó á ser el foco de una enseñanza pública, para este rincon de la monarquía. La revolucion concluyó por despojar á Cervera, desde que hace algunos años que Barcelona se hizo el centro único de los estudios del Principado.

En la época en que BALMES estudió en Cervera, habia en esta cuatro colegios, entre los cuales se distribuia cierto número de estudiantes; el resto

elegía su morada entre los habitantes de la ciudad. El colegio de la Asunta, era una fundación privada, destinada únicamente á los descendientes del fundador. El vestido de estos colegiales, era azul, vivían en comunidad y tenían por superior á uno de los profesores titulares de la ciudad. El colegio de la Asunción recibía á todos los que podían pagar una pensión anual de cuatro onzas. Estos llevaban un manto y sotana negra, y en el pecho una medalla de la Virgen elevándose al cielo. Los colegiales de San Carlos eran, como ya se ha dicho, pensionistas enviados en número de dos por cada uno de los obispos de la provincia: el medallón colgado de su cuello llevaba la efigie de San Carlos; solo esta imagen los distinguía de los colegiales de la Asunción. En fin, el colegio de Santa Cruz era el asilo de los pobres, de los cuales unos eran internos y otros externos. Estos se dividían en dos clases; la primera recibía un pan de dos libras y la sopa de dos en dos días; la segunda un solo pan de tres libras de tres en tres días. Los escolares de Santa Cruz con manto y sotana negra, llevaban en lugar del bonete ordinario de las universidades, un sombrero de dos picos y una cruz que estaba bordada en la sotana.

Tal era la suerte variada y el aspecto multiforme del gran número de estudiantes que se aglomeraba en los pórticos construidos por Felipe V. JAIME BALMES adquirió pronto en Cervera una fama par-

ticular. Aquella estatura frágil alta y endeble que se inclinaba bajo el peso del grosero manto ; aquella mirada profunda llena de fuego ; aquel porte á la vez grave y tímido , y sobre todo la fecundidad incomparable de aquel entendimiento, le pusieron de relieve á los ojos de todos los compañeros. Se vió su manera de estudiar ; inclinado sobre la mesa con las manos en la mesa leyendo algunas páginas: despues cubriéndose la cabeza con su manto , permanecia mucho tiempo abismado en sí mismo , despertando al fin, como de un sueño. Uno de sus amigos le preguntó qué egercicio era este: «Leer poco, elegir buenos autores y pensar mucho ; respondió BALMES, tal es el verdadero método. Si uno se limitase á saber lo que se halla en los libros, las ciencias no darian jamás un paso. Se trata de aprender lo que los otros no han sabido jamás. Durante estos momentos de meditacion en las tinieblas , mis ideas fermentan , mi cerebro parece una caldera en ebullicion.»

Se refiere que él habia creado este método , por decirlo así, desde su infancia. A la edad de doce ó catorce años, cuando estudiaba la filosofía en el Seminario de Vich, por este hábito precoz de reflexion llegó á alcanzar grandes progresos. Habiéndole preguntado en esta época un hombre de edad y de importancia , cuál era su manera de estudiar: «yo me esfuerzo, respondió, en resolver las cuestiones por mi propio pensamiento , antes de leer la

solucion.»—«Es perder mucho tiempo, le dijo el buen hombre, bastaria abrir el libro.» El escolar recibió este consejo con respeto, pero no por eso dejó de persistir en su costumbre.

Los condiscípulos de BALMES en la universidad no le censuraban sino un defecto: su pasión por el aislamiento. Algunas veces evitaba la aproximación de sus mejores amigos: «Perdonadme, les decia en seguida, hay tales momentos en que no puedo apartarme de mis meditaciones: me acusais de ingratitude, de orgullo; ¡Dios me conoce bien! ¿qué prueba quereis de mi afecto?» Esta propension á la soledad no era en efecto sino un síntoma del instinto imperioso que le arrastraba hácia el saber. Su vida entera ha sido mas ó menos dominada por una especie de tiranía de la inteligencia. En su adolescencia, en su juventud, esta señora de su voluntad le impulsaba á aprender; mas tarde le impuso el deber de escribir. El mismo en uno de sus libros (1) ha trazado las reglas de una perfecta sabiduria para sustraerse al despotismo del espíritu. Se puede dudar que él haya conocido ó practicado siempre estas reglas; pues que la muerte prematura seria bajo este aspecto un motivo formal de acusacion, si por otra parte no le sirviese de justificacion por los mismos servicios que ha prestado, al reunir en un pequeño número de años todo el trabajo de una larga existencia.

(1) El Criterio.

En el segundo año de su permanencia en Cervera, sufrió un fuerte ataque del mal á que debia sucumbir mas tarde. Los médicos se desanimaron por un instante, y se le administraron los sacramentos. Se restableció sin embargo, y toda la universidad celebró su curacion con una misa de accion de gracias en la capilla de Nuestra Señora del Camino. Esta fiesta, que demuestra cuál era el renombre precoz del estudiante de Cervera, tuvo lugar el 13 de junio de 1828, en cuya època tenia BALMES diez y siete años. Permaneció luego en un estado de debilidad extrema; y los médicos le enviaron á su familia diciendo: «este jóven no podrá jamás hacer cosa alguna; es muy delicado.»

Restablecido al cabo de algun tiempo tomó de nuevo el camino de Cervera. Durante esta convalecencia, acabó de desarrollarse su organizacion física y moral. De dia en dia se hallaba mas apto para los vastos trabajos que meditaba. «Desde los diez y siete á los diez y nueve años, decia él, mi inteligencia esperimentó una trasformacion sensible; yo veia mas claro.»

«Leer poco, elegir buenos autores» hemos dicho, era una de sus reglas principales. Segun un testimonio autorizado, pasó cuatro años enteros en Cervera sin leer otra cosa mas que *Summa* de Santo Tomás y sus comentarios (1) Durante estos cuatro años no hizo escepcion sino en favor de

(1) Por Belarmino, Suarez y Cagetan.

otro libro, *El genio del Cristianismo* de M. de Chateaubriand. Santo Tomás era para BALMES una mina inagotable: «Todo se encuentra en él, decía, filosofía, religion, derecho político: bajo estas formas lacónicas están acumuladas todas las riquezas.» Desde este tiempo el estudiante de Cervera se puso á recoger sin saber aun el uso que haria, los elementos de que ha compuesto mas tarde su *Filosofia fundamental*.

Este estudio profundo de las doctrinas del gran teólogo, parece haber sido el fundamento y la obra maestra de todos los conocimientos de BALMES: sobre esta columna apoyó el edificio entero de sus trabajos. Habiendo permanecido siete años en la universidad, despues de haber estudiado á Santo Tomás, tuvo tiempo de penetrar en otros varios terrenos de las ciencias. Su método fundamental «leer poco, asimilarse profundamente las cosas aprendidas,» recibió desde este tiempo una aplicacion nueva. En la Biblioteca de Cervera y en la de Vich, pocos volúmenes se escaparon á sus indagaciones. Pedia muchas obras á la vez y recorria cuidadosamente la tabla de materias. Cuando una idea, un hecho, un descubrimiento nuevo fijaban su atencion, leia esta parte del libro y tomaba notas, y dejaba lo demas que era conocido por sus estudios antecedentes: asi se poblaba su memoria con una multitud innumerable de noticias; memoria que cultivaba con tanto esmero, era



sorprendente. El afirmaba además, que su padre y su abuelo le llevaban ventaja relativamente en este particular. Hé aquí un rasgo referido por sus biógrafos. A la edad de veinte y dos años sabia de memoria la tabla de las materias de un número extraordinario de volúmenes. «Preguntadme, dijo un día á su condiscípulo Matías Codony.» Este cogió un volúmen de la *Summa* de Santo Tomas: BALMES recitó el índice sin titubear. Hizo otro tanto con el segundo volúmen de *D. Quijote*, lo mismo con la *Filosofía de la elocuencia* de Capmany. «JAI-ME, exclamó Codony arrojando el libro; tú eres mágico, ó Dios ha querido hacer de tí un prodigio de memoria.» (1)

V.

En 1833 BALMES tenia veinte tres años; los siete que pasó en la universidad, al paso que desarrollaron las facultades de su entendimiento, dejaron en su pureza primitiva las virtudes de su infancia. La modestia eclésiástica dirigia sus acciones sin desterrar la viveza y la alegría de su edad. Uno de sus condiscípulos, Javier Moner, su compañero de cuarto durante muchos años,

(1) En dialecto catalan: «Jaume, ó tu ect bruisot, ó Dieu vol presentarle com un prodigi de memoria.

escribió lo siguiente: «En nuestra habitacion nos entregábamos á diversiones de niños. Conmigo aprendió el ajedrez ; al cabo de pocos dias, á pesar de mis pretensiones , era mas hábil que yo; raras veces pude ganarle ni una sola partida. ¡Cuántas disputas tuvimos acerca de este motivo y cuántas veces fué arrojado por el balcon el tablero! Yo sabia el francés y me pidió que le diese lecciones; luego podia ya enseñarme á mí. En esta época escribia el latin mejor que el español.»

Siendo bachiller y despues licenciado en teología , dejó la universidad al fin del año escolar de 1833. En el mes de noviembre de este mismo año y antes de ser eclesiástico , sostuvo un concurso público en su ciudad natal , para obtener la prevenda de canónigo magistral. Hemos dicho ya que estas dignidades en España eran el premio del saber y de la elocuencia, asi como de la piedad y de la virtud. El jóven BALMES admiró á su auditorio. La canongía fué adjudicada á su competidor D. Santiago Soler , de edad mas avanzada que la suya y digno de ser mas tarde uno de sus mas íntimos amigos; con todo, la reputacion del jóven licenciado no por eso apareció menos brillante. Muy luego fué llamado á recibir la dignidad de eclesiástico , para lo cual se preparó con cien dias de retiro. Asi lo habia querido el venerable obispo de Vich, su protector. Despues de la ordenacion le preguntó el prelado: «¿Y tú qué

»quieres?—Excmo. Sr., un curato, respondió BALMES.—Vete á la universidad y estudia.»

VI.

De vuelta á Cervera, dá conferencias y desempeña el cargo de catedrático suplente, con cuyo carácter consagra dos años á su propia instruccion: pero entonces ya no es un simple escolar, sino que su talento ha traspasado los límites de la escuela y penetra en regiones mas agitadas.

Durante estos dos años, la España dió sus primeros pasos en el camino de la revolucion. A favor del cambio de la sucesion real, se introdujo hasta en el palacio de los monarcas, el génio de las reformas políticas. El pais entero, individuos, familias, instituciones, todo era llamado á tomar partido en las discusiones civiles. Las universidades, cuerpos eclesiásticos impregnados del espíritu que dominaba en el seno de la iglesia española, guardaron en medio de estas circunstancias una actitud de imparcialidad bien notable. Los acontecimientos lo han probado ahora; la iglesia española considerada en general, ha mostrado desde hace veinte años, una sabiduría y una moderacion dignas de su antiguo renombre. JAIME BALMES en sus opiniones, en sus escritos y en su

conducta, ha presentado tanto como cualquiera otro esta inteligencia superior que debia mantener la iglesia sobre las agitaciones criminales ó estériles de la política.

Con todo eso, llamado mas tarde á pronunciar su fallo acerca de la naturaleza, las faltas, las buenas ó malas tendencias de la revolucion, natural es que haya estudiado esta misma revolucion hasta en sus primeros síntomas. Desde su juventud, BALMES, tuvo en su carácter un fondo de prudencia y de circunspeccion tal que, sus mismos amigos, durante todo el curso de la vida de aquel, apenas han podido conocer cuál era su pensamiento relativamente á los acontecimientos políticos de otra manera que por los escritos que ha publicado. Esta reserva que es un rasgo distintivo del pueblo español fué llevada en él á un grado extraordinario: no obstante sabemos que le causó admiracion y alegria la introduccion del régimen constitucional. Tenia entonces veinticinco años. El señor Martinez de la Rosa acababa de promulgar *el Estatuto Real*: el génio político de este escritor se le representaba como en una aureola (1). La esperiencia ha modificado sin duda este primer juicio; no es, sin embargo, indigno en esta época del hombre que debia dar mas adelante lec-

(1) Hé aqui las propias palabras de su biógrafo: «hasta la publicacion del »*Estatuto Real*, no hablamos nada de política. Le ví entonces defender varias veces al *Estatuto*. Tenia á Martinez de la Rosa admiracion y respeto.» (D. Javier Moner, *Noticia histórico-literaria del doctor D. J. Balmes*, por D. B. de Córdoba, pág. 26).

ciones tan altas al mismo señor Martínez de la Rosa. *El Estatuto* al parecer no era enteramente una obra revolucionaria: no lo era sino por su espíritu oculto y, sobre todo, por las circunstancias en medio de las que apareció. Es todavía difícil hoy decidir, si defendida y aplicada con mas energía esta primera carta otorgada por la corona, hubiera ó no ocurrido á los peligros de la revolucion: en todos casos el Estatuto estaba hecho para seducir á espíritus jóvenes como á los inclinados hácia una libertad grave: tal es acerca de este particular la justificación del escolar de Cervera, si es que tiene necesidad de ser justificado. Nosotros pedimos que sus opiniones políticas no sean juzgadas antes de que se haya acabado de leer nuestro trabajo.

Una cuestion interesante es, saber hasta qué punto JAIME BALMES pudo hallarse dispuesto por sus tradiciones domésticas, á sufrir la influencia de las ideas liberales. Un rumor, que no tiene fundamento visible á nuestros ojos, colocaba á su familia en la fraccion liberal del pueblo de Vich. Con motivo de su concurso á la canongía, algunos amigos, apasionados por él hasta la injusticia, atribuyeron su mal éxito al dictado de liberalismo que se atribuía á su parentela. El mismo ha tenido cuidado de refutar esta acusacion injuriosa para el capítulo de la catedral de Vich, juez del concurso. Pero á pesar de estas denegaciones, queda del rumor popular no se qué recuerdo que nos ha parecido necesario

mencionar aquí. Como quiera que sea, el liberalismo de la familia de BALMES acompañado de costumbres severas y de una piedad fuerte y sincera, no tendrá á los ojos de nuestros lectores el carácter que podía asignarle el realismo algo desenfrenado de las montañas de Cataluña.

«Ni una sola palabra de la boca de JAIME BALMES, escribe su compatriota D. Antonio Soler, ha dado el derecho de decir, y todavía menos de probar, que haya sido mas ó menos liberal ó blanco ó negro, según las desgraciadas denominaciones de este tiempo. No era hombre que se dejase penetrar su pensamiento. Esceptuando sus escritos públicos inspirados por la convicción mas fuerte y mas profunda, es lo cierto que la opinion íntima del doctor BALMES no ha podido ser adivinada ni aun de una manera aproximada, pues tan grande era su reserva.»

También él mismo ha procurado decirnos cuál era la regla de neutralidad estricta que se imponía en esta época. En el mes de febrero de 1835 concurrió con numerosos rivales á un diploma de honor y gratuito, concedido cada año por la Universidad al mas sobresaliente de sus estudiantes. El le obtuvo y su título de doctor fué de consiguiente el premio de su última victoria escolástica. Según el uso, el agraciado debía pronunciar en esta solemnidad el elogio del monarca reinante. La reina Cristina era entonces la regente del reino. La guerra

civil próxima á estallar en las montañas de Cataluña hacia muy delicado el deber del jóven doctor. «Yo no dije una palabra de política, nos refiere él mismo; me limité á celebrar la apertura de las universidades; y á favor de no sé qué medida ministerial referente á la enseñanza de las matemáticas, concluí mi discurso sin herir á cristinos ni á carlistas; no habia hablado mas de unos que de otros.»

VII.

BALMES habia agotado los recursos que la universidad de Cervera podia proporcionarle para su instruccion; por cuyo motivo se retiró á su ciudad natal, en la que pasó cuatro años enteros en el estudio y la oscuridad. Este retiro necesario para acabar de madurar su carácter y su espíritu le pareció luego penoso. Algunas cartas escritas por él poco tiempo despues de su vuelta de Cervera, demuestran cierta impaciencia que sus amigos tuvieron la habilidad de calmar.

En una de aquellas dirigida á su amigo D. Antonio Ristol. le manifiesta el deseo de marchar á Barcelona. «Aqui no hay ocupacion, y apenas algunas lecciones mal pagadas. Esperaba el fin de la guerra civil, pero la guerra no concluye: estoy como un pájaro en una jaula; me devoro á mí mismo con pe-

»ligro de mi salud. Mas ¿qué haré yo en Barcelo-
 »na? Acaso podría encargarme de la educacion de
 »algún niño» Ristol le respondió: «no apruebo de
 »ninguna manera tu proyecto. A tu edad, en tu po-
 »sicion, es natural que desees mejorar de suerte:
 »ten paciencia; tu debes ser profesor en la univer-
 »sidad ó publicista.» Esta respuesta firme, auxiliada
 sin duda de la resignacion cristiana, calmó (1) la
 imagmacion de BALMES. «Mi querido Ristol, tu has
 »adivinado perfectamente la intencion de mi carta
 »y deseaba mejorar de suerte, pero sin rebajar la
 »dignidad de mi carácter y sin sacrificar las inclina-
 »ciones de una alma celosa ante todo, de conser-
 »var una noble posicion.»

La exaltacion juvenil que se nota en estas cartas, corregida pronto por la esperiencia y por las reflexiones cristianas, no se reprodujo mas en el lenguaje de BALMES. Habiéndose fundado en 1837, una cátedra de matemáticas en la ciudad de Vich, pretendió desempeñarla. Poco versado hasta entonces en las ciencias exactas, fué no obstante referido á sus competidores. Su talento de una flexibilidad y de una aplicacion maravillosa adelantaba en cualquier género de conocimientos; por otra parte, las ciencias positivas tenian para él un particular atractivo.

Inferiores por su naturaleza y por sus dificultades á las ciencias morales, los estudios matemáticos

(1) Tienen la fecha de 1836.

servian al ánimo de BALMES de diversion y de reposo. Penetró hasta el fondo de estos estudios; y en estas regiones poco frecuentadas, su inteligencia gozaba de una especie de placer sensible que le hacia descansar en las contemplaciones mas vagas y para él mas laboriosas del órden moral ó metafísico. Se ha notado que un gran número de filósofos ilustres han experimentado este placer por las matemáticas; ora por causas de las relaciones superiores de este órden de conocimientos en el campo de la idealidad, ora porque las operaciones propias de esta ciencia atraen naturalmente á los espíritus dotados de paciencia, de firmeza y precision, cualidades que jamás faltan á los entendimientos de primer órden.

Antes de dejar á Cervera, BALMES habia estudiado la ciencia del derecho. Domat, Vinnius y las ricas colecciones de la legislacion española, le eran familiares. En sus ratos de ocio en Vich, se dedicó sucesivamente á otros muchos ramos de conocimientos; tambien cultivó la poesia y compuso odas, no faltas de grandeza poética, si bien carecen tal vez de aquella *mens diviniór*, atributo raro ó indefinible que dificilmente se concilia en un mismo entendimiento con un génio filosófico.

Asi se ejercitaba la inteligencia del futuro publicista, mientras que la guerra civil realizaba al rededor de él las espiaciones y la renovacion sangrienta de su patria. Al paso que consagraba á los

estudios generales la mayor parte del tiempo, seguía con atención las fases de la revolución y de la guerra. En la Biblioteca pública de la Diócesis, con los mapas geográficos estendidos delante de la vista, con un compás en una mano y los periódicos en la otra, se daba cuenta del menor movimiento de los ejércitos. Al mismo tiempo que su filosofía preparaba las sentencias que ha pronunciado despues sobre estos acontecimientos, cada escena particular del drama, cada detalle, cada dato, se pintaban vivamente en su ánimo. Un día (habian pasado ya algunos años) tuvo precision de citar no sé que *parte* del general Espartero; su memoria le ofreció al instante no solamente el testo literal, sino tambien el mismo número del periódico en que estaba consignado el parte. Conversando con él su amigo Ristol en el año de 1836 le preguntó: «¿qué te parece de la guerra? ¿concluirá pronto?»—«Estamos todavia» en la mitad del camino, respondió BALMES, «é Isabel es quien ha de triunfar.»

De vez en cuando el ruido de las armas venia á retumbar en el retiro en que BALMES se reunia á los jóvenes estudiantes de Vich. De repente el toque de alarma ó la generala, interrumpia su leccion. «Si era posible continuar, continuaba, nos» dice él mismo. Sino, discípulos y profesor se levantaban y volvian tranquilamente á su casa.»

Los detalles mas interesantes sobre esta época

de la vida de BALMES, nos son trasmitidos por uno de sus alumnos, D. Antonio Soler, en la actualidad abogado en la ciudad de Vich. «Su manera de enseñar nos tenia á todos encantados y él mismo no lo estaba menos. Nuestra atencion en escucharle y en aprovecharnos de sus consejos, era su verdadera recompensa. Nos daba lecciones no solamente de matemáticas, sino tambien de lógica, de metafísica; de historia, en una palabra, nos enseñaba á estudiar y á hacernos hombres. Reciba pues, aqui, el testimoniõ de su gratitud y la de sus demas discípulos.

»BALMES no tenia un libro propio, pues todo parecia contrariar sus estudios; las circunstancias políticas, el lugar de su residencia y la posicion de su familia. Pero las mismas dificultades parecian aumentar su aliento. Recuerdo haberle oido decir que todo hombre que pretende llegar á alguna cosa grande, debe proponerse un objeto y seguirle con perseverancia aun cuando esté alejado de él cincuenta años. Tal era la energía de su voluntad y tal fué el secreto de su maravilloso saber. A menudo le sucedia pasar muchas horas en meditacion, solo y sin luz, sobre todo durante las noches de invierno. Lo mismo; decia, que la digestion de los alimentos corporales exige un cierto tiempo, asi cada hora de lectura para que dé fruto, debe ser seguida de muchas horas de meditacion y de discusion consigo mismo...

»Seis años seguidos he paseado con él casi todos los días y no recuerdo haberle visto detenerse una sola vez en los lugares frecuentados del público, ni junto á una de las fuentes que embelenecen los alrededores de nuestra ciudad... Su piedad y sus creencias eran sólidas y emanaban de una convicción profunda. En esto como en todo, tenia gusto en no ser visto, observado, ni adivinado por nadie. Además de la celebracion de la misa, su devoción le llevaba á retirarse á alguna iglesia aislada para visitar el Santo Sacramento ó á la Santa Vírgen. Ignoro si añadia á esto alguna devoción secreta, aunque no se puede dudar, pues que una alma elevada no se sostiene sin el alimento de la meditacion: y á la verdad que este era continuo en él y acompañado de alguna preocupación científica.»

La piedad de JAIME BALMES se halla aquí descrita con una grande exactitud, piedad que oculta é íntima se realizaba en actos positivos y precisos. La influencia de las lecciones de su madre dejó una señal indeleble sobre toda su vida. Nada hacia doblegar su fidelidad á las prácticas recomendadas por la iglesia. Siendo todavía estudiante en Cervera se le ve hacer algunos ahorros para decir misas en la Iglesia de la *Piedad*. Tiene un afecto particular á su patrono San Luciano como el mártir que se venera en su ciudad natal. ¿Puede dudarse que Santo Tomás de Aquino, el ángel de la escuela, este pro-

tector elegido por la solicitud de su madre sea al mismo tiempo estudiado por él tan asidua y apasionadamente sin que le invocase? El libro de *Imitacion de Jesucristo* estaba sin cesar entre las manos de BALMES: leia tambien con el amor del cristiano, del patriota y del hombre de estudio, los escritores ascéticos de España. Vosotros sabeis, decia un dia »á dos amigos, que tienen hondas raices en mí las »doctrinas y los sentimientos ortodoxos. Pues bien, »nunca me sucede hacer uso de un libro prohibido »sin que deje de sentir la necesidad de empaparme »en la lectura de la Biblia, de la *Imitacion* ó de Luis »de Granada. ¿Qué sucederá á esta juventud insensata que se atreve á leer todo sin preservativo y »sin esperiencia? Esta sola idea me llena de terror. Por eso ¡ cuántos desastres no tienen que »deplorar las costumbres públicas!»

Al principio del año 1839, un periódico titulado el *Católico* puso á concurso una memoria sobre el *celibato eclesiástico*. BALMES de todo punto desconocido se opuso al premio y le obtuvo, y vió impresa su obra en el periódico, que era la recompensa prometida. Por el mismo tiempo cerró los ojos á Teresa Urpia su madre. Esta mujer que durante la infancia de su hijo, jamás habia abierto los labios para alabarle, manifestó una vez antes de morir su alegría y su orgullo maternales. «Hijo mio, »le dijo ella, el mundo hablará mucho de tí.» Poco tiempo despues espiró. Su obra estaba completa.

El escolar consagrado á Santo Tomás de Aquino se acercaba á la edad de los grandes trabajos, iba á cumplir treinta años.

En esta época resolvió fijarse en Barcelona. Su hermano esperaba hallar en la capital del Principado un campo mas vasto á sus especulaciones. Ligados uno á otro con la misma ternura que en su infancia, determinaron de consuno este cambio de morada (1). La guerra civil tocaba á su término: la insurreccion de Navarra estaba vencida: la de Cataluña iba á exhalar el último aliento: grandes escenas debian ocupar las calles de Barcelona. La Providencia quiso que JAIME BALMES fuese espectador de ellas para llegar á ser su juez. Siendo aun habitante de Vich cuando compuso la obra de que vamos á hablar, era ya ciudadano de Barcelona en el mes de junio de 1840.

VIII.

El año de 1840 fué en la historia de la revolucion de España poco mas ó menos lo que el tercer acto en una tragedia. Los sucesos se apresuraron, las pasiones corren su velo y el interés del

(1) Se afirma que Jaime Balmes en este tiempo pensaba casi únicamente publicar sus poesías. Llegó con los ojos medio cerrados hasta el umbral de su renombre.

espectador es llevado al mas alto punto. Hacia fines del año anterior, el tratado de Vergara hizo caer las armas de las manos al partido carlista. La insurreccion en Cataluña y en el reino de Valencia no esperaba para sucumbir mas que la presencia de Espartero, vencedor ó pacificador de las Provincias Vascongadas y Navarra. Este era el momento en que la revolucion triunfante contra sus enemigos iba á reconcentrar toda su actividad contra sí misma.

En tanto que las angustias de la guerra habian preocupado á la nacion, los debates de las Córtes, las alternativas parlamentarias no habian atraido sino por intervalos la atencion general. Una vez concluida la guerra, todas las miradas, todas las pasiones se dirigieron hácia este punto de la escena revolucionaria hasta entonces desapercibido. En un instante adquirieron las asambleas una importancia suprema. Derribado hábilmente por el general Espartero el *partido moderado*, debia expiar las faltas por las que algunos años antes habia alentado las injusticias de los revolucionarios. En vano su elocuencia se ostentaba magníficamente en las Córtes. La Providencia le pedia cuenta de la sangre de los frailes, vertida impunemente bajo el ministerio del Sr. Martinez de la Rosa. La revolucion reclamaba á voz en grito la espoliacion de la Iglesia. Adivinando bien que este despojo era el prelude de otros mu-

chos, el partido *moderado* se mantenía firme en la tribuna y en los periódicos contra esta exigencia; pero era ya demasiado tarde.

En estos momentos de efervescencia apareció un folleto titulado : *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero* (1) : esta obra se imprime en una ciudad oscura de Cataluña y se firma por un nombre absolutamente desconocido. Empero á cada página este escrito ofrece la marca de una erudición, de una filosofía, de una elocuencia de primer orden. Con un ligero matiz de provincialismo, el lenguaje se despliega en consideraciones grandiosas y en cuadros sorprendentes. Aparecen en él las sociedades europeas saliendo poco á poco de la barbarie y transformadas laboriosamente por el génio de la Iglesia. La propiedad eclesiástica, institucion contemporánea del cristianismo, es el salario al par que uno de los instrumentos de estos beneficios. En la edad media cuando todo estaba apegado fuertemente á la tierra el feudalismo de la violencia se encontraba combatido y vencido por una especie de feudalismo de la caridad. La Iglesia se apropia sucesivamente todas las armas que consagra á su obra de misericordia. Propietaria para ser libre, rica para ser bienhechora, recibe alternativamente de las manos de Dios ó de los hombres, todos los elementos del poder y los aplica á rea-

(1) Vich, abril de 1840.

lizar mas y mas en la tierra el ideal de una divina justicia.

Los tiempos modernos deben al despojar la Iglesia cambiar esta distribucion de los recursos sociales? El escritor desconocido hace ver que si se quitan á las corporaciones eclesiásticas las grandes propiedades, caen estas en manos de banqueros avaros, de especuladores inmorales, de una aristocracia con entrañas de hierro como en Inglaterra. Presenta al pauperismo devorando las mas ricas sociedades del globo; y á la España, por el contrario, á *esta nacion de holgazanes y de frailes*, no conociendo del pobre sino su gratitud y sus bendiciones. En España, por otra parte, ciertas provincias tan tributarias de la Iglesia como el resto del reino, presentan un espectáculo de prosperidad notable (entre otras la Cataluña). La riqueza del clero no es, pues, de una manera absoluta un manantial de miseria para la sociedad. En lugar de despojar la Iglesia es necesario trabajar las fortunas ya establecidas, aguijonear la emulacion, sostener los esfuerzos nacies, reparar los reveses recibidos, aliviar y consolar los infortunios: en una palabra, alentar á los débiles con el socorro de los fuertes, mejorar la suerte de los miserables sin destruir violentamente toda la economía del orden establecido. Además, añadia por último, no es oportuno el momento para dirigir un primer ataque á la legitimidad de la

propiedad eclesiástica, cuando la Europa está oyendo ya los gritos impacientes de una multitud dispuesta á armarse contra los derechos de la propiedad privada, menos sagrados sin embargo y menos benéficos que los derechos de la Iglesia.

Tal era este escrito. Apenas visto por los hombres de estado, conquistó á su autor una reputacion brillante. El Sr. Martinez de la Rosa leia en el Congreso algunos pasages á sus amigos. D. Santiago de Tejada cuyo valor y talento conquistaron en esta época el reconocimiento de su religiosa patria, dijo: «mi discurso no puede compararse »con este:» Cataluña siempre ávida de sus glorias provinciales, acogió con entusiasmo el nombre del escritor; éste era un jóven eclesiástico de la ciudad de Vich, D. JAIME BALMES.

IX.

A este primer triunfo siguió luego otro. Las *Observaciones sobre los bienes del clero* aparecieron en el mes de abril de 1840. En el mes de agosto del mismo año fueron impresas en Barcelona las *Consideraciones políticas sobre la situacion de España*. Este opúsculo no era solamente un escrito de un mérito notable, era tambien un acto de raro valor. La guerra civil acababa de terminarse: Ca-

brera, último campeón de la causa carlista, había atravesado la frontera francesa. Espartero á la cabeza de los ejércitos victoriosos, dictaba leyes á la Regente, insultaba públicamente la magestad real, sublevaba contra la corte, á la sazón en Barcelona, los ultrajes del populacho. Un jóven abogado precisamente llamado *Bálmés*, arrebatado por un esfuerzo caballeresco, pagó con su vida el honor de protestar contra estas perfidias; fué arrastrado por las calles de la ciudad y asesinado bajo las ventanas de María Cristina. Un mes despues la viuda de Fernando VII firmaba su abdicacion en Valencia. En medio de esta escena, en el teatro de la ingratitud y de las violencias de Espartero, publica JAIME BALMES sus *Consideraciones*. La presencia del peligro y el mérito de arrostrarle, dan á su pluma una elocuencia mas viva. Algunos amigos se asustan del peligro á que vá á esponerse: otros, por el contrario, y en particular el canónigo Soler, le alientan fundándose en los mas nobles motivos. «Si yo fuese vuestro confesor, le »dijo éste, os manifestaria mi opinion: haced im- »primir este manuscrito dulcificando tal ó cual »espresion.» BALMES obedeció, corrigió su obra y la entregó al público. Él mismo ha dado de ella el análisis siguiente: «En este escrito yo no toma- »ba la defensa de la reina Cristina porque me im- »portan poco las personas; pero mantenía las sa- »nas máximas religiosas y monárquicas. Aunque

»las tendencias de la revolucion y la ambicion
 »de Espartero estuviesen desde entonces á la vis-
 »ta, establecia la necesidad de conservar la regencia
 »en manos reales. Me espresaba con una li-
 »bertad completa en favor de los carlistas hacien-
 »do justicia á sus convicciones é intenciones y
 »afirmando desde aquel tiempo lo que repito to-
 »davia: que no se puede consolidar entre nosotros
 »un sistema político á no hacer entrar este gran
 »partido como elemento de gobierno ; á pesar de
 »que en el momento en que usaba de este len-
 »guaje los carlistas acababan de sucumbir y la re-
 »volucion estaba en toda su fuerza.»

Tal fué el primer paso de BALMES en el terreno de la política. El opúsculo de las *Consideraciones* contiene la mayor parte de las ideas que , desenvueltas en escritos posteriores han grangeado al publicista un renombre ilustre. BALMES condenaba por de pronto la revolucion; en este juicio demostraba la misma mesura , la misma equidad, la misma energía , que le han adornado en todo el curso de su vida pública. La utilidad de un matrimonio entre la reina y el hijo primogénito de D. Carlos estaba indicada tambien en este primer escrito. Mas las pasiones no se detenian á pesar un consejo semejante ; la revolucion debia pasar mas allá. Los hombres que habian abandonado cobardemente á la iglesia no debian en modo alguno mostrarse mas heróicos el dia en que la monarquía implora-

ba de ellos un grande socorro. María Cristina desamparada de todos, dió una última prueba de magestad, suministrada por su propio valor.

Las *Consideraciones sobre la situacion de España* fueron reimpresas por el autor, en la coleccion completa de sus *Escritos políticos*. En su lugar analizaremos algunas de estas páginas. Comparando este segundo escrito de BALMES con las *Observaciones sobre los bienes del clero*, causa admiracion el progreso que en un espacio tan corto de tiempo se ha verificado en el talento del escritor. De aqui adelante convencido ya del crédito que obtendrá su palabra se hace dueño de su propio pensamiento y lo expresa con atrevimiento y confianza. Las *Consideraciones sobre la España*, son una de las mejores obras de BALMES, y á nuestro parecer el mas interesante de sus *Escritos políticos*.

X.

Antes de escribir estos dos opúsculos, JAIME BALMES habia comenzado y adelantado bastante su grande obra sobre el *Protestantismo*. La idea primitiva de este trabajo se presentó á su entendimiento en proporciones estrechas. Ignoraba el alcance efectivo de sus fuerzas y no pensaba componer sobre esta materia sino una simple me-

moria parecida á la que un periódico oscuro de Madrid recibia de él y coronaba en 1839 (sobre el *celibato eclesiástico*).

Apenas acometido por su inteligencia el paralelo entre el *Protestantismo y el Catolicismo, en sus relaciones con la civilizacion europea*, se desplegó á su vista en una estension magnífica, y le fué imposible detener su pluma en los límites que habia entrevisto desde un principio. Todo concurrió á establecer que BALMES fuese conducido en su empresa por el deseo de refutar algunas aserciones de M. Guizot, esparcidas bajo la autoridad de esta pluma brillante, en la corriente de la opinion general. El carácter político que gozaba el publicista francés, contribuia á aumentar el peligro de los errores de que era eco. Pocos talentos en cierta region de la sociedad española, escapaban al prestigio de sus paradojas. El protestantismo se infiltraba asi en España por un doble conducto; de una parte por la influencia inglesa, resorte oculto que hacia mover á Espartero, de otra por efecto de las simpatías que unian el partido *moderado* de España á la escuela *doctrinaria* de Francia. Cuando presentemos en la segunda parte de nuestro trabajo el análisis del libro sobre el Protestantismo, insistiremos en estas consideraciones.

El canónigo Soler refiere esto en una carta publicada por un biógrafo: «Si la humildad, segun piensan S. Bernardo y S. Buenaventura,

»consiste en hacer poca estimacion de su propio
 »talento y diferir á los sentimientos de otro; el
 »doctor BALMES que acabamos de perder, me ha
 »dado mas de un ejemplo de esta virtud. Recuer-
 »do que en la época en que componia su libro so-
 »bre el Protestantismo, me confesó que se sentia
 »arrastrado á escribirle por una especie de movi-
 »miento superior. Vino á verme con toda humil-
 »dad como para pedirme consejo: me descubrió
 »su proyecto y el designio que le inspiraba y me
 »entregó el bosquejo de sus primeros capítulos.
 »¡Cuál fué mi sorpresa al recorrer aquellas pági-
 »nas! Permanecí estupefacto preguntándome á mí
 »mismo de qué tesoro habia sacado tantos mate-
 »riales. Cumplí mi promesa, le hice algunas ob-
 »jecciones que BALMES destruyó con una superio-
 »ridad tal, que me avergoncé de haberlas aventu-
 »rado. Sin embargo, con una esquisita delicadeza
 »evitaba dar á entender que mis objeciones con-
 »sistian en mi poca capacidad. Le manifesté una
 »que él creyó debia adoptar y al punto sin defen-
 »der su opinion tomó la pluma y rayó en su ma-
 »nuscrito. Mas adelante cuando me hacia el honor
 »de darme uno de sus libros, me suplicaba que le
 »señalase sus mas pequeñas equivocaciones. Por
 »órden de mi superior tuve la honra de censurar
 »su libro sobre el *Protestantismo*.»

Por otro testimonio emanado de la boca mis-
 ma de BALMES, sabemos que esta obra fué mucho

tiempo «su sueño, su ilusión, su esperanza en este mundo. No dormía, no enseñaba ni se paseaba, sino dominado de este pensamiento.»

Un editor de Barcelona, D. José Tauló que había pagado 80 pesos fuertes por el manuscrito de las *Consideraciones políticas*, emprendió la publicación del nuevo libro. BALMES volvió á Vich á fines de 1840, y al año siguiente envió á la junta de instrucción pública de esta ciudad su dimisión de profesor de matemáticas. En el mes de julio de 1841 se fijaba definitivamente en Barcelona.

XI.

Antes de ir mas lejos, mencionemos algunos pequeños escritos de su pluma publicados por aquel mismo tiempo. En 1840, á instancia del canónigo Soler, tradujo y publicó en Vich las *Máximas de S. Francisco de Sales para todos los días del año*. Poco despues interrumpió por quince dias otros trabajos para escribir un libro elemental titulado *la Religión demostrada al alcance de los niños*, especie de catecismo compuesto con una sencillez llena de arte y que se ha esparcido por doquiera que se habla la lengua española.

En la primavera de 1841, la academia de las buenas letras de Barcelona, le agregó espontánea-

mente al número de sus individuos, con cuyo motivo pagó en tributo á la academia escribiendo un discurso puramente literario, sobre la *Originalidad*. En fin, cuando trasladó su residencia á Barcelona emprendió, de acuerdo con dos de sus amigos, D. J. Roca y Cornet y D. J. Ferrer y Subirana, una publicacion periódica acerca de la cual tendremos que estendernos un poco mas adelante.

XII.

El editor Tauló, hombre emprendedor y osado y lleno de entusiasmo por el talento de BALMES, le propuso publicar su obra en París en lengua francesa al mismo tiempo que se imprimía en Barcelona la edicion española. Esta proposicion fué aceptada, preveyendo desde luego BALMES que la publicacion dada en Francia á su libro centuplicaria la importancia, no solamente de la mayor parte del mundo ilustrado fuera de la Península, sino tambien en ella. Ademas, Tauló ofrecia al jóven escritor acompañarle á París donde era conocido por sus relaciones de comercio. BALMES se puso en camino con tanto mas gusto, cuanto que debia encontrar entre nosotros la porcion mas brillante de España desterrada en aquella época con D. Carlos ó con la Reina María Cristina.

Relaciones de fraternidad establecidas entre la prensa religiosa de Barcelona y la de París, me proporcionaron el honor de hacerme auxiliar de JAIME BALMES (1). Traduje su libro. En esta época, BALMES hablaba difícilmente en nuestra lengua, aunque la entendía hasta en sus mas íntimas bellezas y tomó alguna parte en la traducción de las primeras páginas de su obra. Antes de volver á Barcelona visitó la Inglaterra. El espectáculo de la poderosa originalidad de este pais le hirió vivamente. Admiraba sobre todo la fuerza del sentimiento religioso, todavia ardiente bajo la estrecha huella del anglicanismo. Por el contrario, en Francia reinaba la incredulidad en todo: costumbres, ideas, leyes estaban marcadas entre nosotros á los ojos de BALMES, con un carácter de ligereza y de impresion que le entristecian y le inspiraban predicciones siniestras. «Vuestra sociedad, me decia con frecuencia, está »corroída por un mal todavia invisible á las miradas de vuestros hombres de Estado, pero, cuyos efectos terribles se conocerán algun dia. El »radicalismo ha pasado del dominio del orden »religioso al orden político. En vano los espíritus superficiales de este pais se tranquilizan al »considerar la paz que se mantiene en la superficie por la habilidad, la astucia y la fuerza.

(1) Debí particularmente este honor al sábio Director de los *Anales de Filosofia Cristiana*, Mr. Bonnetti.



»Nuestra España, tan agitada por las revoluciones
»y la guerra, permanece en el fondo con unas
»condiciones de salud y de seguridad que nos
»dejan infinitamente mas tranquilos.»

Tal era el lenguaje de JAIME BALMES desde su primera permanencia en Francia en 1842. Mas de una vez volveremos á encontrar estos pensamientos bajo su pluma ó en sus conversaciones. No obstante, concibió para el porvenir de nuestro pais, alguna esperanza estudiando de cerca los síntomas todavia bien débiles y bien oscuros de un cambio á la fé y las prácticas de la caridad católica entre la juventud. BALMES durante su estancia en París, tuvo mucho deseo de asociarse á varias obras y á varios amigos nuestros. Le pidieron algunas páginas para una coleccion en qué tenia interés entonces un círculo de jóvenes escritores (1). Ofreció un retrato de la grande figura de Mariana y con esta ocasion me fué permitido admirar la riqueza de su memoria. Venido á París sin aparatos de libros ni de notas sacó, sino me engaño, de sus solos recuerdos todos los rasgos que componen la imágen del grande historiador del siglo XVI. La mayor parte de las figuras ilustres de su historia nacional, hubieran sido sucesivamente pintadas por él con la misma precision y la misma facilidad.

BALMES escribió en nuestra lengua esta biogra-

(1) *La Revista crítica y literaria* por la sociedad de S. Pablo.

fía de Mariana (1). Se puede ver en ella hasta qué grado admiraba y conocía las exigencias de nuestro gusto, pues que se encuentran las principales cualidades del lenguaje francés mezcladas con cierto sabor extranjero; como que apenas tuvo que retocar en el manuscrito sino algunas líneas.

XIII.

Llegado á París por el mes de abril de 1842 BALMES volvía á Barcelona en el mes de octubre siguiente y hacia de paso una corta parada en Madrid. Al entrar de nuevo en su patria fué espiado y amenazado por la policía de Espartero. Sus opiniones francamente favorables á la autoridad real, su celo por los intereses de la Iglesia, á la sazón perseguida por el dictador, dieron motivo para acusarle de haber urdido en Francia tramas con los refugiados del partido moderado. Nada de eso habia, puesto que BALMES conspiraba solo y al aire libre, y su pluma revelaba cada día sus complots. Durante su permanencia en Francia, evitó toda relacion, toda entrevista, todo discurso que no pudiese manifestar altamente á la autoridad recelosa que dominaba su pais: en verdad, esto no

(1) La tradujo én seguida al español.

era por respeto á esta autoridad, sino por espíritu de reserva que juzgaba útil á su propio papel de censor desinteresado puesto en una esfera superior á los diferentes partidos. El señor Martínez de la Rosa no recibió de él en París tributo de homenaje sino en calidad de escritor y de orador distinguido. BALMES rehusó entrar en relaciones con M. Guizot.

De vuelta á Barcelona distribuyó sus ocupaciones entre su libro sobre el Protestantismo, que debia entretenerle todavia un año entero, y su trabajo periódico en la *Revista* fundada por él y sus dos amigos. Barcelona ofrecia en este momento una escena digna de ser descrita. Me será permitido reproducir acerca de este particular algunas páginas que he publicado en esta época y que serán desconocidas para un gran número de mis lectores.

«.....En Francia el exámen de los esfuerzos de la prensa religiosa en las provincias, seria corto; no sucede lo mismo en España donde ciertas ciudades de los puntos extremos del reino, contrastan fuertemente la influencia de la capital. Barcelona va á presentarnos trabajos que llevan ventaja en algun sentido á los que hemos analizado hasta aqui. Es útil dar al comenzar una ojeada sobre el estado actual de España. Cataluña cuya sumision y obediencia han costado tanto á los reyes de España, es aun en nuestros dias la provincia

mas difícil de gobernar. Los recuerdos de su libertad y de su propia gloria, las costumbres de un vasto comercio, la actividad natural de sus habitantes y el uso de un dialecto particular, conservan en su seno un amor ó un afán de independencia que aumentan sin cesar las dificultades ó los peligros del gobierno. Por otra parte el contacto de esta provincia con la Francia, ha desarrollado en sus populosas ciudades una energía que puede convertirse en agente terrible de destrucción ó en instrumento poderoso para la regeneración del orden político.

Como sucede frecuentemente, gracias á los consejos de la Providencia, la anarquía no ha podido encontrarse en esta parte de España sin desarrollarse al mismo tiempo el brio de una generosa resistencia. Los gritos de furor y de impiedad que resuenan á cada instante en las murallas de Barcelona, van acompañados de una protesta que consuela y tranquiliza con respecto al destino de este país. En efecto, hace mas de seis años, el pensamiento que ha creado entre nosotros la *Universidad católica*, los *Anales de la filosofía cristiana* y otros órganos de la mas sana filosofía, ha hecho aparecer en Barcelona una colección dirigida constantemente hácia un fin parecido. Despues de una carrera de cinco años el redactor de la *Religion*, (tal era el título de la colección barcelonesa), don F. Roca y Cornet, sintiéndose aguerrido para

combates mas audaces llamó á otros dos católicos. Reuniendo en un pensamiento comun el talento de sus dos colaboradores, de los cuales uno era profesor en derecho D. J. Ferrer y Subirana, y el otro eclesiástico D. JAIME BALMES, hizo tomar á su folleto proporciones mas vastas. Se le abrió el campo de la política; y erigiendo un título mas análogo á las exigencias de los ánimos, la *Religion* cambió su nombre en el de la *Civilizacion*. Bajo este nuevo título salió dos veces al mes, lo que dobló el número de sus publicaciones.»

La *Civilizacion* de Barcelona ha sido sin contradiccion, una de las colecciones mas interesantes, no solo de la prensa religiosa, sino tambien de toda la prensa de España. Escrita con un calor constante, era á la par el eco de las mas sanas opiniones del estrangero y el consejero vehemente de la nacion engañada por errores monstruosos. Se sentia circular en sus páginas una sábia fecunda. Recordaremos, sobre todo, un cuadro de los resultados de la venta de los bienes eclesiásticos. El autor de este artículo era precisamente D. JAIME BALMES, que habia inaugurado su carrera de publicista por las *Observaciones políticas y económicas sobre los bienes del clero*. Era un asunto interesante demostrar por medio de cifras cuán imprudente é insensata habia sido la medida revolucionaria. Nunca se ejerce el talento con mas feliz éxito que, aplicándose á es-

tos teoremas sentados, por una parte, sobre las bases eternas de la justicia y, por otra, sobre los dolores y la ansiedad pública.

«Tres entendimientos, cada uno de una aptitud muy diferente, han sostenido el mérito de la *Revista* de Barcelona: uno el Sr. Roca y Cornet, lleno de erudicion, dado á los estudios profundos y dotado de un gran sentimiento de urbanidad literaria; el otro el Sr. Ferrer y Subirana á un tiempo atrevido y de una reflexion estrechada, inclinado á las aseeriones sorprendentes y deteniendo con felicidad en observaciones exactas y penetrantes; el tercero el SR. BALMES, escritor fecundo, inagotable y ademas conocido suficientemente por sus obras de grande perseverancia. Quizá la originalidad de estos talentos diversos no les ha permitido aplicarse mucho tiempo de consuno á una obra comun. En los trabajos de pura especulacion, cuales eran los de la *Civilizacion*, es dificil, y á veces, hasta completamente imposible, una marcha paralela, cuando hay que fijar de comun acuerdo, una regla de opinion sobre puntos en que la divergencia no es reprobable. Sin duda que una razon de esta clase fue la que al cabo de año y medio, introdujo una transformacion nueva en la *Civilizacion*. La coleccion se dividió: BALMES trató de continuar él solo en una publicacion periódica, denominada la *Sociedad*, el curso elevado de estudios filosóficos

como políticos y religiosos á que su espíritu estaba llamado evidentemente.

XIV.

Ferrer y Subirana, colaborador de JAIME BALMES en la *Civilizacion*, era de su edad, nacido como él en Vich, y compañero de Universidad. Al separarse de él para fundar aisladamente la *Sociedad*, BALMES dió sin saberlo un golpe cruel á la sensibilidad de este amigo. Roca y Cornet sirvió de mediador entre ellos, se reconciliaron, pero Ferrer era desgraciadamente una alma mediatunda y de una sensibilidad extrema: se retiró á su Montaña, donde murió poco tiempo despues, sucumbiendo al mismo mal que debia segar toda esta flor de la juventud catalana.

«Yo he visto espirar á este tierno amigo, nos dice D. Antonio Soler, en uua pobreza estrema, lleno de honor, de piedad y delicadeza. «Creo bien que el doctor BALMES no tenia la razon de su parte, pero ¿no leemos que San Pablo tuvo un altercado con otro Santo?... Lo que hay de cierto, es que Nuestro Señor ha llamado á sí á dos bellas almas, cuyos restos están depositados en un mismo cementerio, bajo piedras eternas adornadas de inscripciones muy honoríficas para entrambos.»

Este instante de la vida de BALMES ha dado lugar á críticas amargas. Seria inícuo en todos los casos imputarle por esta ocasion la menor malicia premeditada : nadie se ha atrevido á hacerlo ; á lo mas podria censurársele de haber en esta circunstancia llevado hasta el exceso , aquella energía , aquella firmeza de voluntad de que Dios le habia dotado para hacerle capaz de grandes designios.

XV.

La coleccion de la *Sociedad*, alimentada únicamente con los escritos de BALMES, subsistió cerca de un año : aqui fue donde se creció constantemente la reputacion del escritor. En sus columnas fueron insertadas las *Cartas á un escéptico*, aumentadas mas tarde y reunidas en un volúmen. Esta obra se compone de una série de discusiones sobre las principales dificultades que se presentan al pensamiento de un incrédulo. En ella se halla mezclado el vasto conocimiento de la Teología con las observaciones mas delicadas sobre el corazon y el espíritu del hombre. La rapidez, la riqueza abundante del estilo, se encuentran en este libro en el mismo grado que en las otras producciones del autor ; quien llegado á la ple-

nidad de su talento lanzaba sus pensamientos como jugando , sobre los asuntos mas diversos y mas elevados , sin perder un solo instante la aptitud que jamás permite confundirle con lo que es vulgar.

Pensar, filosofar, escribir en aquella época con calma y libertad en Barcelona , era , dice un biógrafo , renovar hasta cierto punto el ejemplo de Arquimedes que resolvía tranquilamente sus problemas en el momento en que se desmoronaban las murallas de Siracusa. Barcelona , donde la dignidad real halló su derrota y Espartero su triunfo en 1840, fué bombardeada tres veces antes que trascurriesen tres años despues de esta fecha. El último de los bombardeos tuvo lugar despues de la exclusion del dictador. En vano la España entera demostraba su entusiasmo por la restauracion del trono ; la capital de Cataluña , convertida en obediente de una tropa de facciosos , pretendió á favor del levantamiento nacional, hacer triunfar unas máximas casi republicanas. Asi es que aquel acontecimiento tomó por esta vez un carácter nuevo, mientras que las insurrecciones anteriores dirigidas contra el Regente , encontraron en la poblacion barcelonesa una simpatía marcada ; esta fué odiosa á la mayoría del mismo pueblo. El cañon de Monjuich disparó tiros que merecieron la aprobacion de toda España : toda la ciudad parecia haber desertado para no ser cómplice de un puñado de energúmenos.

Viajero, espectador de aquellos tumultos de España, entró en Barcelona en el mes de noviembre de 1843 al día siguiente en que se habian abierto sus puertas delante del ejército de Isabel. Los soldados acampaban por todas partes y bajo su proteccion volvian á entrar los habitantes en sus moradas á donde las bombas y los sublevados habian llevado la desolacion. JAIME BALMES antes del bloqueo se habia retirado al campo á la casa de un amigo, en la que pasó todo el tiempo que duró el sitio, que fué poco mas de un mes. Allí sin mas libros que su Breviario, la Biblia y la *Imitacion de Jesucristo*, al ruido del cañon que retumbaba en lontananza y arrebatava quizás una existencia querida, compuso una nueva obra, cuyo manuscrito llevó entre sus ropas de fugitivo. Volvimos á reunirnos en medio de las ruinas de Barcelona en su pequeño gabinete situado en el piso mas alto de la casa de su hermano, en la que oradó la pared una bala de obus que habia estallado del canapé en el cual BALMES acostumbraba á estar echado al escribir ó dictar, por efecto de la debilidad de su salud.

El manuscrito que acababa de componer, no fué publicado hasta 1845: su título era *Criterio ó arte de juzgar: arte del buen sentido*. España estima este libro como uno de los mejores que ha dejado el autor: es una *lógica* familiar al alcance de los talentos menos cultivados y digna al mismo tiempo de

la atencion de las inteligencias mas elevadas. BALMES traza reglas para dirigir la conducta, las creencias y los juicios. En ninguna parte se manifiesta mejor ese fondo de sabiduría práctica, esa exactitud de opiniones y de sentimientos que es un don tan apreciado en España y uno de los méritos mas preciosos adquiridos para el génio nativo de este pais. El *Criterio* no tardará en ser conocido en Francia: en este libro se encontrarán algunos fragmentos.

XVI.

Hémos aqui en presencia de una de las fases mas importantes de la vida de JAIME BALMES. La fama de sus escritos habia fijado sobre él la atencion de todos los altos entendimientos. Sus doctrinas políticas, desenvueltas en las columnas de su *Revista*, le revelaban como intérprete elocuente de unas opiniones que hasta entonces habian permanecido sin manifestacion. Cualquiera que haya estudiado la historia de la última revolucion de España sabe hasta qué punto el error y la ilusion han dividido confusamente á los hombres mas honrados de este pais entre el partido de la Reina y el de don Carlos. La revolucion en España se ha presentado con una máscara de legalidad que le ha conciliado

la adhesión de personas con las cuales no se hubiera atrevido á contar. Puede afirmarse que en ninguna parte el espíritu de innovación política, ha revestido formas más sutiles para insinuarse en el corazón de un pueblo adicto apasionadamente á sus instituciones.

La causa de Isabel tuvo desde luego por sectarios á hombres sinceramente realistas, arrastrados por un gusto de reformas políticas, pero tranquilos con una presunción de legalidad acerca de los derechos á que permanecían fieles. Estos mismos hombres asustados más tarde con los excesos revolucionarios, experimentaron acaso con algún pesar un vivo deseo de reunir en un solo núcleo todas las fuerzas del partido monárquico. Por otra parte un movimiento no menos digno de atención se había verificado en las filas de los defensores de don Carlos. Entre los que abrazaron desde el primer día la causa de este príncipe, figuraba cierto número de realistas cuya mente se prestaba á las influencias de un espíritu de libertad. Estos carlistas de instintos liberales, tuvieron una parte considerable en la transacción que puso fin á la guerra civil. Andando el tiempo, la dictadura de Espartero fué derrocada por un levantamiento nacional en el que carlistas y cristinos hicieron de consuno un acto de patriotismo. Se trataba de asegurar el trono que acababa de libertarse por este grande movimiento. Se ofrecían por sí mismas las condi-

ciones de un contrato de alianza entre las dos fracciones monárquicas, y solo faltaba hacer que se aceptasen ó impusiesen estas condiciones á los intereses que se hallaban lastimados. Tal fué la tarea emprendida por JAIME BALMES.

Dos clases de aliados se le ofrecian para sostenerle en su obra: de una parte los gefes moderados del partido carlista, los mas numerosos, ó á lo menos los mas influyentes; despues esa multitud de hombres de todas categorías y caractéres que adictos en secreto á la causa de D. Carlos, no habian tomado las armas, y que retenidos en una neutralidad aparente, deseaban una transaccion que fuese favorable á sus intereses y conforme á sus inclinaciones pacíficas: de otra parte las categorías superiores del partido cristino. Sabido es que la aristocracia española, á la muerte de Fernando VII, se agrupó casi toda en derredor del cetro de Isabel. Por entre la revolucion de Palacio creia ver un porvenir de emulacion y de influencia reservado á su actividad. El antiguo absolutismo real, convenia menos á los grandes señores que á la masa popular: este régimen chocaba con las clases encumbradas de la sociedad mucho mas que con las clases inferiores. Pero una vez desencadenada la revolucion, la aristocracia no tardó en espigar su confianza, y como el mismo trono, ella fué tambien acometida, ofendida y despojada, y se vió impulsada por una esperiencia dolorosa á combatir

aquellas máximas que despues de haberla seducido, concluyeron por perjudicarla.

BALMES podia, pues, contar con la proteccion que le ofreciese la grandeza, y no en vano contó con ella. Un pequeño número de hombres distinguidos por su rango, su talento, su fortuna, le alentaron á entablar una recoleccion politica, de la cual prometieron ser sus protectores. El escritor guardaba por su parte, para con estos patronos, una independenciamuy digna: una prueba segura de la verdadera superioridad es respetar la elevacion donde quiera que se encuentre. En estas circunstancias los amigos de BALMES demostraron que tenian el alma tan noble como su nombre.

Se fundó, pues, *El Pensamiento de la Nacion* en el mes de febrero de 1844, unos seis meses despues de la caida de Espartero. BALMES dejó á Barcelona y se estableció en Madrid donde concluyó honrosamente la coleccion titulada *La Sociedad*: muy pronto todos sus estudios políticos fueron comprendidos en el cuadro del nuevo periódico. Para lo cual se acompañó de un pequeño número de amigos, especialmente de D. Benito García de los Santos. *El Pensamiento de la Nacion* salia una vez cada semana.

XVII.

«¿La nación tiene un pensamiento propio? decía BALMES al empezar. ¿Este pensamiento puede ser formulado y servir de regla para la organización social y de base sólida para el gobierno? Nosotros creemos que sí.» Y con esto desarrolla su programa: quiere que el gobierno de España respete lo pasado, que tenga en cuenta lo presente y que prevea el porvenir. Pide un gobierno que acepte la rica herencia religiosa, social y política, legada por los antepasados; un gobierno firme, justiciero, magestuoso del cual estuviesen desterrados la obstinación, la crueldad, el desprecio, el orgullo. En su mente este gobierno debe ser la piedra angular de un edificio grandioso á cuyo abrigo tenga lugar esta opinión razonable y seguridad todo interés legítimo.

La constitución de 1837, todavía en vigor en esta época, fue criticada por *El Pensamiento de la Nación*, en el que solicita BALMES con atrevimiento su reforma: reclama para la corona una preponderancia que las revoluciones han disminuido demasiado. En su concepto el poder de las cortes debe restringirse al voto del impuesto y la soberanía adjudicada plenamente al monarca.

Tal es el pensamiento en que descansa la política de JAIME BALMES: se esfuerza en restaurar en España la monarquía con su antiguo brillo; no obstante por la mediacion de córtes sabiamente compuestas, asocia la nacion á las grandes revoluciones que importan á la suerte de la patria. Durante una série de tres años la mayor parte de los intereses de la sociedad española, evocados por los acontecimientos, por las discusiones de las córtes, han sido en *El Pensamiento de la Nacion* el objeto de estudios profundos, llevados constantemente á una conclusion práctica. Al recorrer las páginas de esta coleccion, se ven alternativamente las constituciones diversas ensayadas en España, las condiciones de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia en este pais; la controversia de las propiedades eclesiásticas; el concordato con Roma, las alianzas con el extranjero, principalmente con Francia é Inglaterra; en fin, la cuestion del matrimonio de la Reina, zanjada de una manera tan funesta para la diplomacia.

XVII.

La influencia producida por el *Pensamiento de la Nacion* ha sido grande. Los instintos mas pro-

fundos del genio español, las tradiciones mas caras, las costumbres á la vez mas inveteradas y mas saludables estaban por el partido de BALMES. Intérprete de un sentimiento esparcido por doquier despertaba en los corazones y en los ánimos, afecciones ó convicciones que para revivir no esperaban sino una palabra de escitacion. En poco tiempo se hizo el guia, el moderador, el oráculo de este inmenso partido religioso y monárquico que, á decir verdad, compone casi toda España. Dos especies de enemigos rechazaban y combatian su influencia: el partido *progresista* y las filas inferiores del partido *moderado*. Despues de la caida de Espartero los progresistas se hallaban demasiado débiles y desacreditados para oponer por sí mismos una resistencia suficiente; pero los *moderados* eran adversarios temibles, y su conducta con respecto á BALMES es digna de atencion.

Segun ya hemos insinuado, este partido se divide en capas sobrepuestas unas á otras. La grandeza, las antiguas y altas fortunas, comprometidas en la revolucion desde la muerte de Fernando VII, formaron poco á poco un campo bastante distinto, contado siempre entre las fuerzas fieles á la dignidad real, aunque dispuesto á medidas de transacion. En este campo halló BALMES protectores. Todo el resto del partido *moderado* podia asimilarse á esta grande y ambiciosa clase me-

dia que hizo en Francia la revolucion de julio y sostenia la corona en la casa de Orleans; acá y allá de los Pirineos habia los mismos intereses, las mismas pasiones, la misma dureza, las mismas ilusiones. Los pensamientos de BALMES eran doblemente odiosos á este partido, porque llamaban á los carlistas á la participacion de la influencia y de los honores y porque cerraban la puerta á la revolucion: lo cual era un aplazamiento indefinido opuesto á muchas pretensiones y á muchas ambiciones indiscretas ó inicuas. Se habia derramado en provecho de la revolucion, no precisamente gotas de sangre, sino oleadas de tinta. Se aborrecia el premio de ella. Los caractéres elevados, los talentos superiores que se habian dado á conocer en el partido moderado, no compartian con respecto á las ideas de BALMES esa enemistad inquieta; las filas inferiores del partido eran enteramente ciegas. Acaso se recordará que en el verano de 1834 á consecuencia de una de aquellas revoluciones ministeriales que eliminaban mas cada dia á los hombres y á los principios del partido progresista, el Sr. Marqués de Viluma, entonces embajador en Inglaterra, fue llamado para entrar en un ministerio formado bajo los auspicios del general Narvaez. La jóven Reina y su corte estaban en Barcelona á donde se dirigió el Sr. Marqués de Viluma. Antes de aceptar la cartera que se le ofrecia, quiso ponerse



de acuerdo con sus colegas acerca de las condiciones de un programa. Sus proposiciones eran atrevidas y absolutas: era verdaderamente un plan de contra-revolucion.

Precisamente el Marqués de Viluma era uno de esos individuos de la aristocracia que habian tendido la mano á JAIME BALMÉS. Desinteresado, franco, valeroso no aceptaba una parte del poder, sino con la condicion de emplearle inmediatamente en provecho de sus convicciones. Elevándose sobre la legalidad revolucionaria, realizaba directamente por autoridad de la corona todas las reformas del Estado. Se suspendia la venta de los bienes eclesiásticos: la Iglesia volvía á entrar en posesion de sus dominios todavia no enagenados: debia negociarse francamente con Roma un concordato: todo, en fin, se disponia para una reconciliacion solemne durante la adolescencia de la Reina.

Si hemos de creer á nuestras noticias, este plan del Marqués de Viluma sedujo al general Narvaez: empero se levantó una resistencia apasionada por parte de ciertas clases de los moderados. Se trató de conciliacion, se echó mano de artificios y entró el miedo. El Sr. Viluma no suscribia á términos medios y se retiró; por tanto desde aquel dia ha sido tenido como el principal hombre de Estado de la opinion que tuvo á BALMES por doctor.

Lo que justifica á la vez los consejos de JAIME BALMES y los proyectos del Marqués de Viluma, es que el programa propuesto por este y rechazado desde un principio en Barcelona, fue luego despues ejecutado en detalle por el general Narvaez y por los diferentes gabinetes formados en el partido *moderado*. Se refundió la constitucion de 1837 suprimiendo hasta cierto punto el elemento revolucionario. Las córtes fueron á la verdad, llamadas á consumir esta obra de eliminacion; pero estando al corriente de la historia parlamentaria de España, se sabe que el papel de las córtes en estas circunstancias fue puramente pasivo. La reconciliacion con Roma se ha hecho poco mas ó menos sobre las bases que indicaba BALMES: solamente que se ha hecho tarde, de mala voluntad y despues que vinieron á agravar las angustias de la Iglesia nuevos desastres y el transcurso de los años. Asi, pues, el mismo partido moderado, al paso que injuriaba á BALMES que se mantenia firme contra la generalizacion de su fama, realizaba la mayor parte de los planes que este habia trazado.

XIX.

El Pensamiento de la Nacion seguia su marcha con una firme tranquilidad. Jamás salió de él una injuria, ni una personalidad, ni una ofensa á la

suspicaaz delicadeza de las leyes. La edad de la Reina llamaba la atencion de toda Europa sobre la cuestion de su matrimonio; BALMES propuso é hizo valer con todos los recursos de su talento, la candidatura del hijo primogénito de D. Cárlos. Esta union entre las dos ramas de la familia real era el punto culminante del sistema elaborado por JAIME BALMES. Era la reconciliacion del pasado y del porvenir, de la autoridad y de la libertad, de la monarquía y de las formas representativas. Esta union, por mas que fuese dirigida con poca habilidad, anonadaba la antimonia sobrevenida entre el antiguo derecho de herencia femenina y el que fue introducido por Felipe V. Una vez consumado el matrimonio, esta cuestion delicada se hacia el objeto de una deliberacion nacional. Todos los actos contradictorios de las diferentes cortes se revisaban; las pretensiones de varias cortes estrangeras y la letra ambigua de diversos tratados, se sometian á negociaciones estrangeras. Mientras tanto, la España recobraba una paz olvidada habia cincuenta años.

Bajo el punto de vista de la utilidad en lo interior, ningun entendimiento de alta penetracion podia combatir con seriedad aquel matrimonio. Con la mira de un interés mas ó menos real de libertad se habian opuesto al triunfo armado del partido carlista: el dia en que este partido al estrechar la mano que se le ofrecia, aceptase

y diese un perdon , el interés de la libertad habia acabado de vencer con tanta mas seguridad cuanto que caian todas sus armas contrarias. A fin de quitar la última sospecha, D. Cárlos habia abdicado ; y su hijo despojándose del emblema de sus pretensiones . tomaba el título de Conde de Montemolin; no era ya el *Príncipe de Asturias*, esto es, el heredero inmediato de la corona. Segun que eran considerados sus derechos , ora como Rey , ora como simple Infante de España , consentia en llevar un nombre que disimulaba todo carácter de dignidad real.

JAIME BALMES tuvo la mas alta influencia en este acto de abdicacion de don Cárlos y en el legado adoptado por el Conde de Montemolin. Se recordará que el manifiesto publicado por este Príncipe, contenia bajo fórmulas prudentes un compromiso por las doctrinas de la libertad. Todo este documento está redactado con tacto, dignidad y grandeza , y parece cierto que recibió de la pluma de BALMES su última correccion ; tiene la fecha de 23 de mayo de 1845. BALMES se hallaba en Francia habia algunos meses y pasó el estío de aquel año en París y en Bélgica (1). En cuanto á las ventajas

(1) En las negociaciones en que tomó parte , guardó una reserva estrema que juzgaba conveniente á la independencia como escritor y á la consideracion como eclesiástico. El mismo manifestó su regla de conducta en estas pocas palabras: «Hasta en los negocios secretos observo una regla muy sencilla; no hacer jamás lo que no pueda sostener públicamente , si la indiscrecion llega á revelarlo ó si la malignidad lo divulga.»

que presentaba esta union para reponer á la España en sus relaciones mas útiles con las otras potencias, es singular que los hombres de Estado de Madrid no las hayan comprendido; ó si esto último ha sucedido, es mas singular todavia que hayan hecho tan poco caso. Por la estension de su territorio, por las cualidades de su carácter y de su génio, la nacion española tiene derecho de colocarse para con el resto del mundo en una independenciam no solo nominal, sino real. Al advenimiento de Felipe V, la Europa entera y el mismo Luis XIV, habian reconocido aquel derecho. Los tratados que pusieron fin á las guerras de sucesion, obligaron á la nueva dinastía de España á adherirse sin escusa al pueblo que la habia llamado. Por su magnanimidad Felipe V naturalizó su raza en el suelo español. El nuevo derecho de herencia tomado de la costumbre Sálica, tendia á defender á España mas sólidamente que nunca contra las influencias del extranjero (1). Esta obra de la independenciam de la Península se veia de repente en peligro por el cambio de la herencia femenina. Con motivo del casamiento de la Reina, la Inglaterra volvió á adquirir en España esperanzas que le parecian perdidas por el principio Sálico. Coincidiendo la revolucion de julio con la intriga que cambiaba en Ma-

(1) Reservamos para la segunda parte de nuestro libro un exámen del principio de la *sucesion real* en España. Balmes ha tocado este punto con una consideracion estremada. Esta cuestion tendrá aun lugar en el análisis de sus *Escritos políticos*.

drid el derecho de sucesion real, habia quitado al proyecto de Luis XIV su último apoyo. Impotente para sostener con franqueza nuestras verdaderas tradiciones, la reciente monarquía francesa trataba de continuarlas por la astucia. De aqui en las antecámaras del palacio de Madrid una lucha estéril entre nuestra diplomacia y la de Inglaterra, lucha que escitaba en el pueblo español el sentimiento de su orgullo nacional y desacreditaba cada vez mas nuestra amistad.

Llamar al trono de España, en la persona del Conde Montemolin, la línea masculina de Felipe V, era destruir las esperanzas que abrigaba la Inglaterra por efecto del cambio de la herencia real, y era al mismo tiempo herir con un golpe humillante las pretensiones de la casa de Orleans. Los estados del centro y norte de Europa no hubieran dejado de aplaudir, contentos con las nuevas prendas de seguridad que hubiera dado esta conciliacion al principio monárquico (1).

España volvía á entrar de este modo, con relacion á toda Europa en una actitud tan ventajosa para su independendencia, como lisongera para su amor propio.

JAIME BALMES esponia estas ventajas bajo un pun-

(1) La misma Francia no hubiera tardado en perdonar, porque sus intereses *permanentes* demasiado distintos de los de la casa de Orleans, se hallaban de acuerdo en el fondo con los intereses de España. Se hallarán sobre esta materia en la segunda parte de esta obra, consideraciones mas extensas.

to de vista puramente español, y se dedicaba á desacreditar las candidaturas presentadas por el gabinete de las Tullerías. Nada mas fácil que enardecer el orgullo nacional contra estas pretensiones tan antipáticas al gusto de España, como poco acordes con sus intereses. El periodista desplegaba un cuadro singularmente exacto de las enfermedades que habia contraído la Francia confiándose á la dinastía de Orleans; su pluma profética describía de antemano los desastres que el espíritu revolucionario sostenido por nuestras instituciones iba á hacer estallar sobre nuestro país; pedía á su patria que evitase toda mancomunidad con un trono vacilante, toda relacion demasiado estrecha con una nacion corroida por un mal formidable y contagioso.

XX.

En esta lucha el *Pensamiento de la Nacion* contaba con el apoyo de una parte considerable de España. Las masas populares en la mayor parte de las provincias y en las ciudades conservaban y conservan aun actualmente una simpatía no dudosa por la causa carlista. Si causa estrañeza que no haya triunfado esta á pesar de verse sostenida con tal asentimiento, es porque esas masas populares

en España, como en cualquier parte, se someten al yugo de la habilidad, del valor ó de la audacia, que están habitualmente al servicio de las clases instruidas de la sociedad. La multitud en España es amiga del poder monárquico y absoluto, y sin embargo, no es una razon para que este poder triunfe. En España como fuera de ella, entendida la democracia bajo la forma moderna, es una ficcion.

El partido carlista representado por sus gefes, alentaba y secundaba á BALMES. A recibir de un jóven escritor consejos, direccion, doctrinas, este partido daba un raro egeemplo de docilidad y abnegacion. La autoridad del carácter, del carácter sacerdotal y la fama de la adhesion de BALMES por los intereses de la Iglesia, obtenian esta obediencia. Se veia á una multitud de hombres acostumbrados á los horrores de la guerra, solicitados por la venganza y enconados por la desgracia, templarse con la palabra de un hombre desconocido de todos ellos, para lo cual bastaba que esta palabra estuviese impregnada de un acento sincero de catolicismo.

✠ Con la misma fuerza que dimanaba de un origen sagrado, BALMES hizo triunfar el deseo de la reconciliacion en el ánimo de un número infinito de partidarios de Isabel. No solamente el *Pensamiento de la Nacion* hallaba apoyo y brillante auxilio, sino que un nuevo periódico, el *Conciliador*,

creado bajo la inspiracion de BALMES, se hizo el órgano de una jóven escuela de escritores sustraídos felizmente por la eficacia de la fé á las influencias que esterilizaban toda pluma en España. Yo he tenido el honor, aunque extranjero, de ser desde lejos el colaborador de esta publicacion, que fué fundada en la primavera de 1845, con la mira de sostener por medio de una hoja diaria, los esfuerzos de la semanal redactada por BALMES. Nada mas elevado, mas liberal ni mas noblemente patriótico y cristiano que el espíritu del *Conciliador*, cuyo director era D. José María Cuadrado, quien nos ha favorecido en esta empresa con algunos trabajos interesantes.

Entre los hombres de Estado que en esta época tenían mas crédito para con el partido moderado, varios manifestaban altamente su preferencia por candidato del partido de BALMES: nombres considerados y célebres con justicia y que podrian citarse aqui. «No existe para nosotros, me decia uno de estos personajes, mas que un medio de salvacion y este es el casamiento de Isabel con el hijo primogénito de D. Cárlos.

«¡BALMES! me decia otro, ¡qué lástima que este hombre no tenga un sable á su lado! él nos salvaria: es el único entendimiento que vé claro en nuestros peligros y el único valiente que se atreveria á arrostrarlos.»

He observado que la cualidad de eclesiástico hu-

milde y desinteresado era probablemente lo que daba á JAIME BALMES tanta luz y tanta valentía. Si hubiera sido general de ejército, diplomático, publicista comprometido en los senderos de la ambición y de la vanidad ¿hubiera prestado otros servicios mas que los de una adhesión vulgar? Como eclesiástico y doctor ejercía en provecho de su patria una especie de ministerio semejante al de los antiguos profetas de Israel. A otros pertenecía el deber de escucharle, de comprenderle y de obedecerle.

XXI.

Conviene examinar ahora cuál fué el papel que desempeñó el gabinete francés en este punto. Para nosotros es indudable que el matrimonio de la Reina de España fué decidido en último término por este gabinete. Uno de los ministros, M. de Salvandy, se hubiera inclinado ciertamente hácia el Conde de Montemolin. Fuera del gobierno el Conde de Molé no ha recelado decir: «Esta combinación es mi sueño, es mi proyecto de predilección.» Pero otro era el pensamiento que dominaba á la política de Francia. En vano, el gabinete francés, para desentenderse de la candidatura del Conde de Montemolin, pretestó que los amigos de este Príncipe hacían alarde de preten-

siones inadmisibles: en vano alegó que el partido de la grandeza, especialmente el Sr. Marqués de Viluma, se habia declarado hostil á estas pretensiones y hecho desde entonces responsable de la decision tomada en favor de otro candidato. La menor penetracion basta para desvanecer estos pretestos. A fin de cubrir su propia responsabilidad, el gabinete de las Tullerías trató de establecer que la Reina María Cristina y el gobierno español le dirigieran en esta ocasion: no se puede, segun nosotros, contestar que la misma *voluntad conocida* que ha casado la Reina Isabel con el Infante D. Francisco de Asís, hubiera podido del mismo modo unirla con el hijo primogénito de D. Carlos. Sin duda alguna que las pretensiones de los carlistas y las convicciones de los grandes de España se pondrian muy luego de acuerdo: todos hubieran aceptado la fórmula por la cual reconciliaba BALMES los diversos derechos. Hasta las amenazas del partido progresista, al que se afectaba temer, no hubieran parecido mas terribles de lo que son en realidad delante de la espada del general Narvaez.

Pero la política que regia soberanamente nuestro destino se habia propuesto otro fin. En primer lugar pretendia á toda costa asegurar al señor Duque de Montpensier la mano de la Infanta de España. En segundo lugar, queria alejar esta sombra de restauracion que el cetro del hijo de don

Cárlos, podria hacer aparecer en la cumbre de los Pirineos. ¡Habilidad estéril! ¿se conjuró algun peligro, se reconquistó alguna influencia por las brillantes bodas del 10 de octubre de 1846? ¿La Inglaterra, humillada por un instante, no ha sido vengada bien pronto? La Francia que creia volver á hablar la política de Luis XIV, no aplaudia sino á un simulacro de esta política.

XXII.

La noticia del doble casamiento sorprendió á JAIME BALMES que se hallaba de recreo en las montañas de su pais (1). Esta combinacion lleva á sus ojos visiblemente el sello de una intriga francesa. Sin titubear se hace órgano de una resistencia apoyada en el sentimiento del orgullo nacional: y con la pluma en la mano protesta con una viva indignacion. Sus amigos que dirigen en su memoria el *Pensamiento de la Nacion* (2), se inquietan por la vehemencia de su lenguaje. No se imprime el primer artículo que envia; por lo cual se irrita desde luego y despues perdona. Hé aqui un

(1) Algunas semanas antes, las columnas de un diario moderado de Madrid habia ido á perseguirle á aquel asilo: el escritor respondió victoriosamente redactando su propia biografia.

(2) D. B. García de los Santos, D. F. Isla Fernandez y el Marqués de Viluma.

pasage de este escrito suprimido (1): «Cosa triste de pensar! La familia real de España cuenta siete Príncipes: uno solo estará en relaciones cordiales con la corte, los seis restantes están desterrados. ¿Es esto política? ¿Es esto amar la sangre de los Reyes? ¿Qué dirían Fernando VII y los augustos antecesores de la Reina si se levantasen del sepulcro?....

»Si es verdad que la cuestion del casamiento de la Reina no podia ser puramente española, ¡quién no vé á lo menos la ventaja de contrabalancear la influencia francesa por la del resto de Europa! Pero no, en esto como en todo era preciso quedar aislados! Para nuestra diplomacia no existe en el mundo mas que un país, la Francia..... Por lo demas este apoyo dado al Infante D. Francisco por la Francia, (digo mal, por el gabinete de las Tullerías) ¿tiene un pensamiento constante, meditado mucho tiempo y profundamente? Recordemos los hechos: en 1839 la Francia se inclina á un hijo de D. Carlos: en 1842 se vé la misma disposicion: en 43, 44 y 45, protege ya al Conde de Trápani. Despues demuestra sus simpatías á favor del Conde de Montemolin. En fin, esta diplomacia caprichosa agotada de fatiga viene á postrarse á los pies del Infante D. Francisco.

(1) Se afirma que se dió orden de encerrar á Jaime Balmes en la Ciudadela de Barcelona, si con la novedad del casamiento de la Reina, aparecia en Cataluña una sola partida carlista.

«¿Quién, pues, aconseja á este gabinete . tan
 »poco diestro en su política extranjera, esceder-
 »se á sí mismo cuando toca á nuestros negocios?
 »¿Quién le ha pintado la España al revés? ¿Cómo
 »se imagina que su influencia se afirmára precisa-
 »mente por los medios que la arruinan? ¡Y luego
 »la oiremos quejarse de España!»

Algunos dias, mas tarde, BALMES escribia y pu-
 blicaba lo que sigue :

«La revolucion de julio de 1830 no es el tér-
 »mino de la revolucion francesa; no es sino una
 »fase..... Cuando la Francia intentaba algunos
 »medios á favor del Conde de Montemolin, nos he-
 »mos apercebido ya que el problema del casamiento
 »de la Reina de España, arreglado definitivamen-
 »te por el gabinete francés, como una ecuacion,
 »en la que figuraban dos *cantidades*, una constante
 »y otra variable. La cantidad *constante* era esta:
 »de una manera ó de otra el Duque de Montpen-
 »sier se casará con la Infanta. La cantidad *variable*
 »era: para marido de la Reina el Conde de Trá-
 »pani, ó de Montemolin, ó el Infante D. Enrique
 »ó D. Francisco.»

Tal era en la pluma de BALMES el comentario
 de nuestro resultado diplomático: ¡resultado tris-
 te, cuando se reflexiona en el papel que la Fran-
 cia pudo haber representado, adoptando en la
 cuestion del matrimonio de la Reina de España,
 una política de justicia y de reconciliacion!

XXIII.

Evidentemente el *Pensamiento de la Nación* habia concluido su tarea. El lenguaje de BALMES no podia ser de allí en adelante sino una recriminacion: por eso el escritor se redujo á silencio. El 31 de diciembre de 1846, cesó de publicarse su periódico, que llevaba tres años de existencia. Al suprimirlo, preferia BALMES su dignidad á sus intereses; puesto que dicha publicacion tenia numerosos lectores, y reportaba á su fundador una ganancia muy grande (1).

En el mes de mayo siguiente, BALMES recojió en un volumen sus diversos *Escritos políticos*. Parecia con esto despedirse de estos estudios á que era tan apasionado. Un prospecto, anunciando esta obra, contiene el último epílogo acerca del asunto del matrimonio de la Reina. Seis meses

(1) «Causó disgusto la desaparicion del periódico de Balmes.» Escribe, escribe, decia Ristol á su amigo.—«Querido Antonio, no puedo acceder á tu deseo: razones superiores me obligan al silencio.»—«Sus ojos estaban llenos de lágrimas, añade Ristol, no porque se sintiese herido en su amor propio, sino porque preveia desastres á que su pluma no podria poner remedio.»—«Nunca, nunca, me decia, hubiera esperado un dia tan amargo y tan cruel como aquel en que me anunciaron el casamiento de la Reina.» «La única esperanza que nos quedaba, se desvaneció para siempre.»—«A propósito del rey de los franceses, me dijo: Este soberano, mal aconsejado, contribuyendo, como lo ha hecho, al matrimonio de nuestra Reina, ha pronunciado él mismo su sentencia de muerte.»

trascurridos, habian dado ya una esperiencia cruel: acaso desde aquel momento los altos personajes del partido *moderado*, la grandeza, sobre todo, sentian no haber intervenido con valor en aquella gran cuestion nacional. La elevacion del rango y de la fortuna, es tambien una autoridad, y toda una autoridad es responsable de las fuerzas que no emplea, lo mismo que de las que emplea mal.

«Probablemente el premio de su triunfo para »la corte de la Tullerías, será una inquietud cruel »que ya la desazona: pero sobre España pesarán »mas duramente las consecuencias de este negocio. »Algunos de los que han favorecido el doble ma- »trimonio, quizá habrán recibido en recompensa »magníficas condecoraciones: dia vendrá en que »abrumados de los amargos recuerdos que serán »el fruto del servicio prestado por ellos, se ten- »drán por felices en olvidar á la vez el servicio y »y la recompensa.»

Asi escribia BALMES el 31 de noviembre de 1846, un mes despues de las régias bodas. Hé aqui cómo el 31 de julio de 48 se espresa á su vez D. José Maria Cuadrado. Rogamos al lector que note las fechas con cuidado.

«Las *Consideraciones políticas acerca de España*, los brillantes artículos publicados en la *Civilizacion y la Sociedad*, habian sido un preludio del *Pensamiento de la Nacion*. BALMES bajó por fin á la are-

na. Una multitud de personas se sorprendió de hallar inscritos en su bandera pensamientos que estaban grabados en el fondo de sus corazones. Desde entonces, los elementos dispersos tuvieron un centro de atracción: los sentimientos generosos se despertaron: y en lugar de admirarse de las verdades ya proclamadas, causaba admiración de que lo hubiesen sido tan tarde. BALMES no creó la opinión nacional, pero sí la organizó y la dió vida. Esta candidatura (del Conde de Montemolin) en la que descansaba su sistema, no se ha borrado de la memoria de los que alejaban este pensamiento con tanta diligencia hacia algunos años. Para despreciar su exámen ¿no era necesario toda la fatuidad doctrinaria? En medio de los conflictos actuales, al aspecto de las amenazas mas terribles que oculta el porvenir, las miradas ahora se dirigen hácia este proyecto de conciliación anonadado para siempre. La duda se hace menos presuntuosa y aun acaso se ha permitido sospechar un tardío arrepentimiento.»

XXIV.

En uno de los pocos viajes que le condujeron á Vich, en medio de los recuerdos y de las amistades de su infancia, BALMES se paseaba una

tarde en compañía de aquel canónigo Soler, que habia sido una vez su competidor para hacerse despues su confidente y su guia. Las cimas gigantescas de dos montañas catalanas, la *Monseny* y la *Tangamanent*, se erguia delante de ellos en un cielo sereno. «¡Qué espectáculo magnífico!» dijo BALMES; gozo tanto en admirar desde lo alto de estas cimas inconmensurables, la omnipotencia de Dios y pensar en la eternidad! «Si pudieseis disponer de algunos dias en mi obsequio, iriamos juntos á una de estas cumbres á verificar un retiro espiritual y reconcentrarnos en las atracciones metafísicas. Allí, alejados de todo punto, de todo ruido, nuestros pensamientos se fijarian únicamente sobre nuestro Divino Criador. Empleariamos la mitad del tiempo en fortalecer nuestras almas con este alimento espiritual de que tiene constantemente necesidad; y el resto le consagraríamos á meditar sobre los puntos mas importantes de las ciencias filosóficas.» Esta proposicion fué aceptada, y su ejecucion diferida hasta el momento en que la hiciesen realizable las ocupaciones de los dos amigos.

En esta época, BALMES, daba la última mano á una de sus mas grandes obras. En un libro titulado *Filosofía fundamental* acababa de consignar en fin la espresion, la forma definitiva y coordinada de aquellas meditaciones filosóficas co-

menzadas en la celda del estudiante de Cervera. Veinte años habian transcurrido; numerosos volúmenes, infinidad de escritos habian salido del pensamiento y de la pluma del escolar hecho ya célebre; pero hasta el año de 1846 permaneció intacto en el fondo de su inteligencia el tesoro silencioso recogido por él en las páginas de Santo Tomás de Aquino. Precisamente en el momento en que la política ocupaba y removía mas las potencias de su alma, es cuando se sintió en disposición de dar luz y vida á sus concepciones abstractas. Los diez libros de que se compone la *Filosofía fundamental* fueron escritos durante el periodo mas agitado de la vida de BALMES.

Acaso la inteligencia del escritor encontraba en este doble trabajo una especie de alivio. Dos mundos distintos se abrian y cerraban alternativamente delante de ella. El publicista inquieto, apasionado, entusiasmado reposaba y se espaciaba en sus contemplaciones que hubiera querido gozar al lado de un amigo en las cimas del Tanguament.

Con todo eso no se crea que la *Filosofía fundamental* es un libro de idealidad vaga, de meditación filosófica: de ninguna manera. En ella domina el espíritu Aristotélico, esto es, matemático, exacto. Tal es, como todos saben, uno de los caracteres de la filosofía de Santo Tomás, carácter que en este doctor se halla unido á un poder

de intuición, por decirlo así, parecido á la *vision angélica*. Algo parecido á esto se nota en la filosofía de BALMES. A diferencia de un gran número de entendimientos por otra parte ilustres, el autor de la *Filosofía fundamental* se eleva á las mas altas contemplaciones, desciende y vuelve á subir, sin perder un solo instante la facilidad, la sencillez, la claridad que son las cualidades habituales de su talento. En ninguna parte es su pensamiento lucido, ni su lenguaje mas trasparente que en sus tratados de metafísica: mérito extraordinario que reunido á un alto poder de penetración constituye ciertamente un espíritu filosófico de primer orden. Los cuatro volúmenes de la *Filosofía fundamental* fueron publicados en el transcurso del año 1846. Mas adelante se verá un análisis y algunos extractos de esta obra que BALMES compuso principalmente con la mira de substituir una filosofía sana, juiciosa, á esos incalificables sistemas que, salidos de las orillas del Rhin, penetraban hasta en España, engalanados con una fraseología sonora por la pluma de nuestros eclécticos. De esta manera, la escuela semi-protestante semi-panteísta de Alemania y de Francia, se veía combatida por el escritor español en los dos terrenos que por ella estaban invadidos; el de la política y el de la filosofía. BALMES creía, y con razón, que su obra prestaría no menor utilidad á la Francia que á su patria. Desde el ve-

rano de 1845, época de su segundo viaje á Francia, quiso asociarme á su empresa para que le prestase mi humilde cooperacion (1).

Mas para llegar al fin que se habia propuesto, no debia limitarse á un tratado de filosofia trascendental. Con objeto de poner sus doctrinas al alcance de los colegios y las universidades convenia reducirlo á proporciones mas sencillas. Este fué el plan de otra obra titulada *Curso de filosofia elemental* (2), la cual dividida en cuatro partes, Lógica, Metafísica, Moral é Historia de la filosofia, presenta bajo una forma clara, compendiada y metódica, un resúmen completo de la ciencia filosófica.

XXV.

BALMES habia concluido la publicacion de estas dos obras en la primavera del año 1847. En aquella misma época se hallaba en prensa la Coleccion de sus *Escritos políticos*. Desde seis meses

(1) Circunstancias cuyo recuerdo ahora es amargo para mí, me impidieron acompañarle á España cediendo á sus invitaciones, para traducir bajo su inspeccion la *Filosofia fundamental*; despues, ya terminada la obra, ha sido confiada á la pluma de los RR. PP. Benedictinos de Solesmes. Nuestro público sentirá sin duda que estos editores me hayan hecho tomar otra vez el trabajo de traducirla á nuestro idioma. Dos amigos míos, tan apreciadores como yo del mérito de Balmes, quieren ayudarme para una traduccion completa de sus obras filosóficas.

(2) Cuatro cuadernos. Madrid 1847.

antes habia desistido de toda publicacion periódica. Gozaba entonces de un intervalo de libertad.

Su salud quebrantada le obligaba á procurar distracciones en un viaje. Su amigo D. Pedro de la Hoz, una de las lumbreras de la prensa monárquica en España (1), pasaba á tomar baños en Ontaneda, provincia de Santander. BALMES le acompañó. Este viaje ha proporcionado á los biógrafos detalles muy interesantes acerca de sus costumbres y pensamientos familiares. D. Pedro de la Hoz en una carta que se ha dado á la imprenta, esplana los recuerdos que el trato íntimo con su compañero de viaje le habia dejado (2).

Después de haber permanecido un mes en las montañas de la costa de Cantabria, dirigióse BALMES á París en compañía de D. F. M. de la Hoz, hermano del publicista. Aquella era la tercera vez

(1) Director del periódico *La Esperanza*.

(2) En ella leemos la siguiente anécdota:

«Al subir las ásperas montañas de Cabarga y del Castillo de Solares, en uno de los hucmosos sitios sombríos de aquel terreno, encontramos al cura de la vecina aldea, D. J. de Rubalcaba, dando lección de gramática á un niño de la parroquia. Este era un jóven sacerdote conocido mio, gran admirador de Balmes, cuyas obras conocia, pero á quien jamás habia visto. El cura se empeñó en acompañarnos.» Señor cura, le dije cuando íbamos caminando, sigue usted leyendo las obras de Balmes, ¿qué le parecen á usted? Las leo, contestó el eclesiástico, siempre que puedo, y puedo asegurarnos que cada dia me agradan mas. ¡Qué sabiduria! ¡Es la pluma de un ángel! Sin duda Dios.... Yo dirigí una maligna mirada á Balmes. Su rostro se habia encendido y apresuradamente interrumpió al sacerdote. «No diga usted mas, señor cura: está usted demasiado ilusionado. Este D. Pedro está burlándose de nosotros y no ha dicho á usted qué yo soy ese Balmes de que le ha hablado.» Yo reí á carcajadas. El pobre cura no podía creer lo que habia oido, y fué menester que Balmes repitiese su declaracion.

Noticia etc.: por D. B. de Córdoba.

que visitaba la Francia; en ella pasó poco mas de un mes. A mediados de octubre ya se hallaba de regreso en Madrid.

Los régios enlaces que el año anterior se habian verificado bajo la influencia del gobierno francés; los síntomas cada dia mas visibles de aquella corrupcion intelectual y moral que conmovia el seno de la Francia y amenazaba estenderse desde él á toda Europa; mil recuerdos, mil previsiones inquietas, un mal apagado enojo, vertian un sentimiento de amargura en la mayor parte de las impresiones que BALMES recibia entre nosotros. Como es sabido, su primera visita á París habia dejado en su ánimo un sello de ansiedad y de tristeza; y esta predisposicion á criticar y á condenar á la Francia, tomó incremento despues. ¡Ah! cuando tomemos en cuenta las razones que lo esplican, ¿no nos será necesario cierto valor para censurar con severidad ni aun su mismo esceso?

Por otra parte, nada nos autoriza para decir que BALMES ha traspasado los límites de la estricta equidad al formular su juicio acerca de la Francia. Al regresar á su pais decia: «Acabo de notar en Francia síntomas semejantes á los que precedieron en 1830 á la caida de Carlos X.» Una conversacion que tuvo el año anterior con el canónigo Soler descubrirá los pensamientos que hacia mucho tiempo ocupaban su mente.

«Doctor D. JAIME, decia el canónigo de Vich,

estoy aturcido, consternado, cuando considero esas doctrinas socialistas, racionalistas, estendidas por algunos escritores del extranjero. La sociedad reposa sobre bases que no pueden ser alteradas sin que venga á tierra el edificio. Estamos viendo que la propiedad es declarada *un robo*: la religion se encuentra ultrajada; todos los diques que contenían el torrente de las pasiones han sido rotos: la autoridad está hollada ignominiosamente. Si tales doctrinas se propagan ¿podrá continuar existiendo la sociedad? ¿O es acaso que llegamos al fin del mundo?—No; no, mi querido canónigo. Pero lo que parece indudable es que marchamos á una disolucion social ó á un estado de sociedad tal, que toda la humana prevision es incapaz de adivinarlo. Sí; como Dios no nos ilumine, como esas escuelas insensatas consigan favorable acogida, volveremos á los siglos de la barbarie. La primera víctima de estas doctrinas será la Francia: todas mis observaciones durante mis viajes, me han inspirado esta opinion.»

Se ve, pues, que en aquel momento, BALMES solo divisaba un destello de esperanza; el auxilio de la divina misericordia. Poco despues, esta esperanza se habia fortalecido. Un hombre apareció como la prenda que el cielo daba á la tierra. Este hombre era el soberano Pontífice Pio IX.

XXVI.

Ya hacia mas de un año que Pio-IX ocupaba la cátedra de S. Pedro. La Italia, la Europa entera se hallaban conmovidas por los grandes actos que marcaron los primeros momentos de su pontificado. BALMES todavía nada habia manifestado ni en su periódico ni en otro escrito alguno. Una vez le hizo observaciones sobre tal silencio su colaborador en el *Pensamiento de la Nacion*, el joven D. B. Garcia de los Santos, y BALMES le contestó: «Aun no es tiempo.»

Podíase observar, sin embargo, cierta especie de parentesco espiritual entre el Pontífice y el escritor. El obispo de Imola, durante sus misiones diplomáticas en la América del Sud, habia tenido ocasion de familiarizarse con el idioma en que BALMES escribía; sus obras le eran conocidas, y aun se añade que las leía con suma atencion. El mismo BALMES decia un dia riendo: «El Papa y yo nos hemos encontrado.»

Tambien BALMES habia emprendido en su patria y aun realizado hasta cierto punto un proyecto análogo al que alimentaba el gefe de la cristianidad. Reconciliar los tiempos modernos con las instituciones de lo pasado; estender cuanto fuese

dable el ejercicio de la razon y de la libertad; templar públicamente en un raudal de caridad y de justicia la espada divina de la autoridad; estos eran los pensamientos inspirados á un tiempo mismo al Pontífice y al levita (1). Pero al propio tiempo, las innovaciones introducidas por Pio IX en el gobierno de sus estados, aquella confianza audaz, en apariencia temeraria, en la cordura de su pueblo, presentaban un carácter que no se hallaba en igual grado en el sistema aconsejado por el publicista español al gobierno y al pueblo de su pais (2). De aqui provino sin duda alguna la dilacion en formular un homenaje público.

«Esta cuestion (escribia un amigo suyo) era para él una de aquellas acerca de las cuales solia decirnos: *sobre este punto tengo abierta discusion en mi cabeza.*» Por fin, á él mismo hubiera parecido réprensible guardar por más tiempo silencio. Ataques apasionados contra la política del sucesor de Gregorio XVI salian todos los dias de las filas del partido mas religioso y del seno del clero en España. La exaltacion podia conducir algunos ánimos hasta el extremo de que todo les fuera sospechoso en el Pontífice. BALMES estaba persuadido de las virtudes y de la piedad de Pio IX. Cuando

(1) Véase especialmente el tomo tercero de la obra del *Protestantismo*.

(2) Despues se verá la opinion circunstanciada de Balmes acerca de la monarquía y las diversas formas de gobierno.

regresó de Francia se supo que un escrito suyo titulado *Pío IX*, salía á luz de las prensas de Agnado.

XXVII.

Este escrito era breve : pero ¡qué pensamientos y qué cuadros en tan pequeño número de páginas! Era el panorama de la historia , de la filosofía , de la política , trazado en unos cuantos rasgos , alumbrado por una luz que parecía tanto un destello anticipado del porvenir , como un reflejo de lo pasado. De frente á la institucion del Pontificado , sostenida visiblemente por una mano divina , colocaba BALMES las demas instituciones terrenas , haciendo de esta manera que se redujesen á sus mezquinas proporciones. Presentaba á la Europa dividida entre dos imperios , el de la fuerza material y el del espíritu. Por una parte , la aristocracia rusa y la aristocracia inglesa ; por otra la propaganda francesa , fuerza sutil , invasora , pronta á romper todos los diques. Estos dos poderes , enemigos entre sí , lo eran al mismo tiempo de la Iglesia ; la Iglesia , pues , tenia el deber de dulcificarlos , de contenerlos , de domarlos. El mundo estaba avocado á uno de sus grandes movimientos : iba á pasar á un nuevo estado , « que el

débil espíritu del hombre presentaba, pero que no hubiera sabido definir de antemano. Era preciso que la doble soberanía de la Santa Sede, temporal y espiritual, salvase el trastorno profundo á que la Europa estaba destinada.» Esta doble autoridad, de inestimable precio para los intereses confundidos de la humanidad y de la Iglesia, debía continuar respetada en el seno de la transformación general de las ideas y de las costumbres. En una palabra, el nuevo Pontífice estaba llamado «á resolver para su época el problema que cada uno de sus predecesores había resuelto para la suya.»

Tal era el pensamiento de la obra. Jamás había despedido mas viva claridad la elocuencia de BALMES; algunas páginas especialmente consagradas á caracterizar á la Francia, eran dignas de las plumas mas ilustres. En la segunda parte de nuestra obra se hallará un resumen y citas de este folleto.

La aparición del *Pio IX* causó una sensación singular en el público de Madrid y de España. Los amigos de BALMES, sus admiradores, experimentaron casi sin escepcion un sentimiento que les condujo no al elogio, sino al vituperio. Los mas adictos, los mas sumisos á la voz del maestro, se limitaron á cuestionar acerca de la oportunidad del escrito. Las reformas políticas hechas por *Pio IX* parecían á la gravedad española impruden-

tes, escésivas; sentimiento que aumentaba en vista de los elogios que tales reformas obtenían, así en España como en el resto de Europa, de todas las plumas y todas las voces revolucionarias. BALMES, verdad es, citaba cuidadosamente las reservas hechas por Pío IX en provecho del principio de autoridad; lo que únicamente aprobaba era una reconciliación mas ámplia entre la libertad y el poder. Esto era para Roma y para el resto del mundo, lo mismo que él había tratado de conseguir para su patria por el matrimonio de la Reina Isabel con el heredero de D. Carlos. Tal podía ser á los ojos del vulgo su justificación: pero preciso es convenir en que para los hombres de esperiencia, la confianza de BALMES en los actos de Pío IX no podía ser esplicada sin la intervención de un sentimiento superior á la mera prevision política.

Al mismo tiempo que sus amigos mezclaban en su crítica la expresión habitual de su simpatía, otros adversarios oscuros atacaron al autor del *Pío IX* por medio del sarcasmo, la injuria y la calumnia (1). BALMES recibió entonces por vez

(1) Hubo quien, con motivo de este libro, llegó hasta imputarle miras de ambición y de orgullo. Se dice que en aquella ocasión había contribuido Balmes á la elección de muchos obispos para las sedes vacantes de España, influyendo para ello por medio de sus conferencias con M^{ñor}. Brunelli enviado apostólico. Amante de su libertad y de sus satisfacciones de escritor, desechaba toda dignidad eclesiástica con que pudiera verse favorecido; pero de esto mismo tomaron motivo algunos para imaginar que aspiraba al cardenalato.

primera un ultraje salido de entre los mismos que siete años hacia estaban tributándole un homenaje tan universal. Algunos discípulos suyos, movidos por un celo espontáneo, tomaron á su cargo responder á los insultos (1): él permaneció fiel á su dignidad, sin cuidar de justificarse, mas que en la estimacion de sus mas apasionados amigos.

Antes de salir para París habia dicho: «La cuestion del cambio de la política romana es la mas grave y difícil de cuantas se agitan en Europa. Pero no me causa inquietud: en aquel pais todo está sujeto por una cadena de oro cuyo primer anillo se halla prendido al cielo.» Pio IX, decia algun tiempo despues, es un hombre de oracion en sumo grado. Hé aqui por qué no tengo temor alguno por el resultado.—¿Qué puede la revolucion contra un hombre unido á Dios, que sin levantarse de su trono dice: «No me moveré de este sitio. Si tal vez llega á faltar este, otro ocupa su puesto. Por otra parte, ¿qué serian Roma y la Italia sin el Papa? Sino residiera en aquel pais, seguramente no tardarian en ir en busca suya.»

«Tal vez estaré soñando, decia tambien; pero si sueño puedo aseguraros por lo menos que

(1) La lista de los folletos y escritos de todo género publicados en diversas poblaciones de España en pro ó en contra del Pio IX es larga. Seria superfluo reproducirla en este sitio.



sueño despierto completamente.» Confesaba no haber escrito jamás con tanto entusiasmo: mas de una vez se habia visto precisado á dejar la pluma por temor de ceder á su exaltacion. «Con la publicacion de esta obra, dice D. Antonio Soler, quiso evitar que España diese al Pontífice la mas leve señal de descontento ó desconfianza. Bastaba la idea de una protesta, aunque fuese disfrazada con un pretesto especioso, para hacerle estremecer.»—«Se ha interpuesto entre los ultrajes y el Pontífice; escribe otro amigo suyo: *Balmes se ha ofrecido en holocausto por el catolicismo.*»—Se ha notado que desde la publicacion de su escrito, ninguno se atrevió á poner en duda la piedad ni las demas virtudes de Pío IX.

D. Antonio Ristol, antiguo y fiel confidente de BALMES, tachaba tambien de importuna la publicacion del *Pío IX*. «Ten entendido, le dijo su amigo, que es un deber de conciencia lo que me ha obligado á tomar la pluma. Mi conviccion de haber obrado bien es tal, que si tuviera que escribir otra vez mi *Pío IX*, ni añadiría ni quitaría una palabra siquiera. Mi obra no ha sido comprendida.» Refiérese que estas espresiones salieron de su boca constantemente hasta el último instante de su vida.

Asi pues, el postrer acto público de BALMES ha sido inmolarsé al pie del trono en que reposa la doble magestad del pontificado. Si la política

inaugurada en los Estados romanos no estaba muy acorde con los pensamientos que generalmente dominaban al escritor español, la adhesión formulada por él en su *Pío IX* ha sido una prueba de la sencillez de su fé superior á la tenacidad de sus opiniones. Sin procurarlo, sin pensarlo, BALMES borraba de este modo la opinión de terco y apasionado que, en el ánimo de algunos de sus compatriotas podia unirse al recuerdo de su larga lucha con motivo del matrimonio de la Reina. En cuanto á la gloria ó al descrédito que su última obra podrá imprimir en su renombre de publicista, él está seguro, en todo caso, de compartir la suerte del desterrado de Gaeta. El porvenir escribirá sobre este libro la palabra *error*, y este error tomará para BALMES el nombre de *ilusion de la fé*, asi como para el Pontífice tomará el de *ilusion de la caridad*. Por nuestra parte, llenos de confianza en el juicio que pronunciará la posteridad, admiramos desde ahora en el escritor un presentimiento extraordinario de la obra divina llevada á cabo por el Pontífice á costa de tantas angustias y de tantas lágrimas.

XXVIII.

La amargura con que agoviaban en España al

autor de *Pío IX* no tardó en aumentarse con las noticias que llegaban del extranjero. Dos meses despues de la derrota de *Sunderbund*, la catástrofe del 24 del febrero en Francia hacia brotar todos los peligros ocultos en el seno de la aparente seguridad de la Europa. España con su espíritu público, secundado valerosamente por la espada, rechazaba el contagio, de la manera que un cuerpo vigoroso atraviesa impunemente una atmósfera apestada. Pero la Italia no tenia este privilegio. El mismo BALMES, profeta demasiado perspicaz, habia vaticinado con una exactitud desconsoladora, los acontecimientos de que era teatro Francia. Antes de espirar solo fué testigo de los preludios de la revolucion romana. Será curioso buscar en sus escritos póstumos, cuáles fueron sus últimos pensamientos acerca de las actuales preocupaciones de Europa. Entre estos escritos se halla uno acerca de la *República francesa*.

Poco antes de los grandes acontecimientos de febrero y marzo de 1848, habia salido BALMES de Madrid para retirarse á Barcelona. Toda su actividad se concentraba entonces sobre un trabajo algo extraño á las ocupaciones de los años anteriores. Traducia al latin su *Curso de filosofía elemental*, y reavivando las reminiscencias de aquella edad en que escribia mas fácilmente en latin que en castellano, se dedicaba á formular su pensamiento conforme al génio mas puro de la len-

gua de Ciceron. A este trabajo se unia un recuerdo de su último viaje á Francia. Mr. Affre, tan próximo entonces á la gloria del martirio, habia conversado con BALMES, haciendo uso de aquel sencillo é interesante sentimiento que en la memoria de cuantos le oyeron ha dejado una impresion indeleble. Este le habia aconsejado que tradujese *El Compendio de Filosofia* al latin, y como doctor que tambien era Mr. Affre, ofrecia el derecho de asilo á su doctrina en el momento en que se hallase revestida de las formas clásicas, necesaria para connaturalizarla en las cátedras del clero.

«El 11 de mayo, nos dice D. F. M. Cuadrado (1), ví á BALMES en Barcelona. La version latina de su *Curso de filosofia elemental* para uso de los Seminarios, le ocupaba y le fatigaba; pero sin desvirtuar en lo mas mínimo la serenidad de su ánimo ni los encantos de su trato. Nuestras palabras, comprimidas por una separacion de dos años, salian en precipitados torrentes de nuestras bocas. La conversacion fué viva, expansiva, y no careció de alegría. La política, las cuestiones sociales ocuparon la menor parte. Al cabo de una hora se habia unido á nosotros un tercer interlocutor. Este era el jóven literato D. Pablo Piferer. Establecióse entre nosotros una afectuosa discusion acerca de la diversidad de nuestras facultades, y los rasgos distintivos de nuestros caracté-

(1) Revista Hispano-Americana, entrega tercera.

res. Cada cual se esforzaba en conceder la ventaja á los otros. «*Hasta la noche; hasta la vuelta.*» Estas fueron las fórmulas de un adios que había de ser eterno. La primera noticia que tuve de la enfermedad de BALMES, enfermedad que todavía no causaba inquietud alguna, la debí á la pluma de Piferrer.....

«Ahora una muerte casi simultánea ha reunido estos dos nombres, igualmente puros, igualmente queridos, ya que no se hallen rodeados de igual celebridad. El uno de ellos lo dió todo á la inteligencia, el otro todo á la imaginacion: en el primero, la filosofía, la ciencia del publicista; en el otro, las inspiraciones de la poesía y del arte. Nacidos en la misma provincia; dominados por la misma fé; ligados con recíproca estimacion, estaban confundidos en la amistad del que traza estas líneas. Piferrer tenia treinta años; BALMES tenia treinta y ocho. El mas jóven avanzaba rápidamente á aquella madurez de talento á que el primero habia llegado desde su primer paso. Delante de ellos un porvenir honroso, de poder intelectual, de riqueza en las regiones del Espíritu; en ambos un ardor impaciente de crear, cien proyectos concebidos y acariciados con exaltacion; todo se ha desvanecido como un sueño (1).

(1) Don Pablo Piferrer murió el 25 de julio en Barcelona, unos dos meses despues de la conferencia en que se reunieron los tres amigos por la úl-

XXIX.

Se recordará la primera enfermedad que estuvo á punto de arrebatar la vida á BALMES, cuando tenia diez y siete años, estando en la universidad de Cervera. Despues, en la primavera de 1841, sufrió un segundo ataque de la misma naturaleza; una fiebre catarral que solo cedió por la eficacia de un remedio que le fué recomendado muy á menudo, pero muy vanamente: *el reposo*. La mayor parte del tiempo que ha consagrado á la vida pública, fué, en cierto modo, disputado por él á los sufrimientos y á la muerte. Cuando se alejó de Madrid por la última vez, » como un pobre pájaro que inútilmente procura libertarse de los perdigones que le han herido (1), llevaba ya, dice D. Antonio Soler, una herida oculta. Habian llegado el término de sus esfuerzos y el dia de la recompensa.

«El 14 ó el 15 de mayo, nos dice D. Miguel

tima vez. Este jóven poeta, de corazon apasionado, de pensamientos profundos, habia emprendido una publicacion inmensa, titulada *Recuerdos y Bellezas de España*. El arte, la erudicion y la poesía se dan la mano en esta obra. Solo han visto la luz dos tomos: uno acerca del *Principado de Cataluña*, el otro acerca de la *Isla de Mallorca*. Don F. M. Cuadrado será el continuador de estos trabajos.

(1) Palabras que él mismo empleó aplicándolas á uno de sus amigos desde la infancia.

Balmes, su hermano, estábamos solos hablando, sentados en un canapé, cuando de pronto se apoderó de él un temblor espasmódico.» Aquel era el primer síntoma de un mal que desde el primer instante fué considerado como irremediable. La noche siguiente se apoderó de él el insomnio. Los médicos le aconsejaron que fuese á respirar el aire vivificador de las montañas natales. Su hermano y toda la familia de este salieron con él de Barcelona el 28 de mayo, y le acompañaron á Vich. En los primeros dias que siguieron al de su llegada, un alivio momentáneo hizo esperar que se restablecería. Una vez salió á paseo; recorrió con paso vacilante ya los mismos lugares en que habia pasado su estudiosa juventud. Inútil remedio. «Pronto, nos dice D. Antonio Soler, aquella inteligencia tan lucida comprendió que se acercaba su hora postrera. El aceptó el sacrificio sin murmurar. Sin embargo, púdose notar en él cierto vago deseo de conservar la existencia; último instinto de nuestra naturaleza que prueba hasta qué punto es verdad que la muerte es un castigo.»

El 19 de junio todavía se levantaba BALMES, y gustaba de ver en torno suyo reunidos algunos amigos. El cuidado de sus parientes limitaba todo lo posible el número de visitas. El 21, él mismo pidió un confesor. Le hablaron del Santo Viático. Al dia siguiente en que se celebraba la festividad del Corpus, fué consagrada la hostia en su habita-

cion. «Acaba de recibir á Nuestro Señor con mucha devocion» escribe el canónigo Soler. Dos dias despues, un médico muy acreditado en Barcelona, el doctor Gil, llamado para consulta á Vich, declaraba de conformidad con sus compañeros, que la enfermedad era una tisis pulmonar llegada á un grado tal, que ya era incurable.

«No podriais figuraros, escribe D. Miguel Balmes, la resignacion que ha conservado en medio de sus sufrimientos. Ninguno de nosotros ha oido salir de su boca un suspiro siquiera.» ¡Qué consuelo, escribe el canónigo Soler (1), es el de verle de aquella manera inmolado sobre el altar de la voluntad divina! El no quiere mas que lo que Dios quiere y como Dios lo quiere: presagio feliz de que aquella alma grande, abismada pronto en el seno mismo de Dios, empezará á cumplir por una eternidad en medio de delicias sin fin, la voluntad divina.» Poco antes de agonizar, habiéndole preguntando uno de sus amigos cómo se encontraba: «Gracias á Dios, voy bien, respondió BALMES. En mí hay dos hombres; uno *espiritual*, otro *corporal*. Del hombre corporal me ocupo muy poco.» Los dos últimos dias de su vida pasaron en contiúas convulsiones, accesos de delirio y angustias. Durante los intévalos de calma y lucidez, su alma, sostenida, exhortada por las palabras de un amigo, permanecia elevada á Dios. Por segunda vez se le

(1) Esta carta tiene fecha 7 de julio.

habia administrado el Santo Viático ; entonces recibió tambien la Extremauncion. «Dos horas antes de espirar dió á entender que deseaba ver á su confesor. Apenas le vió BALMES, exhaló su contricion con muestras de un dolor que conmovia. Se colocó junto á su cama una piadosa efigie de la Santa Virgen , y los ojos del moribundo se fijaron con afan en aquella imágen. Su alma pasó á manos de María para ser presentada por ella al juez supremo de vivos y muertos. Asi espiró BALMES: grande en su vida , no menos grande en su muerte (1).

Era el dia 9 de julio á las tres y veinte minutos de la tarde (2), «BALMES, dice D. Antonio Soler, murió como habia vivido : pocas palabras, mucha meditacion, ninguna queja, ningun pensamiento amargo. Los designios providenciales á que siempre tributó tanto respeto, fueron para él en aquel momento supremo, objeto de profunda veneracion. Ha recibido todos los auxilios contenidos en los Sacramentos. El dia del Corpus, en particular, se celebró la misa en su habitacion y

(1) Otra carta del canónigo Soler.

(2) M. de Chateaubriand, en Francia habia fallecido cuatro dias antes. Asi, dice un biógrafo, la Iglesia ha perdido casi en un mismo instante dos de los hombres que mas victoriosamente la han defendido, el uno por medio de la filosofía, el otro por los encantos poéticos (Ant. Soler). Fácil será señalar ademas algunas otras diferencias entre estos dos servidores de la Iglesia.

En uno de sus últimos viages á Francia, D. Jaime Balmes vió á M. de Chateaubriand, y le dijo: «La España está enferma.»—«No solo la España sino Europa entera,» respondió su ilustre interlocutor.

el cuerpo de Nuestro Señor le sirvió de alimento sagrado. Como se ve, Dios no rehusó consuelo alguno á aquel esforzado y fiel campeón de su Iglesia. En el momento en que se le administró la Extremauncion, hizo observar al sacerdote el sentido de esta palabra *extrema*.... Cuando á fines de mayo llegó á Vich, se alojó en casa de un eclesiástico venerable, uno de sus mas íntimos amigos. Aquel noble techo es el que ha recibido el último suspiro y recogido, no ya sus últimas palabras (porque apenas pudo hablar en los dias de su agonía), pero la leccion de su silencio casi tan preciosa é instructiva como sus palabras (1).»

XXX.

Aquella muerte tan prematura, difundió por toda España un doloroso asombro. A pesar de la diversidad de opiniones, todos los españoles habian llegado á adquirir costumbre de considerar á BALMES ya en mayor ó en menor grado, como una de las glorias de la patria. Y era todavia tan jóven aquella gloria, se aumentaba de tal manera de dia en dia, que su desaparicion tan repentina fué una desgracia sentida por todos. La ciudad de Vich, mas particularmente interesada en el re-

(1) Biografía, etc.

nombre de BALMES , quedó por lo mismo mas llena de sorpresa y consternacion por la catástrofe acaecida en su recinto. Oigamos otra vez á don Antonio Soler.

«Apenas habia espirado BALMES , todos sentimos que formaba parte de la gloria nacional, y nos consideramos en el deber de recoger los vestigios de aquella grande memoria. Se le hicieron exequias dignas de un príncipe de la Iglesia. No hubo siquiera una persona notable en la ciudad de Vich, cualquiera que fuese su clase y profesion que no acompañase sus restos ó no asistiese á la ceremonia fúnebre. La municipalidad en masa concurrió á ella; cosa que solo sucede en los casos mas extraordinarios. Un oficial general , don Ramon de la Rocha, que se hallaba de paso en la ciudad, quiso en nombre del ejército, pagar un tributo á la memoria de BALMES (1).»

De esta manera , observa el canónigo Soler, se realizaba completamente con respecto á BALMES, esta palabra del eclesiástico : «El que teme al Señor se sentirá feliz en su última hora y será bendecido el dia de su muerte.» En vez de los modestos funerales que habia pedido en su testamento , la ciudad entera , el alcalde , la corporacion municipal , el obispo de la diócesis , el cabildo catedral, determinaron hacer á sus restos las mayores honras. Un número considerable de habitantes de Vich

(1) Biografía.

acompañó su ataud, llevando antorchas fúnebres. El Seminario que recordaba habian tenido lugar en él sus primeras lecciones, envió todos sus profesores y una diputacion de sus alumnos.

«El Illmo. Señor, el obispo electo de la diócesis, quiso celebrar el oficio en persona. En medio de aquel concurso numeroso, al escuchar los acentos de la solemne música, y sobre todo en presencia de aquellos restos mortales que tantos recuerdos inspiraban, hubiérase dicho que BALMES llenaba por sí solo la vasta Iglesia. Al mismo tiempo que nuestras oraciones intercedian con Dios por su alma, el recuerdo de su escelente carácter absorvia todos nuestros pensamientos. Por mi parte, mas de una vez pensé en los discursos que estas tristes ceremonias podian haberle inspirado. Probablemente le hubiéramos visto reirse de nuestro dolor, tal vez hasta reprendernos y refrenarlo.»

Cuatro dias despues de la muerte de BALMES, el Ayuntamiento de Vich publicó la disposicion siguiente: «A imitacion de lo que constantemente se verifica en la capital del reino, considerando que es justo inscribir en algun sitio de nuestra ciudad el nombre de nuestro célebre compatriota el doctor y sacerdote D. JAIME BALMES, fallecido en esta ciudad el 9 del presente mes; considerando que á la entrada de la ciudad por el lado de la puerta de Barcelona, se halla precisamente una espaciosa plaza que todavia no ha recibido nom-



bre: el Illmo. Ayuntamiento constitucional, en su sesion ordinaria de este dia, ha dispuesto que dicha plaza tome en adelante este nombre: *Plaza de D. Jaime Balmes*.

Vich 14 de julio de 1848.--Por acuerdo del Illmo. Ayuntamiento constitucional, JOSÉ PRAT DE SABA, secretario.

.XXXI.

Al dar cuenta á un amigo de estos primeros honores tributados á la memoria de BALMES (1), el venerable Canónigo magistral de Vich escribia estas líneas:

«En la desgracia que lamentamos no tanto considero la pérdida de la preciosa joya que adornaba nuestra ciudad, como el menoscabo recibido por la sociedad con la ruina de esta poderosa columna, ornamento de la Iglesia. Por fortuna, los luminosos escritos de BALMES no bajan con él á la tumba: cada uno de ellos hará revivir su querida memoria. La senda de BALMES, como la del justo, será como una claridad brillante que se aumentará hasta en mitad del dia. Mientras mas se estudien sus escritos, llenos de puros destellos

(1) La disposicion acordada por el ayuntamiento fué impresa y publicada, asi como tambien un discurso pronunciado por el alcalde. A estos dos documentos seguia una relacion detallada de las exequias.

de verdad, tanto mas se verá estenderse la gloria del que los ha trazado. Quiera Dios que descanse en paz; que la luz eterna brille ante su vista; que en el seno de esta luz comprenda mas claramente nuestros infortunios, y que á los pies de Dios, conciba una conmiseracion eficaz por nosotros.»

Puede decirse que este lenguaje fue el de toda la Iglesia de España. En gran número de santuarios ilustres del reino, solemnes ceremonias en honra de BALMES, reunieron á los magistrados y á lo mas notable de la nacion. Muchas oraciones fúnebres pronunciadas desde el púlpito y difundidas entre el público atestiguan hasta qué punto movia y vivificaba los ánimos del clero, la doctrina del escritor. Uno de estos sermones fué pronunciado el dia 3 de agosto en la iglesia del Seminario de San Carlos en Zaragoza, por el doctor D. Manuel Martinez, en presencia del arzobispo de la diócesis, de las autoridades y de las personas mas distinguidas de la ciudad. Al pie del catafalco estaban colocadas todas las obras de BALMES sobre asuntos religiosos ó filosóficos. Algunas páginas de este discurso tendrán cabida en nuestro trabajo, cuando entremos en el análisis de la filosofía de BALMES. Véanse las palabras con que terminaba dicha oracion:

«Sin duda, esta alma superior, jamás fué presa de pasiones groseras. Pero este vigoroso espíritu

ha removido el mundo en busca de la verdad. Quién sabe si, en este trabajo inmenso, habrá sido empañada su pureza por algunos átomos de polvo? Si le queda algo que espiar, recibid, Dios justo y misericordioso, el sacrificio incruento que venimos á ofreceros. Nosotros, señores, consolémonos de la momentánea ausencia de este gran génio. Desear á JAIME BALMES mas larga vida, hubiera sido un verdadero exceso de amor á nosotros mismos. Ha trabajado tanto! Como otro Jacob, *ha sido abrasado por el sol durante el dia, y por el hielo durante la noche: el sueño ha huido de sus párpados; sus dias sobre la tierra han sido semejantes á los del jornalero; como el esclavo ha deseado la sombra y como el mercenario ha apetecido el fin de su trabajo.* Por qué, pues, no habia de conseguir ahora su descanso?—Ah! descansen en paz el gran apolo-gista católico! Descansen en paz el gran filósofo cristiano, el escritor elocuente y piadoso! Que el autor de las *Observaciones sobre los bienes del clero*, el autor del *Criterio*, de la *Filosofía elemental y fundamental*, de las *Cartas sobre el escepticismo* y de la obra sobre *el Protestantismo*; que el alma del ilustre español, del sacerdote D. JAIME BALMES, descanse en eterna paz!»

BALMES, mucho más atento al deseo de estender la verdad que al cuidado de formar su propia reputacion; como se ha visto, no habia pretendi-

do dignidades eclesiásticas, ni distinciones literarias. «España, sin embargo, empezaba á concederle los honores que por tanto tiempo habia estado mereciendo, dice D. Antonio Soler; este precisamente fué el momento que Dios escogió para llamarle á otras recompensas.» A fines de enero de 1848, algunos meses antes de su muerte, habiendo quedado vacante en la Academia real una plaza, la de Mgr. Amat, obispo de Astorga, el Sr. Marqués de Viluma, fué comisionado por voto unánime de la corporacion, para ofrecérsela. BALMES llenó las formalidades de costumbre y fué elegido miembro de la Academia.

Fundada, si la memoria nos ayuda, por el Rey Felipe V á semejanza de la institucion de Richelieu, la Academia de la lengua española ha prestado desde su origen un no interrumpido tributo de eminentes trabajos. BALMES tomaba asiento en ella como historiador y filósofo mas bien que á título de hablista ó gramático. Ni siquiera tuvo tiempo antes de morir para terminar su discurso de recepcion. Su plaza, vacante otra vez antes de que llegara á tomar posesion de ella, ha sido ocupada por un literato cuyo gusto y finura son conocidos en París y en Lóndres tan bien como en España: D. Joaquín de Mora. En el momento de sentarse en aquel puesto, marcado con un grande y triste recuerdo, el Sr. de Mora pronun-

ció el día 3 de diciembre algunas palabras de que nos haremos cargo en otro lugar (1).

A este tributo de la Academia, debe unirse el que diariamente continúa tributando España entera á la memoria de BALMES, añadiendo nuevas ofrendas á la suma ya reunida para erigirle un mausoleo. Estas listas de suscripcion contienen los nombres mas conocidos en la antigua monarquía y los mas brillantes de la era moderna. Bastaria recorrerlos para comprender cuán general era la influencia que ejercia BALMES. En efecto, un inmenso número de inteligencias recibia de él una direccion que las guiaba en todo, en religion, en política, en filosofía. Aun los ánimos opuestos á sus doctrinas, veneraban involuntariamente su carácter y su piedad. El sacudimiento que acababa de agitar toda la sociedad europea en España, reunia en vista de un peligro comun, personas que hasta entonces separadas por nombres ó diferencias de opinion, se habian tratado como enemigas. En el momento en que BALMES bajaba al sepulcro, habia llegado á ser por lo peligroso de las circunstancias y por la superioridad de su talento, el doctor de toda la nacion. El monumento con que su pais le manifiesta una gratitud inmortal, será erigido en medio de los recuerdos de las discordias civiles como una prueba de esa oculta unidad que reconcilia de nuevo sobre las bases de la fé católi-

(1) Véase mas adelante el análisis de las obras filosóficas.

ca y de la adhesion á la Iglesia, á todos los hijos de España, por tanto tiempo inquietos y divididos.

XXXII.

Pero un panegírico todavía mas memorable en honor del publicista católico se ha manifestado en los actos del gobierno español y en las palabras de los representantes oficiales de la nacion.

El trastorno comenzado en Francia en febrere de 1848 y extendido desde ella á toda Europa, no ha podido alterar el suelo español. Esta tierra, saturada de cristianismo práctico, ha sabido rechazar los ataques revolucionarios. Solo ella, en medio de las grandes naciones sometidas á la fé romana, solo España ha podido ofrecer á Pio IX un auxilio libre y solemne. Este ejemplo dado por España, ha sido seguido por otras naciones; pero á ella debe quedar reservado el principal honor.

No es esto solo. Al abrirse la última legislatura, la conducta del gobierno español, así en los asuntos de Roma como en su resistencia á los planes demagógicos, ha sido objeto de una pública discusion. El pensamiento nacional debia manifestarse. ¿Cuáles han sido las doctrinas que lo han revelado?—Una demostracion magnífica de los princi-

pios de la política cristiana, tal como los mas ilustres doctores y BALMES, su último eco, la han enseñado. Seria preciso transcribir aqui por completo el discurso pronunciado el 4 de enero último en la tribuna del Congreso español por D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas. Orador del partido que gobierna á España, diputado adicto al gabinete actual, honrado en estos momentos con el cargo de ministro plenipotenciario en la corte de Berlin, el Marqués de Valdegamas ha reproducido bajo una forma admirable las mismas doctrinas que llenaban los escritos de BALMES. Constituyéndose de este modo en traductor del pensamiento católico, se ha erigido en intérprete de las convicciones que dominan casi todas las inteligencias en España. De aqui procede la brillante acogida que ha recompensado su discurso. Admirador del talento de D. JAIME BALMES, conforme con él acerca de las principales verdades en el orden político, el Marqués de Valdegamas no desdeñará ser inscrito en el número de sus apologistas. Ninguno es mas elocuente que él (1).

XXXIII.

Un escritor activo y fecundo no muere casi ines-

(1) Nuestros lectores se complacerán en encontrar en la última parte de nuestra obra, á continuacion de las *opiniones políticas* de Jaime Balmes, os principales trozos del último discurso y de un escrito reciente del señor Marqués de Valdegamas.

peradamente á la edad de 38 años sin dejar mas de un trabajo medio trazado por su pluma ó su pensamiento. BALMES habia concebido proyectos numerosos. En el momento de cerrar su libro de política, tuvo la idea de continuarlo para difundir mezcladas con sus propias lecciones, las obras del Conde José de Maistre, que le inspiraban grande admiracion. Por el mismo tiempo trató de erigir en Madrid una especie de *Ateneo* católico que sirviera como de foco é imprimiera una direccion al movimiento de renacimiento religioso en España. Lo mas selecto de la nacion de uno á otro extremo, seria invitado para este objeto. Multitud de obras antiguas y modernas á propósito para empar en la ortodoxia la literatura, las ciencias y la historia, se hubieran dado á luz por esta sociedad. Poco antes de morir BALMES estuvo para abrir en Madrid una cátedra pública. Ocupábase tambien del plan de una *Revista Católica*, y por último, pensaba escribir mas tarde, un *Tratado de Teología*, un compendio de *Historia Sagrada* y unas *Memorias* acerca de los acontecimientos de España desde 1833. Con el título de *Cartas á un Seminarista* habia empezado una obra cuyo objeto era trazar un plan de estudios clásicos. A mas de la version latina del *Curso de Filosofía elemental* y el fragmento sobre la *República francesa*, sus papeles contenian al tiempo de su muerte numerosas notas para un tratado de matemáticas.

Otros escritos de fecha anterior, en especial una memoria titulada: *De la conducta que los eclesiásticos deben observar con respecto á los incrédulos*, han podido ocupar un lugar en la coleccion de sus obras póstumas (1). Desgraciadamente algunas páginas de un valor infinitamente mayor, quedarán cubiertas con un velo. En la época en que las relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede fueron reanudadas, BALMES trazó un cuadro de la situacion religiosa, política y social de su país. Este escrito, que se dice era de un mérito excelente, fué dirijido á S. S. Pio IX. El publicista cristiano recibió sobre su lecho de agonía una consulta en que el mismo Pontífice le preguntaba sobre el *derecho de nacionalidad*, sobre la *independencia*. La muerte no le permitió contestar.

En 1844, Gregorio XVI habia aceptado el presente de un ejemplar de la obra sobre el *Protestantismo*, y lo colocó en su biblioteca particular, Monseñor Brunelli, enviado extraordinario de Pio IX en España, no vaciló en dar á BALMES el dictado de: *el Santo Padre de la época actual* (2). Acabamos de ver cómo el escritor español descendió al sepulcro honrado con una nueva prueba de la confianza pontificia. Así en su vida mereció las distinciones mas dignas de una piadosa ambicion, profesando bajo un doble Pontificado doctrinas to-

(1) *Vida de Balmes* por D. B. G. de los Santos.

(2) El Santo Padre de la época..... *Vida de Balmes*, etc., loc. cit.

das tomadas con mano atrevida y segura de las abundantes fuentes de las inspiraciones católicas.

XXXIV

El sentimiento que principalmente brilla en toda la vida de JAIME BALMES, igualmente que en sus acciones y escritos, es su amor á los intereses de la fé. Ninguna pasion aparta su corazon de este amor constante con que se ligó al servicio de la Iglesia, ningun pensamiento distrajo su espíritu del culto de la ortodoxia.

El segundo tomo de la *Filosofía fundamental* habia sido denunciado en Roma á la congregacion del *Indice*, como tachado de error. «He leído y »releído mi libro, decia BALMES á un amigo. Creo »que no contiene ningun error dogmático. No »obstante, qualquiera que sea mi conviccion en »este particular, no tomaré la pluma para defen- »derme. Si una sola proposicion fuese condenada, »retiraré la ediccion entera, y la arrojaré al fuego. »Al mismo tiempo, anunciaré por medio de los »periódicos mi obediencia á las decisiones de la »Iglesia.» Felizmente, la sospecha concebida se desvaneció al instante. El público ignoró este suceso. En vez de censuras, la obra del doctor español recojió en Roma vivos elogios.

«Una de las cosas sobre la que BALMES contaba para preservarse del error, dice uno de sus biógrafos, era su sensibilidad extrema y la impresion que en él producía toda advertencia dada de buena fé.» «Puede suceder, decía él mismo, que esperimente en el momento un sentimiento de mal humor; pero la reflexion vendrá luego en mi ayuda, y me hará seguir, el camino indicado.» Tambien habia encargado á algunos de sus mas íntimos amigos le manifestasen el menor deslíz que cometiese su pluma. «Desgraciado de mí, decía, »si olvidase un solo instante los deberes á que estoy ligado en mi cualidad de escritor. A la verdad, si cometiese un solo atentado contra la regla de mi fé, solo el sentimiento de mi falta quitaría todo el vigor á mi inteligencia (1).»

En el momento que críticas violentas atacaban su *Pío IX*, escribía estas palabras: «La verdad, la »virtud, la conciencia, Dios: Tales son los objetos sobre los cuales debe permanecer fija nuestra »consideracion. Todo lo demas es transitorio.» La perspectiva de honores temporales, el favor de los grandes ó de los príncipes, hallaban á BALMES insensible. Llamado desde su instancia al estado eclesiástico por una vocacion decidida, repetía que cien veces hubiera tomado este tratado si cien veces debiera repetirse su eleccion. Para dar una última satisfaccion á la dignidad de su carácter,

(1) *Vida de Balmes, etc., passim.*

meditaba retirarse bajo el abrigo de un techo sagrado al amparo de alguna iglesia. «Esto es, decía, lo que debe hacer un sacerdote.»

BALMES era de una estatura un poco mayor que la mediana, de una complexión débil y poco desarrollada. Su semblante delicado y pálido indicaban el hábito del sufrimiento. Hasta en su modo de andar se revelaba el decaimiento de su salud. No podía vérselo sin sentirse llevado hacia él de una especie de atractivo decoroso. Con todo esta apariencia de languidez reflejada sobre todo su ser, desaparecía bajo el fuego que brillaba en su mirada. Su frente, sus labios tenían un sello de la energía que se encontraba también en sus ojos negros, profundos, animados de un brillo extraordinario. La expresión de su fisonomía, tenía una mezcla de viveza, de candor, de melancolía y de fuerza de alma. En la sociedad de aquellos que poseían su amistad ó confianza, su rostro se animaba y dejaba brillar la pureza de su corazón. Al contrario, en presencia de personas desconocidas, este mismo semblante parecía cubrirse de un velo impenetrable.

Si la influencia de la primera educación, algún tanto agreste, se dejaba percibir algunas veces, y se vislumbraba en los modales y porte de BALMES, no obstante, nada impedía descubrir en él un natural noble y una cierta dignidad elegante. El fondo de su carácter le formaba una sensi-

bilidad velada y comprimida que atraía y removía fuertemente las simpatías. Por efecto de la abnegación cristiana, y bajo la presión de la voluntad, esta sensibilidad se había plegado á las reglas de una razón austera (1). No por eso esta sensibilidad dejaba de existir, semejante á las fuentes ocultas de las que brota hasta la superficie de la tierra una fecundidad, cuyo origen se esconde á la vista.

Es indisputable que BALMES sentía con una viveza estremada ciertas atenciones, y en particular las del hogar doméstico. Cada día la memoria de su madre venía á herirle de nuevo. Una hija de su hermano, niña apenas balbuciente, estaba ligada á él por una predilección marcada. No podía hablar de ella sin que las lágrimas aparecieran en sus ojos. Don José María Quadrado, que ha conocido mucho á BALMES y frecuentado su trato en la época en que la experiencia y la madurez de los años le habían ya perfeccionado, termina con estas líneas la pintura de sus costumbres y carácter: «Observador escrupuloso de las más pequeñas obligaciones sacerdotales, adquiría en las prácticas del ascetismo, el vigor que desplegabá en sus trabajos intelectuales. La distribución de su tiempo era estremadamente metódica. Sus solaces se reducían al trato íntimo de cinco ó seis

(1) Don Antonio Soler asegura que en los últimos instantes de su vida, Balmes sintió la exajeración algún tanto apasionada de esta especie de estoicismo.

»amigos. Sincero en sus juicios, lleno de pruden-
 »cia en sus consejos, conocia el profundo de los
 »secretos del corazon humano, no solamente sus
 »trasportes sublimes, sino aun de los movimientos
 »escitados por los incidentes vulgares de la vida.
 »La lisonja era menos agradable á sus ojos que la
 »independencia. Honraba á sus amigos, dándoles
 »pruebas de la confianza mas absoluta. Su sensibi-
 »lidad era esquisita, pero la habia sometido al
 »imperio de la razon. Sobre todo habia rehusado
 »disimularla. Avido de ser amado, le hemos visto
 »alarmarse al ocurrírsele que las deferencias de
 »que era objeto podian quizá rendirse menos al
 »hombre que al escritor (1).»

Don Pedro de la Hoz escribe tambien á su
 vez: «BALMES era inclinado á sostener su opinion
 »con cierta tenacidad. Sin embargo, desistia desde
 »el momento que creia ver en su persistencia la
 »menor infraccion de un deber; de modo que es-
 »ta inclinacion no llegaba hasta hacerle incurrir
 »en una verdadera falta. En cuanto á la acusacion
 »de avaricia de que ha sido objeto, es de todo
 »punto infundada. Era por el contrario pródigo,
 »hasta el punto que durante nuestro viaje, hecho
 »en comun, acabé por manifestarle que era tan
 »poco á propósito para administrador como yo
 »mismo poco económico á la verdad.»

En efecto, nosotros sabemos que BALMES so-

(1) Revista Hisp. Americ., entrega tercera.

corria liberalmente á los pobres. Habiendo salido por su trabajo de una indigencia estrema, tenia en el cuidado de sus intereses pecuniarios, tanta prudencia y esmero como en todos sus negocios; mas en ninguna circunstancia traspasó los límites que por este concepto le imponia la regla sacerdotal. Si su hermano, viniendo á ser su heredero, se encuentra súbitamente enriquecido con la propiedad de sus obras, nadie podrá ver aqui una muestra reprehensible de amor fraternal. En cierta época, D. Antonio Ristol, preso en la ciudadela de Barcelona por los revolucionarios sublevados en esta ciudad, experimentó la generosidad de su amigo. Recordamos tambien que dos meses despues del matrimonio de la Reina, BALMES, por motivos de dignidad, desistió de la publicacion de una obra que le prometia abundantes ganancias, al par que honor.

De modo, que los pocos y vagos cargos que se han podido dirigir contra BALMES, acusan en él á mas ciertas tendencias naturales, inclinaciones, que, la razon y la piedad tuvieron que combatir: se puede asegurar que todo en este hombre habia acabado por hacerse recto y razonable. Si por otra parte se consideran las incontestables virtudes que brillan en el curso de su vida, un tan gran celo por la verdad, un amor tan ardiente por todas las cosas nobles y elevadas, no se podrá rehusar el suscribir á estas palabras de admi-

rable simplicidad, escritas por un amigo del insigne publicista: «A mi juicio, JAIME BALMES posee los siete dones del Espíritu Santo (1).»

XXXV.

Segun una regla bastante sabida, los méritos que distinguen el talento de cada escritor, participan de las cualidades que se le han reconocido en sus inclinaciones ó en su carácter. Es demasiado fácil de distinguir en BALMES un sello particular agravado en su espíritu por la acción de las instituciones que influyeron en su juventud.

El verdadero genio de BALMES, el carácter distintivo de sus obras, el sello que distingue sus pensamientos y escritos, es el *buen sentido*. Se observa justamente que esta cualidad va siendo cada día mas rara entre la mayor parte de los pueblos de Europa. Sobre todo en Francia, á contar desde el siglo XVII, la decadencia del buen sentido sigue una marcha que sorprende. Esta cualidad, si bien se medita, es decir, cierto grado de justicia en nuestras ideas y sentimientos, no puede provenir sino de un conjunto de nociones exactas, establecidas y arraigadas firmemente en el fondo de nuestra inteligencia. Mas el catolicismo, mer-

(1) Don Manuel de Berriozabal, marqués de Casajara.

ced á la precision de sus doctrinas y á la firmeza de sus instituciones, es el único capaz de reducir á una exactitud habitual y durable la universalidad de las opiniones y sentimientos de un pueblo. Esto no es mas que un efecto de esa unidad de órden admirable, por la que se apodera á la vez del dominio de la teoría y del de la práctica, refiriendo toda verdad á un mismo origen, toda inteligencia á una regla, toda voluntad á un objeto legítimo. La incredulidad ó el escepticismo, por el contrario, oscureciendo este triple conocimiento del origen, de la regla y del objeto, esparcen en las inteligencias y en los caracteres una propension á la utopia y á la aventura enteramente contraria á esta bella cualidad que hemos descrito en BALMES.

Así, este escritor, que en nuestro siglo ha presentado el ejemplo de un pensador elevado y atrevido, reglado por una razon imperturbable, debe este mérito, en nuestra opinion, á la enseñanza católica conservada en toda su pureza en el seno de una universidad española, y comunicada á una inteligencia, que por otra parte habia Dios maravillosamente dispuesto para recibirla. De suerte, que, el talento de BALMES tomó de las costumbres y de las constantes lecciones de la universidad de Cervera, su carácter precioso.

Es sabido que en sus primeros años, BALMES estuvo lleno de entusiasmo por la poesía. El ins-

tinto de su verdadera vocacion, le apartó muy luego de esta aficion. El mismo, con motivo de sus versos, repetia mas tarde esta máxima : «La musa no tolera medianías.» No obstante esto, en los últimos años de su vida se le ha visto preocupado de un plan, á favor del cual, trataba de dar á su imaginacion alguna libertad. Bajo la alegoría de una novela, se proponia pintar el triunfo de las verdades católicas sobre los errores que el racionalismo ha derramado en los espíritus, relativamente á la religion, á la política y á la ciencia social.

Esta obra en su forma debia presentar una reminiscencia de los diálogos de la filosofía antigua y de las lecciones del inmortal autor del Telemaco. Pero hubiera tomado de la época actual tanto los personajes, como la materia de sus discursos y los acontecimientos que el pincel del autor habria puesto en escena.

BALMES no tuvo tiempo para llevar á ejecucion su proyecto. Otros trabajos, principalmente su *Doble Tratado de Filosofia*, le llevaron continuamente á pensamientos mas graves.

Una claridad y facilidad maravillosa, unidas á una dignidad constante, son las cualidades preeminentes de la pluma de BALMES. Estas condiciones son las mas esenciales en un escritor, cuyo espíritu se dedicó casi esclusivamente á los ejercicios de la razon. Por cima de los idiomas moder-

nos de Europa, y en particular de los tres dialectos derivados del latín, existe una especie de lengua general, habitual á los diversos pueblos, lengua cuyas reglas parecen calcadas sobre las mismas formas de una lógica tomada y aplicada en comun. Esta lengua es la de la filosofía, de la ciencia y de la política. Los matices que distinguen una nacion de otra, no se hacen perceptibles, ó al menos no se presentan tan vivos sino en la espresion de los sentimientos, de las costumbres, de los hábitos locales, en la literatura, propiamente dicha. BALMES escribió en la lengua filosófica de su país, muy semejante á la nuestra. Si no nos equivocamos, aprendió de nuestros escritores á poner mas orden y concision en sus discursos; tomó nuestra costumbre de capítulos breves y sumarios detallados y metódicos. Los preliminares de su obra sobre el *Protestantismo*, escritos probablemente antes que los dos opúsculos que empezaron á darle reputacion, presentan en gran parte señales de la falta de aplomo que no se encuentra ya en ninguna de sus últimas obras. Por otra parte, BALMES trataba de verdades de muy alta importancia para dedicarse á las sutilezas propias para agradar á los génios descontentadizos. Escribia para instruir y convencer; desdeñaba encantar á los ociosos.

XXXVI.

Tal ha sido la vida , las costumbres y las virtudes del hombre á quien las letras españolas han debido su principal honor , durante la primera mitad de este siglo. Réstanos ahora completar el cuadro de los pensamientos de BALMES. Creemos que la atención de nuestros lectores nos acompañará gustosa en el análisis de sus escritos.

Al proponernos dar á conocer en nuestro país el juicio emitido por el publicista español sobre la mayor parte de las cuestiones que ocupan los espíritus , no es únicamente para ensalzar el nombre del escritor y justificar los homenajes rendidos á su memoria ; es principalmente con el objeto de propagar reflexiones útiles ; es con la esperanza de atraer algunas inteligencias hácia un conjunto de verdades demasiado olvidadas en nuestros días.

OBRAS

DE

D. JAIME BÁLMES.



OBRAS

DE

D. JAIME BÁLMES.

Las obras de alguna importancia que Balmes nos ha dejado son diez. Pondremos aquí sus títulos siguiendo el orden de su publicación:

Observaciones políticas y económicas sobre los bienes del clero;

Consideraciones sobre la situación de España;

El protestantismo comparado con el catolicismo;

El criterio, ó lógica para el uso de la generalidad de las personas;

Cartas á un escéptico;

Escritos políticos;

Filosofía fundamental;

Curso elemental de filosofía;

Pio Nono;

Fragmentos y obras póstumas.

Estos escritos de dimensiones muy desiguales suministran casi la materia de quince tomos en octavo. A esto debe añadirse un número considerable de artículos publicados en las revistas de Barcelona, y que no se han insertado en su colección de *Escritos políticos*.

A fin de simplificar y de abreviar el resumen de las obras de BALMES, las distribuiremos en tres capítulos:

1.º El *Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización Europea*; el opúsculo sobre los *Bienes del Clero*.

2.º Los *Escritos políticos*. Bajo este título se comprenden: Las *Consideraciones sobre la situación de España*; la voluminosa colección de artículos publicados en diversos periódicos y principalmente en *El Pensamiento de la Nación*; Finalmente *Pio Nono*.

3.º Las obras filosóficas, que son cuatro, á saber: *El Criterio ó lógica para el uso de la generalidad de las personas*; las *Cartas á un Escéptico*; la *Filosofía fundamental*; el *Curso elemental de Filosofía*.

Tal será el orden que observaremos en este exámen.

El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion Europea (1).—Observaciones políticas y económicas sobre los bienes del clero (2).

I.

Pensamiento fundamental de la obra sobre el protestantismo.--Plan.

Siendo conocida esta obra de BALMES del mayor número de nuestros lectores, nos será dispensado citar aqui nada de ella. El siguiente análisis tiene simplemente por objeto hacer comprender mas fácilmente el órden y los pensamientos principales.

BALMES, como ya sabemos, fué impulsado á componer esta obra por el deseo de refutar una opinion que Mr. Guizot habia acreditado en toda la Europa.--«Sin duda, parece decir el publicista protestante, la Iglesia católica en los últimos siglos de su antigüedad y durante la edad media, contribuyó poderosamente al progreso de la civilizacion. Pero á partir del siglo XVI, la tutela ejercida por el soberano pontificado sobre

(1) Publicada en francés, tres tomos en octavo. Paris, casa de Sagnier y Bray, editores. En español, cuatro tomos en octavo español, primera edicion, Barcelona. Otras ediciones, Madrid.

(2) Un folleto, Vich.

los pueblos de Europa, habia venido á ser supérflua: la edad de la mayoría sucedió á la edad de la adolescencia. En la época en que se verificó la reforma protestante, el espíritu humano estaba en el derecho de emanciparse (1).

Si se fija la atencion en estas consideraciones se verá que semejante opinion histórica se enlaza á otros errores, á otras ilusiones de la escuela de que ha sido gefe Mr. Guizot. En religion, esta escuela profesa al catolicismo una estimacion estudiada y un respecto de urbanidad, bajo el cual se encubre un desden soberbio ó una aversion sistemática. En política, establece una teoría nueva, separada al mismo tiempo de la simple obediencia cristiana que del principio brutal de la *soberanía del número*: proclama la *soberanía de la razon*.

El mismo vicio que hace estériles y criminales las negaciones de la impiedad y de la demagogia, se encuentra oculto bajo las máximas de esta escuela. En efecto, sustraerse por una parte en materia religiosa, al imperio de una fé humilde y obediente, y por otra, en el orden político, sustraerse por cuenta propia á los deberes que le esfuerza en inculcar en derredor de sí, es una pretension (la experiencia lo ha demostrado ahora) que, ni obtiene la sumision de los pueblos, ni com-

(1) Véase la *Historia general de la civilizacion en Europa*, y en particular *leccion doce*.

place á la divinidad. Además, la genealogia de la escuela *doctrinaria* atestigua que es una generacion natural del protestantismo. Indáguese en qué punto han tenido su cuna, cuál ha sido la patria preferida por el espíritu de los gefes de esta escuela y llegaremos constantemente á la cuna misma y al santuario del calvinismo, á Ginebra. A la verdad, es justo establecer una distincion entre las doctrinas de M. Guizot y las del célebre sofista ginebrino: no es menos cierto que la *Profesion de fé del vicario saboyano* fija el símbolo teológico mas determinado de la escuela reciente, y que el libro del *Contrato social* suministra del mismo modo una base á la *soberanía de la razon* que á la *soberanía de la muchedumbre*.

Pero la que ha dado al calvinismo, oculto en la escuela doctrinaria, un carácter y un crédito nuevos, es su habilidad en abstenerse de toda lucha en el terreno de la teología. Un genio sutil lo ha combinado todo en esta conspiracion hipócrita dirigida contra la influencia católica. Las cualidades del gefe, su elocuencia, su gravedad, y, nosotros añadiremos, su buena fé, parecian asegurar el mejor éxito. Despues de haber echado bajo la restauracion los fundamentos de su reinado, la escuela, gracias á la connivencia ó á la imprevision de la casa de Orleans, habia llegado despues de algunos años al apogeo de su autoridad. Conocidas nos son ya las catástrofes que han perjudica-

do sus designios. Desgraciadamente, las últimas líneas trazadas por la pluma de M. Guizot, no prometen otra cosa que la evaporacion de todas las ilusiones respecto á esta brillante capacidad.

La escuela *doctrinaria*, á fin de asegurarse entre nosotros en el gobierno del Estado, creyó prudente encubrir toda pretension manifiestamente hostil á la influencia de la Iglesia; con mayor razon debia observar la misma táctica en un pais tal como España. Asi es, que, allende los Pirineos, se la ve afectar con mas cuidado aun que entre nosotros un papel puramente político. El partido *moderado*, ganado casi en su totalidad por las máximas de esta escuela, se presenta habitualmente como el protector de las instituciones católicas. Háse podido adivinar sin embargo en ciertas circunstancias, cuáles hubieran sido las consecuencias de su dominacion, si de una parte las tradiciones de España, y de otra las amenazas del radicalismo no hubieran contenido al principio, y despues corregido sus inclinaciones.

Felizmente todo se mantiene en el órden de la verdad, como todo se encuentra ligado en la trama del error. Una sola gota del veneno de Calvino, vertida sobre algunas páginas célebres, bastó para avivar la fé española. En otro lugar hemos hecho notar que BALMES, aun sentado en los bancos de Cervera, fué atacado hasta cierto punto de la ofuscacion causada en España por el ta-

lento del Sr. Martinez de la Rosa. En este momento, á no dudarle, sufriría una influencia emanada indirectamente de los errores protestantes, contra los cuales debía luchar mas tarde con tan buen éxito. Al parecer, cuando tomó la pluma para refutar las aserciones de M. Guizot, respecto á la *emancipacion del espíritu humano en el siglo XVI*, no preveyó que una lógica inflexible le conduciría á combatir las máximas políticas de Martinez de la Rosa.

BALMES, en la obra sobre el *Protestantismo*, estableció:

1.º Que en la antigüedad, y durante el transcurso de la edad media, fué necesaria toda la fuerza inherente á la institucion católica para quebrantar la resistencia de las pasiones: un sistema vago, incoherente, exento de organizacion, tal como el *Protestantismo*, hubiera sucumbido ciertamente en esta empresa.

2.º En el momento de la aparicion del *Protestantismo*, el edificio de la civilizacion, merced á los esfuerzos de la Iglesia católica, no esperaba mas que la coronacion de su obra. Si desde esta época, el mismo edificio ha recibido un nuevo grado de perfeccion, lo debe á la eficacia de las instituciones católicas arraigadas al fin, á pesar del esfuerzo del *Protestantismo*. En todo lo que ha dependido de su influencia, el principio protestante, lejos de secundar el progreso de la ci-

vilizacion, lo ha contrariado, lo ha apagado.

En esta doble asercion, opuesta á la de M. Guizot, se encuentra el resúmen de la obra. BALMES hubiera podido, apropiándose y modificando el título de uno de los libros mas conocidos del publicista francés, denominar al suyo: *Historia del desarrollo de la civilizacion europea, por la accion del principio católico*. Este segundo título, para la mayor parte de la obra, no hubiera sido menos exacto que el primero.

Despues de cierto número de capítulos consagrados á determinar lo que conviene entender por *principio católico* y *principio protestante*, BALMES evoca la historia; pregúntala sucesivamente lo que el catolicismo ha hecho por el *individuo*, por la *familia*, por la *sociedad*, y registra los testimonios que ofrece la historia con relacion á este triple objeto. Al empezar su trabajo, BALMES, que no conocia aun la fertilidad del asunto, ni la riqueza de su propio talento, no se cuidó de distribuirla en capítulos. Esta division la hizo mas tarde. Sin embargo, como las ideas en su cabeza procedian lógicamente unas de otras, se encuentra en el enlace de su largo discurso un órden constante que es fácil mostrar. Para complacer á los hábitos del génio francés, hubiera debido señalar mejor este órden en los títulos colocados á la cabeza de cada capítulo. Nuestro análisis suplirá su omision.

II.

Capitulos preliminares.

Hemos dicho en otro lugar que el libro sobre el *Protestantismo*, presenta en sus primeras páginas algunas señales de titubeamiento, hijas de la juventud y de la inesperienza del autor. Además, para un lector experimentado, el estilo de la obra, desde el principio hasta el fin, peca de alguna prolijidad.

¿Cuál es la naturaleza íntima del *Protestantismo*? ¿Qué causas le hicieron darse á conocer?— Cuando se trata, dice BALMES, de explicar la revolucion del siglo XVI, no hay razon para atribuir á los abusos que se habian introducido en la disciplina de la Iglesia una grande importancia. Los abusos de que se trata tuvieron una influencia casual y secundaria en este grande acontecimiento. El *Protestantismo*, bien considerado, es un hecho que aparece desde el origen del mundo y acompaña perpétuamente á la existencia de la Iglesia. Este hecho, cuyo nombre genérico es *rebelion, insubordinacion*, se renueva en todos los tiempos; pero las circunstancias en medio de las cuales se produjo en el siglo XVI, le comunican

un carácter particular y permiten que adquiriera proporciones que jamás habia presentado hasta entonces.

En efecto , arrójese una mirada sobre el estado de Europa en el momento en que aparece el *Protestantismo*. Los pueblos se encuentran mas que nunca en incesante y estrecha comunicacion ; la industria, el comercio mezclan todos los pensamientos ; las artes renacen ; las ciencias penetran de repente en vias desconocidas hasta entonces : se descubren nuevos mundos ; una fermentacion universal se manifiesta en las ideas y en los sentimientos. El desarrollo prodigioso que el *Protestantismo* recibe en un momento , se esplica por la disposicion de esta época y de esta escena. Por lo demas , en el fondo , el *Protestantismo* no es otra cosa que el antiguo espíritu revolucionario : su nombre mismo lo indica , pues no ha sabido denominarse sino con una palabra que implica el sentido de *resistencia* y de *negacion*.

Despues de haber espuesto esta afinidad del *Protestantismo* con los lados pervertidos de nuestra naturaleza , BALMES pasa á consideraciones sobre la inclinacion natural y pura que lleva nuestro espíritu hácia el principio católico , es decir , á la obediencia. En el estudio mismo de las ciencias naturales, el mayor número de inteligencias obedece al *instinto de fé*, en otros términos , á una especie de *autoridad intelectual*. Con mucha mas ra-

zon, cuando se trata de verdades metafísicas, nuestro espíritu tiene necesidad de una revelacion superior que le atraiga y le guie, asi como el fanal encendido dirige el navio al puerto. Tan cierto es que el espíritu y el corazon del hombre están dominados por la necesidad de creer, que en todos los tiempos, y notablemente despues de tres siglos en el seno del *Protestantismo*, el fanatismo, es decir, la exageracion y la aberracion de la fé, ha sido una de las mayores llagas del género humano.

Para reprimir el fanatismo, posee medios poderosos la Iglesia católica. El *Protestantismo* se halla sin recursos contra este mal.

Si la naturaleza íntima del espíritu humano se muestra antipática á esta *negacion* que constituye el fondo habitual del *Protestantismo*, el instinto de la civilizacion rechaza con no menor energía las doctrinas *positivas* de la reforma, es decir, los errores que han enseñado dogmáticamente sus doctores. Asi es que Lutero y Calvino han profesado respecto al *libre arbitrio*, máximas cuya consecuencia lógica hubiera sido paralizar toda actividad en el seno de los pueblos como en el de los individuos. Las naciones protestantes, lo mismo que las naciones católicas, no han dejado de persistir en creerse libres: ellas han preferido á la enseñanza de sus nuevos doctores las lecciones de su primera directora, la Iglesia.

Hasta aqui la España es, de todas las naciones de Europa, la que ha rechazado mas completamente la invasion del *Protestantismo*. No podrá dar entrada á este gérmen de disolucion sino para experimentar los mayores estragos. BALMES escribia su obra en un tiempo en que el *Protestantismo*, á favor de la dominacion de Espartero (dominacion secundada por la política inglesa), podia esperar echar alguna raiz en un suelo que lo habia rechazado constantemente. A este objeto está consagrado un capítulo entero de la obra. Este capítulo fué leído y comprendido de toda España. Ya sabemos con qué vigor el sentimiento nacional hizo justicia poco despues á las tentativas sistemáticas del Dictador.—Con este motivo, no será inútil recordar que la resistencia de Europa contra Napoleon al principio de este siglo tuvo por punto de apoyo principal á España. Pitt fué el primero que adivinó que esta nacion sola era bastante fuerte para sostener la palanca de una resistencia europea. Asi pues, la causa de la Europa, á la sazón, era la de la libertad; la del espíritu contra la fuerza y el materialismo. Hubo un dia en que la Inglaterra, la Prusia, el Austria, no vieron en todo el suelo de Europa mas que un solo campo de batalla en donde su causa fuera invencible; aquel sobre el cual combatia el patriotismo español, animado por una fe viva, marchando contra la incredulidad francesa con

ese ardor incansable que le hizo triunfar en otra época del Islamismo, y mas recientemente de Calvino.

III.

El individuo.—Abolicion de la esclavitud.

En el capítulo XIII de la obra, terminan las consideraciones preliminares.

¿En qué estado se encontraba el mundo al advenimiento del Cristianismo? ¿Qué doctrinas se profesaban y practicaban en las naciones paganas, respecto al *individuo*, á la *familia*, á la *sociedad* (1)?

¿Qué resistencias no tuvo que vencer la Iglesia para restaurar en el Universo las verdades primordiales? En primer lugar la que tiene relacion con el *individuo*, la esclavitud. El género humano habia sido creado libre; la Iglesia naciente le encontraba en estado de servidumbre.

Sin duda, asi como dicen San Agustin y Santo Tomás, se encontraba en el fondo de la esclavitud una ley misteriosa de justicia, puesto que la servidumbre era una pena aplicada al pecado. Pero

(1) El rigor del orden lógico parecia exigir que el capítulo **XX** del libro de Balmes estuviera inmediatamente á continuacion del **XIX**.

destruyendo el Salvador el pecado, destruía ó aliviaba la pena. En el primer momento, la Iglesia por sus doctrinas derribó la teoría pagana respecto á la esclavitud, teoría que se desarrolla no menos odiosa que errónea en los escritos de Platon y de Aristóteles.

La lucha que la Iglesia ha sostenido para realizar la abolicion de la esclavitud es una de las maravillas de la historia. BALMES la describe en muchos capítulos anotados sábiamente. Necesítábase abolir por grados, sin violencia, sin trastornos. Por lo mismo que la servidumbre estaba apoyada en una razon secreta de justicia, la obra de la emancipacion debia ser lenta, prudente, proporcionada. En general, asi es como se lleva á cabo toda obra propiamente divina. Los esfuerzos violentos son las mas veces muestras de debilidad. Asi en la accion del Todopoderoso no hay debilidad: en ella se manifiesta diariamente una especie de paciencia inalterable y siempre activa que es uno de los signos característicos del poder sin límite, unido á la soberana justicia. Tales son en particular los rasgos que señalan la empresa de la Iglesia para sacar de la esclavitud á la humanidad.

Sin duda alguna, no se jactará el *Protestantismo* de haber abolido la esclavitud en los tiempos primitivos de la Iglesia. El mundo antiguo habia completado esta obra cuando Lutero empezó á dogmatizar. En el mundo moderno, en América, su-

cumbe la esclavitud bajo una accion anterior al siglo XVI. Las naciones protestantes no llevan la menor ventaja sobre las naciones católicas, respecto á la abolicion del tráfico de negros : y menos todavia si se considera el modo que tienen de tratar sus negros en las colonias. Para juzgar con acierto sobre este doble hecho, véanse por una parte, las cartas apostólicas del Papa Gregorio XVI, fecha 3 de noviembre de 1839; por otra, la vida de una multitud de misioneros católicos, especialmente del ilustre P. Claver.

En estos diversos documentos, aparece no menos admirable la esquisita prudencia de la Iglesia que su perseverante caridad.

IV.

Sentimiento de la Individualidad.

Entre los elementos, dice M. Guizot, que mas resplandor esparcen en la civilizacion moderna hay uno en el cual no ha tenido parte la Iglesia : el sentimiento de *Individualidad*.

Este sentimiento, segun él, fué introducido en la civilizacion de Europa por los bárbaros: fué á la vez desconocido á la sociedad romana y á la sociedad cristiana. (Hist. de la civil. en Europa, leccion segunda).

BALMES discute esta asercion. En su opúsculo sobre los bienes del clero, presenta bajo su propio punto de vista el cuadro de las pasiones y del espíritu particular que animaba los pueblos bárbaros. En este cuadro se reconocerá sin duda alguna una crítica mas justa, mas sana, mas elevada que la del publicista protestante. Tres capítulos sobre la obra *El Protestantismo*, completan el análisis del sentimiento de la *Individualidad*.

La independendencia nacional del bárbaro no fué en sí un elemento de civilizacion; en la conducta seguida por los primeros cristianos es donde aparece por vez primera una *independencia razonable*. Confesando su creencia ante los tribunales del mundo romano, el mártir prueba ciertamente tanta libertad personal y mas heroismo que el godo ó el vándalo llevando la tea ó el hacha sobre los restos de la civilizacion antigua. Sin embargo, BALMES no niega que la barbarie haya introducido en Europa cierta disposicion fiera y atrevida, de la cual han resultado virtudes sorprendentes; pero demuestra que esta disposicion tuvo necesidad de ser castigada; que el espíritu bárbaro, entregado á sí mismo, no hubiera producido mas que barbarie; que el sentimiento de la libertad legitima nació espontáneamente en la sociedad primitiva de los cristianos, y que el mundo moderno trae su gloria, no precisamente del génio insolente y audaz de los pueblos venidos del

Norte, sino del efecto omnipotente de la enseñanza, por la cual la Iglesia supo á la vez cautivar y contener los corazones.

BALMES, que por otra parte ha apreciado ciertos pensamientos de M. Guizot, hace resaltar á su vez lo que hay de grande en el sentimiento de la libertad moderna, su oposicion á la servidumbre de todo género que ligaba en la antigüedad aun á las almas mas nobles. La patria antigua era un tirano; el catolicismo destruyó esta tiranía, asi como todas las demas. En poco sin embargo ha estado que el *Protestantismo* las hiciera revivir. Fácil seria mostrar los lazos que ligan á la reforma del siglo XVI esas escuelas delirantes, que pretenden avivar en nuestros dias por el hierro y el fuego el principio falso de una especie de divinidad de la patria ó del Estado. Algunos publicistas de la época actual han notado, con mucha sagacidad, que el sentimiento de la *propiedad*, es decir, de la *apropiacion legitima del mundo material á la libertad humana*, ha hecho de medio siglo á esta parte entre nosotros progresos notables, precisamente en el momento en que esta base del edificio social iba á ser atacada con tanta violencia. Otro tanto podemos decir nosotros del sentimiento de la *individualidad* que se podria definir: *una asimilacion rigorosa de las verdades intelectuales y morales á la inteligencia y á la voluntad de cada hombre*, lo mismo que la propiedad es una especie de asimila-

cion del mundo físico á nuestro libre albedrío.

V.

La familia.—El matrimonio.

El matrimonio es el lazo primordial que une á los individuos. No solo el matrimonio es entre los hombres un principio de unidad, sino que, creando la herencia, engendra una segunda especie de unidad, la del tiempo, la de las generaciones entre sí. La herencia, en efecto, es una cadena tendida de una á otra generacion, un nudo que aproxima los tiempos, enlazando los adelantos verificados en lo pasado con los que se traten de realizar en el porvenir. Ahora bien, el matrimonio no podria dar todos sus frutos si no fuera acompañado del principio de la monogamia y del de la indisolubilidad.

Para asegurar el triunfo de este doble principio, la Iglesia católica debió desplegar una perseverancia y esfuerzos inauditos. ¿Cómo el *Protestantismo*, incoherente, móvil, hubiera llegado á este término? Solo por su organizacion permanente, por su accion que no sufre intermitencia, y por la independendencia propia al soberano Pontificado, la Iglesia católica ha podido llevar á cabo un de-

signio tan laborioso. No solamente es cierto que el *Protestantismo* ha sido incapaz de concluir con la poligamia, sino que encontrándola destruida en el seno de Europa ha tenido la ignominia de dejarla revivir. El escándalo dado por el Landgrave de Hesse-Cassel es un hecho sumamente conocido. Lutero escribe resueltamente que la pluralidad de mujeres no está *permitida ni prohibida*, y que en cuanto á su persona no decide nada. Por último, el *Protestantismo* es el que ha consentido que el divorcio invadiera la sociedad europea.

Un capítulo del libro de BALMES sobre el *sentimiento del amor*, presenta algunas páginas, las mas admirables que la razon, unida á la delicadeza del corazon, haya podido dictar. Conviene leerlas, á fin de conocer al mismo tiempo la elevacion del entendimiento de BALMES y la sublimidad de los designios colocados por la mano de Dios en las instituciones católicas. La virginidad elevada á honor, y los claustros erigidos para hacerla florecer, el sentimiento caballeresco, apoderándose de Europa, y sustituyendo á las pasiones brutales de la antigüedad: hé aqui los fenómenos que no se pueden explicar sino por el conjunto de las doctrinas católicas, y que demuestran con cuánta justicia responden á los instintos, aun los mas nobles del corazon del hombre.

VI.

La sociedad.—De la conciencia pública.

Montesquieu introdujo en el mundo una máxima que ha llegado á ser célebre. La virtud, dijo, es el principio de las repúblicas, el honor el de las monarquías, y de aquí proviene, añade, que las repúblicas de la antigüedad tuvieron necesidad de instituir *censores* para la correccion de las costumbres, cuyo oficio en las monarquías se suple con el sentimiento del honor.

Montesquieu no ha observado que el honor en nuestros dias es propio de las repúblicas como de las monarquías, y por otra parte, que las monarquías de la antigüedad no han conocido mas este sentimiento que las mismas repúblicas. De aquí se deduce, observa con razon BALMES, que el honor es un florón de la civilizacion moderna, esto es, de la cristiana, mientras que la sociedad antigua, como se ve precisamente por la institucion de los *censores*, debia contentarse con obtener solamente de parte de los ciudadanos un cierto tributo de *virtud*. Así, pues, si se consideran bien los efectos del *honor* y los de la *virtud*, con relacion á la sociedad, no puede colocárseles en la primera línea.

Mientras que la virtud es únicamente propia del individuo, el honor en las sociedades cristianas, es la *virtud pasada al estado de institucion social*. El honor, en efecto, es un valor ideal dado á los actos y á los sentimientos, de los cuales, la sociedad reporta ventajas: es una distincion dada espontáneamente, dada por la opinion á esas mismas virtudes que la antigüedad se esforzaba en mantener por medio de una magistratura especial. Llevando mas lejos el desarrollo de este pensamiento, se verá que el honor, gracias á ciertas instituciones que no fueron del todo desconocidas de la antigüedad, es ademas una prenda, por la cual, la sociedad está segura de que el mérito será continuado.

Como se vé, la existencia y utilidad del sentimiento del honor, reposan enteramente sobre otro á quien se ha dado justamente el nombre de *conciencia pública*. Ademas, es el Cristianismo solamente, no bajo tal ó cual forma de gobierno, quien ha elevado en medio de nosotros á un grado admirable este sentimiento público, en virtud del cual, el mérito de cada ciudadano viene á ser un principio de emulacion para la sociedad entera. Sin embargo, es justo añadir que el honor se ha ligado por una afinidad enteramente especial é íntima, con las formas de nuestras monarquías cristianas.

Para obrar sobre la *conciencia pública*, y depu-

rarla mas y mas, llevándola á su mayor punto de perfeccion, el Catolicismo conserva una ventaja incontestable sobre las iglesias protestantes. Solamente la Iglesia católica ha sabido hacer de la *penitencia* una institucion pública. Entre los protestantes, la *penitencia* no tiene las formas arregladas y precisas que la hacen entre nosotros una fuente fecunda de progreso social. Verdadera *censura* de las sociedades modernas, repúblicas ó monarquías, la *confesion* católica presenta por otra parte un carácter que apenas consiente ponerla en paralelo con la *censura* inventada por la antigüedad. Esta encuentra su sancion en la vara del licitor; la *censura* católica coloca la suya en el cielo. Maravillosamente adaptada á la libertad humana, ni castiga ni corrige las costumbres mas que por el concurso mas libre y mas secreto de nuestra voluntad.

VII.

Dulzura de las costumbres.—Beneficencia pública.

Otros son los fenómenos que caracterizan la civilization moderna, y que no han podido ser producidos mas que por la accion de una Iglesia fuer-

temente constituida, tal como la romana. BALMES, como lo ha hecho, narrando la emancipacion de los esclavos, enumera bajo este punto una larga série de actos pontificios, de concilios de decretos de los concilios como esfuerzos de una caridad verdaderamente sobrehumana. El *Protestantismo* ha dado un golpe funesto al designio seguido hasta entonces por la Iglesia. En efecto, desde el cisma de Lutero, una porcion de Europa se sustrajo á la influencia del Soberano Pontífice, y en lugar de combinar su ilustracion, su industria y sus riquezas para llevar á su colmo el imperio de la caridad, se ve á los pueblos cristianos dividirse en el cuadro de la civilizacion. ¡Cuántas cosas no hubieran sido reparadas en el mundo por la mano del Vicario de Jesucristo si esta mano hubiera encontrado por todas partes veneracion y obediencia!

Seria fácil demostrar aqui la eficacia particular de las instituciones católicas para avivar las fuentes de la beneficencia. Por una parte, la palabra sagrada que ha conservado entre nosotros toda su autoridad impone al pueblo cristiano la obligacion de dar limosna á los pobres; y por otra, el juez sentado en el tribunal de la penitencia hace ejecutar esta ley predicada incesantemente desde lo alto de la cátedra evangélica.

VIII.

Del derecho de Coercion en general.—La Inquisicion en España.

¿Qué se debe entender por la palabra tolerancia? ¿Hasta qué punto la tolerancia en materias religiosas está permitida? ¿En qué época y en qué pais se ha visto reinar una tolerancia absoluta?

Estas cuestiones son examinadas por BALMES con una sabiduria notable. En cuanto al derecho de coercion en general, no se podria rehusarle á ninguna sociedad sin condenarla por lo mismo á perecer. Las naciones protestantes han usado de este derecho tanto como las católicas, y no tienen nada que reprocharse en este punto. Hay bajo este aspecto solamente una diferencia entre el *Protestantismo* y el *Catolicismo*, y es que este obra en virtud de un principio establecido lógicamente, mientras que el *Protestantismo* por el solo hecho de proclamar el derecho de libre exámen, abdica toda jurisdiccion, y condena de antemano el uso que hace de la espada ó de la prision.

BALMES, como español, debia decirnos algunas palabras sobre la Inquisicion, y por lo tanto, consagra á esta cuestion dos capítulos de su obra.

Muchas buenas almas han creído que se deja arastrar en este punto de prevenciones inspiradas por su patriotismo. El conjunto de hechos que se presentan en la *Historia de la Inquisición de España* está justificado, ó por lo menos, escusado por él: pero no se puede negar que arroja sobre esta historia preciosas luces. No obstante, un estudio mas detallado de las intenciones, de las miras que han guiado la política española durante la lucha de muchos siglos contra el *Judaismo*, el *Mahometismo* y el *Protestantismo*, está aún por hacer, y esta sería una de las obras mas bellas que un historiador pudiera proponerse. Estamos convencidos de que este estudio haría resaltar el admirable designio de la Providencia á través de las pasiones que el hombre ha mezclado para el cumplimiento mismo de este designio.

IX.

Ordenes religiosas.—Su necesidad en el presente y en el porvenir.

La historia de las órdenes religiosas y de su influencia en Europa, es, con poca diferencia, un resúmen de los mismos progresos de la civilización. Sin estas instituciones creadas y reanimadas

incesantemente por el génio de la Iglesia católica, no solamente las virtudes sino las ideas, las letras y las artes hubieran quedado á una distancia inmensa del punto á que llegaron. Tal ha sido la ley de lo pasado; BALMES opina que esta ley rije aun el presente, y continuará rigiendo el porvenir.

«Lo que es preciso hacer luego que la sociedad se disuelva, escribe en una parte de su libro, no son de ninguna manera palabras, proyectos, leyes: son instituciones fuertes que resistan á las pasiones, á la inconstancia del hombre, á los golpes demolidores de los acontecimientos. Son precisas instituciones para elevar la inteligencia, para pacificar y ennoblecer el corazón, para determinar en el fondo de la sociedad un movimiento de resistencia y de reaccion contra los elementos funestos que la encadenan á la muerte.» Estas pocas palabras pueden servir de resúmen al capítulo que cierra el largo trabajo de BALMES sobre las órdenes religiosas, y en él se encuentran reunidas toda la justicia y toda la energía de su espíritu. Entregadas á pasiones tumultuosas, las sociedades actuales carecen de un freno, puesto que nada corrige en ellas los ánimos ni las costumbres. Los medios materiales que ejercen aun alguna compresion, concluirán por caducar, y el inmenso desenvolvimiento del espíritu de libertad hará impotente, á la larga, toda represion

que no se base sobre aquella mezcla formidable de progreso y de decadencia ; el espíritu actual del mundo no podría ser contenido , realzado y dirigido sino por la fuerza rejuvenecida de las mismas instituciones que la han formado en su origen. Es preciso leer enteramente el capítulo 47 del libro que BALMES ha escrito hace siete años : que confirmacion admirable vienen los sucesos á dar á sus palabras ! Hace siete años estas páginas eran una prediccion , y se leen al presente traducidas en caracteres de lágrimas y de sangre sobre toda la superficie de Europa. Solamente este capítulo bastaria para dar renombre á la pluma que le ha trazado.

X.

Doctrina politica del Catolicismo.

Un volúmen casi entero de la obra está consagrado á desenvolver las doctrinas políticas que han estado en boga en las escuelas católicas. La Iglesia , á propósito de doctrinas políticas , ha sido sucesivamente el blanco de las mas encontradas acusaciones : tan pronto se la reprocha de favorecer con exceso las prerogativas del poder civil ; tan pronto se afecta encontrar en sus máximas un fomento á la rebelion.

BALMES toma el trabajo de justificarla contra este doble y contrario ataque, y para vengarla de la primera acusacion le basta traer á la memoria la doctrina de un muy considerable número de doctores, tocante al origen del poder civil. Despues de la enseñanza unánime de las escuelas católicas, intérpretes en este punto del testo formal de las Santas Escrituras, el poder civil viene de Dios: pero viene directa é inmediatamente ó pasa por conducto de la sociedad? Cuestion es esta que ha dividido y divide aun las escuelas ortodoxas; mas la Iglesia se ha contentado con sostener el origen divino del poder civil, é imponer, despues del apóstol, la obligacion estricta de obedecer á las potestades. Hasta cierto punto deja al buen sentido, á la razon y á la sana filosofía el cuidado de determinar cuál es en cada lugar y en cada época el verdadero poder. Nosotros mismos veremos cómo permite discutir cuál es el límite preciso en donde puede cesar la obediencia: luego la Iglesia no ha sancionado la tiranía.

El contraste señalado por los doctores entre el origen del poder pontifical y el origen del poder civil, acaba de demostrar cuánto cuidado ha tenido la Iglesia en toda cuestion que interesa á la libertad del hombre. Jesucristo ha instituido por un mandato espreso la autoridad de su Vicario. El le ha dicho: *sé tú y yo seré contigo hasta la consumacion de los siglos*. Nada semejante se ha di-



cho á las autoridades del órden civil. Con relacion á estas, Dios se ha contentado con disponer todas las cosas en un cierto órden que conduce natural y necesariamente á la institucion del poder: por lo demas este no aparece jamás señalado con un carácter inadmisibile. Sagrado, porque es el resultado de una disposicion providencial, el poder civil, sin embargo, está sometido hasta cierto grado á las condiciones inciertas y mudables de toda institucion humana. El carácter divino que reside en ella, es de un órden condicional, no absoluto, y en este estado es como se entiende que no emana directamente de Dios.

Sin embargo, no hay menor falsedad en decir que la Iglesia ha especulado con el deber y la obediencia de la autoridad civil. BALMES establece que la sumision á esta autoridad es absolutamente imperiosa y sagrada, cualquiera que fuera la doctrina tocante al origen del poder. Poco importa que la autoridad del magistrado ó del príncipe haya pasado por un intermediario; no por eso dimana menos de Dios. Una vez establecido y asentado legítimamente, este poder tiene derecho no solamente, al respeto sino al amor; tal es el parecer unánime de los intérpretes de la doctrina católica.

BALMES analiza con cuidado las consecuencias de las dos opiniones sobre el origen del poder civil y demuestra que estas se aproximan y conclu-

yen por confundirse en un precepto único: *obedecer*.

XI.

Reflexiones.

Designando por los términos de *comunicacion mediata* el origen particular del poder civil comparado con el de la autoridad Pontifical, BALMES, no menos que los teólogos de que se hizo eco, no repara en acreditar la teoría de la *soberanía popular*. A sus ojos, la eleccion, por la cual, en ciertos casos, una nacion puede ser llamada á elegir un jefe, no es la fuente de la legitimidad del poder civil, no es mas que el conducto. La eleccion es uno de los mil medios, por los cuales, la autoridad civil, emanacion, delegacion de la autoridad absoluta, que mora en Dios, puede trasmitirse á un hombre ó á una familia. Por poco cuidado que se ponga en consultar la historia, se convencerá ademas que la eleccion es el menos usado de todas las maneras, segun las cuales, viene á establecerse en el mundo.

Prefiriendo, al contrario, los términos de *comunicacion inmediata* para explicar el origen enteramente divino de la autoridad pontifical, los teó-

logos demuestran bastante que los términos de que se sirven en uno y otro caso, no tienen relacion con este mundo, que concurre á la institucion del uno ó del otro poder. En efecto, la persona, sobre la cual viene á descansar la autoridad pontificia, se vé designada primeramente por una eleccion hecha en el seno del enlace, eleccion, que, en los tiempos de la Iglesia primitiva, se verificaba en el seno de la asamblea del pueblo cristiano. Los doctores, sin embargo, no atribuyen menos á la autoridad pontifical el carácter que resulta de una *comunicacion inmediata* del poder divino, mientras que, segun ellos, la autoridad del jefe de un Estado, autoridad siempre delegada de Dios, no es trasmitida sino mediante una cierta participacion, y como se espresa Belarmino, un cierto consejo del hombre ó de la sociedad. En todos los casos, cualquiera que sea el título, en virtud del cual, el jefe de Estado ejerza su autoridad por derecho hereditario de conquista legítima ó sufragio nacional, los mismos doctores, y BALMES despues de ellos, declaran que nada podria destruir, ni menos alterar los deberes que ligan para con el jefe de la sociedad entera.

XII.

De la resistencia al poder civil.

Sin embargo, como ya hemos indicado, la Iglesia permite examinar si en algun caso es lícito rehusar la obediencia al poder. Despues del origen del mundo, el buen sentido del género humano ha reconocido constantemente, que el poder de un *tirano*, ó en otros términos, el poder de un jefe ó de una raza real que trabajasen por *destruir* la sociedad, mas bien que para *conservarla*, podria por lo mismo en ciertos casos, y deberia ser rechazada por los súbditos. El *Cristianismo* no ha cambiado esta verdad fundamental; solamente estableció, que la autoridad en sí misma, esto es, la fuerza que defiende y dirige la sociedad, está sellada de un carácter sagrado. Por esto, en las sociedades cristianas, el poder ha venido á ser una especie de sacerdocio rodeado de un respeto, al cual se mezcla el amor: sentimientos bien diferentes de aquellos que obtuvo en el seno de las sociedades paganas. Gracias á la accion ejercida por el *Cristianismo*, de una parte, sobre los depositarios de la autoridad que hizo equitativos, y de otra, sobre los súbditos que vinieron á ser dóciles

y amantes, el poder entre los pueblos cristianos ha presentado de nuevo algunos rasgos que señalan el poder patriarcal en el origen de las sociedades.

De esta manera, los casos de tiranía, tan frecuentes en la antigüedad y aun en nuestros días, entre los pueblos colocados fuera de la civilización cristiana, son en Europa hechos estremadamente raros. Muchos doctores católicos, principalmente Santo Tomás y sus comentadores, tuvieron cuidado en definir los casos de *tiranía*: por esto mismo, proponen ó hacen notar un cierto número de reglas propias para dirigir la resistencia contra las empresas de una tiranía que ha venido á ser flagrante é insoportable. Estas reglas, delineadas por BALMES, son de tal manera prudentes, que la sociedad encontrará en ellas un freno mas contra las revueltas, mas bien que un fomento á la misma revolución. Tal será el efecto de las restricciones, con las cuales, estos doctores rodean el derecho de resistencia. Es curioso leer el paralelo establecido por BALMES entre la doctrina de Santo Tomás y la que M. de Lamennais, no teme exponer en sus escritos demasiado célebres. No se ignora que M. de Lamennais, rompiendo sus lazos con la Iglesia osa colocar su rebelión bajo la autoridad de las máximas del gran doctor. Esta parte del libro de BALMES, presenta en este momento un interés extraordinario.

XIII.

Otras reflexiones.

Algunas almas apasionadas, equivocándose sobre la intencion que ha dirigido á BALMES, han notado en todo este estudio de las doctrinas políticas del *Catolicismo*, los testos, las reflexiones que parecen favorecer particularmente la libertad popular. De aqui, elogios por parte de unos y críticas injustas por parte de otros. A fin de prevenir en este particular toda prevencion que en ambos casos seria una injuria á la memoria del escritor español, deseamos que se leyese atentamente el mismo testo de su libro, relativo á estas cuestiones, y el análisis de sus *Escritos políticos* puesto á continuacion.

Es cierto que BALMES experimenta una simpatía marcada por toda doctrina que tienda á ennoblecere al hombre. En esto, como en todo, participa ardientemente del mismo espíritu de la Iglesia. El capítulo titulado: *De la resistencia á los gobiernos de hecho*, demuestra que existe á sus ojos un sentimiento laudable de independenciam al lado de pasiones criminales que se ocultan á menudo bajo este nombre. Por otra parte, resistir á los go-

biernos de hecho, á la usurpacion, á la invasion injusta de un pueblo extranjero, no es revelarse contra el órden divino, es, por el contrario, conservar la obediencia que se debe á la autoridad verdadera, es inmolarsé algunas veces por un deber heróico.

BALMES, en todo el curso de este trabajo sobre las doctrinas políticas, se ha colocado y mantenido bajo el punto de vista de una estremada elevacion. Observa que el advenimiento del *Protestantismo* en Europa ha sido la señal, el punto de partida de una perturbacion profunda entre las relaciones de los gobernantes y los gobernados. Investigando las doctrinas que han estado en boga en las escuelas católicas, demuestra que el principio de una libertad sábia, se enseñó en ellas con una fuerza que fué creciendo ó decreciendo segun el respeto que obtenia de parte de los pueblos cristianos el precepto de obediencia (1). Asi, en los paises en que la heregía protestante no ha penetrado, especialmente en España, las doctrinas mas generosas en materia de libertad no han cesado de ser profesadas hasta nuestros dias. Y á propósito de la Inquisicion, BALMES cita un acto, en el cual la autoridad eclesiástica de España sostuvo á presencia de Felipe II máximas que establecen y garantizan la justa dignidad de los pueblos.

(1) Se notará dentro de poco la claridad: el Marqués de Valdegamas ha esparcido sobre esta verdad, una de las mas importantes de la ciencia histórica

¡Qué espectáculo, por el contrario, nos presenta el resto de Europa! Doctrinas, enseñanza y acciones, todo revela en ella el desorden la contradicción y la anarquía. La mayor parte de los pueblos protestantes aceptan la autoridad mas absoluta ó pasan alternativamente de la rebelion al mas duro despotismo. Inglaterra se pliega á los tiránicos y deshonorosos caprichos de Enrique VIII, el cual usurpó los derechos de la Iglesia y conculca las tradiciones de la libertad. La Reina Isabel deja sangrientas huellas de su dominacion. Algunos años despues, la reaccion del principio popular hace rodar por la vez primera la cabeza de un Rey sobre el patíbulo. Se restablece la dinastía de los Estuardos para arrancarla de nuevo el centro. Por su parte, Francia, durante tres siglos pasa de los desórdenes de la demagogia á los excesos de la autocracia real. Vése de un lado á Calvino y Jurieu divinizar, por decirlo asi, la independencia individual, y por otro Luis XIV ser el ídolo de un culto el mas sagrado. La filosofía del siglo XVIII viene á coronar mas tarde la obra del *Calvinismo* para que en seguida rueden las cabezas de medio millon de hombres en la revolucion francesa. Tal es el cuadro que se ofrece á nuestros ojos en aquellos paises que el *Protestantismo* ha sustraído mas ó menos al imperio de las máximas católicas.

Al investigar cuál es la doctrina del catolicis-

mo, BALMES manifiesta cierta desconfianza hácia la escuela de que Bossuet es el jefe mas illustre. A fin de que se comprendiese la enseñanza de la Iglesia en toda su pureza, consultó á las escuelas de España é Italia con preferencia, temiendo sin duda que las doctrinas de la francesa hayan sido inspiradas á vista de los peligros á que durante tres siglos estuvo espuesta inminentemente nuestra sociedad. Acaso la proximidad de nuestras disensiones civiles, habia introducido la turbacion hasta en el santuario en que nuestros doctores se instruian.

No podria, pues, ser censurada la circunspeccion de BALMES, puesto que él mismo conviene en que el espectáculo de los desórdenes de que ha sido teatro la Francia, comunica á algunos de nuestros escritores, particularmente á Bossuet, luces y energía sin igual cuando trata de poner en relieve el precepto de la *obediencia* y el sello divino de la autoridad. La mayor parte de las obras de Bossuet, especialmente su *Discurso sobre la historia universal*, revela sin embargo una conformidad constante é íntima de sus ideas con las de los doctores de siglo y patria diferentes. Si su mirada parece perder por instantes algo de su serenidad é independencia, pronto la sombra se disipa, y casi siempre esa misma mirada hiere el error con una fuerza irresistible, ó se eleva magestuosa y admirablemente hasta la esplendente luz de lo verdadero.

En nuestros días , M. Maistre , ha puesto las cualidades mas eminentes del génio francés al servicio de la verdad católica , que mas pura y brillante habia podido conservarse allende los puer- tos. Respecto á M. de Bonald , BALMES no podia sin apartarse del objeto de su libro , acompañarle en sus investigaciones acerca de la misteriosa esen- cia de las diversas formas de gobierno.

XIV.

Influencia del catolicismo en la literatura.

Merced á trabajos que honran á muchos escri- tores de nuestro siglo , la influencia que el catoli- cismo ha ejercido sobre el desarrollo de las cien- cias y de las letras , ya no se disputa por ninguno que tenga buena fé. BALMES, sin embargo , dedi- ca la última parte de su libro á estender y com- pletar las indicaciones hechas sobre este particu- lar por sus predecesores.

Desde las primeras líneas de nuestro análisis hemos dado á conocer el pensamiento que reasu- me y encierra toda la obra acerca del *Protestantis- mo*. En cuanto á las *Observaciones sobre los bienes del clero* , las creemos suficientemente conocidas, por lo que en diferentes lugares de nuestro traba- jo hemos dicho.

ESCRITOS POLITICOS (1), PIO IX (2).

I.

Ojeada sobre la historia de España de los últimos cien años.

Ya hemos dicho que la colección de los *Escritos políticos* de BALMES contiene además de los principales artículos que publicó en las revistas de Barcelona y de Madrid, el opúsculo titulado: *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, el cual merece ser consultado, si se desea alcanzar la razón de los acontecimientos que la historia contemporánea de aquel país nos ofrece. Por desgracia, también esta obrita adolece de un defecto harto frecuente en las improvisaciones políticas del autor, *la proligidad*: hé aquí el resumen de algunas páginas de aquella que son como la introducción natural al cuadro de las opiniones de BALMES, acerca de los principales puntos de la política de su país.

«Durante un largo intervalo de tiempo, á con-

(1) *Escritos políticos*. Un tomo en cuarto impreso á dos columnas y de 800 páginas en Madrid, 1848.

(2) Folleto de 150 páginas, Madrid y Paris.

tar desde el primer tercio del siglo XVI, la España se encontró en una situación excepcional que la mantuvo apartada del resto de Europa. Innovaciones religiosas seguidas de sangrientas guerras, desquiciamiento político, apasionadas controversias acerca de las más altas y más delicadas cuestiones, revolución inmensa en las ideas filosóficas: tal es el cuadro que presentaban en aquella época las naciones europeas. La España, entretanto, permanecía en un reposo profundo; ni las agitaciones, ni la efervescencia, ni los violentos sacudimientos que rápidamente se sucedían muy cerca de sus fronteras, le hacían experimentar la más leve alteración.

»A la muerte de Carlos II, los campos de España fueron la arena en que las potencias europeas se disputaron la herencia de la casa de Austria. Nuestro territorio vino á ser el teatro de una guerra de sucesión larga y sangrienta. La permanencia de los soldados extranjeros, el contacto íntimo y permanente con la Francia, que ya entonces como hoy, podía considerarse como el corazón de la Europa, la preponderancia de la influencia francesa sobre nuestros destinos, en una palabra, todos los resultados de un movimiento tan profundo, debían ser el germen y el prelude de un porvenir enteramente nuevo. Para darse razón del cambio ocurrido por esta época en España, basta comparar el reinado de Carlos II con

los reinados de Felipe V y de Fernando VI.

»Es verdad que no se notan al principio sino un corto número de reformas en la administracion, y el comienzo de una nueva era literaria; pero todo se halla unido en la sociedad por lazos íntimos y delicados. Precisamente era entonces la época en que la ciencia humana tomaba en Europa un carácter peligroso. Apartada de su objeto, y olvidándose de su origen, la ciencia abandonaba su primera direccion, y se abrogaba ilegítimas facultades (aquí presenta BALMES el cuadro de la filosofía francesa en el siglo XVIII) y prosigue: las cosas no podian suceder en España de la misma manera, porque nuestras instituciones, ya de por sí robustas, las habia fortificado el tiempo. Las ideas y las costumbres, por efecto natural de un hábito no interrumpido por mucho tiempo, habian adquirido un grado extraordinario de firmeza y consistencia. A todas estas diversas causas se allegaba el carácter nacional, grave y severo, por cuyas razones, la España se hallaba rodeada con una muralla de bronce que necesariamente debia resistir por mucho tiempo el embate de las nuevas ideas.

»Considerad ahora el trono de Cárlos III cercado de magestad y de poder, con las letras y las ciencias formando á su alrededor una auréola resplandeciente. En esta brillante córte no hay progreso alguno del entendimiento que no se acoja con juvenil entusiasmo. Sin embargo, fácil es dis-

tinguir á través de estos resplandores algunas luces singulares, nuevas y desconocidas. Sin duda el honrado monarca se imagina que son el reflejo deslumbrador de las piedras preciosas que chispean sobre su corona.....

»Pero en fin, estalla la revolucion francesa, no es posible ya que la Europa repose tranquila sobre sus antiguas bases. La influencia de tan prodigioso acontecimiento debia hacerse sentir en España. Sin embargo, el estado de las ideas y de las costumbres era tal en el fondo de la nacion, que el espíritu de novedad, lejos de invadir las masas, ni aun pudo formar en ninguna clase un partido temible por su fuerza; y si hubiese sido posible impedir el sacudimiento que produjo la invasion francesa de 1808, probablemente todas las innovaciones se habrian aplazado para una época muy lejana.....

»De cualquier modo, el grito de alarma se pronuncia; solo, sin Rey, sin gobierno, sin jefes; el pueblo español se levanta semejante á un atleta. Este pueblo, al cual se tenia por débil y envilecido, sacude el yugo bajo al cual los partidarios mas entusiastas de la igualdad doblaron su cerviz, y rompe las cadenas que tenian en cautiverio á la Europa. Y sin embargo, ¡oh pueblo tan desgraciado como ilustre! ¡tanto valor y heroismo no eran para tí sino el principio de una larga série de desastres!

»El invasor debia buscar en el seno de la nacion todos los medios posibles para corromper el espíritu público y facilitar la conquista. Ademas, en la misma nacion debia manifestarse y ponerse en ejercicio todo elemento que se hallase en antipatía secreta con el espíritu dominante. Estos elementos hostiles, separados hasta entonces, se buscaron con efecto de un extremo á otro de España, se acercaron mútuamente, formando una fuerza distinta, cuya naturaleza y poderío se fueron mostrando cada vez mas. Siempre que reflexiono sobre los efectos que produjo en España la invasion francesa, se presenta una comparacion á mi espíritu. Me parece que veo un líquido, en el cual se halla en disolucion un sinnúmero de moléculas pertenecientes á cuerpos heterogéneos. Quitad la causa que las separa, y ellas mismas se buscarán al momento, se acercarán y depositarán en el fondo del vaso; ahora bien: sabido es que este fenómeno es producido por un movimiento brusco comunicado al vaso, ó por la presencia de un cuerpo extraño.

»Los límites de este escrito no consienten hacer comentarios sobre los acontecimientos que desde entonces se vieron pasar rápidamente. Baste decir que la filosofía del siglo XVIII tuvo desde aquel momento una tribuna siempre abierta en España con los periódicos, y se oyó en las córtes de Cádiz un eco miserable de la asamblea

constituyente de Francia, y en fin, para completar la parodia y acabar de emponzoñarlo todo, hasta los discípulos de Port-Royal salieron á campaña.

«Podian la precipitacion y el aturdimiento de los novadores sustituir de repente á las graves ideas castellanas, sin producir un conflicto? Sucede nunca que dos enemigos irreconciliables se encuentren faz á faz sin que se trabé entre ellos una encarnizada lucha? España era eminentemente monárquica, y se le imponia una constitucion democrática por esencia. Era ademas religiosa, y se prodigaba delante de sus mismos ojos la injuria y la burla á su religion. Ni la Francia, ni ningun otro pais se encontraron en circunstancias semejantes á las que acabo de describir. De aqui esa diferencia capital entre nuestra revolucion y las que han agitado las demas naciones de Europa. Entre nosotros, lejos de haberse aclimatado la revolucion, todo se conjuró contra ella. Aquella idea extranjera no pudo afirmarse en la tierra de España sino á favor del tumulto y de las preocupaciones causadas por la guerra de la Independencia. La revolucion en España fué una *verdadera sorpresa*.

«Para esplicar las anomalías que presenta la revolucion española, importa mucho colocarse en el terreno que acabamos de indicar. Asi se comprenderá cómo bastó un soplo para hacer desapa-

recer en 1814 la Constitución de 1812: cómo esta misma Constitución restablecida en 1820 volvió de nuevo á la nada, al solo aspecto de un ejército de conscriptos franceses. Las multiplicadas tentativas de los años siguientes, no tuvieron mejor resultado. Teas arrojadas en una atmósfera incapaz de alimentar su llama, apenas lanzadas en ella, se apagaron al instante.

De aquí la singularidad notable que distingue la revolución de España de la francesa. En Francia primero fué sofocada por un dictador, después vencida por los ejércitos de Europa, y sin embargo, si bien se mira, nunca desapareció completamente de aquel país la revolución, pues ha sobrevivido en algunas instituciones creadas por ella misma, y por el respeto tributado á los hechos consumados. Entre nosotros, al contrario, aparece y desaparece como un meteoro la era cristiana constitucional. Retumban algunos cañonazos en la atmósfera, brillan algunos relámpagos; pero la tempestad nada deja en pos de sí; el antiguo orden de cosas es restablecido; nada subsiste del edificio efímero que la revolución levantára.....

»Sin embargo, cualquiera que fuese la oposición general existía un núcleo mas ó menos homogéneo en torno del cual todas las ideas, todas las simpatías que no se conformaban con las tendencias del gobierno, iban poco á poco agrupándose. El partido realista continuaba, es verdad,

en posesion de la autoridad; pero su lenguaje y su conducta dejaban adivinar el peligro de que se sentia amenazado. El nacimiento de la Princesa de Asturias (hoy la Reina Isabel) hizo tomar un nuevo aspecto á todas las cosas, pues este acontecimiento alejaba del trono á un Príncipe en el cual se hallaban fijas las esperanzas de un número considerable de realistas. De aqui la escision entre los partidarios. Ya desde entonces se pudo preveer, que escluido el Príncipe de la sucesion á la corona, no tendria sino un solo recurso á que apelar para reunir en torno de su causa la multitud de sus defensores.

»Asi, pues, la guerra de sucesion se complicó con la guerra de los principios. Cada rama del tronco real representa un órden de ideas distinto. La muerte de una Reina, el casamiento sucesivo del Rey, el nacimiento de una Princesa, la enfermedad del Monarca, la ilusion de su cercana muerte, su vida prolongada un año mas, todo se combinó de un modo sorprendente para producir aquel resultado. Fernando VII, al bajar á la tumba, dejaba á España en la mas crítica situacion.

»El hábil ministro que dirigia los negocios en aquella época, el Sr. Cea Bermudez, no pudo menos de comprender que el trono de Isabel estaba fundado sobre el cráter de un volcan. Era muy importante que la causa de la jóven Reina apareciese ligada con los intereses mas sanos á la

gran mayoría. El Sr. Cea que comprendía esto mismo, publicó inmediatamente su célebre manifiesto de 3 de octubre. Si á la muerte del Rey el gobierno hubiese dado muestras de la menor inclinacion hácia las instituciones liberales, de seguro la esplosion de los sentimientos hostiles á esta forma de gobierno habria sido mas universal y terrible y muy dificilmente la causa del nuevo Monarca habria escapado á una definitiva derrota. ¿Quereis, durante la guerra que sobrevino, medir á cada momento las mas ó menos probabilidades del triunfo de D. Carlos? Considerad ahora mismo la exageracion de las ideas revolucionarias y la violencia con que se porta el gobierno de Madrid, y estad seguro de que la causa de D. Carlos se ha mejorado, fortalecido en razon directa de esta violencia y exageracion.

»Basta lo que acabamos de decir para que se comprenda cuán hondas raices tenia el principio identificado con la causa de D. Carlos. Notad ademas un hecho constante en todos los puntos del territorio que fueron teatro de la guerra civil. Los partidarios de D. Carlos gozaron en todas partes de una libertad completa. Un carlista solo con su fusil en la mano atravesaba sin peligro una distancia enorme y se acercaba impunemente á las murallas de todas las ciudades fortificadas, en tanto que las tropas de la Reina tenian que presentarse en masas respetables y algunas veces formar un

ejército completo para trasladarse á algunas leguas de distancia. Siete ú ocho mil carlistas acampados en un territorio tan pobre y estéril como las rocas y montañas que le circuian encontraban en él con que vivir durante muchos meses, al paso que el ejército contrario en el mismo país necesitaba replegarse sobre un punto fortificado desde el momento de haber agotado las provisiones de campaña. El menor descalabro seguido de una dispersion bastaba para destruir cualquiera de las divisiones del ejército de Isabel, en tanto que los carlistas, dispersándose á cada paso, veían apenas disminuido al día siguiente de una derrota el número de sus soldados. Preguntad á los generales de la Reina, sino sentían frecuentemente á su alrededor una resistencia sorda; pero poderosa, una fuerza secreta que les arrebatava las ventajas de sus triunfos y agravava hasta lo sumo cada derrota que sufrían; cuándo las partidas carlistas renaciendo sin cesar, cobraban á cada paso un vigor que reparaba sobre la marcha sus desastres.

»Se ha dicho que el incentivo del saqueo y el amor á la rapiña debían considerarse entre otras como una de las causas que engrosaban las filas carlistas. Cierto es, en efecto, que la causa de D. Carlos sirvió mas de una vez de pretesto á hombres cuyo único afán era vivir sin ley ni freno, fenómeno comun á todas las insurrecciones; pero esta razon está muy distante de explicar el éxito

de la causa carlista ; mas dejando aparte aquellas provincias en que la insurreccion se organizó primero y constantemente se sostuvo , he visto y conocido muy de cerca á los habitantes de las montañas de Cataluña, y atrevimiento doy á quien quiera que se haya encontrado en contacto con ellos para negar su probidad, su amor al trabajo y su alejamiento de todo hábito de saqueo y de pillaje.

«Está, pues, demostrado que treinta años de esfuerzos revolucionarios no habian podido estirpar el principio que servia de fundamento á la causa de D. Carlos. Hasta las circunstancias mismas que acompañaron al triunfo de la Reina en el último período de aquella prolongada guerra, lejos de destruir corroboran la fuerza de nuestras observaciones. Los consejeros de D. Carlos habian hecho olvidar á este Príncipe su verdadera posición: le persuadieron de que ya era Rey verdadero, cuando bastaba que fuese el primer soldado de su ejército. Su cuartel general se convirtió en una corte, en la cual la discordia y las discusiones concluyeron por destruir la *unidad*, es decir, el medio mas poderoso para alcanzar victoria, medio que precisamente era por excelencia una de las ventajas propias del partido carlista.

«Pero si los representantes de un principio no supieron cumplir la mision que se les habia confiado, no se deduce que el principio mismo haya desaparecido. El principio habrá perdido su

fuerza política, ó lo que es lo mismo, habrá llegado á ser impotente para establecer tal ó cual forma de gobierno, para elevar al trono esta ó la otra familia; pero no por eso deja de existir como principio moral y social. El es el que acaba de sostener entre nosotros una lucha de veinte años. El tiene todavía raíces profundas en nuestro suelo, y ramificaciones muy estensas. Podrá modificarle, pero es necesario aceptarle como un elemento de gobierno. No hay que hacerse ilusiones á la vista de esos grandes ejércitos en pie de guerra, y de los gefes ilustres que marchan á su cabeza. Los ejércitos acaban por disolverse, porque las leyes de la política y de la economía lo quieren así, y los gefes vuelven á la vida privada ó descienden al sepulcro. A la vuelta de poco tiempo la suerte de la nación española quedará exclusivamente confiada al imperio de sus leyes é instituciones: desdichados de nosotros si las instituciones y las leyes carecen entonces de la fuerza y sabiduría necesarias para alcanzar su grande objeto!»

II.

España y el Catolicismo.

Las opiniones de BALMES acerca de la política



de su país, carecerían de base racional, si ante todo no diésemos á conocer la influencia que atribuye al principio católico sobre los destinos de la patria española. Cuando una nación, decia M. de Lamennais en 1829, ha vivido largo tiempo sujeta al imperio de la religion católica, no recobrará la paz y la estabilidad sino vuelve al catolicismo. BALMES debiera haber colocado esta máxima al frente de sus estudios sobre la política europea. Pero cuando se trata en particular de la España, semejante máxima necesita modificarse. Sometida como las demas de Europa la sociedad española, á la accion del catolicismo, ninguna como ella ha sabido permanecer fiel á la ley de su desarrollo y de su grandeza. En vez, pues, de recordar á su patria las primitivas tradiciones de su historia, el publicista español debia solo hacer vibrar mas enérgicamente los sentimientos que todavia quedaban en los corazones.

Séanos permitido, á fin de dar á conocer el cuadro completo de las opiniones de BALMES, sobre todos los puntos de la política, presentar bajo el mismo punto de vista algunos capítulos de su obra, *el Protestantismo* y de la *Coleccion de sus escritos políticos*. En el que se titula *Del porvenir de las órdenes religiosas y de su necesidad actual*, BALMES se espresa de este modo:

«Esas máquinas humeantes que salen de nuestros puertos con la velocidad de una flecha para

atravesar la inmensidad de los mares; esas otras que cruzan las llanuras, que penetran en el corazón de las montañas, que realizan á nuestros ojos lo que hubiera parecido un sueño á nuestros antepasados; esas otras que comunican movimiento á colosales fábricas, y que semejantes á la acción de un mago hacen jugar un sinnúmero de instrumentos para elaborar con indecible precisión los productos mas esquisitos; todo esto por grande, por admirable que sea, ya nos nos asombra, ya no llama mas vivamente nuestra atención que la generalidad de los objetos que nos rodean. El hombre siente que es mas grande todavía que esas máquinas, que esos artefactos; su corazón es un abismo que con nada se llena; dadle el mundo entero, y el vacío será el mismo. La profundidad es insondable; el alma, criada á imagen y semejanza de Dios, no puede estar satisfecha sino con la posesión de Dios.

»La religion católica señala sin cesar con el dedo ese inmenso vacío. En los tiempos de la barbarie, colocóse en medio de pueblos gróseros é ignorantes, para conducirlos á la civilizacion, ahora permanece entre los pueblos civilizados para prevenirlos contra la disolucion que les amenaza. Luego que se haya examinado mas profundamente la organizacion de los pueblos modernos, luego que el tiempo por medio de esperiencias terribles (1),

(1) Esto ha sido escrito y publicado en 1842.

haya arrojado una claridad mas viva sobre la situacion real de las cosas, se conocerá que errores mucho mas grandes aun que se pudiera creer, han sido cometidos, tanto con relacion al órden social, como al político. Pruebas dolorosas han rectificado en gran manera las ideas, pero esto no es aun lo suficiente.

»Es evidente que las sociedades actuales carecen de los medios que han menester para hacer frente á las necesidades que les aquejan. La propiedad se divide y subdivide mas y mas, y va haciéndose todos los dias mas inconstante y movetiza; la industria aumenta sus productos de un modo asombroso, es decir, que se está tocando el término de una pretendida perfeccion social señalado por esa escuela materialista que no ha visto en los hombres otra cosa que máquinas, ni ha imaginado que la sociedad pudiese encaminarse á objeto mas útil y grandioso que á un inmenso desarrollo de los intereses materiales. En la misma proporcion del aumento de los productos ha crecido la miseria; y esa nave, que marcha veloz con viento en popa y á velas desplegadas, se encamina derechamente á un escollo donde perecerá. La acumulacion de riquezas causada por la rapidez del movimiento industrial, tiende al planteo de un sistema que esplote en beneficio de pocos el sudor y la vida de todos; pero esta tendencia halla su contrapeso en las ideas niveladoras que atacan mas

ó menos abiertamente: la propiedad, la organizacion actual del trabajo y la distribucion de los productos.

»Propiamente hablando, las clases acomodadas, tales como existen en la actualidad, no tienen el carácter de clase; no son mas que un conjunto de familias que salieron ayer de la oscuridad y de la pobreza, y que marchan rápidamente á hundirse al abismo de donde salieron. Nada se descubre en ellas de fijo ni de estable; viven el día de hoy sin pensar en el de mañana, bien diferentes de la antigua nobleza, cuya organizacion y robustez prometian largos siglos de vida. En este caso podia seguirse un sistema, y se seguia en efecto; porque lo que vivia hoy estaba seguro de vivir mañana. Los individuos, como las familias, se afanan para amontonar; se atesora hoy, para gozar hoy mismo, y el presentimiento de la poca duracion aumenta el vértigo del frenesí disipador. Pasaron aquellos tiempos en que las familias opulentas se esmeraban á porfia para fundar algun establecimiento duradero que atestiguase su generosidad y perpetuase la fama de su nombre; los hospitales no salen de las areas de los banqueros como salian de los antiguos castillos, abadías é iglesias.

»Infiérese de lo que acabo de esponer; que falta en la organizacion social el resorte de la beneficencia, y nótese que la administracion no podrá suplirla. Cuando se pide la salvacion á la sociedad

por medios puramente administrativos, se intenta una cosa que está fuera del orden de la naturaleza. La administracion no constituye la sociedad, la supone ya existente, formada, y esto que acabamos de decir se debe entender lo mismo de la educacion y de la instruccion de la clase mas numerosa. Cualquiera escuela será estéril, sino perjudicial, siempre que no esté fundada sobre la religion, y este fundamento no será mas que aparente y nominal, en tanto que la direccion de la escuela no pertenezca al mismo ministro de la religion.

»Reflexionando sobre la organizacion de las naciones europeas, échase de ver desde luego que alguna causa funesta ha torcido su verdadera marcha, pues que se hallan indudablemente en una posicion tan singular, que no puede haber sido el resultado de los principios que les dieron origen é incremento. Salta á los ojos que esa muchedumbre innumerable que se halla en medio de la sociedad, disponiendo libremente de todas sus facultades, no haya podido, en el estado en que se halla, entrar en el primitivo diseño de la civilizacion. Cuando se crean fuerzas, es necesario saber qué se hará de ellas, cómo se les ha de comunicar movimiento y direccion; de lo contrario, solo se preparan rudos choques, agitacion indefinida, desórdenes destructores. El maquinista que no puede introducir en su artefacto una fuerza sin quebrantar la armonía de las otras, se guarda muy

bien de emplearla, y sacrifica gustoso la mayor velocidad, el mayor impulso del sistema á las indispensables exigencias de la conservacion de la máquina. En la sociedad actual existe esta fuerza, que no se halla en armonía con las otras...

»Los hombres de este siglo no conocen sino tres fuerzas para dirigir las masas: el interés privado bien entendido, la fuerza pública bien empleada y el enervamiento de los cuerpos con el enflaquecimiento del ánimo. Consideran como suficientes semejantes medios; pero la razon y la experiencia demuestran bastante, que lejos de ser eficaces, son peligrosos: en vano se apelará á nuevos expedientes, y se formarán planes ingeniosos; es de todo punto imprescindible que el mundo se someta á la ley del amor, si no quiere caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud (1).»

Con disgusto abreviamos estas páginas, que forman en la obra sobre el protestantismo, un capítulo completo. ¿Qué suerte de aberracion ha conducido á la mayor parte de las naciones de Europa á los bordes del abismo? Y por el contrario, ¿cuál no ha sido la fuerza que ha detenido á España en esta fatal pendiente? Ya hemos presentado en diferentes lugares de nuestro trabajo el paralelo hecho por BALMES entre el estado actual de la sociedad francesa y el de la española. Semejante paralelo lo reproduce á cada momento su pluma:

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. 48 *passim*.

«¿Quiénes son los hombres que desde 1830 (1) dirijen los destinos de la Francia? De dónde han salido? A dónde van? Cuáles son sus principios?Cuál es su regla y su fé? Los resultados producidos en el seno de una gran nacion por un siglo entero de impiedad y cincuenta años de tentativas revolucionarias, ofrecen un espectáculo lamentable. Toda sociedad tiene por bases por una parte los principios de la religion y de la moral; por otra un conocimiento exacto de la naturaleza del poder y de las relaciones que deben mediar entre él mismo y los súbditos. Ahora bien: respecto á religion, ¿qué es lo que piensan los hombres que se hallan al frente de la Francia? A sus ojos la indiferencia religiosa es un progreso de la sociedad: ellos han desterrado la idea de Dios del órden social; han declarado que la ley debe ser atea, y cuando todas estas cosas hacian, proclamaban que su patria habia dado un gran paso en la senda de la civilizacion. ¿Cuáles son sus sentimientos respecto al poder civil? ¿Emana este de Dios, viene de los hombres, ó es simple resultado de la naturaleza de las cosas? ¿Cuáles son las condiciones de su legitimidad? Al responder á todas estas preguntas, de todo hablarán estos hombres, menos de Dios. *Voluntad popular, razon pública, espresion de los intereses comunes, necesidad social*, tales serán los sagrados

(1) Desgraciadamente Balmes podia con igual exactitud indicar una fecha anterior.

temas de su respuesta en el fondo de la cual descubriréis simplemente la religion del hecho, hecho que cada uno de ellos se esfuerza en modificar á su gusto y explotar hábilmente en provecho particular (1).»

(2) Al llegar aqui el autor dá á conocer la série de máximas hipócritas, con las cuales el gobierno, creado por la revolucion de julio, procuraba encubrir la injusticia de su origen. Al lado de una anarquía moral, que con nada se trataba de destruir, Francia presentaba el aspecto de un orden material mantenido por el brazo de un gobierno vigoroso. «Pero pregunta BALMES, este poder cimentado sobre una revolucion, carcomido por doctrinas disolventes y minado por conspiraciones, llegará á ser duradero?...»

Sabido es qué respuesta se daba BALMES á aquellas preguntas.

En España, al mismo tiempo, veia el doble principio de la monarquía y del catolicismo «sobrevivir á todos los trastornos, rechazar todos los elementos de disolucion puestos en accion para arruinarlos...»

Desde los tiempos de Recaredo, escribe en sus *Consideraciones políticas*, el catolicismo ha sido la *única religion de España*.

Bajo su influjo, que entre nosotros tenia un

(1) Escritos políticos, pág. 105.

(2) Escritos políticos.

imperio casi esclusivo, se formaron nuestras instituciones, nuestras costumbres y nuestras leyes. Todo lo que tenemos, todo lo que somos, lo debemos al catolicismo. Asi se concibe que en España las únicas ideas religiosas; los sentimientos solos religiosos son las ideas y los sentimientos inspirados por el catolicismo. Tiene tanta energía entre nosotros el principio católico, que ningun otro contrario á él podria disputarse el terreno. La España no conoce todavia ese sentimiento, mitad religioso, mitad filosófico y literario, nutrido con las fórmulas de un vago *Protestantismo*, y las inspiraciones de una filosofia errónea; sentimiento que no participa nada del celo con que una verdad reconocida se defiende contra el error y sentimiento muy cercano de la fria indiferencia. En España la introduccion repentina (1) del Volterianismo, dando lugar á un combate encarnizado entre la religion católica y la impiedad, comunicó á las convicciones católicas una estraordinaria energía y una estremada propension á inquietarse y alarmarse.

Como se ve, las doctrinas de una grosera incredulidad, no han obtenido nunca en España sino un éxito parcial y limitado. La irreligion y el escepticismo no han podido lograr en este pais la formacion de una escuela que hubiese conquistado las simpatías del público. «Entre nosotros», dice BALMES, han caido en olvido las palabras de la in-

(1) Principalmente á la invasion francesa de 1808. *1810q. edit. 1863. 1*

credulidad como en las piedras que el viajero arroja á su paso en las aguas de un solitario lago (1).»

Revistiéndose la filosofía del siglo XVIII de las cultas y templadas formas que las supo dar la escuela *doctrinaria* de Francia, debia sin duda gozar mayor crédito en España. Ya hemos dicho que en las íntimas opiniones del partido *moderado*, se notaba mas ó menos distintamente una emanacion lejana de los errores *doctrinarios*. Por eso, ya en 1840 no teme BALMES en sus *Consideraciones políticas* espresarse en estos términos: «Una doctrina semejante puede presentar en Francia mayor ó menor peligro; pero entre nosotros es inaplicable, y persistir en ella seria prolongar inútilmente nuestras desgracias é inquietud.»

Los hombres imbuidos en ella, en vano procurarían cicatrizar las llagas de la patria, si no concluyesen de despojarse de las preocupaciones en que nos ha hecho caer la escuela del siglo XVIII. Es necesario que dejen á un lado la indecision y la pusilanimidad. Nuestras creencias exigen un respeto sincero. Necesita la nacion asegurarse de que jamás la justicia será erijida en derecho, y no permitirá que bajo mil pretestos sean falseadas nuestras instituciones.»

En su obra sobre el *Protestantismo*, ha encontrado BALMES también ocasion todavía mas claramente las ventajas políticas de la unidad conserva-

(1) Escritos políticos, pág. 174.

da en España, merced á las creencias religiosas (1).

Si hay algo que pueda libertar á un pueblo de tutelas interesadas, y asegurarle la verdadera independencia con las ideas grandes y generosas profundamente arraigadas en los espíritus: con los sentimientos gravados en el fondo de los corazones por la accion del tiempo y el influjo de instituciones robustas por la antigüedad de las costumbres y de los hábitos; es en fin, la unidad de creencias religiosas, lo que puede hacer de un pueblo un solo hombre. En el que se encuentre en semejantes circunstancias, el pasado se halla enlazado con el presente, y este con el porvenir. Entonces son naturales esos transportes de entusiasmo, único origen de las grandes acciones. Solo entonces son comunes el desinterés, la constancia y la energía.

Quizá no será imposible que á favor de uno de esos trastornos que fatigan á nuestra desgraciada nacion, apareciesen entre nosotros hombres tan preocupados que intentasen introducir en nuestro pais la religion protestante. El dia en que esta pretendiese *el derecho de ciudadanía*, la opinion nueva se presentaria bajo un aspecto modesto, solicitando únicamente el derecho de habitacion en nombre de la tolerancia y hospitalidad; pero pronto se aumentaria su audacia y reclamaria otros de-

(1) Balmes escribia esto bajo la dominacion de Espartero.

rechos; pronto disputaria el terreno por palmas á la religion católica. La aversion con que mirarian los pueblos la pretendida reforma seria, á no dudarlo, interpretada como rebelion. Las pastorales de los obispos, calificadas de insidiosas supersticiones; el celo de nuestros sacerdotes, sediciosas provocaciones. En medio de los esfuerzos de unos y de la resistencia de otros, veriamos reproducirse mas ó menos exactamente las escenas de tiempos que ya pasaron. Es necesario no olvidar que cuando se trata de religion en Epaña, no puede contarse con la frialdad y la indiferencia que los demas pueblos mostrarian en nuestros dias en caso de conflicto. En España, los sentimientos religiosos son todavia profundos, vivos y enérgicos. El dia en que se los combatiese, la España experimentarìa un sacudimiento rudo á la vez que universal. Quien quiera que sienta latir en su pecho un corazon español, debe ponerse de acuerdo para impedir que una mano funesta arroje en nuestro suelo aquella semilla de eternas discordias (1).

Tales son los rasgos con que se presenta á nuestra vista esa preciosa unidad conservada en el seno de la sociedad española. Despues de este cuadro, escribe BALMES estas líneas: «Las ideas comunistas, tan estendidas en otros paises, son desconocidas absolutamente en España. Entre nos-

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

otros, el espíritu revolucionario no sale de la esfera de los intereses políticos. Nuestra sociedad se halla todavía á cubierto de esa inmoralidad é irreligion que en otros países han penetrado hasta las clases mas ínfimas por medio de pestilentes escritos. Por otra parte, las masas populares en España no están sujetas á las profundas causas de malestar que turban muchas de las naciones mas adelantadas en la civilizacion (1).»

III.

Opinion acerca de la monarquía.

Desde el momento que se echa una mirada sobre la sociedad española, aparece una institucion política colocada sobre todas las otras, y siendo como la columna del edificio; esta institucion es la monarquía. Por lo que á mí hace, estoy profundamente convencido de que importa grandemente consolidar y fortificar esta institucion, y que nuestro sistema político debe desarrollarse *en cuanto sea posible* en el seno de la monarquía. El peligro que amenaza á las sociedades modernas, no es la esclavitud, sino la anarquía, porque

(1) *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap XII.

á la anarquía las conduce su organizacion material, á la vez que un estado moral.

Los últimos restos del feudalismo, no menos que la esclavitud antigua, se hallan abolidos, habiendo pasado el nivel sobre todas las distinciones gerárquicas, y encontrándose casi confundidas las diversas clases de la sociedad. Una inmensa reunion de fuerzas individuales, y obrando todas á la vez, representan de frente y en una misma línea. Estas fuerzas deben ser dirigidas á riesgo en otro caso de experimentar formidables sacudimientos. Por otra parte, solo podria dirigirlas una accion rápida, enérgica, y al mismo tiempo de estrema dulzura. Desde largo tiempo hace que las sociedades europeas caminaban hácia este estado. Por eso, como vela una Providencia en dar satisfaccion á las grandes necesidades sociales, encontramos establecida la monarquía en todos los ámbitos de Europa, bajo formas diversas, es verdad, y con una autoridad mas ó menos restringida, pero presentando en donde quiera el carácter de una institucion vivificadora y tutelar, y conteniendo las condiciones mas propias para establecer un gobierno. Si, tal cual ha existido entre los pueblos cristianos (y solo entre ellos), la monarquía ha resuelto un dificil problema de gobernar tantas naciones, en el seno de las cuales tienen todo su desarrollo las inteligencias y las pasiones toda su efervescencia; naciones compuestas únicamen-

te de hombres libres y celosos de su dignidad.

«Hé aquí por qué se ha visto á los pueblos europeos caminar instintivamente hácia la monarquía, esforzarse en establecerla cuando no existia, consolidarla si se hallaba vacilante, desarrollarla cuando se encontraba circunscrita, y restaurarla por medio de esfuerzos trabajosos, siempre que se los priva de ella momentáneamente.

»En Inglaterra, las revoluciones mas prolongadas y mas profundas han tratado de ensayar todos los sistemas y todas las ideas. La monarquía, sin embargo, ha sobrenadado á unos y otras. Ella ha cobrado nueva fuerza en su pais, en el cual, la libertad ha sido llevada al mas alto grado de desarrollo, el trono permanece rodeado de respeto y de esplendor.

»Otro fenómeno esencialmente propio de los pueblos cristianos, es el sentimiento monárquico, sentimiento ligado de una manera admirable con el de la dignidad personal, y formando ambos el manantial mas abundante de las inspiraciones generosas y el resorte mas poderoso para mover los corazones á las grandes acciones; unido íntimamente al amor de la patria hace no solo soportable, sino tambien dulces los lazos de la obediencia. Este sentimiento que nada tiene de comun con la humillacion abyecta de los esclavos del Oriente, no solo tiene por objeto la institucion de la monarquía, sino tambien la conservacion

de las familias reales. Un cierto número de razas reales y de familias ilustres, cuya cuna se oculta en la oscuridad de los tiempos, es el legado de la Europa antigua á la Europa moderna, legado fúnebre, según los consejos de una filosofía mezquina y árida, pero en realidad legado de infinito precio. En las grandes instituciones nada se improvisa. Para colocar la cúspide de la sociedad, se necesitan personajes ocultos tras un velo misterioso, á menos en el caso en que la Providencia hace brotar un gènio privilegiado para llevar á cabo un raro designio. Un hombre comun no puede ser convertido en rey repentinamente. No tuvieron poca fortuna las provincias unidas en encontrar en su mismo suelo á la casa de Orange, que de una manera ó de otra se hallaba en situacion de poder suplir la monarquía. Cuando la revolucion de 1830 espulsó del trono de Francia á la rama primogénita de la casa de Borbon, la Francia pudo dar gracias á Dios de haber encontrado á su disposicion á la casa de Orleans. No hubieran finalmente experimentado tan largos padecimientos algunas naciones de América, ni tendrían delante de sí un porvenir tan sombrío, si el dia que sacudieron la dominacion europea se encontrasen en el nuevo continente algunas familias preparadas para el trono por su antigüedad é ilustracion. Todas las miradas se hubieran fijado naturalmente sobre estas familias, se las ha-

bria elevado al trono y se hubieran ahorrado torrentes de sangre. Verdades son estas íntimamente enlazadas con ciertos misterios del corazón humano, y dignas de las profundas meditaciones del filósofo.

»Este sentimiento monárquico que existe en todas las naciones de Europa, se encuentra también en España, no en un grado cualquiera, sino vivo y enérgico, apoyándose en las ideas religiosas. Fuerte como ellas mismas por el largo transcurso del tiempo, se halla asociado á los mas grandes recuerdos de nuestra nacionalidad. Donde quiera que libremente se manifiesta al pensamiento del pueblo español, se manifiesta también el sentimiento monárquico con una viveza sorprendente. Perpetuado á través de todos los trastornos, él es el que ha salvado el trono en las épocas críticas de nuestra historia, y preservado á la revolucion española de esos atentados contra la majestad real de que están manchados muchos pueblos..... Este sentimiento conservado en el seno de la nacion española, es un preservativo contra grandes males, y un manantial del que pueden brotar preciosos resultados..... El único peligro que nos amenaza, lo repito, es la anarquía. Este es el escollo contra el que pueden quizá ir á fracasar las sociedades europeas (1).»

A cada página de sus *Escritos políticos*, con-

(1) Consideraciones políticas, cap. XVII.

signa BALMES una nueva manifestacion de su confianza en la institucion monárquica. No es de modo alguno porque desconozca los inconvenientes inherentes á esta institucion. Los conoce, los vé y no teme señalarlos; mas á sus ojos estos inconvenientes no pueden contrapesar las ventajas que la monarquía presenta.

«A la vista de una filosofía superficial, la monarquía hereditaria es una ineptitud. Mas á la consideracion de una filosofía profunda se presenta como una de las ideas mas grandes y mas fecundas de la ciencia política. El sofisma, las vanas sutilezas apoyan el primero de estos sentimientos; el segundo tiene en su abono la historia, la experiencia, el buen sentido y el conocimiento del corazon humano. «Por qué se ha de privar á los pueblos del derecho de elegir su gefe? ¿Por qué han de estar espuestos á sufrir la autoridad de un hombre algunas veces malvado, otras veces imbécil?» Tal es el lenguaje del sofisma. La sana razon responde que estos males, aun llevados al estremo, son menores que los producidos por las fluctuaciones de un estado republicano y de una monarquía electiva. «¿Por qué cuando menos no se habian de cambiar con mas frecuencia las familias reinantes?» En primer lugar, porque una familia Real no se improvisa. En segundo lugar, porque la menor sustitucion, aun suponiendo que se encuentren en una nacion muchas familias ap-

tas para empuñar el cetro, no podría realizarse sin graves inconvenientes. Todo cuanto hace relación á las familias Reales, es de interés nacional. Para estas clases no existen negocios de familia propiamente dichos. Sus alegrías son celebradas con fiestas nacionales, sus desgracias van acompañadas de un duelo público. No es esto una lisonja de los pueblos. Es simplemente una verdad, y verdad profunda (1).

»Si la monarquía hereditaria, tal como existe en Europa, tiene una acción tan dulce; si ejerce una influencia tan bienhechora, si el reposo y la felicidad de los pueblos están unidos tan estrechamente á la estabilidad del trono, consiste en que en la institución monárquica todo se halla combinado de tal modo que el que empuña el cetro está sin inquietud, la institución misma sin peligro, la ambición sin objeto.... El problema del poder público apoyado sobre tres puntos: primeramente el orden, en segundo lugar la estabilidad, y en tercero la benignidad en el poder. La institución monárquica satisface de una manera admirable estas condiciones. Para el sostenimiento del orden hay recursos inmensos depositados en poder del Monarca. La estabilidad se encuentra garantida una vez que la ambición tiene cerradas las puertas, no solamente en lo presente, sino en el porvenir, á favor del derecho

(1) Escritos políticos. cap. 617.

hereditario. Finalmente, el poder tiene tendencia á la benignidad por la sencilla razon que se halla colocado fuera de la atmósfera de las pasiones comunes. ¿Qué clase de deseo puede existir en una persona que lo posee todo? ¿Qué envidia puede lastimar el corazon de un Príncipe cercado á todas horas de una especie de culto? Asi la historia de las naciones modernas, en cuyo seno la monarquía ha alcanzado juntamente con una gran estension una extrema solidez, nos presenta frecuentemente soberanos débiles, pero rara vez un Príncipe malvado. Efectivamente, en la época actual, todo cuanto rodea á los Príncipes parece dispuesto para conducirlos mas bien á la molicie que á la maldad (1).

»Las naciones que han estado sometidas por largo tiempo á la unidad de la monarquía hereditaria, dice BALMES en otro lugar, presentan un fenómeno digno de atencion. En medio de las revoluciones mas profundas, conservan el poder de reorganizarse, sin que su independendencia se pierda ni aun se altere. ¿Qué seria de la España en la época actual privada de un trono hereditario, de esta institucion tan poderosa para neutralizar los elementos del mal? Y no obstante, efecto de las circunstancias, el trono no conserva otra cosa hoy dia en España, que la fuerza invisible contenida en sus recuerdos y en sus esperanzas!....

(1) Escritos políticos, pág. 93



Veríamos reproducirse entre nosotros las tristes escenas que presentan nuestras antiguas colonias de América, en las que el poder pasa de una á otra mano sin llegar nunca á afirmarse ni fijarse en persona alguna! (1).»

Así BALMES, herido en su corazón por el espectáculo de la revolución continúa que destruye su patria, invoca la monarquía como un principio de salvación y de reorganización. Quiere que la monarquía recobre su antigua preponderancia. La anima á fortificarse rehaciéndose con los partidarios que se habían segregado para acompañar sobre los campos de batalla y en el destierro, un Príncipe en el que á los ojos de una multitud de españoles se personificaba el derecho de la herencia Real. Luego que el Trono fuese restablecido en toda su magestad, exigiria de él disposiciones que reparasen con ánimo y brio las brechas hechas á la moral pública. BALMES, según nos refiere uno de sus biógrafos, se indignaba á la vista de las fortunas escandalosas que se improvisaron en España á favor de la revolución. Hubiera querido que un gobierno verdaderamente nacional hiciese pasar estas riquezas al través del crisol de una justicia severa. El mismo biógrafo nos le pinta arrebatado de cólera y trasportado por una fogosa elocuencia cuando en sus conversaciones se ofrecia la ocasión de describir la desmoralización política

(1) Escritos políticos, pág. 123.

y moral en que una parte de los españoles se hallaba sumida.

Por otra parte, BALMES sentía con demasiada fuerza las ventajas y el poder de la unidad para vacilar en la elección de una forma de gobierno. Dotado de viva inteligencia y de voluntad decidida, comprendía que las grandes ideas para ejercer su influencia sobre la sociedad, necesitan encarnarse en una institución. Mas la unidad es un principio de fuerza y de duración para la sociedad.

Esta ley de unidad que BALMES propone á las inteligencias y á las acciones ¿cómo había de prescindir de ella cuando se trata de los gobiernos? La institución monárquica tiene el doble mérito de reunir todas las fuerzas en una sola mano, y de perpetuar la unidad del poder á través de los tiempos, ligando por el derecho de herencia, unas generaciones á otras generaciones. Paseando BALMES una tarde en Madrid con D. Benito García de los Santos, confió á su amigo sus meditaciones sobre la unidad. Insensiblemente se animaba su conversacion. El entusiasmo viene á multiplicar las fuerzas de su espíritu. Un discurso admirable brota de sus lábios. «Jamás, decía BALMES á su joven amigo, he sentido como en este momento la fuerza de la unidad.» En la inteligencia de BALMES, la idea de la unidad no tiene nada de mezquino ni de tiránico. Su espíritu se eleva á un

punto culminante de verdades diversas. Las coordina entre sí y las resume considerándolas en su esfera superior sin confundirlas, sin desconocer las variedades infinitas que plugó establecer entre todas las cosas, á Dios autor y principio de la unidad. Algunas páginas de los escritos filosóficos de BALMES que analizamos mas adelante en esta obra, harán comprender cómo en esta inteligencia, la noción de la unidad se combina con el conocimiento de los innumerables fenómenos que se ofrecen al entendimiento y á la observacion.

IV.

Observacion importante.

Si por una parte el sentimiento de la unidad llevaba naturalmente á BALMES á preferir la institucion monárquica, por otro lado, el mismo sentimiento concebido en un orden mas superior y aplicado á los intereses mas altos de la humanidad, le impedia atribuir á una forma cualquiera de gobierno un valor excesivo y una importancia que podria hallarse conforme con el plan de los desig- nios de la Providencia.

No se habrá olvidado, que segun la opinion de BALMES, todo poder político es de un orden condicional y presenta cierto carácter de inferioridad,

si se le compara con esa autoridad soberana , infalible , fundada por la mano de Dios en la cumbre del edificio espiritual. Una vez que BALMES, á imitacion de los grandes doctores de la Iglesia católica , asigna al poder pontifical un rango superior al que ocupa todo otro poder en la tierra , juzga tambien esencial señalar la gerarquía que reina entre el órden puramente divino y temporal. En efecto , si es cierto que Dios ha establecido leyes segun las que la inteligencia y la voluntad humana gobiernan legítimamente una sociedad temporal , no es menos cierto que Dios se ha reservado sobre cada gobierno y sobre cada uno de sus actos un derecho soberano de exámen y revision.

El Marqués de Valdegamas, en el discurso que presentaremos adelante , ha arrojado sobre esta verdad un resplandor extraordinario. En un escrito mas reciente ha consignado una nueva espresion de la misma verdad. Despues de haber manifestado que Dios ejerce aqui abajo una accion directa, personal y soberana en la salvacion del hombre , añade estas palabras: «Vico estuvo á punto de ver la »verdad , y si la hubiese alcanzado á ver, la hubiera manifestado mejor que yo. En la variedad »infinita de los sucesos humanos , ha creido descubrir un número fijo y determinado de formas políticas y sociales. Si hubiese profundizado algo »mas en los misterios católicos , hubiera visto que »la verdad se encuentra cabalmente en esta misma

»proposición tomada en sentido opuesto. La ver-
»dad reside en la identidad sustancial de los suce-
»sos, velada y como oculta por la variedad infinita
»de las formas.»

Recorriendo los escritos políticos de BALMES, se deja conocer que se siente de continuo en presencia del gobierno de la divinidad. De aquí la tranquilidad y la imparcialidad que su espíritu conserva en medio de las mas acaloradas polémicas. De aquí un sello particular que lleva impreso cada uno de sus juicios. BALMES conversaba sobre las mas importantes y grandes materias que hay en el mundo, la monarquía, el derecho nacional, la libertad con la superioridad propia de un hombre que tiene la costumbre de considerar las cosas en una esfera mas superior. Al lado de las páginas en que acaba de manifestar en términos formales su preferencia por la monarquía se lee lo siguiente:

«Dios no ha hecho la sociedad de tal modo es-
»téril que no pueda gobernarse, sino de una sola
»manera y segun un solo sistema. Con tal que se
»conserven ciertos principios tutelares indispensa-
»bles á todo estado social, la razon, la historia, la
»esperiencia nos enseñan que un gobierno, conve-
»niente á los intereses y al reposo de los pueblos,
»puede hallarse establecido sobre tales ó cuales
»formas, diferentes las unas de las otras, etc. etc.»

En otra parte de sus obras se encuentra la siguiente página:

«Dos principios conservan aun en España una
 »gran fuerza: el principio religioso y el principio
 »monárquico. No obstante conviene observar que
 »el principio religioso lleva una gran ventaja en
 »solidez y energía. Aun cuando la institucion mo-
 »nárquica presenta en España un vigor extraordi-
 »nario, no obstante me parece que las ideas, con
 »relacion á las formas políticas, no tienen una fi-
 »jeza tal, que la generalidad de los españoles no
 »consintiesen en las mismas instituciones que el
 »pais ha rechazado con tanta tenacidad. Esta pre-
 »ponderancia del principio religioso sobre el prin-
 »cipio monárquico, parecerá natural si se piensa
 »que la monarquía en España no se ha presentado
 »bajo una misma forma en las diferentes épocas de
 »nuestra historia, ni en las diversas provincias de
 »que se formó la nacion española. Las leyes de
 »Castilla, de Aragon, de Navarra, de Valencia, de
 »Cataluña, la coleccion de fueros, de privilegios y
 »de franquicias, el recuerdo de algunos aconteci-
 »mientos célebres, de antiguos usos conservados
 »aquí y allí, recuerdan á la memoria de los espa-
 »ñoles que su monarquía no ha sido siempre tan
 »absoluta, tan ilimitada como en tiempo de Cár-
 »los III.

»Sin duda que la monarquía absoluta tenia en-
 »tre nosotros profundas raices; las costumbres de
 »la nacion se habian acomodado completamente á
 »esta forma de gobierno. No obstante bastaron los

»escándalos del reinado de Cárlos IV para disponer
»al pueblo español á comprender sin mucha alar-
»ma, al principio de la guerra de la Independencia,
»que era conveniente fijar nuevas barreras á la
»autoridad real. A mi juicio, si los hombres que
»compusieron en 1812 la Asamblea de Cádiz, hu-
»bieran comprendido que la nacion cansada de
»los excesos del favoritismo, no queria por eso
»someterse á la tiranía de los filósofos ni á las
»locas máximas del siglo XIX, estos hombres no
»hubieran visto el sentimiento nacional levantarse
»en su contra, y hubieran ahorrado á nuestra des-
»graciada patria torrentes de lágrimas y de sangre.
»Tal es el origen de nuestros males. Se ha levan-
»tado un muro de division entre la religion y la po-
»lítica. Toda novedad se ha hecho sinónimo de im-
»piedad; toda reforma sinónimo de destruccion; to-
»da libertad sinónimo de ciencia. Mas de una vez
»este pueblo generoso, que tan pocas naciones sa-
»brán imitar, este pueblo tratado de bárbaro por
»miserables charlatanes incapaces de comprender-
»le, ha dicho. Quereis la libertad y nuevas insti-
»tuciones políticas; sea en buen hora. Mas guar-
»daos de engañarme, conozco mi fuerza y sabré
»hacer uso de ella (1).»

(1) Consideraciones políticas, cap. XIV.

V.

De la aristocracia en España.

«No existe un solo país en el mundo donde las clases estén más niveladas que en España. Entre nosotros la más alta nobleza no goza de ningún privilegio, ni se halla separada del pueblo por barrera alguna social ni política. Si tal ó cual noble, tal ó cual grande de España ejerce una influencia particular, no debe esta influencia á sus títulos, sino á su riqueza, á su saber, á los méritos adquiridos durante su vida. Si un hombre salido de las últimas filas del pueblo posee riquezas iguales á las de un grande de España, y cualidades apreciables, ocupará el mismo puesto en la sociedad; la oscuridad de su nacimiento no le hará descender un solo grado en la escala social.

»Las costumbres de España están enteramente acordes con su organización social y política. Nuestros grandes no tienen nada de esa vanidad de las familias aristocráticas de Inglaterra y de algunos otros países, las que parece se creen de otra especie que el resto del género humano. Los españoles no conocemos esta etiqueta que en otras partes separa unas clases de otras, recuerdo perpé-

tuo de superioridad, ostentacion de las ventajas de nacimiento. Entre nosotros, en la conversacion, las personas de un rango superior dispensan en el momento de las fórmulas de ceremonia. Si se retardan en hacerlo, su interlocutor, á fin de dar al diálogo un giro mas libre, se creeria autorizado para suprimirlas. En los coches ó paseos el hombre de clase mas modesta no vacilaria en abordar al noble mas poderoso. En una palabra, la aristocracia de nacimiento no existe mas que de nombre, y la aristocracia del mérito, si se compara á la de otras naciones, se muestra por su parte poco exigente.

»Si bien se considera, la revolucion no tiene en esto parte alguna. Mucho antes de la revolucion se han visto los primeros puestos del Estado confiados á personas de muy oscuro nacimiento; hecho que bajo cierto aspecto no estaba exento de graves inconvenientes. Segun enseñan todos los publicistas es necesario á la monarquía el apoyo de una clase intermediaria, que por una parte la sostenga y por otra la impida degenerar en la tiranía. Esta clase intermediaria ha faltado en España, y de aqui se han originado numerosos males. A la verdad, el poder del clero suplía esta falta hasta un cierto punto, lo que no impedia que se dejase sentir en nuestra nacion un vacío; vacío que no podia llenarse sino por una aristocracia lega. Nuestra monarquía se hizo democrática hasta el exceso, fo-

mentando así en gran manera el despotismo de los ministros y de los favoritos. La democracia por otra parte no tenía bastante fuerza para contener los excesos de la autoridad. La monarquía, abatiendo la nobleza y llamando hácia sí el pueblo, sabía que hallaría en el pueblo un servidor, no un rival.

»Cuando se trata seriamente de reedificar nuestra sociedad sobre sus bases, es necesario como lo han hecho y lo harán todos los países del mundo, buscar elementos que puedan formar una aristocracia. El alto clero y los grandes propietarios territoriales, son las dos únicas clases que presentan un fundamento sólido. No negamos nosotros que ciertas fortunas de diversa naturaleza puedan combinarse honrosamente con la propiedad territorial. El mérito adquirido durante el curso de una larga carrera; la capacidad probada en el desempeño de altas funciones, son también títulos dignos de ser atendidos. No obstante, todo esto, no debe usarse de ello más que de una manera acesoria y en cantidad determinada, sino se quiere que la aristocracia sea alterada, destruida ó improvisada por el capricho de un ministro.

»Una vez que en nuestro país el nacimiento no puede considerarse como única base de la aristocracia, es preciso recurrir á la riqueza. Por otra parte, la riqueza es una aristocracia de todos los tiempos. Ella facilita el medio de satisfacer las necesidades del que la posee y permite consolar las

de los demas. Asi , por un lado , asegura la independencia , y por otro da la clientela. El rico tendrá medios de influencia , á los que el pobre no podrá aspirar ; esta diferencia entre las fortunas señala de antemano la desigualdad que se encontrará , aun siendo todas las demas cosas iguales , entre la influencia del uno y la influencia del otro.

»El rico se encuentra por cima de las tentaciones , hijas de la necesidad ; asi la debilidad habitual del corazon humano obliga á pedir una garantia á la riqueza. Uno de los vicios esenciales de nuestra constitucion actual , es que la riqueza del pais no entra por nada en el juego de la máquina política. Siendo la España sobre todo un pais agrícola , el movimiento principal deberia estar reservado á la propiedad territorial , tanto en las municipalidades como en los cuerpos legislativos. Nada de esto existe (1).»

En otro de sus escritos , vuelve BALMES á tratar esta cuestion. «Formar un banco de senadores hereditarios , es seguramente una idea profunda en política. En general , es ventajoso para la tranquilidad y el bienestar de las naciones , que ciertas instituciones , representantes de los grandes intereses del pais estén puestas al abrigo de los caprichos del hombre. Todo lo que queda confiado á la voluntad humana , vive en cierto estado de inestabilidad ; desde entonces , las raices se arrai-

(1) Escritos politicos , pág. 184.

gan profundamente en el suelo, y la accion se ejerce de una manera regular y saludable. Si esta verdad se aplica á los pueblos, igualmente tiene aplicacion á los gobiernos. ¿No se han visto reyes ciegos por el orgullo, engañados por pérfidos adula-dores, emplear sus prerogativas en minar los fun-damentos mismos del trono que trataban de en-grandecer? No tenemos, pues, objecion alguna que dirigir contra la institucion de los senadores here-ditarios considerada en sí misma. Tal como el Es-tatuto la establecia, esta institucion no habria po-dido llenar su objeto. Nosotros hemos dicho ante-riormente que doscientos mil reales de renta nos parecian poca cosa para una dignidad tan elevada. No se trata aqui únicamente de sostener el rango de grande de España ni de senador; no se trata tan solo de presentar garantias de independen-cia; es preciso ademas hallarse en posicion de ha-cer grandes beneficios, de figurar en primera lí-nea en las asociaciones, teniendo por blanco el in-terés público. En una palabra, cada casa de gran patrimonio deberia ser un punto central del que partiesen numerosas ramificaciones envolviendo como en una red una considerable porcion del pais. Sin esto, la institucion será efímera, figura-rá en los artículos de una ley, mas no influirá efi-cazmente sobre la sociedad (1).»

(1) Escritos políticos, pág. 263.

VI.

Deberes de la Aristocracia.

«Las naciones como los individuos tienen necesidad de que se les haga ver la verdad, que se les haga comprender su verdadera situación, que se disipen sus ilusiones y sus vanas esperanzas. Si una clase llega entre nosotros, bajo un título cualquiera, á figurar en virtud de un derecho hereditario en una de nuestras asambleas, esta clase debe estar convencida que le será imposible conservar este rango á no pagar al país con laboriosos y benéficos trabajos, el privilegio de que la ley la ha investido. Hacer grandes servicios á la patria y obtener de ella un rango distinguido, son cosas casi siempre inseparables; la historia y la experiencia nos lo enseñan. Desde el momento que una clase social se coloca sobre las demás, se puede inferir desde luego que esta clase, por su inteligencia ó por sus virtudes, ha ejercido una influencia muy ventajosa. Por el contrario, cuando se observa que las primeras clases de la sociedad pierden su prestigio, sus honores, la consideración de que hasta entonces gozaron, se debe suponer que esa clase se ha dejado despojar por las demás que viven

á su lado del cetro de la inteligencia ó de la palma de la virtud.

»Nada, tanto en el órden social como en la naturaleza, sucede sin causa. Las anomalías propiamente dichas, no existen. Si nuestras miradas, penetrando en el fondo de las cosas, descubriesen las relaciones íntimas que las unen entre sí, comprenderíamos que cualquier acontecimiento, en la apariencia hijo de la casualidad, ha sido producido regularmente por causas naturales y profundas.»

Estas observaciones de BALMES traen á nuestra memoria lo que Bosuet escribía para instruccion de su real discípulo: «Debeis, Monseñor, acostumar vuestra mente á investigar los efectos en sus mas remotas causas. De este modo sabreis lo que es preciso que sepais, que, aun cuando al mirar únicamente los hechos particulares, parece que la fortuna es árbitra de la fundacion y ruina de los imperios, considerando el todo de los acontecimientos sucede casi lo mismo que en el juego, en el cual el mas diestro lleva por fin la ventaja. En efecto, en este juego sangriento en que los pueblos se disputan el imperio y el poder, el que ha sido mas previsor; el que mas se ha consagrado á su objeto; el que mas tiempo ha perseverado en los grandes trabajos, y el que, últimamente, ha sabido mejor rechazarlos ó arreglar su conducta á los eventos, por fin ha llevado la venta-

»ja y hecho servir hasta la misma fortuna para sus proyectos (1).»

La esperiencia prueba que los goces de un poder hereditario, conducen despues de largo tiempo á la disminucion de los talentos ó de las virtudes con que este poder ha sido creado en su principio. Todo el sistema de las lecciones de BALMES se dirige á evitar en los depositarios de la autoridad, ya sean el Monarca ó la nobleza, la relajacion del carácter y del espíritu por la molicie. Bien observadas sus doctrinas respecto al origen del poder civil, doctrinas espuestas por nosotros mas de una vez, reunen la doble ventaja de asegurar al poder una pacífica duracion y de considerar en toda su fuerza la actividad, la sabiduría, y el valor; en una palabra, las diversas facultades humanas por cuya reunion ha merecido el poder una consagracion divina. No sucederá lo mismo con una doctrina que atribuyese demasiado esclusivamente á la accion de la Providencia el establecimiento de la autoridad. Véase de qué manera completa BALMES su enseñanza de los deberes de la aristocracia.

«Hubo tiempo en que una actitud fiera, un brazo de hierro, un corazon resuelto y audaz, bastaban para asegurar á una clase de la sociedad un poderoso ascendiente. Por qué sucedia esto? porque la sociedad, sometida entonces á la ley de la fuerza ó precisada por las circunstancias á emplear cons-

(1) Discours sur l'Histoire universelle, 3.^a parte. II.

tantemente la fuerza para rechazar invasiones, buscaba naturalmente lo que respondía á sus mas esenciales, á sus mas urgentes necesidades. El mas valiente debia ser en aquel tiempo el mas noble. Los signos de los blasones eran otros tantos trofeos de victorias. La influencia en los asuntos públicos pertenecía naturalmente al brazo mas capaz de sostener en el campo de batalla el dictámen emitido en el consejo.

»Conforme la sociedad, obligada menos frecuentemente á combatir, fue experimentando mas la utilidad de una inteligencia elevada y de una energía puramente moral, el trono que satisfacía en un todo estas condiciones, adquirió sobre todas las instituciones mas decidida preponderancia. Las clases, deseosas de conservar su antiguo ascendiente, debian en tales circunstancias agruparse en derredor del Monarca, pero sin trocar por las insignias de la corte sus prerogativas aristocráticas. Para ello solo tenian un medio, el de tomar la iniciativa en las reformas exigidas por el espíritu de la época, y defender su propia elevacion justificándola por la superioridad de inteligencia, por la energía de una actividad consagrada á los intereses comunes. No fue esto, preciso es confesarlo, lo que se vió en España, ya fuese por la política de los Reyes, ya por las condiciones particulares de nuestro estado social, ya por la imprevision de los mismos nobles. La aristocracia que mejor ha

comprendido su posición fue la de Inglaterra. Los lores no se han limitado á disfrutar sus pingües rentas, á cargarse de cintas y de cruces, á mendigar una mirada del Monarca y á intrigar en los palacios. Constantemente se han dedicado á mandar los ejércitos, las escuadras; á dirigir la diplomacia; á desempeñar los altos destinos; á fomentar la industria y el comercio; á obtener antes que todo el resto de la nación, el premio del mérito personal, la palma de la consagración á la grandeza de la patria. No es esto solo: comprendiendo que las razas van debilitándose y desapareciendo por el transcurso de los siglos; viendo por otra parte que ciertos individuos de las clases medias y aun de las ínfimas, se elevan por su talento y su trabajo sobre el nivel en que su nacimiento les colocó, la aristocracia inglesa se ha esforzado en llevar á sí y asimilarse los elementos nuevos propios para darle vigor y prestigio; elementos que, dejados en otra esfera, hubieran tarde ó temprano formado contrapeso y rivalidad.

»Verdad es que tales instituciones no se improvisan. El espíritu del siglo, tan fuertemente impulsado á la nivelación y á la democracia, no permite que una aristocracia semejante á la de la Gran Bretaña se establezca hoy en país alguno del mundo: pero no es menos cierto que, tanto hoy como en lo sucesivo, siempre se verá realizarse en el seno de la sociedad un principio eternamente verda-

dero , á saber : que toda clase civilizadora acabará por ser una clase elevada , y que toda clase elevada se hallará sometida al deber , á la necesidad de ser civilizadora , so pena de decaer irremisiblemente. Su caída , en tal caso , será á la vez un efecto natural del curso de las cosas y un castigo providencial.

»Si el principio que acabamos de enunciar presenta en sus aplicaciones una diversidad semejante á la variedad misma del estado social , se ve , sin embargo , que se realiza de una manera admirable en cada época de la historia del género humano. Seguramente , grandes son los esfuerzos que necesita hacer quien pretenda dirigir la sociedad actual cuyo desarrollo en todos sentidos es tan extraordinario. Tres deberes correlativos á tres necesidades , deben fijar la atención de cualquiera clase que aspire á conservar ó á conquistar en nuestros días algun ascendiente : en primer lugar estender su propia inteligencia : en segundo afirmar de nuevo y desenvolver la moralidad : en tercero favorecer el progreso de los intereses materiales , conciliándolo con el bienestar general.»

BALMES explica en qué consiste el cumplimiento de estos deberes. Si hubiera vivido entre nosotros ; con cuánta fuerza habria recordado , especialmente á las clases que conservan todavia un resto de predominio en nuestra sociedad , la obligación de acudir con un remedio pronto y enérgico á la di-

solucion de costumbres! El progreso de la inmoralidad en España inspira á BALMES frecuentes quejas: ¡cuáles hubieran sido sus lamentos si su patria, como la nuestra, estuviese ofreciendo el espectáculo de una sociedad en que todo se arruina, honor privado, lazos de familia, lazos sociales!...

Al concluir reasume BALMES su modo de pensar acerca de los deberes de la aristocracia. «Para qué sirven, dice, un nombre ilustre, riquezas, condecoraciones y un alto rango en el Estado si la persona en quien concurren estas distinciones carece de luces intelectuales, de celo por el progreso moral de la nacion y de abnegacion por los intereses públicos? La sociedad pretende tocar con la mano los beneficios, no admira néciamente ese vano oropel ó esos tesoros estériles. Ella mide á cada personaje y á cada clase por el provecho que ella misma saca de sus acciones, no por el brillo que despiden.»

VII.

Opinion sobre la democracia.

«*Progresar es marchar adelante.* ¿En qué caso es justo decir que la sociedad progresa? Únicamente cuando *marcha hácia su perfeccion.* Cuando

llega á perder algo de su perfeccion, entonces retrograda. La cuestion del progreso social, es únicamente la de saber si la sociedad ha alcanzado ó no un nuevo grado de perfeccion. La palabra *progreso* se emplea por algunas personas como sinónimo de *tendencia democrática*. Seria necesario probar que las leyes y las instituciones son tanto mas perfectas cuanto mas democráticas, y que la perfeccion consiste en el imperio absoluto de la democracia. Propositiones insostenibles, porque la historia y la filosofía se reunirían para contradecirlas. La perfeccion de la sociedad exige que el elemento democrático se halle unas veces restringido y otras ampliado segun las circunstancias.

»En la época en que el feudalismo domina en Europa, ciertos males, consecuencia inevitable del sistema feudal, producen la libertad de los comunes, esto es, una estension del elemento popular. ¿Es esto un progreso? Sí, porque la condicion del pueblo se mejora; la fuerza escesiva del feudalismo se vé de este modo contenida, neutralizada; el poder real, tan débil en aquella época, recibe un apoyo; los gobiernos encuentran nuevas facilidades para regularizar su accion; el reinado de la justicia, de la seguridad y del bienestar público han dado un paso. Por su parte, los comunes, haciendo alianza con los restos inquietos del feudalismo, promueven en todas partes la anarquía. Entonces se manifiesta una tendencia á



centralizar el poder, á fortalecer los tronos. La consecuencia de este nuevo movimiento, es reducir, limitar la fuerza de las municipalidades. Aquí se vé una tendencia contraria á la democracia, y sin embargo, ¿quién duda de que esta tendencia fué un progreso? En sociedades vastas y organizadas como están las de Europa, los intereses generales necesitan estar protegidos por un poder central, fuerte, elevado. Todos lo conocen. Se advierten, pues, en la historia europea, dos tendencias contrarias, la una que favorece al poder real, la otra que favorece al poder popular, y ambas merecen el nombre de progreso, porque ambas llevan consigo un grado de perfeccion social.»

Algunas personas, nos dice un biógrafo de BALMES, han observado con cierta admiracion que este manifiesta en todos sus escritos un respeto extraordinario hácia el Trono, al propio tiempo que los intereses populares encuentran en él un abogado liberal y fogoso. Esto consiste en que BALMES, por una parte, conoce hasta qué punto es necesaria la autoridad del Rey en la forma que ha tenido hasta hoy en Europa, y por otra, se deja llevar de sus simpatías en favor de la clase popular, cuya laboriosa actividad se complace en elogiar. La monarquía, decia él muchas veces, se halla en mi cabeza, la democracia en mi corazón (1).

(1) *Vida de Balmes*, por D. B. Garcia de los Santos.

Un capítulo del libro del *Protestantismo* pone en paralelo dos clases de democracia. Según BALMES, es fácil manifestar en la Constitución, ó al menos en los usos y costumbres de cada nación europea, un conjunto de derechos populares, garantidos, desenvueltos por las mismas formas de nuestros antiguos gobiernos. Podríase afirmar que esta libertad popular ha sido uno de los grandes objetos de las instituciones políticas de Europa, de la monarquía no menos que de las instituciones democráticas propiamente dichas. En tal sentido, el advenimiento de la democracia ha formado siempre los deseos y las esperanzas de las personas honradas. Pero BALMES indica otra clase de democracia. Esta, formada á imagen de las pasiones perversas que agitan la sociedad, desconoce todos los principios de justicia, ataca á la Iglesia, ó si la considera demasiado fuerte para combatirla directamente, se esfuerza insidiosamente en esclavizarla. Esta democracia crea para sí misma una justicia propia, una moral particular, una filosofía adecuada para sus pasiones groseras. Desde los siglos de la edad media se ha visto turbada la Europa por las primeras fermentaciones de este principio de disolución. Desarrollado en nuestros días por la acción sucesiva del *Protestantismo* y del racionalismo, este mismo principio amenaza destruir las mas esenciales bases del edificio social.

Se ha dicho con justicia , que la autoridad podría ser definida como *una organizacion dada á la libertad*. En el pensamiento de BALMES, la democracia no sabria encontrar por sí misma en nuestros dias organizacion que fuese mas conforme á los intereses de todos, que la monarquía apoyada sobre dos instituciones propias para contenerla al mismo tiempo que para fortalecerla. Como se está viendo, esta teoría dista mucho de la espresada en estas palabras: *Gobierno de todos para todos*. BALMES aconseja á su pais que concentre lo mas que le sea posible la autoridad en manos de uno solo, y que comunique al poder, por su carácter de hereditario, una duracion que le haga subsistir á través de los siglos. Algunas máximas sacadas de los *Escritos políticos*, acabarán de patentizar su pensamiento.

A nuestro parecer , el programa del partido nacional deberia ser consolidar y fortalecer el poder real, lo que no podria obtenerse sin hacer un cambio profundo en nuestras instituciones políticas. Las antiguas leyes de la monarquía española deben ser restablecidas en lo posible ; porque ellas se oponen juntamente al despotismo ministerial , al despotismo de los favoritos ; al de la fuerza armada, al de las revoluciones y al de las asambleas. Al Rey el poder soberano, como lo establecen todos nuestros códigos ; á la nacion el derecho de intervenir, por medio de las córtes, en la imposicion de con-

tribuciones y en los asuntos árdulos. Además, conviene que las córtes se compongan de hombres escogidos y notables, que representen los grandes intereses de la nación, no de funcionarios ni de aventureros. Sería imposible reconocer en ellos el derecho de votar los impuestos todos los años y de negar, si les place, los fondos necesarios para la conservación del Estado. El Monarca no debe estar obligado á reunir las córtes en tiempo determinado; sobre todo cuando haya creído necesario disolver una Asamblea para convocar otra. El Rey decidirá qué sesiones deberán ser públicas ó secretas. La validación de los poderes deberá estar sometida á reglas invariables; no entregada al capricho del primero que llega. Por último, el Monarca dará por sí un reglamento á la Asamblea, y designará los que hayan de presidir sus tareas.

Cierta escuela, no contenta con proclamar en el dominio de la teoría la forma democrática como el gobierno mas perfecto, está persuadida de que la razón de los pueblos permitirá inaugurar tarde ó temprano el reinado absoluto de este gobierno. BALMES, conocidamente, no se inclina á esta opinión. Preguntadle acerca del porvenir reservado en Europa á las formas democráticas: permanecerá mudo. En este punto sus escritos expresan la duda ó dejan conocer una convicción contraria á las esperanzas de la escuela democrática. Sin duda, á su modo de ver, el buen sentido, la sabiduría hu-

mana están sujetos á muchas incertidumbres, á muchas aberraciones. Conforme con muchos de los grandes doctores de las escuelas teológicas, BALMES, como repetidas veces hemos visto, considera la forma habitual y tradicional de los gobiernos de Europa, es decir, una monarquía mixta con diversos grados de aristocracia y de democracia, de firmeza y de progreso, como la mas propia para garantizar el bienestar social. La Iglesia católica presenta en su gerarquía un tipo bastante completo de esta clase de gobierno.

Un pasage de S. Agustin en forma de diálogo, reasume con claridad los principios por los que se guia la opinion de BALMES. En las mismas líneas que siguen se verá que el pensamiento de S. Agustin es tambien el que inspira la brillante elocuencia del Marqués de Valdegamas.

«*Agustin.* ¿Son acaso los hombres y los pueblos eternos y de tal naturaleza que no puedan perecer ni variar?—*Erode.* Indudablemente son mutables y están sujetos á la accion del tiempo.—*Agustin.* Si el pueblo es grave, moderado; si por otra parte tiene tal afan por el bien comun que cada cual prefiere la conveniencia pública á su utilidad privada, ¿no es verdad que será mas oportuno establecer en la ley que este pueblo habrá de elegir por sí mismo los magistrados para la administracion de la República?—*Erode.* Ciertamente.—*Agustin.* Pero si ese mismo pueblo llega á pervertirse

de tal manera que los ciudadanos posponen á su propio interés el público ; si venden sus votos ; si corrompido por ambiciosos entrega el mando de la República á hombres perversos , criminales como él , ¿no es verdad que si se encuentra un hombre recto y ademas poderoso , este hombre hará bien en quitar á ese pueblo el poder de distribuir los honores para concentrar este derecho en manos de un corto número de hombres honrados ó en las de uno solo?—*Erode*. Es indudable.—*Agustin*. En tal caso , como estas leyes parecen muy opuestas concediendo una al pueblo el derecho de conferir los honores y quitándoselo la otra ; y como ademas estas leyes no pueden estar en vigor á un mismo tiempo , ¿deberemos acaso decir que una de ellas es injusta ó que no ha sido conveniente establecerla?—*Erode*. De modo ninguno.»

Despues de haber citado este pasage , añade BALMES : «Todo se halla en estas pocas palabras. ¿La monarquía, la aristocracia, la democracia, pueden ser legítimas y convenientes? Sí. ¿Qué es preciso tener en cuenta para decir esta legitimidad, esta conveniencia? Los derechos existentes y las circunstancias en que se halla el pueblo á que se trata de adaptar el gobierno. Lo que en otros tiempos ha sido bueno ¿podrá llegar á ser malo? Ciertamente, porque todo lo humano está sujeto á mudanza. Estas reflexiones tan sólidas como sencillas, preservan de todo entusiasmo exagerado por una

forma determinada. En efecto, no es esta una cuestion de teoría, es una cuestion de prudencia....

»Creo haber demostrado que la Iglesia no se opone al desarrollo legítimo de ninguna forma de gobierno: que á todos los ha tomado bajo su proteccion, y que por consiguiente no se ha podido pretender sin calumniarla, que es enemiga natural de las instituciones populares.

»Tambien he puesto fuera de duda que fomentando una democracia impía ó cegada por el fanatismo, las sectas enemigas de la Iglesia, lejos de contribuir al establecimiento de una libertad racional, se ha colocado á los pueblos en la alternativa de elegir entre una licencia desenfrenada ó las facultades ilimitadas del poder supremo. Esta leccion, dada por la historia, se halla confirmada por la esperiencia: el porvenir no la desmentirá. El hombre será tanto mas digno de libertad cuanto mas religioso y moral sea: tendrá tanto menor necesidad de un freno exterior cuanto mas poderoso sea el que tenga en su conciencia. Un pueblo irreligioso, inmoral, no podria pasar sin tutores que arreglasen sus asuntos. Abusando á cada instante de estos derechos, merecerá perderlos (1).»

(1) *El Protestantismo comparado con el catolismo*. C. L. XVIII.

VIII.

De la sucesion Real en España.

La cuestion de la sucesion á la Corona, tal como se hallaba planteada á la muerte del último Rey Fernando, no es un simple asunto de derecho público, un debate entre los jurisconsultos; ante todo es una cuestion política: BALMES diria ademas que era cuestion de creencias é intereses. Algunos de nuestros lectores habrán consultado tal vez sobre este punto los escritos esparcidos por Europa entera por los partidarios de Isabel ó de D. Carlos. Nosotros mismos hemos presentado al público un resúmen de los argumentos ofrecidos por una y otra parte (1). Seria muy largo enumerar aqui las leyes, los hechos, las actas contradictorias de las córtes, los documentos de todas las clases analizados por nosotros en el precedente trabajo. Sin embargo, con objeto de apreciar el dictámen de BALMES, conviene saber en qué términos se presenta la cuestion á las miradas de un juez imparcial.

En la época en que el nieto de Luis XIV recobró la herencia de la casa de Austria, la suce-

(2) *De l'heredité royale en Espagne á propos du mariage de la reine. Correspondent*, número del 25 de febrero 1847.

sion femenina formaba incontestablemente una de las leyes de la monarquía española. Todas las diferencias de costumbre ó tradicion respecto á este punto entre los diversos partidos de la monarquía, habia desaparecido, puesto que Juana la Loca, hija de Isabel la Católica y de Fernando de Aragon, transmitió al principio del siglo XVI todo la herencia de su padre y de su madre á su hijo Carlos V. Sabido es que Felipe V, con objeto de permanecer pacífico poseedor del trono de España, hubo de renunciar á todo derecho respecto á la corona de Francia. En compensacion de este sacrificio, Luis XIV procuró asegurar en la descendencia masculina de su nieto la posesion del trono español. El principio de la sucesion femenina podia privar de la corona á la casa de Felipe V desde la segunda generacion, y transferirla á una dinastía extranjera. Aconsejado por el interés de su casa y por la política de su abuelo, el Rey introdujo en España el principio sálico con una modificacion que lo asimilaba á la tradicion castellana (1).

Esta innovacion en el derecho público, fué sancionada, bien ó mal, por las córtes y aceptada sin mucha resistencia por toda España. El dia siguiente de su valerosa lucha en favor de Felipe V, España se entregó á este Monarca como

(1) La nueva ley reconocia en favor de las mujeres el derecho á reinar cuando se estinguiese toda la descendencia masculina del Rey fundador.

una esposa empeña su fé al esposo deseado, sin reparar en las cláusulas del contrato. Setenta y cinco años despues del establecimiento de la ley sálica, en 1789, unas córtes convocadas por Carlos IV, destruyeron la obra de Felipe V. Sin embargo, la decision de estas córtes quedó reservada: el Rey que la habia solicitado, se abstuvo de promulgarla. La ley de Felipe V, quedó, pues, inscrita en el frontispicio de la legislacion nacional, hasta el dia en que el interés de la revolucion reclamó que D. Carlos, Príncipe adherido á las máximas de la autoridad absoluta, fuese privado de los derechos que aquella ley le garantizaba. Entonces apareció una pragmática, sancion que, dando vigor á la decision de las córtes de 1789, restauró la antigua ley de la sucesion femenina. Despues de varias oscilaciones en la voluntad de Fernando VII, unas córtes convocadas por él poco antes de morir, juraron fidelidad á su hija como Princesa de Asturias, esto es, como presunta heredera de la corona.

Pasamos en silencio las intrigas que se mezclaron en estos grandes hechos. Por una parte, las discordias, los ódios que desunieron á los miembros de la familia real: por otra parte, las sor-das maquinaciones del génio de la revolucion, hábil en forjarse armas: en una palabra, la política inglesa, poniendo en juego todos los ódios, haciendo servir todos los acontecimientos para sus

antiguos designios contra el edificio fundado por Luis XIV.

BALMES, como ya hemos dicho, ha tratado esta cuestion de la sucesion al trono con infinitas reservas. En este asunto, á nuestro modo de ver, sus escritos no contienen palabras mas terminantes que las comprendidas en las siguientes páginas:

«La revolucion en España buscaba el freno que le ponía la doble fuerza del principio religioso y del monárquico. Esta mano que pesaba sobre ella, tenía un poder irresistible. Conteniendo su voz y su aliento, no atreviéndose ni aun á levantar los ojos, la revolucion permanecía en silencio y con aparente tranquilidad. El Rey no tenía hijos, pero su inmediato sucesor abrigaba una profunda aversion á toda innovacion peligrosa. Este heredero tenía muchos hijos. España podía creerse libre de todos los peligros que llevan consigo ya una Regencia, ya una guerra de sucesion. ¡Vana esperanza! De repente muere la Reina Amalia, se casa el Rey con Maria Cristina; viene al mundo una Princesa: desde aquel dia, la Regencia, la guerra de sucesion, la revolucion llegaron á ser no solo posibles, sino probables.....

»Veinte veces he reflexionado sobre esa cuestion de la sucesion á la Corona, que desde 1832 agita á España: veinte veces me he preguntado qué causas habían colocado secretamente á los par-

tidarios bajo una ú otra bandera. En general, los hombres imbuidos en principios liberales, todos los que mas ó menos deseaban reformas, se decidieron por la legitimidad de Isabel: por otra parte, gran número de realistas de aquellos que temblaban por la suerte de la religion y de las antiguas instituciones, sostuvieron la legitimidad de D. Carlos. Asi como respetamos la conviccion de aquellos que, sean quienes fueren, se entregaron á un exámen profundo de la cuestion bajo el punto de vista legal; sabemos tambien que mas de un hombre en uno y otro partido era incapaz de sacrificar la justicia á la conveniencia; y sin embargo, no tenemos asegurar que la inmensa mayoría (no hablamos solo del vulgo) obedeció á intereses sociales y políticos mas bien que á razones sacadas de la legalidad. Muchos partidarios de Isabel, muchos defensores de D. Carlos van á clamar contra esta asercion: pero rogamos á unos y á otros que pesen las reflexiones siguientes:

»¿Cómo es que precisamente todos los hombres afectos á ciertas opiniones sociales y políticas han juzgado del mismo modo la cuestion de legitimidad, en tanto que los hombres opuestos á estas opiniones, la han juzgado en sentido contrario? ¿No es claro que la cuestion de la *persona* pesaba mas en el ánimo de todos, que la cuestion de legitimidad?

»Otra reflexion. Supongamos que D. Carlos

en vez de ser un Príncipe profundamente religioso, enemigo declarado de toda innovacion peligrosa, se hubiese dado á conocer, de mucho tiempo atrás, por su escepticismo en materia de religion; por su desvio del clero y sus tendencias liberales: supongamos, por el contrario, que la viuda de Fernando VII estuviese íntimamente ligada con el clero: que su conocida aversion á toda idea constitucional, y su carácter inflexible no dejasen esperanza alguna de innovaciones á la sombra de su autoridad, ¿qué hubiera sucedido á la muerte de Fernando VII? No vacilamos en decirlo: los papeles se hubieran trocado: al rededor de D. Carlos se habrian agrupado los hombres del liberalismo; en torno de la cuna de Isabel se veria estrecharse las falanges realistas. Observad bien, ademas, que á nadie acusamos de mala fé. No decimos que se haya sostenido como legítimo lo que se sabia, era ilegítimo. La mayor parte de los hombres son incapaces hasta de estudiar tal cuestion, y entre los que intentasen estudiarla, pocos serian los que llegarían á comprenderla. Por último, entre aquellos cuya mente fuese capaz de estudiar y comprender, apenas se hallarán algunos que se mantengan en guardia contra el deseo de ver la verdad en la parte en que su interés apetece que se halle. Asi es como el espíritu de imitacion, el espíritu de proselitismo, el instinto del egoismo la pasion, deciden de las opiniones en los puntos

mas importantes. Ahora bien, una vez las armas en la mano y habiendo venido la sangre á sellar la conviccion ó la ilusion, el exámen cesa: cualquiera que combate la causa que se ha abrazado, es tratado como ciego ó traidor....

»Preciso es, pues, convencerse de que la cuestion que domina entre nosotros es, ante todo, cuestion de creencias é intereses. Colocad en el trono un Rey impío; los hombres religiosos protestarán contra el absolutismo é invocarán con ardor la libertad. Suponed unas córtes enemigas de la revolucion y afanosas por reparar las injusticias que la revolucion ha hecho: suponed á estas córtes en contradiccion con un Rey amigo de reformas revolucionarias; todos los realistas se declaran en favor de las córtes: gran número de liberales se declaran en favor del Monarca. (1)»

Por las páginas que acabamos de leer, se puede colegir que BALMES preferia la causa de don Carlos á la de la Reina?—Para contestar á esta pregunta, quizá bastará preguntar si en el interés de la estabilidad no le parecia de un valor infinitamente superior al interés de ciertas reformas de mas ó menos cuestionable utilidad. Por nuestra parte, estamos inclinados á creer que, si BALMES, en cierta época de su vida, se mostró favorable á las reformas, la madurez, la esperiencia de sus últimos años, acabaron de convertir su ánimo á

(1) Escritos políticos.

favor de las máximas de que el partido carlista se habia declarado defensor.

El conjunto de sus escritos y su conducta en lo relativo al matrimonio de la Reina , no dejan género alguno de duda en esta parte.

«En el mes de noviembre de 1843, poco despues de la caida de Espartero , tuve ocasion de hablar con BALMES sobre este punto tan importante de la política española. Desde aquel momento, muchos hombres del partido de Isabel, rodeados de brillante y merecido renombre , no temieron manifestar en alta voz sus deseos de una alianza entre la Reina y el heredero de don Cárlos. Su lenguaje, que hice observar á BALMES, le impresionó vivamente al parecer. Sin embargo, fiel á su habitual circunspeccion, emitió, sino me engaño , la idea de que un Príncipe aleman y católico satisfaria las muchas necesidades de la sociedad española.

»Poco tiempo despues *El Pensamiento de la Nacion* habia visto la luz. Sin duda ninguna , uno de los motivos de esta empresa era el de favorecer el matrimonio de la heredera de Fernando VII con el hijo del Príncipe desterrado. Hasta 1845 no volví á ver á BALMES ; dos años despues de la entrevista de que acabo de hablar. Regresaba á su patria despues de haber cooperado á la abdicacion de D. Cárlos , y al manifiesto del Conde de Montemolin. La cuestion de la sucesion Real se pre-

sentó de nuevo en nuestra conversacion. Algunos rasgos de luz desprendidos de su pensamiento me hicieron creer que el principio sálico se le presentaba entonces con una fuerza y una belleza que en un principio no se habian revelado á su espíritu. Un biógrafo nos da á conocer la conviccion que en aquel momento ocupaba el ánimo del publicista.

»Durante la estancia que hizo en París en el verano de 1845, nos dice D. B. García de los Santos, BALMES recibió una visita del Conde de Montemolin. El mensajero era un oficial general. Este enviado espresó al publicista la gratitud del Príncipe por los servicios que hacia á su causa. BALMES no disimuló el profundo respecto con que recibia esta honrosa manifestacion de parte del ilustre desterrado. Rogó al enviado que asegurase al Príncipe que no hacia ningun sacrificio al sostener una causa ligada, segun su opinion, á los únicos principios capaces de salvar el pais. No tengo, añadió, mérito alguno, en defender á un Príncipe en quien se personifica el sistema mas conveniente á los intereses de mi pais.»

Mientras mas se reflexiona sobre el conjunto de los pensamientos de BALMES, mas fácil será convencerse de que el principio sálico debia, mas ó menos pronto, adquirir sus simpatías. Este principio, asi para España como para Francia, es un principio de unidad. La sucesion femenina, en

las épocas remotas de la historia de España, tuvo la ventaja de contribuir á la unidad de la monarquía, y de secundar tal vez la libertad que se hubiera visto demasiado ahogada por la accion permanente de un varon en el trono. Pero en la época en que Felipe V introdujo en España el derecho sálico, este principio pareció llevar el complemento providencial á la unidad de la civilizacion española.

Recordemos con este motivo un bello pensamiento de M. Bonald. Establece un paralelo entre el desarrollo de la sociedad y el de cada hombre en particular. En el niño todo es incoherente, movible, fulto de forma fija. El ser humano, por decirlo asi, busca á tientas durante su infancia, la organizacion, la figura que ha de presentar en su edad madura. Lo mismo sucede con cada sociedad. Las formas democráticas, aristocráticas, son la mayor parte de las veces un medio de encaminarse á la unidad de poder, á la monarquía. Una vez llegada á este gobierno, la sociedad continúa siguiendo una direccion que, de la monarquía electiva la conduce á la monarquía hereditaria. Siguiendo el desenvolvimiento de la ley indicada por M. de Bonald será fácil hacer ver que la sucesion masculina puesta en parangon con la sucesion femenina, es un nuevo progreso. Este principio, en efecto, da á la monarquía una forma mas estable y precisa: la regla nacional se

halla confiada al hombre , no á la mujer ; se perpetúa como el tipo mismo de la raza cuya conservacion parece pertenecer como cosa propia al hombre.

Por otra parte , los efectos del principio sálico , sustituido en España á su antigua ley de sucesion , no se limitaban á este pais. Este principio era una garantía mas de estabilidad introducida en la política europea. En tanto que la península ibérica estuvo dividida en muchos reinos , y por consiguiente sometida á muchas razas Reales , entre las cuales podian consumarse alianzas á propósito para conseguir la unidad de la monarquía , la Regencia de las mujeres en España no tuvo inconveniente alguno en el resto de Europa. Desde Carlos V , ya no podia suceder lo mismo , porque entonces los casamientos de las Reinas de España , asi como las elecciones de los Reyes de Polonia , eran para Europa entera un manantial de conflictos. El génio de Luis XIV suprimió esta causa de disension. Un principio nuevo de disciplina nacional se halló inscrito en los tratados que pusieron fin á la guerra de sucesion. El pensamiento de BALMES se habia colocado en altura suficiente para abrazar estos vastos intereses.

Pero sean cuales fueren las ventajas del principio sálico , habrá quien pregunte si el interés de España exijia en nuestros dias una alteracion en la forma monárquica , tal como Felipe V la

habia establecido. ¡ En qué ocasion se propone debilitar , borrar el carácter de fuerza y estabilidad comunicado á la institucion Real en España! En un tiempo en que la Europa entera se vé amenazada de una nivelacion que derrocaria el edificio de la civilizacion hasta sus cimientos. El carácter distintivo de la política de BALMES , es el de sustraer en cuanto sea posible la sociedad á las eventualidades. No solo se esfuerza en privar de toda libertad á las pasiones , sino que se afana con perseverancia por restringir en las cosas humanas los peligros del acaso. Quiere que las instituciones , una vez puestas de acuerdo con el interés público , sean puestas al abrigo de la inestabilidad de los acontecimientos , asi como tambien al de los caprichos de nuestra voluntad (1). Fácilmente deduciremos de aqui cuál era su secreto parecer acerca de la sucesion Real.

En esta cuestion , su prudencia y su silencio nos prescriben suma reserva. De modo ninguno nos conviene sustituir nuestro juicio al suyo. Desde el matrimonio de la Reina Isabel , España ha recibido grandes lecciones. Mas de una vez en el curso de nuestro trabajo hemos tributado homenaje á las nobles acciones con que el gobierno de Madrid atestigua que sabe ser dócil á las lecciones de la Providencia. Dos meses hace que la

(1) Lo vago , lo condicional , le desagrada en todo. Un biógrafo refiere de él esta festiva frase: «He de acabar por escribir una gramática que no tenga subjuntivo.»

heredera de S. Fernando daba una muestra mas de generosidad, abriendo las puertas de la patria á los restos de ese ejército carlista, cuyo valor y perseverancia han sido uno de los mas bellos ejemplos de nuestro tiempo. No se podrá decir que las inspiraciones de BARMES han dictado este acto no menos hábil que magnánimo? España no ha sufrido aún sus últimas pruebas. Las doctrinas del publicista católico, consultadas con lealtad y discernimiento, llegarían á ser para ella en el porvenir una regla sábia y provechosa (1).

IX.

Allanzas de España.

En otro lugar de nuestro libro hemos hecho notar que el casamiento de la Reina Isabel ofrecía á España una ocasion favorable para volver á entrar en el órden regular de sus relaciones con el

(1) Al dia siguiente del matrimonio Régio, Balmes, fatigado un instante por las fastuosas predicciones que llenaban los periódicos de Madrid, preguntó á sí mismo se habria llevado demasiado lejos su celo por la candidatura del Conde de Montemolin. Necesitó repasar en su mente los principios con arreglo á los cuales se habia formado y establecido su opinion, y por último, dijo estas palabras: «La felicidad que se promete á España, no se realizará porque no puede realizarse.» Sus largas reflexiones acerca de las probables consecuencias del matrimonio de la Reina, terminan con estas líneas tomadas de Ciceron: «*Magna enim consolatio est, cum recordere, etiamsi secus acciderit, se tamen recte vereque sensitse.*»



extranero. Este pensamiento era uno de los que preocupaban mas vivamente el ánimo de BALMES.

La historia de las relaciones exteriores de España desde mas de cien años á esta parte, se reduce á un corto número de alternativas entre la alianza de Francia y la de Inglaterra. A nuestro juicio está fuera de duda que los *intereses permanentes* de este pais le llevarán habitualmente á nuestra alianza. La consanguinidad de las dos familias reinantes en el siglo XVIII, una en Madrid y otra en Versailles, fue simplemente la señal de una alianza basada sobre intereses comunes á las dos naciones. Para saber qué parte estaba reservada á España en los beneficios del *pacto de familia*, basta echar una mirada sobre esas inmensas regiones del continente americano, arrancadas en nuestros dias de la autoridad del cetro español, y entregadas indefensas á la doble invasion del tráfico inglés y de una nueva barbarie.

Es natural que España, en sus relaciones con las diversas potencias, se proponga como objeto constante, asegurar su propia independencía. El recuerdo de nuestra amistad se une en sus anales á cuadros de felicidad y de grandeza. Por desgracia, la demencia de la revolucion francesa y la perfidia de Napoleon, perfidia justamente castigada, han dejado tambien recuerdos en su memoria. La revolucion de julio no se ha manifestado mas hábil que su predecesora en colocar otra vez sobre su

verdadera base el edificio de nuestra alianza con España. BALMES al defender la independenciam de su país, cuidó de recordarnos nuestros defectos y nuestras desgracias.

«No abrigamos, nos dice, prevencion alguna injusta contra la Francia. El rencor que algunos hombres profesan á este país, nos parece tan distante de la razon como de la imparcialidad. Nosotros juzgamos á la Francia como á cualquier otra nacion. A nuestro parecer, ningun pueblo, considerado en su conjunto, es digno de aversion. Pero antes de tomar parte por una alianza determinada, sepamos pesar todas las circunstancias y preveer todos los resultados. Si miramos como funesta para los intereses de España una union demasiado íntima con Francia, esto consiste en que el estado político, y aun mas, el estado social de este país, está lejos de inspirarnos confianza. ¿Se pretenderia basar nuestra intimidad con Francia sobre la semejanza entre el principio de su gobierno y el del nuestro? Esta misma base, esta semejanza de principios solo haria redoblar nuestras aprensiones. Nuestra patria, en efecto, no tiene necesidad alguna de un gobierno pusilánime que no tiene valor ni para declararse revolucionario ni para defender las grandes tradiciones de nuestra historia. Nuestra ambicion para la monarquía de Isabel la Católica, de Carlos V, de Felipe II, aspira á mas. Seguramente se nos presentan grandes dificultades; pero no por eso deses-

peramos de un porvenir brillante, y esta esperanza es el único consuelo de nuestros actuales infortunios. Nosotros no creemos que nuestra prosperidad depende de una alianza determinada ni de una imitacion servil. En el seno de la nacion existe un principio de vida, de fuerza, de energía, que, empleado bastaria para volver á colocar á España en el rango que le pertenece. Esperando circunstancias favorables, alimentemos, fomentemos en los ánimos el presentimiento de una era mas afortunada. Guardémonos de paralizar la expansion de los pensamientos nacionales, aceptando el protectorado de un pueblo extraño (1).»

En un apéndice puesto á sus *Escritos políticos* formula BALMES de esta manera el deber impuesto á los gobiernos de velar por el interés de cada nacionalidad.

«Los gobiernos, dice, deben dedicarse á desenvolver en cada pais las fuerzas propias de la nacion. Con este objeto les está prescrito fomentar los buenos principios y apoyar sobre ellos un sistema de sábias reformas y de legítimo progreso. Atenerse á la resistencia absoluta y confiarse á la proteccion de alguna potencia estrangera, es correr el peligro de verse abandonado en el momento en que menos se esperase.»

Como se ha visto por una de las precedentes citas, BALMES no se hacia ilusiones acerca de las

(1) *Escritos políticos.*

fuerzas actuales de su país. España, dice en cierto pasaje, debe esforzarse por reconquistar su puesto entre las grandes naciones. Pero está en su interés evitar toda participacion en los asuntos que no le conciernen. Sepamos preservarnos de toda ilusión lisonjera. Cuando España poseía estensas provincias en Italia y en el norte de Europa, era justo, era natural que se mezclase en todas las grandes cuestiones suscitadas en el Continente. Ejércitos imponentes apoyaban en aquel tiempo el crédito de nuestros diplomáticos. Hoy, encerrados en nuestros límites naturales (condicion ventajosa tal vez para nuestro reposo y nuestra prosperidad), por qué habíamos de ingerirnos en las cuestiones europeas que no afectan directamente nuestros intereses (1)?

Así, el patriotismo del publicista, contristado por el espectáculo de lo presente, buscaba un refugio en el porvenir. Las líneas que se acaban de leer, no aconsejan á España, ni el olvido de sus grandes recuerdos, ni el sacrificio de esperanzas fecundas; aconsejan tan sólo una hábil contemporización. Gracias á su posición geográfica y á sus colonias, España, una vez dotada de un gobierno conforme con su carácter, podría, según BALMES, recobrar la influencia que en otros días ejerció sobre los destinos de la Europa.

(1) Escritos políticos.

X.

La centralizacion.

«Combinar la unidad del gobierno con el goce de la libertad individual; ligar fuertemente todos los intereses á su centro; dejar al mismo tiempo una esfera de accion á cada fuerza local, es uno de los grandes problemas de la ciencia de los hombres de Estado. Toda exageracion en sentido de la independencia, todo rigor inútil en el lazo de la unidad, son excesos igualmente funestos. Sobre estas cuestiones no se muestra BALMES ni menos prudente ni menos ilustrado que en todas las demas de su política. Comprende y espone con lucidez las ventajas de la unidad del gobierno: al mismo tiempo considera con alegría en su pais esta expansion de libertades locales y provinciales que son en todas partes un signo de bienestar general del cuerpo social. Esta verdad indicada por él, se encontrará en seguida desenvuelta con una superioridad admirable por el Marqués de Valdegamas.

«Desde la primer mirada, nos dice BALMES, un español que visita la Francia, y estudia la organizacion administrativa de ese pais, se queda en-

cantado con el espectáculo de una máquina inmensa que funciona con una perfecta regularidad, y que conserva todavía el sello del génio que la ha puesto en movimiento. Hacer partir todo de un punto, conducir todo á este mismo, es un fenómeno que asombra al observador. Todos los entendimientos de cierta capacidad sufren inevitablemente la influencia de estas grandes ideas de órden y de unidad: de ahí viene la propension de muchos hombres de Estado, de arreglar todo por el tipo á que les causa admiracion: de ahí se origina para algunos el peligro de pensar en un órden imposible, y buscar en un exceso de unidad ventajas que no se encuentran de ninguna manera.

»Dos naciones en Europa, la Francia y la Prusia, se distinguen por la centralizacion, por la unidad de su administracion. Se cita á estos dos paises como modelos, sin pensar que ambos se hallaron sometidos á condiciones muy escepcionales sin relacion con el estado de España. Prusia es un establecimiento militar, en medio de un pais civilizado, asi como la Rusia es un establecimiento militar, en medio de un pais bárbaro. Verdad es que la Francia no se ha organizado de la misma manera, pues que cuenta catorce siglos de monarquía: con todo eso puede decirse que la Francia actual es una nacion nueva. En el principio de su grande revolucion los elemetos constitutivos de

su antigua sociedad formaron con los de la moderna una especie de caos. Una lucha, un conflicto sangriento apareció entre aquellas fuerzas contrarias; y fue necesario, por decirlo así, precipitar todos estos elementos en el mismo crisol, á fin de que el fuego hiciese salir de él un nuevo compuesto. Tal fué la obra de la Convencion, de cuyas manos recibió Bonaparte esta masa informe que trató de pulir y cincelar.

»En tal coyuntura la centralizacion es no solamente posible, sino tambien indispensable para la salvacion de la sociedad: cuando se rompen los lazos sociales, preciso se hace que los supla una administracion vigorosa y uniforme. Jamás la disciplina es mas vigorosa en el ejército, que cuando la insubordinacion es un peligro visible y permanente.

»Entre Francia y España existe esta diferencia notable: que en la primera la fuerza reside en las manos del Estado, mientras que la segunda reside en la sociedad. La administracion entre nuestros vecinos, es lo principal; entre nosotros es lo accesorio. Casi me inclinaria á decir que la sociedad francesa se conserva provisionalmente por la fuerza de la administracion, mientras que la nuestra dura y permanece con la ausencia de todo sistema administrativo. Una regencia, un contratiempo en el crédito del gobierno, un desorden parecido al de nuestros negocios, bastaria para traer á

Francia una revolucion repentina, cuyas consecuencias no pueden calcularse. Estas observaciones no son por nuestra parte un elogio ni una censura: ellas no tienen otro objeto que hacer se comprenda la distancia inmensa que separa los dos paises. ¿Seria posible establecer en España una centralizacion semejante á la que nos presenta la Francia? ¿Se encuentra nuestro pais en condiciones propias para tal institucion? Seguramente que no.»

Algun publicista ha procurado explicar las agitaciones modernas de España, por la poca unidad que se cree todavia que existe entre las diversas provincias de esta monarquía. BALMES se dedica á destruir esta opinion. «A cada instante, dice, oimos á nuestro compatriota lo mismo que á los extranjeros, discurrir acerca de una disposicion que se supone generalizada en nuestras provincias, y que seria contraria á la unidad y á la buena organizacion del reino.

»Si esta suposicion fuese fundada, se seguiria de aqui que la monarquía propiamente dicha, carece en España de raices profundas, pues que la *unidad* del gobierno, realizada en el trono, no puede combinarse con esta *multiplicidad*. Nuestra monarquía en este caso no egerceria sobre la sociedad sino una influencia débil, y se la podria comparar á esas monarquías feudales, cuya soberanía era solo en nombre, y cuyo poder se veia parali-

zado por una infinidad de fuerzas independientes.

»Seria muy desgraciado para nosotros que las ideas, las costumbres, los sentimientos de la sociedad española, fuesen hasta este punto contrarios al verdadero principio de la monarquía; en tal caso, deberíamos renunciar á la esperanza de establecer entre nosotros un gobierno estable. Afortunadamente esta opinion nada tiene de sólida, y sin embargo, se halla generalmente profesada, sobre todo en el extranjero, y apoyándose en apariencias demasiado propias para causar ilusion; motivo por el cual no será supérfluo refutarla.

»Durante la guerra de 1808, consideremos la actitud de la nacion, de un extremo á otro de la Península. En todas partes se levanta esta al grito de, *Viva el rey!* La lucha dura seis años; el Monarca está ausente, y no obstante nada debilita la fuerza de este grito mágico. Se forman *juntas* innumerables en toda la estension del reino: pero lejos de indicar un espíritu de division, al contrario, la misma aparicion de estas juntas contribuye á probar la energía del principio monárquico; en efecto, luego se ve organizarse una *Junta Central*, y obtener la obediencia de toda la Península. Este solo hecho demuestra que la adhesion de cada provincia á sus intereses particulares, no destruye de ninguna manera la unidad de la monarquía.

»Es tambien de notar que las diferentes provincias, antes de entenderse, y aunque separadas unas

de otras por los ejércitos del usurpador, se alistaron bajo una misma bandera. Cataluña, Aragon, Navarra, Valencia y las provincias Vascongadas, sin ocuparse de sus fueros, escribían en sus manifiestos y en sus proclamas la misma divisa que el resto de la monarquía: *Religion, Patria, Rey, Independencia*.

»Durante este interregno de la monarquía, de seguro era natural que volviesen á aparecer las antiguas divisiones: se vió por lo contrario ostentarse con vivo interés el sentimiento de nacionalidad; jamás se vieron los diferentes pueblos de España tan unidos por lazos fraternales. Los ejércitos franceses no encontraron por todas partes sino españoles; los unos cubriendo su sombría mirada con la gorra encarnada de los catalanes; los otros adornando su cabeza con el arrogante sombrero andaluz.

»En una época mas reciente los levantamientos parciales, conocidos con el nombre de *pronunciamientos*, las *juntas* improvisadas en todas partes durante el curso de nuestras discordias civiles, prueban simplemente, segun nosotros, los dos hechos siguientes: primero, la debilidad del gobierno; segundo, la adhesion de la nacion á la unidad del poder.

»Si el gobierno se hubiese apoyado en nuestros dias sobre elementos nacionales dotado de fuerza y de estabilidad, no se hubiera visto á un puñado de

disidentes romper tan fácilmente los vínculos que aseguran la obediencia general. Por otra parte, si España hubiese alimentado en su seno un espíritu de división; una tendencia al federalismo, esos vínculos que la violencia acababa de destruir no se hubieran reanudado con tanta prontitud. Tengamos cuenta de este doble hecho: por una parte debilidad del gobierno; de la otra tendencia hácia la monarquía: con esto todo quedará explicado. Es falso que España esté trabajada por fuerzas esencialmente enemigas del principio de una unidad central. El ejemplo mismo de las provincias del Norte, sublevadas á favor de D. Carlos, no prueba nada contra nuestra opinion, puesto que las gentes que han visto de cerca las cosas, saben perfectamente que un mismo grito de guerra dominó en Navarra, en las provincias Vascongadas, al mismo tiempo que en el Maestrazgo y en las montañas de Cataluña, » es decir, en las provincias cuyos intereses son enteramente diversos.

XI.

Discurso del Marqués de Valdegamas.

Este discurso cuya fama dura todavía, no solamente en España, sino en Europa, fue pronuncia-

do el 4 de enero de 1849, en Madrid en el Congreso de los diputados. Raras veces es dado al talento oratorio elevarse á tanta altura. Desde algunos años antes la imaginacion brillante del publicista habia reflejado sucesivamente la mayor parte de las grandes ideas que en lo pasado inspiraron la política de su pais. Ella debia , en fin, recibir un rayo de luz sobre una verdad católica , para cuyo triunfo en los siglos XV y XVI colocó la Providencia el imperio de la civilización en las manos de España. Hé aquí el resúmen de los pensamientos del orador:

«Señores , el largo discurso á que voy á contestar no ha sido , á pesar de sus vastas dimensiones , sino un epílogo: el epílogo de los errores del partido progresista , los que no son sino el epílogo de los errores inventados hace tres siglos, y que conturba hoy dia mas ó menos todas ls sociedades humanas. El señor Cortina , con la buena fé que tanto honra á su talento , nos ha confesado al principio de su discurso que dudaba algunas veces de la exactitud de sus principios, al considerar que nunca estan en el poder y sí siempre en la oposicion. Por poco que reflexione el señor Cortina verá que esta duda se cambia en certidumbre: En efecto , estas ideas jamás se encuentran en el poder sino en la oposicion, precisamente porque son ideas de oposicion y no de gobierno: ideas estériles y desastrosas que debemos combatir hasta que las veamos enterradas aqui , en su cementerio na-

tural, bajo estas bóvedas, al pie de esta tribuna.

»Señores, ¿cuál es el principio del señor Cortina? Analizando bien su discurso se verá que este, en la política interior la *legalidad*, todo por la legalidad, la legalidad siempre, en todas circunstancias. Y yo, señores, que creo que las leyes han sido hechas para las sociedades, y no las sociedades para las leyes, digo: «la sociedad, todo para la sociedad, la sociedad siempre, en todas circunstancias.»

»Cuando la legalidad basta para salvar la sociedad, la legalidad; cuando no basta, la dictadura. Señores, esta palabra terrible y menos terrible sin embargo que la de la de la revolución, la mas terrible de todas, se ha pronunciado aqui por un hombre á quien todo el mundo reconoce tan incapaz de ejercer la dictadura como de condenarla. Cierto que yo no soy capaz de la materia de que se hacen los dictadores. Pero si soy inhábil para imitarlos, soy á lo menos capaz de comprenderlos.

»La vida social, señores, como la vida humana, se compone de la acción y de la reacción, del flujo y reflujo de ciertas fuerzas invasoras, de ciertas fuerzas de resistencia. Estas fuerzas invasoras llamadas *enfermedades* en el cuerpo humano, y con otro nombre en el cuerpo social tienen una doble manera de existir: ó bien se hallan esparcidas en la sociedad entera y diseminadas en los individuos: ó bien (lo que constituye un estado de enfermedad,

muy grave) estan concentradas, acumuladas en asociaciones. Las fuerzas de resistencia deben proporcionarse necesariamente á este doble estado. Mientras que las fuerzas invasoras permanecen difundidas, la resistencia se opera por los medios ordinarios, los magistrados, los tribunales. Mas al punto que las fuerzas agresivas llegan á concentrarse, las fuerzas de resistencia deben tambien reconcentrarse necesariamente y precipitarse en una sola mano sin que nada las detenga.

»Tal es, señores, en el órden racional la teoría de la dictadura, la cual es al mismo tiempo un hecho constante en la historia. La democracia de Atenas tuvo el ostracismo; la aristocracia de Roma tuvo sus dictadores. En Francia, la primer república no fué mas que una dictadura gigantesca llena de sangre y de horrores. La restauracion misma buscó un asilo en el artículo catorce de la carta. No hablaremos de la república actual; ¿ha sido hasta ahora otra cosa mas que una dictadura adornada con otro nombre? La constitucion inglesa confiere al parlamento en ciertos casos todos los poderes, todos los derechos imaginables, salvo, como dicen los jurisconsultos, el de hacer *de una mujer un hombre y de un hombre una mujer*. Pero señores, iré mas lejos: Dios que se ha reservado en propiedad el gobierno del universo y que le rije ordinariamente, si me es permitido emplear aqui esta espresion, según la for-

ma constitucional ; pues que le ha sometido á leyes fijas, invariables, llamadas *causas segundas*; Dios manifiesta algunas veces directa y claramente su voluntad soberana, infringiendo él mismo las leyes que él mismo se ha impuesto, y trastornando el curso natural de las cosas. En estos casos, señores, ¿no es evidente que Dios obra como dictador? lo cual debe hacernos comprender cuán insensato es un partido que pretende gobernar con medios mas escasos que Dios.....

»Señores, sobrevino la revolucion de febrero de improviso como la muerte. Al saber esta grande noticia, quedamos estupefactos, consternados. Trascurrieron diez meses; y bien: preguntad á esa revolucion cómo ha vencido, por quién y por qué fuerza ha vencido; ella no podrá responderos. ¡Ah! no es la república la que ha vencido: la república no ha sido mas que el instrumento victorioso de un poder mas alto. Y este poder que ha sido tan fuerte para destruir la monarquía con un *escrúpulo* de república, no lo será menos para destruir la república con un *escrúpulo* de imperio, ó con un *escrúpulo* de monarquía. Señores, cuando las catástrofes son tan completas, tan repentinas é imprevistas, no vereis en ellas otra cosa que un acto de la Providencia. Estos caracteres son los caracteres de las obras de Dios. El 24 de febrero fué el dia de la grande liquidacion de todas las cla-

ses de la sociedad ante la Providencia, y todas se hallaban en déficit.

»Si se cree al partido progresista, las causas de la revolucion son, por una parte, la miseria, por otra la tiranía. Señores, esta teoría es absolutamente contraria á la historia. Que se me cite un solo ejemplo de una revolucion hecha, llevada á término por pueblos esclavos ó acosados del hambre. Las revoluciones son enfermedades de los pueblos ricos, de los pueblos libres. Los esclavos de la antigüedad pudieron muy bien ensayar algunas guerras serviles; pero las revoluciones siempre fueron hechas por aristócratas opulentos. No, señores; ni la esclavitud ni la miseria son el gérmen de las revoluciones; este gérmen le descubriréis siempre en los deseos escitados de la multitud, deseos escitados por los tribunos que los explotan para aprovecharse de ellos. *Sereis como los ricos*; tal es la fórmula de las revoluciones socialistas contra los ricos. *Sereis como los nobles*; tal es la de las revoluciones de las clases medias contra las nobiliarias. *Sereis como los Reyes*; hé aqui la de las revoluciones de las clases nobiliarias contra los Reyes. En fin, señores, *sereis como los dioses*; fué la fórmula de la primera rebelion de hombre contra Dios. Tales fueron les fórmulas de todas las revoluciones desde Adam, el primer rebelde hasta Proudhon el último impio.

» La libertad, señores; se nos habla todavía de la libertad! Ah! ¿No sabeis que acaba de espirar? No habeis asistido como yo á su pasion dolorosa? No la habeis visto ultrajada, desgarrada, herida traidoramente por todos los demagogos del mundo? Despues de haber arrastrado sucesivamente sus agonias en las montañas de la Suiza, en las orillas del Sena, del Rhin, del Danubio, del Tíber, ha subido por fin al Quirinal que ha sido su Calvario. Señores, es doloroso decirlo: la libertad ha espirado; y no resucitará al tercer dia ni al tercer año, ni acaso al tercer siglo.....

» Todos vuestros errores vienen de ignorar en qué direccion marchan la civilizacion y el mundo. Estais persuadidos, (dirigiéndose hácia los bancos de la izquierda) que la civilizacion y el mundo avanzan cuando retrocede. En cuanto á mí, señores, os digo que el mundo marcha con paso precipitado al establecimiento de un despotismo gigantesco cual no se ha visto aun en la historia....

» No hay sino dos especies de represiones posibles; la una interior, la otra exterior; *la religion y la política*. Estas dos represiones tienen entre sí una relacion tal que el termómetro religioso no puede subir sin que baje el de la represion política; asi como el termómetro religioso no puede descender sin que suba la represion política hasta la tiranía. Esta es una ley de la humanidad y de la historia. Y si lo dudais, mirad lo que era el

mundo antes del Calvario, decidnos, qué era la sociedad cuando no existia ninguna represion interior, ninguna represion religiosa; por una parte la tiranía y por otra la servidumbre, la verdadera libertad, la libertad de todos y para todos vino al mundo con el Salvador. Este es un hecho reconocido de todos, proclamado por los mismos socialistas. Sí, porque los socialistas llaman á Jesus un hombre divino y se atreven á considerarse como sus continuadores. Sus continuadores, gran Dios! Ellos, los hombres, de sangre y de venganza, los continuadores del que no vivió sino para hacer el bien, que no abrió la boca sino para bendecir, y que en tres años completó la mas asombrosa revolucion que han visto los siglos, y la completó sin derramar otra gota de sangre que la suya!

»Señores, dignaos seguir con atencion el espectáculo que nos presenta la historia. Acabais de ver que en el mundo antiguo en que la represion religiosa no existia, la represion política se elevó hasta el mas alto punto, hasta la tiranía. Aparece Jesucristo; con él nace la represion religiosa y desaparece la política. En efecto, Jesucristo formó una sociedad con sus discípulos, la cual es la única que haya subsistido sin gobierno. Entre Jesus y sus discípulos no existió otro gobierno que el amor del maestro para los discípulos y el de estos para su maestros, esto es, que cuando la

represion interior fué completa, la libertad fué absoluta.

»Durante los tiempos apostólicos que prolongaremos hasta la conversion de Constantino, qué vemos en la sociedad cristiana? La religion, esto es, la represion interior, aun en toda su fuerza, y sin embargo un gérmen de licencia, de libertad religiosa que comenzaba á surgir. Pues bien, este movimiento de baja del termómetro religioso trae al punto un principio de alza en el termómetro político: sino se ve todavia un gobierno, se encuentra ya un gérmen de él. Verdad es que los primeros cristianos no tuvieron magistrados, pero tuvieron árbitros, amigables, pacificadores, en una palabra, el embrion de una magistratura. Asi es como la fuerza del gobierno va creciendo con la corrupcion.

»Sobrevienen los tiempos feudales: ya es necesario un gobierno real, efectivo: pero basta el mas débil de todos: se ve establecer la monarquía feudal, la mas frágil de todas las monarquías.

»Llega en fin, el siglo XVI. Aqui, señores, notad qué instituciones coinciden con la heregía Luterana, ese grande escándalo del mundo político y social no menos que del mundo religioso. Desde luego y en el primer instante las monarquías feudales que eran, se hacen absolutas. Yendo en descenso el termómetro religioso, es necesario que la represion política suba mas; y en efecto, hé

aquí la institucion de los ejércitos permanentes que nos presentan al soldado hecho un esclavo bajo el uniforme. No bastaba ya á los gobiernos ser absolutos, sino que pidieron y obtuvieron ser absolutos y tener un millon de brazos.

»No esto todo: bajando todavia el termómetro religioso, es preciso que la represion política armada ya con un millon de brazos se provea con un millon de ojos. Se crea la policia general. Por la centralizacion administrativa, la represion adquiere al mismo tiempo un millon de oidos. Pero tantos recursos no le bastan; pronto tiene necesidad de hallarse en todas partes á la vez, y se inventa el telégrafo eléctrico.

»Tal era, señores, la situacion de Europa y del mundo cuando el súbito estallido de la última revolucion ha venido á anunciarnos que no habia aun bastante despotismo, porque el termómetro religioso habia descendido bajo cero.... Y ahora, señores, no queda mas que una alternativa; ó bien tendrá lugar la reaccion religiosa, y en este caso, á medida que ascienda el termómetro religioso, vereis volver á bajar naturalmente el termómetro político hasta el nivel en que respire la libertad de los pueblos, ó bien.... perdonad mi lenguaje, la gravedad de las circunstancias le hacen necesario.... si el termómetro religioso debe bajar mas aun, no sé dónde iremos, y no puedo pensar en esto sin estremecerme.... Si las verdades que acabo de es-

poner son ciertas; si el freno religioso debe romperse del todo, ¿dónde se encontrará una forma de gobierno suficiente; dónde se encontrará bastante despotismo?

»Señores, ahora teneis el dedo en la llaga. Hé aqui la cuestion para España; para Europa; para la humanidad; para el mundo.

»Sí, todos se preparan para el advenimiento de un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso. Parad vuestra atencion, señores; ya no hay resistencias físicas ni morales; no hay resistencias físicas porque el vapor y los caminos de hierro han hecho desaparecer las fronteras; el telégrafo eléctrico ha suprimido las distancias; no hay resistencias morales porque todos los ánimos se encuentran divididos y muertos todos los géneros de patriotismo. Decidme ahora, si yo no me preocupo con razon del próximo porvenir del mundo? Solo una cosa puede alejar la catástrofe: la reunion de todas nuestras fuerzas, de todos nuestros esfuerzos para provocar una reaccion saludable, una reaccion religiosa. Ahora bien, señores, ¿es posible esta reaccion? Sin duda alguna que lo es; pero es probable? Lo digo con una profunda tristeza, yo no lo creo asi....

»Desde el principio del mundo hasta nuestros dias se ha discutido la cuestion de saber si el sistema de la resistencia es mas conveniente que el de las concesiones para alejar los trastornos políti-

cos. Felizmente, señores, en el año de gracia de 1848, esta cuestion no admite duda puesto que se halla ya resuelta. Me basta recordar dos hechos. En Francia la monarquía que no resistia, fue vencida por la República, cuya fuerza era casi imperceptible; y esta República tan débil no tuvo que hacer sino resistir para vencer al socialismo.

»El otro hecho está sacado de Roma. Pio IX, como su Divino Maestro, ha querido ser generoso y magnánimo. Roma tenia hijos proscritos; Pio IX los volvió á su patria. Roma presentaba hombres apasionados por las reformas; Pio IX hizo reformas; concedió la libertad á los liberales; cada palabra de su boca fue un beneficio. Y ahora, señores, decidid si sus beneficios han sido superiores ó inferiores á su ignominia....

»¡ Ah ! si por una parte se presentan la libertad y por otra la dictadura, y se tratase de elegir ¿quién de nosotros abandonaria la libertad para arrodillarse delante de la dictadura? Pero no es esta la cuestion, señores. Realmente la libertad ha desaparecido de la Europa: casi todos los gobiernos constitucionales que la representaban en otro tiempo no son ya sino un maniquí, un esqueleto. Recordad lo que era Roma bajo los emperadores. En esa Roma subyugada subsistia aun la figura de la República. En ella se veian el dictador todo poderoso y los tribunos inviolables y las familias senatoriales y los cónsules. Es verdad, mas faltaba alguna cosa

y sobra otra : habia un hombre de mas y faltaba la República.

«Pues bien , señores, tales son en casi toda Europa los gobiernos constitucionales. Mayorías legítimas siempre vencidas por minorías facciosas; ministros responsables que no responden de nada ; Reyes inviolables , violados á cada paso. La cuestion, no está, pues, entre la libertad y la dictadura : la cuestion está entre dos especies de dictaduras, la de la insurreccion y la del gobierno. Yo elijo esta última como menos pesada y menos injuriosa. A la dictadura que viene de abajo, prefiero yo la dictadura que viene de arriba, que desciende de una region mas pura y mas serena. En fin, puesto que es preciso optar entre la dictadura del puñal y la dictadura del sable , me decido sin vacilar por la del sable que es la mas noble.»

XII.

Cartas del mismo.

En una carta dirigida á M. Montalembert, el Marqués de Valdegamas explica los vínculos por los que su doctrina política está ligada con el problema del destino de la especie humana.

«Las simpatías de un hombre como vos son la

mas bella recompensa de los humildes esfuerzos que he hecho para colocar en su verdadera altura el principio católico, conservador y vivificador de las sociedades humanas.

»Hasta ahora no habia tenido ocasion de decir todo lo que pienso acerca de estos graves problemas que preocupan hoy dia los talentos mas eminentes. El destino de la humanidad es un misterio profundo que ha recibido dos esplicaciones contrarias: la del catolicismo y la de la filosofia (1). El conjunto de cada una de estas esplicaciones constituye una civilizacion completa. Entre las dos civilizaciones hay un abismo insondable, un antagonismo absoluto. Las tentativas hechas para verificar una transaccion han sido, son y serán siempre vanas. Los que vacilan entre las dos, aceptando los principios de una y las consecuencias de otra; los eclécticos, en fin, estan todos fuera de la categoría de las grandes inteligencias y condenados irremisiblemente al absurdo.

»La civilizacion católica enseña que la naturaleza del hombre está corrompida, abatida de una manera radical en su esencia y en todos los elementos que la constituyen. La razon humana no puede ver la verdad, si una autoridad suficiente no se la enseña. La voluntad humana no puede querer ni hacer el bien, si no está reprimida por el

(1) Por *filosofia* el Marqués de Valdegamas entiende aqui una doctrina filosófica enemiga ó separada de la fé.

temor de Dios. Cuando la voluntad se emancipa de Dios, y cuando la razon se emancipa de la Iglesia, el horror y el mal reinan sin obstáculo en el mundo.... Siendo esto asi, claro está que la libertad de discusion (1) conduce necesariamente al mal.

»La civilizacion filosófica, por el contrario, enseña que la naturaleza del hombre es perfecta y sana en su esencia y en los elementos que la constituyen. Con este supuesto, la razon abandonada á sí misma, llegará á conocer la verdad, toda la verdad, y la voluntad por sí sola realizará forzosamente el bien absoluto. Desde entonces, es claro que la solucion del gran problema social es romper los lazos que comprimen y sujetan la razon y el libre arbitrio del hombre. El mal no reside sino en estos lazos; no se halla en el libre arbitrio ni en la razon. La perfeccion consistirá en no tener vínculos de ninguna especie. La humanidad será perfecta, cuando niegue á Dios su vínculo divino; cuando niegue el gobierno que es su lazo político; cuando niegue la propiedad que es su vínculo social, y cuando niegue la familia, que es su vínculo doméstico. Asi, pues, cualquiera que no acepte todas estas conclusiones, se pone fuera de la civilizacion filosófica; y todo el que se pone fuera de la civilizacion filosófica, sin entrar en el seno del catolicismo, marcha en los desiertos del vacío. Del pro-

(1) Considerada en un sentido absoluto, á la manera del Protestantismo y del comun de los filósofos de nuestro tiempo.

blema teórico pasemos al problema práctico. De estas dos civilizaciones ¿cuál conseguirá la victoria en el curso del tiempo? Sin que mi pluma vacile, sin que mi corazón tiemble, sin que mi razón se turbe, respondo: la victoria pertenecerá incontestablemente á la civilización filosófica. Tengo como probado y evidente, que acá abajo el mal concluye siempre por triunfar del bien, y que el triunfo sobre el mal está reservado, si puedo espresarme así, á Dios *personalmente*.

»Así que, no hay ningún período histórico que no concluya con una catástrofe. El primer período de la historia comienza en la creación, y va á parar en el diluvio. ¿Qué significa el diluvio? Dos cosas: el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

»Flotaban todavía los hombres en las aguas del diluvio cuando volvió á empezar la misma lucha. Se amontonan las tinieblas en todos los horizontes. A la venida de nuestro Señor, la noche reinaba por todas partes, noche espesa, palpable. El Señor es crucificado y vuelve el día para el mundo, ¿Qué significa esta grande catástrofe? Dos cosas: el triunfo *natural* del mal sobre el bien y el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

»Por último, ¿qué dicen las Escrituras acerca del fin del mundo? Anuncian que el Antecristo será

el dueño del universo y que entonces vendrá el juicio final con la postrera catástrofe. ¿Qué significará esta catástrofe? Como las otras, el triunfo *natural* del mal sobre el bien y el triunfo *sobrenatural* de Dios sobre el mal por una acción *directa, personal y soberana*.

»Tal es para mí toda la filosofía de la historia. Vico estuvo á punto de ver la verdad, y si la hubiese visto la hubiera espuesto mejor que yo; pero perdiendo luego la senda luminosa, se halló rodeado de tinieblas. En la variedad infinita de los acontecimientos humanos, ha creído descubrir un número siempre fijo y circunscrito de formas políticas y sociales. Para demostrar su error basta considerar los Estados-Unidos que no se ajustan á ninguna de estas formas. Si Vico hubiere penetrado mas profundamente en los misterios católicos, hubiera visto que la verdad se halla en esta misma proposición tomada á la inversa. La verdad reside en la identidad sustancial de los acontecimientos, velada y como oculta por la variedad infinita de las formas.....

»Y no se me diga que si la derrota es cierta, la lucha es inútil. En primer lugar la lucha puede atenuar, suavizar la catástrofe; en segundo lugar, para nosotros que tenemos la gloria de ser católicos, la lucha es un deber, no una especulación. En cuanto á la manera de combatir no veo sino una que pueda dar hoy dia resultados ventajosos:

es combatir en la prensa periódica..... En esta especie de confesion general, debo declarar ingenuamente que mis ideas políticas y religiosas de ahora en nada se parecen á las que he profesado en otro tiempo. Mi conversion á los buenos principios fué debido desde luego á la misericordia divina, despues al estudio profundo de las revoluciones. Las revoluciones son los fanales de la Providencia y de la historia. Bajo cierto aspecto y hasta cierto punto las revoluciones, lo mismo que las heregías, son buenas porque confirman en la fé y la hacen mas resplandeciente. Yo nunca habia comprendido la sublevacion gigantesca de Satanás hasta el momento en que he visto con mis propios ojos el orgullo insensato de Proudhon.»

Algunas aserciones contenidas en esta carta han dado lugar á interpretaciones erróneas, lo cual dió motivo á que el Marqués de Valdegamas desarrollase su pensamiento en otros dos escritos.

«La civilizacion Católica puede ser considerada de dos modos: ó en sí misma como formando un conjunto de principios religiosos y sociales, ó en su realidad histórica cuando sus principios se combinan con la libertad humana. Considerada bajo el primer punto de vista, la civilizacion Católica es perfecta: considerada bajo el segundo, en su desarrollo en el tiempo y su estension en el espacio, se halla sujeta á las imperfecciones de todo lo que se entiende en el espacio y se prolonga á



través del tiempo. En mi primera carta solo he considerado la civilización bajo el primer aspecto, Si la considero bajo el segundo, esto es, su realidad histórica, diré que consistiendo sus imperfecciones únicamente en su combinación con la libertad humana, el verdadero progreso consistiría en sujetar el elemento humano que la corrompe, al elemento divino que la purifica. La sociedad ha seguido una vía diferente. Teniendo por anodado el imperio de la fé y proclamando la independencia de la razón y de la voluntad del hombre, ha hecho absoluto, universal y necesario, el mal que permanecía relativo, excepcional y contingente. Este periodo de retrogradación rápida, comenzó en Europa con la restauración del paganismo literario que ha engendrado sucesivamente las restauraciones del paganismo filosófico, del paganismo religioso y del paganismo político. En el día de hoy el mundo está en vísperas de la última de estas restauraciones: la del paganismo socialista.

»Por lo demás, esta grande vuelta hácia atrás estaba en la ley sabia y misteriosa al mismo tiempo, por la cual, Dios dirige y gobierna al género humano. Si la civilización católica hubiese seguido un progreso continuo, la tierra concluiría por ser el paraíso del hombre: Dios sería socialista. Entonces ¿qué hubiera sido Proudhon? Cada uno está bien donde se encuentra: Dios en el cielo y

Proudhon en la tierra: Proudhon, buscando siempre sin hallar jamás un paraíso en un valle de lágrimas, y Dios; colocando este valle de lágrimas entre dos paraísos, á fin de que el hombre pueda marchar constantemente entre un gran recuerdo y una grande esperanza.....

»Yo soy puramente católico, creo y profeso lo que profesa y cree la Iglesia Católica, Apostólica, Romana. A fin de saber lo que debo creer, lo que debo pensar no se lo pregunto á los sábios: dirijo mi mirada hácia los doctores de la Iglesia. Interrogar al sábio ó al discreto seria supérfluo; ni uno ni otro podrian responder. Interrogaré mas bien á la mujer piadosa y al niño, vasos de bendicion, el uno purificado por las lágrimas, y el otro todavía embalsamado con el perfume de la inocencia.

»He visto dos edificios gigantescos, dos torres altas como Babilonia, dos civilizaciones espléndidas, elevadas por la sabiduría del hombre. La primera cayó al sonido de las trompetas apostólicas, la segunda va á desmoronarse al sonido de las trompetas socialistas. Y á presencia de este espectáculo espantoso, me pregunto á mí mismo con terror, si la sabiduría del hombre es otra cosa que vanidad y afliccion. No ignoro que hay hombres de un optimismo invencible, á cuyas miradas es evidente que la sociedad no caerá, atendiendo á que no ha caido todavía, y que creen que la nube va disipándose en los aires en lugar de esten-

derse. A sus ojos, la revolucion de febrero ha sido el castigo, y lo que viene la misericordia. Quien viva verá, y quien vea se asustará en reconocer que la revolucion de febrero no ha sido sino una amenaza, y que ahora se adelanta el castigo.....

Se dice que mis opiniones son contrarias á la filosofía y á la razon. ¿A qué razon? ¿á qué filosofía? La razon, tal como ha salido de las manos de Dios, y la filosofía tal como ha salido de la religion católica, su madre, son para mí venerables y sagradas..... Se me pregunta en particular mi opinion acerca del eclecticismo. Diré que..... en todos casos, el eclecticismo no puede ser considerado sino como una rama pálida y deshojada del gran árbol racionalista plantado en medio de la sociedad como aquel otro árbol del paraíso terrestre que trajo la muerte al mundo. Del racionalismo, el *espinosismo*, el *volterianismo*, el *kantismo*, el *egelianismo*, y el *cusinismo*; todas filosofías de perdicion, que en el órden político, religioso y social, son para la Europa lo que en el órden físico es para el celeste imperio el ópio de los ingleses.

Sí, la sociedad europea se muere; las estremidades están frias, el corazón lo estará luego. ¿Y sabéis por qué ella se muere? porque ha sido envenenada. Se muere porque Dios la habia hecho para alimentarse de la sustancia católica, y médicos empíricos la han alimentado con la sustancia racionalista. Se muere, porque así como el hom-

bre no vive solo de pan sino de la palabra que sale de la boca de Dios ; asi tambien las sociedades no perecen únicamente por el hierro , sino por la palabra anti-católica salida de la boca de los filósofos. La sociedad europea se muere porque el error mata , y esta sociedad está fundada sobre errores.

Sabed , que todo lo que teneis por incontestable , es falso. La fuerza vital de la verdad es tal , que si estuviéseis en posesion de una verdad , de una sola , ella podria salvaros. Però vuestra caída es tan profunda , vuestra decadencia tan radical , vuestra sequedad tan completa , vuestra desnudez tan absoluta , vuestro infortunio sin ejemplo , de tal modo , que esta sola verdad no la teneis tampoco. Hé aqui por qué la catástrofe por escelencia. Los individuos pueden salvarse todavia porque siempre pueden salvarse ; pero la sociedad está perdida , y no porque se encuentre en una imposibilidad radical de salvarse , sino porque á mi juicio es evidente que no quiere salvarse. No hay salvacion para la sociedad , porque no queremos hacer cristianos á nuestros hijos , y porque nosotros mismos no somos verdaderos cristianos. No hay salvacion para la sociedad , porque el espíritu católico , que es el único que da vida , no vivifica todo , la enseñanza , el gobierno , las instituciones , las leyes y las costumbres. Cambiar el curso de las cosas en el estado en que están seria , lo conozco de-

masiado, una empresa de gigantes. No hay poder en la tierra que por sí solo pueda realizarlo. Todos, obrando de concierto, apenas podrian conseguir este objeto. Os dejo que penseis si este concierto es posible y hasta qué punto: os dejo que decidais si aun admitida esta posibilidad, la salvacion del Estado vendria á ser de todas maneras un verdadero milagro (1).

XIII.

Pio IX.—Citas.

El opúsculo de BALMES sobre Pio IX, parece inspirado por el génio de la cristiandad. Relacionado con las páginas que se acaban de leer, este escrito brilla como un rayo de luz que sucede á una nube tempestuosa. Con todo eso, entre las previsiones que alarman al Marqués de Valdegamas, y las que consuelan á BALMES, no se puede señalar una contradiccion absoluta. Al modo de ver del uno la sociedad temporal de Europa va á sufrir un cataclismo; segun el otro, la barca de S. Pedro,

(1) Estas cartas, de que damos aqui un compendio, fueron publicadas en el periódico *El Univers*, (números del 22 de junio y del 13 de agosto de 1849). Para el texto original consulten el periódico de Madrid, *El País* del 29 de julio.

sobrenadando en medio del naufragio recogerá los restos para llevarlos á la orilla.

El uno lleno de terror con el recuerdo de las venganzas divinas que la historia le presente, traza esos cuadros formidables, y hace aparecer al mismo tiempo la catástrofe final, por cuyo medio la justicia de Dios quedará triunfante: el segundo, por el contrario, tiene su mirada fija sobre los dias de misericordia que todavia serán dispensados á la tierra.

Ademas, el mismo señor Marqués de Valdegamas ha espresado en una conversacion íntima, su juicio acerca del folleto de BALMES; juicio que á la verdad se refiere mas bien al mérito del escritor, que al fondo de los pensamientos contenidos en el *Pío IX*. Dejaremos á nuestros lectores el cuidado de poner en paralelo las opiniones de los dos publicistas.

«La última obra de BALMES, ha escrito el señor de Valdegamas, merece tambien la atencion bajo otro punto de vista. BALMES, que fue siempre un gran pensador, no habia sido un gran artista. En él los estudios literarios no iban á la par con los filosóficos. Esclusivamente ocupado en la idea, despreciaba su espresion. El hábito de la polémica, esta esterminadora de estilos hubiera hecho á BALMES verboso; pero en su mérito sobre *Pío IX* eleva de repente la espresion á la altura del pensamiento. Por la primera vez brilla este revestido de un mag-

nífico lenguaje. Cuando BALMES murió, el escritor se había hecho digno del filósofo: la crítica, al medirlos, los encontraba iguales.»

Después de estas líneas, nuestro propio juicio sería supérfluo. El mérito sobre *Pío IX* merecería ser traducido en su totalidad. Debemos contentarnos con transcribir algunas páginas. En un capítulo intitulado: *el gobierno pontifical y las grandes potencias*, BALMES pinta así la situación de Europa.

«La clave de la política del Norte no está en las manos de Austria ni de Prusia; se halla en las manos de Rusia. Esta potencia no ha dado ciertamente ninguna prenda á la Santa Sede. Mientras que el *estatu quo* se conserve en Europa, el protectorado humillante, podrá á lo menos ser real. En el día de un conflicto en Europa, este protectorado no tendría valor. La Rusia en ese momento aparecería lo que es en realidad la única potencia del continente, capaz de arrostar los furores de una nueva revolución francesa y atravesar las vicisitudes de una conflagración general. Suponed á la Prusia y al Austria vencidas y á la revolución invadiendo la Alemania y la Italia: la Rusia todavía permanecería firme. Su poderosa marina del mar Báltico y del mar Negro; su ejército; sus tesoros de Siberia; sus pueblos bárbaros de que ella dispone con tanta inteligencia; su territorio inmenso; sus murallas de nieve á cuyos pies se ha abismado el ejército mejor y mas numeroso de los tiempos

modernos ; tales son las fuerzas que le permiten desafiar á todos los conflictos europeos. Que este imperio haga alianza con los Estados Unidos de América, y hará frente desde el fondo de Setentrion al esfuerzo de todas las potencias coaligadas, inclusa la Inglaterra. Bastan algunas jornadas de marcha á un ejército francés para apoderarse de la capital de Austria ; la menor chispa revolucionaria pondrá fuego á Alemania y á Italia ; juzgad si es prudente apoyar la tranquilidad de la Santa Sede en el Austria. La victoria misma de esta potencia no seria sino el triunfo del Czar.

»En el terreno de la Diplomacia y en el órden constante de la política, la preponderancia de la Rusia en Europa es tal ; que no podria existir el equilibrio ni el contrapeso de la Inglaterra : pero el campo de las ideas no está dentro de la accion regular de los gobiernos. Móviles y rápidas las ideas ejercen ya una poderosa influencia sobre la política y la Diplomacia ; influencia que de seguro ha de ir aumentándose con el tiempo. La fuerza de las ideas no está ciertamente en Rusia, sino en Alemania y en Francia ; esta última tiene á su cargo el papel de la propaganda. Una lengua que se habla, ó por lo menos se entiende por todas partes ; una espresion viva y brillante ; el arte de popularizar las ideas mas abstractas, reduciendo la imaginacion, y lisonjeando delicadamente el corazon ; el talento de la sátira ; la alabanza ó la burla prodiga-

das hasta el exceso, tales son las armas de que dispone la Francia, esta Grecia de los tiempos modernos. Si la suerte de las batallas debiera sujetarla algun dia á nuevos macedonios, no tardaria mucho de seguro en subyugar á sus vencedores inculándoles sus propias ideas. Dormido entonces entre los brazos de su bella cautiva, principiaria el gigante del Norte á recorrer la ruta fatal que espera á los poderes de la tierra. Despues del apogeo el declinamiento, y por fin la muerte. Ya la cultura del entendimiento es enteramente francesa; ya la Francia ha hecho sentir fuertemente su influjo á la nobleza rusa. Si los efectos de esta influencia no se han dejado sentir todavia en el órden político, consiste en que la inmensa mayoría del pueblo moscovita se halla aun intacta, y en que la accion estraña y disolvente se halla contenida en el seno de la nobleza por la ambicion que forma y conserva las aristocracias, la ambicion de la conquista.

Una doble lucha aguarda en el porvenir á la Europa; la lucha de los gobiernos y la de las ideas. En la primera de estas luchas, las ventajas serán sin duda de la Inglaterra y de la Rusia, potencias anti-católicas; en la lucha de las ideas, la victoria pertenecerá á la propaganda francesa, acompañada aun, si bien bajo una máscara nueva de la incredulidad de Voltair. Y qué se sigue de esto? Que el papado cometeria un desacierto muy grave en

contar con el apoyo extranjero, y que debe contar solo con el desarrollo de sus propias fuerzas; la muerte no podría sin peligro ligarse á la de un poder político cualquiera. Es urgente que se coloque en cuanto pueda por su actitud al abrigo de las vicisitudes por que tiene que pasar la Europa. Su prudencia debe elegir lo que el espíritu moderno encierra de bueno, á fin de imprimir á las ideas una sábia direccion, y preparar en la region de los hechos una pacífica transformacion.»

XIV.

1. Pronóstico.

Las concesiones *hechas á tiempo* son, en opinion de BALMES, el medio mas seguro de obrar sin sacudimientos las transformaciones en el órden político. Segun él, Gregorio XVI ha debido rehusar toda concesion, puesto que no podia suceder á ellas sin plegarse ante las exigencias revolucionarias, exigencias acompañadas mas de una vez bajo un reinado de la fuerza armada. Pio IX aprovechando para llevar á cabo las reformas en el instante en que la Europa se hallaba en paz y Roma tranquila, prevenia hábilmente los peligros que acompañan al sistema de la absoluta resistencia.

BALMES por lo demas , analizaba con una sagacidad previsora los diversos peligros porque su autoridad pontifical debia necesariamente pasar. Ni aun se amedrenta ante la hipótesis de una caída pasajera de la soberanía temporal del Papa. «Faltando ésta , dice , existiria un vacío que nada seria capaz de llenar semejante acontecimiento; produciria una perturbacion tan profunda que llegaria á ser indispensable la restauracion misma del poder derribado. Sí , si la Europa estuviese condenada á ver de nuevo el espectáculo presentado , ya una vez á principios del siglo , lícito seria desde este momento pronosticar una nueva restauracion. En algunos casos el exceso mismo del mal trae por necesidad el remedio. El patrimonio de San Pedro no ocupa sino un punto en el mapa ; pero este punto es de una importancia tal , que ninguna potencia europea , aun de primer órden , interesa al mundo en mas alto grado. Haced que desaparezca cualquiera de las grandes potencias , y el mundo experimentará menos perturbacion que con la ruina de la autoridad temporal del Sumo Pontífice.»

Séanos permitido reasumir ahora las páginas con que termina el *Pío IX*.

«El protestantismo , dice BALMES , ha falseado el curso de la civilizacion europea. Sin este cisma la Europa seria distinta enteramenté de lo que es en el dia , en el seno del *Prottestantismo* residen dos

principios fundamentales. El uno el exámen privado en materias de fé, y el otro la supremacia religiosa atribuida al poder civil. El primero de estos principios sentado por Lutero y llevado aun completamente por Voltaire, conduce á la impiedad; el segundo establecido sin disfraz alguno en Alemania y en Inglaterra, contribuyó hasta en los países católicos á desarrollar su espíritu de insubordinacion á la autoridad pontificia, espíritu velado con el disfraz de una obediencia aparente y apasionada hácia los Príncipes. Esta segunda especie de rebelion, cuya semilla habia germinado ya en los siglos precedentes, concluyó en el XVIII con aquella insensata coalicion de los Príncipes que llenó de amargura al Vicario de Jesucristo.

»En la misma época la semilla del *Protestantismo* producía sus últimos frutos. En lugar de la demócracia religiosa, se presentaba una demagogia impía. Estalla la revolucion francesa, y los Príncipes precipitados en el polvo, comprendieron entonces que la religion no era el mayor peligro de cuantos amenazaban á su trono. De aqui el célebre preámbulo del tratado de la Santa Alianza. Desgraciadamente los males del mundo no se curan con una hoja de papel, y los gobiernos al firmar aquel tratado, no renunciaron á sus instintos. Bien pronto se apercibió que el gefe del catolicismo, el Vicario de Jesucristo, para nada habia sido contado al redactarse aquel protocolo.

Las notas y las protestas del cardenal Consalvi en el Congreso de Viena no impidieron á las potencias el arreglar á su modo los derechos temporales de las iglesias de Alemania. La proteccion prometida por el Emperador de Austria á los diputados de algunas diócesis , no pasó de promesa. Los Países Bajos, cuya poblacion en su mayoria es de católicos, se pusieron á cargo de una familia protestante , la casa de Orange. Desde principios de 1815 comezaron alli los ataques al catolicismo, ataques que no contribuyeron en poco á la revolucion de Bruselas en 1830. Respecto al Papa, es verdad que recobró sus posesiones; pero á pesar de todas las reclamaciones , el Austria se reservó el derecho de mantener guarnicion en las plazas de Comachico y Ferrara.»

Como se ve , la Santa Alianza no era tan Santa como debia esperarse. Apenas desembarazada de Napoleon , el Emperador de Rusia principia á temer que el catolicismo le arrebate sus estados. En el mes de enero de 1816 , alarmado por algunas conversiones , lanza un ukase arrojando de su imperio á la Compañía de Jesus. En 1820, cuando la demagogia turba de nuevo el Mediodia de la Europa , el Czar se halla ocupado en redoblar sus rigores contra la misma Compañía. Lo demas ya se sabe. La revolucion de 1830 en Francia echa tierra por toda Europa el edificio de 1815. Este acontecimiento hacia perder sin duda mas de una

esperanza preciosa ; pero Dios queria demostrar á los Príncipes que nada necesitaba de su poder para salvar la religion.

«Apenas elevado al trono de S. Pedro , Pio IX comienza las reformas de la Iglesia. Todo revela en él un Papa reformador. La Iglesia, por otra parte, siempre ha sido reformadora. Los concilios nos presentan una larga série de asambleas , ocupándose de reformas. Sus decretos son otros tantos códigos reformadores, en tanto que las instituciones humanas, careciendo de la fuerza necesaria para curarse á sí misma , concluyen por sucumbir á sus enfermedades. La Iglesia cura constantemente sus llagas, cualesquiera que sean : se halla dotada de un sentido que le indica siempre el remedio, y de un origen que la hace capaz de soportarle. Este carácter distintivo de los séres robustos , prueba que la Iglesia vivirá hasta la consumacion de los tiempos.

El mundo civilizado es inteligente , opulento, poderoso ; pero está enfermo ; carece de moralidad y de creencias. La impiedad se esfuerza en establecer un divorcio funesto entre la religion y el doble progreso material é intelectual. Grave peligro que amenaza el porvenir de las sociedades modernas. El cristianismo , ademas de haber dado al hombre la salud eterna ha salvado ya una vez el mundo de una completa ruina. Solo él puede salvarle de nuevo de los males que le amenazan. Esperaba

el mundo su salvacion de los diplomáticos que ni aun pueden algunas veces preservar á su mismo pais. ¿La aguardará de los Reyes á los cuales el viento de las revoluciones arrebatara como una ligera paja? La obtendrá de los demagogos que cubren por todas partes el suelo de ruinas y de sangre? No, la salvacion se encuentra solo en el acuerdo, entre el espíritu de progreso y la religion, y la empresa solo podrá tener éxito conducida por un Pontífice....

»No hay que dejarse cegar por el atractivo de la libertad; pero no nos dejemos tampoco seducir por las palabras de *orden social* y de conservacion de las monarquías, cuando bajo estas palabras se cobijan un despotismo brutal ó intereses perversos. La propaganda revolucionaria se agita en Polonia, en Bélgica y en Irlanda; es verdad. Muchos invocan la religion para sublevar á los pueblos; tambien es cierto. Sin embargo, ¿será justo que nos pongamos al lado de los rusos en Polonia, de la casa de Orange en Bélgica ó de los Ultratorys en Irlanda? La revolucion presenta por todas partes un espectáculo de espantosa destruccion; pero á la verdad tampoco el poder que emplea su fuerza en oprimir tiene nada de bello. La religion no necesita ni destruir ni oprimir. Ella establece el orden, pero un orden acompañado de la benignidad; lo que pide á los pueblos es la obediencia, pero tam-

bien quiere para ellos que el yugo que se les imponga sea ligero.

»Aun en su vida terrena la humanidad va conducida por la Providencia hácia un fin misterioso y por caminos desconocidos. No aperebirse del cambio que se opera en todo es cerrar los ojos á la luz; aferrarse únicamente á las formas de lo pasado, es confiarse á un débil arbusto para detenerse en una rápida pendiente. Respetemos lo pasado; pero no creamos de modo alguno que nuestro estéril deseo le pueda restablecer.

Al conservar con cariño lo que de lo pasado nos queda, no maldigamos todo lo presente y porvenir. Pues qué, ¿lo que pasa hoy día, hoy mismo, no ha sido en otro tiempo nuevo? Lo que está próximo á desaparecer no ha ocupado en otra época el lugar de cosas que han desaparecido tambien hace mucho tiempo? La vida del género humano se trasforma continuamente; la historia es una sucesion de cuadros magníficos en los cuales se pinta á cada instante alguna novedad sorprendente. Guardemos intactas las verdaderas, eternas, imperecederas, porque se apoyan en promesas divinas, y consideremos demas tal cual es en sí este pasage.

»Pueblo de España, tu confianza en las promesas divinas debe asegurarte de que el Pontífice conseguirá su objeto aun en las cosas temporales. Distinguiendo entre lo humano y lo divino com-

prenderá , sin embargo , que lo humano en esta parte se halla muy próximo á lo divino , y que esa cátedra augusta , de la cual tantos beneficios aun temporales se han derivado á la sociedad, no se halla ocupada por un Pontífice destinado á conturbar el mundo. Asistamos con calma al espectáculo que se presenta á nuestra vista. No nos desanimemos por algunas contrariedades pasajeras. No fijemos nuestra vista sobre la hora presente. Acordémonos de la historia y pensemos en el porvenir. La humanidad no realiza ningun progreso sino á costa de una lucha , otro se mejora sin dolores. Unidos de corazón á la Iglesia, que en todos los ámbitos del mundo pide por el Pontífice, confiemos en que Dios le dará la suficiente luz y fuerza, y que las dificultades, los peligros y los reveses serán recompensados por la superabundancia del bien en la obra acometida por Pio IX.»

OBRAS FILOSÓFICAS.

Juicio acerca de la filosofía de Balmes.

Ya sabemos cuál es el carácter de los libros filosóficos de BALMES. El mismo ha declarado, con motivo de su obra titulada *Filosofía fundamental*. «Esto no es otra cosa que la filosofía de Sto. Tomás adaptada á las necesidades del siglo XIX.» Palabras modestas en extremo, si por ella se entendiese que BALMES al tratar de materias filosóficas carece de originalidad. La filosofía verdadera no es jamás pura invencion. El mérito de un filósofo es ya bastante raro cuando en sus escritos se echa de ver una comprension vasta y una esplicacion penetrante y lucida de las verdades del diverso orden que son la herencia comun de las inteligencias. Los límites que hemos prescrito á nuestro trabajo nos impiden hacer un análisis detenido de las obras filosóficas de BALMES. Merced á la ayuda de dos amigos, no tardaremos mucho tiempo en ofrecer al público la traduccion íntegra de muchas de ellas. Las páginas siguientes pueden servir de notas sim-



ples para recomendar la importancia de nuestra próxima publicacion!

En un discurso, del cual hemos dado ya algunas lineas, el Dr. D. Manuel Martinez, profesor en el Seminario de Zaragoza, reasume todo el sistema filosófico de BALMES.

El fecundo entendimiento del escritor católico se propuso un nuevo trabajo, no menos útil y arduo. Seguramente, la España ha quedado atrás de muchos pueblos en el desarrollo de las artes y de la industria; pero la ciencia principal de un pueblo consiste en los conocimientos morales y metafísicos.

«Ahora bien: si es cierto, como ha dicho Bonald, que una nacion que profesa el cristianismo posee con esto solo toda la esencia de la moral y de la metafísica, ¿qué falta á nuestra patria, guiada siempre por ilustres filósofos cristianos? A la verdad, esas mismas ciencias en otros países han realizado ciertos progresos lejitimos; pero ¡cuántos errores han ido mezclados á estos nuevos tesoros del entendimiento! La verdadera filosofía, hija del cielo, ha sido siempre tratada con cariño por la Iglesia.... Sí, siempre se queda por descubrir alguna nueva y brillante playa; pero ¡ay! si en su peligrosa navegacion no lleva siempre clavada la vista en el faro de las verdades reveladas!

»Me ha movido á publicar esta obra, escribe BALMES en el prólogo de su *Filosofía fundamental*,

el deseo de estender en España mas allá de sus actuales límites, el campo de los estudios filosóficos, y el de consagrar mis pequeñas fuerzas ó prevenir un peligro que nos amenaza; la invasion de una filosofía infestada con los mas graves errores.

»La filosofía solo tiene un objeto, la verdad. Toda verdad creada no es otra cosa que una chispa de la verdad eterna, de Dios. Hace diez y ocho siglos que los mas eminentes filósofos han elevado sus ojos á Dios por el camino de la filosofía, ¿por qué, pues, muchos otros entendimientos en lugar de llegar á Dios por esta via, escitan contra él, segun espresion de S. Gregorio Nacianceno, las criaturas que Dios mismo ha formado? Porque estos espíritus débiles, antes de alcanzar el término se han detenido en medio de las causas segundas, ó encantados de sí mismos, han imaginado que encontrarian por sí solos el principio de lo verdadero. Sábios á medias, á quienes Pascal acusa de haber trastornado al mundo. La fuerte inteligencia de BALMES penetra hasta el fondo de las cosas, y en todas encuentra leyes grabadas por la mano de Dios. La cuestion de la *certidumbre*, escollo de la filosofía, y ocasion perpétua del error y de la caída, la resuelve con una habilidad admirable; á diferencia de algunos filósofos que parece rechazan su propia naturaleza y quieren dejar de ser hombres, inculca constantemente aquella máxima de Tertuliano: «*Prior homo ipse quam philosophus.*» Si-

guiendo á S. Agustin y á Sto. Tomás, BALMES demuestra que el espíritu del hombre, aun en el orden natural, obedece forzosamente á la ley de *creer*. En efecto, lo que el hombre comprende el bien poca cosa, comparado con lo que se ve obligado á creer. BALMES recorre el círculo completo de la creacion, busca el principio de la verdad, y solo la encuentra en Dios, océano de luz, hácia el cual se precipita nuestro autor por una lógica irresistible, una vez elevado á la nocion de la razon universal. Y es tanto mas concluyente y tanto mas preciosa esta demostracion de la existencia de Dios, que el filósofo viene á parar á ella, partiendo de los hechos mas íntimos de la conciencia intelectual.

»Despues de haber combatido el escepticismo con una superioridad admirable, estudia profundamente los sentidos y las sensaciones. La escuela sensualista le merece la justa severidad á que inclinan sus doctrinas. Discípulo del gran Sto. Tomás, distingue cuidadosamente el orden *sensible* del intelectual. Atento á definir y clasificar todas las nociones que se refieren á las ideas, tiene el honor de entender la doctrina de su maestro, rectificarla acerca de algunos puntos, y despojarla de superfluidades.

»Si la teoría de las ideas innatas, tomada en un sentido estricto, se halla justamente combatida por Sto. Tomás de Aquino, y repudiada por Descartes, sin embargo, desde S. Agustin hasta

M. de Bonald, casi todos los maestros de la filosofía cristiana han vertido vivas simpatías hacia una teoría de tan grandioso carácter. Sus diversas aplicaciones no han sido siempre exactas. Señalar el punto preciso hacia el cual todos los grandes entendimientos se encaminaban por distintos senderos, era gloria que estaba reservada solo á BALMES.

»Las tinieblas de la filosofía alemana no han rechazado su crítica. Algunas doctrinas que se hallan en boga entre nuestros vecinos de Francia, han entrado también en el crisol de BALMES. Embriones despojados de vida, que nacen y mueren sin salir del entendimiento enfermo, en cuyo seno se han engendrado trabajos estériles comparables al del obrero que gasta su vida en limar y pulimentar el instrumento de su misma profesión (1). BALMES en su larga carrera no pierde una sola ocasión de combatir la funesta tendencia de nuestra época al panteísmo.

»El aborda, en fin, el estudio de las grandes ideas metafísicas: la estension, el espacio, el sér, la unidad, el número, el tiempo y lo infinito, la sustancia, la necesidad y la casualidad en relación con la moral. Entendimiento vigoroso, analiza, escudriña y descompone las ideas complicadas de la ciencia, descubre lo falso, y hace brillar lo verdadero. Reuniendo en seguida las verdades de reconocida pureza, las coloca por su orden, y liga

(1) Pensamiento de M. Bonald.

entre sí por medio de un trabajo potente y creador, elevando de esta suerte un edificio magestuoso á la vez que sencillo. Cada vez que la mano de Dios se presenta ante sus ojos, inclina su frente. BALMES, sin embargo, en su filosofía es libre, como Descartes, pero precave mejor que él; sabe precaver el peligro del escepticismo; profundo, como Malebranche, pero mas en guardia contra las ilusiones sublimes; diré mas, señores, me atreveré á manifestar que BALMES es la imagen de San Agustin escribiendo en el siglo XIX.

» Toda investigacion humana conduce á un vacío, á un abismo que solo Dios puede colmar. Para BALMES, como para San Gregorio Nacianceno, Dios es el punto culminante de la filosofía. Fiel á aquella ley de *sobriedad* recomendada por el Apóstol, conserva BALMES, en medio de los arrebatos de la ciencia una moderacion admirable. Sus escritos filosóficos revelan por todas partes un dulce sabor á piedad. ¡ Cuántas veces meditando su *Filosofía fundamental*, he sentido en mi alma la verdad de aquel célebre dicho de Bacon: « la ciencia á medias aparta de la religion; la mucha ciencia nos torna á ella. »

» El rigor del espíritu filosófico debiera haber estinguido en BALMES la imaginacion y el sentimiento. Pero no fué asi. Su trato con los libros no le impidió penetrar á fondo la ciencia práctica del corazon humano. Su pluma privilegiada sabe

revestir con bellas imágenes las ideas mas abstractas, y su lenguaje hace vibrar las fibras mas sensibles del corazon. Por eso, su palabra ha conmovido á la generacion presente, y este movimiento se transmitirá á las generaciones venideras. Maldicion á los hombres cuya pluma se prostituye al error y al vicio. Los remordimientos los acompañarán hasta la tumba; pero tú, espíritu ilustre, tú has bajado tranquilo al ataud. ¿Qué te importaba una vida mas larga? Tu alma agitada por la expresion á la verdad, destruia un cuerpo ya débil. Tú habias llegado al punto de la ciencia en que nuestro débil espíritu comprende que existen mil verdades inaccesibles. Colocado en el último término de las tinieblas de acá abajo, tú aspirabas á una region de luz y de verdad. Tú mismo lo dijiste: «Nos encontramos entre dos infinitos, los cuales, ambos á dos, están fuera de nuestro alcance. ¿Cómo podremos comprender la identidad del origen, la unidad del objeto y la sencillez del camino? Entonces la ciencia verdadera, la que encierra todas las ciencias nos será manifestada: quimera para nuestro espíritu en tanto que habitamos aqui: realidad para otros espíritus de un orden mas elevado: realidad para nosotros mismos, cuando separados de este cuerpo mortal se eleve nuestra inteligencia hasta el imperio de la luz (1).»

Al ocupar el asiento que BALMES dejaba vacan-

(1) Oracion fúnebre, por D. M. Martínez Zaragoza.

te en la academia de Madrid, presentaba tambien el Sr. Mora á su vez un resúmen de la *Filosofía elemental y fundamental*. Principia por alabar la nobleza y la claridad del lenguaje de BALMES. Segun el Sr. Mora, este escritor debe colocarse entre aquellos que han sabido mejor perpetuar en este siglo el génio de la lengua castellana; sediento de verdad, movido por una conviccion profunda, añade el Sr. Mora, BALMES concibió un plan de filosofía, que por una parte se aparta enteramente de la filosofía alemana, y por otra, nada tiene de comun con la escuela de los sensualistas. El peligro que ve inminente sobre las sociedades modernas, le inspira una viva solicitud. Por un lado, la ontologia llevada al extremo, conduce inevitablemente al panteísmo; por otro, el abuso del método analítico lleva á la escuela materialista hasta el sensualismo. BALMES huye felizmente de estos precipicios; apoyado en sus creencias, penetra audazmente en el terreno de la metafísica, hasta los últimos límites sentados por la fé; no teme atribuir al mismo tiempo á los órganos la parte que les pertenece lejitimamente en las operaciones del espíritu. La filosofía de BALMES tiene el mérito singular de adaptarse á las necesidades de nuestra patria y de la época. Si el estudio de la filosofía entre nosotros fuese otra cosa que una simple formalidad que se exige á la entrada de ciertas carreras, BALMES hubiera fundado en España

una escuela poderosa, capaz de regenerar nuestros estudios y libertarnos de los errores que tantos males causan hoy día en los países mas ilustrados de Europa (1).

«Es difícil, escribe D. J. Roca y Cornet, reunir en el mismo grado que BALMES la estension, la profundidad, el conocimiento del hombre y del siglo, del individuo y de la sociedad.»—«La profundidad con que examinaba cada cuestion, añade uno de sus biógrafos, y el vasto vuelo que daba á sus consideraciones, hubieran ciertamente hecho sus escritos confusos si su inteligencia no estuviese dotada de una claridad y precision maravillosas. La ciencia desprendia de su pluma un esfuerzo:

»Los estudios escolásticos y el hábito de las matemáticas habian acostumbrado á BALMES á no sentar jamás ninguna proposición aun incidental, sin probarla de todo punto. Examinada primero bajo el punto de vista de la razon, era en seguida cada verdad comparada por BALMES con los hechos. Su método en las discusiones era el siguiente: esponder la cuestion con la mayor claridad: presentar exactamente las opiniones contrarias, y fundar en seguida su propia opinion. Semejante método tomado de la escuela, y especialmente de Sto. Tomás, podia parecer en nuestros dias dema-

(1) Discurso pronunciado en la Real Academia española el 10 de diciembre de 1848 por D. José Joaquín de Mora. Madrid.

siado viejo. BALMES, sin embargo, pone todo su cuidado en ocultar las formas áridas del silogismo, y debe á la solidez de sus razonamientos una de sus mas grandes ventajas sobre los demas escritores de nuestros dias (1).»

II.

El Criterio (2).

Este excelente libro se halla resumido en la última página.

«Hemos titulado este libro *Criterio*, ó si se quiere, arte de llegar á lo verdadero, porque asi como la verdad en las cosas es la realidad misma de las cosas en el entendimiento, la verdad es el conocimiento de las cosas tal cual ellas son.

»La verdad en la voluntad es querer las cosas tales como deben ser, conforme á las reglas de la sana moral. La verdad en la conducta, es obrar siguiendo el impulso de esta recta voluntad. La verdad para el que se propone un fin, es elegirle conveniente y justo, teniendo presente las circunstancias. Finalmente, en la eleccion de los medios, la verdad consiste en preferir los que son

(1) *Vida de Balmes* por D. B. Garcia de los Santos.

(2) *El Criterio*, un tomo en octavo, Barcelona, última edicion, 1848.

conformes á la moral y conducen mas convenientemente al fin propuesto.

»Verdades de diferentes especies, porque existen diferentes especies tambien de realidades; medios diversos de llegar á lo verdadero; todas estas cosas no deben considerarse de la misma manera: cada una lo debe ser por el lado que mejor lo permita..... El hombre posee multitud de facultades; ninguna de ellas es inútil: ninguna tampoco es mala por sí misma: pero por el uso que de ellas hacemos, las facultades pueden llegar á ser estériles ó perniciosas. Una buena lógica debe abrazar al hombre entero, porque la verdad presenta relaciones con todas sus facultades. Desarrollar estremadamente una de ellas, olvidar alguna, es á veces hacer inútil esta, echando á perder tambien la primera. El hombre es un pequeño mundo, un *microscómo*. Sus facultades son muchas y muy diferentes. Há menester de armonía: esta no existe sin una justa combinacion de todas las cosas, y esta justa combinacion requiere que cada cosa esté en su lugar. Si las potencias del hombre no se ponen en movimiento, se contienen oportunamente: si el hombre deja en la inaccion alguna de sus facultades ó la emplea mal, el hombre no es mas que un laud mutilado, mal templado, ó pulsado por una mano inesperta. La razon es fria, pero, sin embargo, clara.

»Enardecedla sin oscurecerla. Las pasiones, por

el contrario, son ciegas, pero poderosas. Dirigid-las y utilizad su poder.

»El entendimiento sujeto á la verdad, la voluntad sujeta á la moral, las pasiones sumisas al entendimiento y á la voluntad, todas las facultades acostumbradas y dirigidas por la religion, hé aqui el hombre completo, el hombre por escelencia. La razon es su antorcha: la imaginacion le sirve de pincel; el corazon le vivifica; la religion le diviniza.»

III.

Pensamiento sobre la unidad.

«Por qué ciertas verdades simples no las comprenden todas las inteligencias?Cuál es la causa de que el género humano tenga por hombre ostraordinario al primero que supo ver cosas que todo el mundo (al parecer, á lo menos) podia ver igualmente que él? Esta pregunta es pedir la razon de un secreto de la Providencia; es investigar por qué el Criador concede á ciertos espíritus una fuerza superior de intuicion, ó mejor dicho, *una vision intelectual inmediata* que rehusa al mayor número.

»Esto nos recuerda una doctrina admirable de Santo Tomás. Segun este Santo Doctor, *discurrir*,

esto es, pensar largamente, es una señal de la pequeñez en el espíritu... Los ángeles comprenden, pero sin discurrir. Cuanto una inteligencia es mas elevada, menor es el número de sus ideas, porque reduce á muy pocas lo que las inteligencias mas inferiores distribuyen en un número mas grande de ideas. Asi los ángeles de un grado sublime comprenden con el auxilio de algunas ideas un círculo inmenso de conocimientos. El número de las ideas va reduciéndose cada vez mas en las inteligencias creadas á medida que se van acercando al Criador. En cuanto ser infinito, inteligencia sin límites, vé todo en una sola idea; idea única, idea de una sencillez absoluta, idea infinita, que es su misma esencia, teoría sublime! Conocimiento admirable de los decretos del espíritu!

»Los hombres superiores no se distinguen pues por el número de sus ideas. No poseen sino muy pocas, pero en las cuales está comprendido el mundo entero. El ave de las llanuras se fatiga rastreando la tierra; pasa y repasa por los mismos lugares sin salvar jamás las sinuosidades ni los límites del valle. El águila en su vuelo magestuoso se eleva, y no se detiene sino sobre la cima de los Alpes. Desde allí su vista penetrante contempla las montañas, los valles, las estensas llanuras cubiertas de ciudades populosas, y las campiñas sembradas de abundantes mieses.

»En la cima de cada cuestion hay siempre un

punto de vista culminante. Allí es donde el gènio se coloca. Allí está la llave. Desde allí el gènio domina y comprende el conjunto. Si no es dado á todos los hombres elevarse de un golpe á este punto de vista culminante, á lo menos deben tender hácia él por medio de un trabajo perseverante. Los resultados pagarán este esfuerzo con el céntuplo (1).»

En un tratado de filosofía elemental, BALMES reproduce y estiende estas consideraciones sobre la unidad.

«Existe una verdad de la cual se desprendan todas las otras? En la realidad, en el órden de los seres, sí. La verdad no es otra cosa que la realidad misma. Ahora bien, existe un ser, autor de todos los seres. Este ser es una verdad, es la verdad misma, la plenitud de lo verdadero, al mismo tiempo que la plenitud del ser. Esta unidad de origen ha sido de una manera ó de otra reconocida por todas las escuelas. La ciencia trascendental, la que abraza y esplica todas las ciencias, es para nuestro espíritu una quimera durante el tiempo de su peregrinacion sobre la tierra; pero para los espíritus de un órden mas elevado, esta ciencia es una realidad. Para nosotros tambien ha de ser, cuando separados de este cuerpo perecedero, se eleve nuestro espíritu á las regiones de la luz....»

»Unidad de idea: hé aqui el fin á que tiende

(1) El Criterio, cap. XVI, 7.

la ambicion del entendimiento humano. Los talentos mas grandes no han tenido otra gloria que la de haberse acercado. Cada progreso de las ciencias ha sido un progreso hácia esta unidad. Viète espone el principio de la espresion general de las cantidades aritméticas. Descartes hace otro tanto con respecto á las cantidades geométricas. Newton establece el principio de la gravitacion universal, al mismo tiempo que Descartes inventa el cálculo infinitesimal. Ilustradas con una nueva y brillante luz, las ciencias naturales y exactas marchan rápidamente por sendas hasta entonces desconocidas. Cuál es la razon de este progreso? Es que la inteligencia, se ha acercado mas á la unidad, se ha apoderado de una idea capital en la cual se contiene un número infinito de otras ideas (1).

IV.

Cartas á un Escéptico (2). —El eclecticismo francés.

«Me dispensareis de entrar en otros largos detalles sobre la filosofia alemana, y sobre la filosofia francesa importada de mas allá del Rhin. Os

(1) *Filosofia fundamental*, lib. 1, cap. IV.

(2) *Cartas á un Escéptico*, un tomo en 8.º Barcelona, 1846.

doy por ello las gracias. Bien presentia yo que vuestro espíritu naturalmente justo, inclinado á lo verdadero, enemigo de abstracciones, se avendria mal con su lenguaje simbólico y sus concepciones fantásticas; raro ornamento que la filosofia deberá á las bizarras gentes de Alemania. Pero decís vos con razon: ¿en qué consiste que semejante escuela haya cobrado boga en Francia, en un pais en que los espíritus tienden al positivismo de los sentidos y al materialismo? La necesidad, os responderé, lo ha querido así. Habia caido en completo descrédito en Francia la filosofia de Voltaire, y los talentos de este pais, ansiosos de una reputacion de filósofos, debian buscar un hábito mas grave y mas magestuoso. Nadie se acordó de volver la vista hácia los escritores de los siglos precedentes. Fue necesario, pues, dirigir la atencion hácia el Rhin, y ante los ojos de un pueblo, siempre amigo de novedades, se desplegaron las maravillosas intenciones de Schelling y de Hegel. Ademas, no es probable que el génio francés y la filosofia alemana sean amigos por mucho tiempo. Sin detenerse en discutir acerca de la instancia universal y única, el espíritu de nuestros vecinos marchará derecho á la consecuencia, al puro ateismo.

Bajo las fórmulas misteriosas de los novadores nada se encontrará de mas novedad que la enseñanza ya anticuada del siglo XVIII. Será preciso, pues, pronto un nuevo manantial de ilusiones: se-

rá necesario buscar otra cosa con que satisfacer la curiosidad de las escuelas y la vanidad de los maestros. Siempre la misma historia del espíritu humano : siempre la misma marcha en todos los siglos....

»Por lo demás ya comprendéis lo que valen estos sistemas filosóficos, otros pretendidos maestros de espiritualismo tan conformes, según se dice, á la doctrina de la Iglesia. Juzgad ahora si el clero católico de Francia, al levantar su voz contra algunos gefes de la universidad, obedecía, como os habeis atrevido á pensar, al fanatismo y á la intolerancia. Felizmente la España se halla dotada de un fondo de buen sentido que no permitirá que las monstruosas opiniones de Alemania, tan prontamente acogidas en otros países, se introduzcan, ó al menos echen raíces entre nosotros. Semejantes errores no causarán en España los trastornos y males que han producido en otras partes. Sin embargo, los estudios filosóficos están tan abandonados entre nosotros, y es tan corto el número de personas en España que se encuentra al nivel del estado actual de la ciencia, que algunos novadores, engañados ellos mismos, podría apoderarse de la enseñanza antes que los hombres verdaderamente ilustrados y de buenas intenciones, se hubiesen apercebido del peligro (1).

(1) *Cartas á un Esceptico*, Cartas XI, X y VIII.

V.

Filosofía fundamental (1).—Plan.

«El título de filosofía fundamental, nos dice BALMES en el prólogo de su libro, no indica una pretension de vanidad, sino simplemente el asunto de que voy á tratar. No me lisonjeo de modo alguno de fundar en el terreno de la filosofía; mi objeto es solo examinar las cuestiones fundamentales de esta ciencia. Por eso he dado aquel título á mi obra. A pesar de las agitaciones de nuestra época, la inteligencia en España se desarrolla rigurosamente. Dentro de algunos años se sentirá ya la estension de este movimiento. Es necesario impedir que ciertos errores introducidos por la moda entre nosotros, echen raíces, y lleguen á ser principios. Semejante calamidad no puede ser prevenida sino por un sistema completo de estudios sólidos y bien dirigidos. La represion sola en nuestra época no basta para contener el mal: es necesario combatirle por la abundancia del bien. Conseguiremos nuestro objeto con este libro? El público juzgará.»

El primer tomo de la *filosofía* fundamental versa

1) *Filosofía fundamental*, 4 tomos en 8.º Barcelona, 1846.

sobre la *certidumbre*. Los diversos principios sobre que se apoya la certeza humana, son disentidos y presentados en paralelo en el mismo. Todos los sistemas modernos desde el de Descartes hasta el de Mr. de Lamennais, son analizados y juzgados. Casi en cada página de la obra son las doctrinas de la Alemania objeto de la crítica de BALMES. Interviene Santo Tomás frecuentemente en esta lucha del filósofo católico contra la muchedumbre de errores de nuestra época.

El segundo tomo contiene dos libros, titulado el uno *De las sensaciones*, y el otro *De la estension y del espacio*. El tratado *De las ideas* ocupa parte del tomo siguiente. La idea del *sér*, de la *unidad* y del *número*, el *tiempo*, en fin, forman la materia de los otros tres libros. El cuarto tomo de la obra contiene tres tratados, el uno sobre lo *infinitivo*, otro sobre la *sustancia*, y el último sobre la *necesidad* y la *casualidad*. Como se ve, toda la obra se divide en diez libros ó tratados. Cada uno de estos libros se subdivide en capítulos generalmente cortos, y en fin, el orden constante de la numeracion une entre sí los diversos párrafos, á fin de señalar el riguroso encadenamiento de los pensamientos. Todas las cualidades del talento de BALMES están en esta obra elevadas á su mas alto punto de desarrollo.

VI.

**Bases de la certidumbre segun Balmes.**

«Cuando la filosofía se encuentra en presencia de un hecho necesario, su deber es verificarle. La *certidumbre* es uno de estos hechos. Disputar sobre la existencia de la *certidumbre* es poner en cuestion el esplendor del sol al medio dia. El género humano posee la *certidumbre* de su gran número de cosas. Los filósofos, hasta los mismos escepticos tienen esta misma igualmente que el vulgo. Es imposible llegar á un escepticismo absoluto.

»Asi, la *certidumbre* es natural, y precede á toda filosofía, y al mismo tiempo es independiente de las opiniones humanas. Por eso, toda cuestion acerca de la *certidumbre*, es y será perpétuamente estéril en resultados prácticos. Importa mucho fijarse con respecto á este punto, que desde lo alto de las regiones de la abstraccion no descienda nada perjudicial á la sociedad ó al individuo. Asi, desde el principio de la investigacion filosófica, la ciencia y buen sentido se dan la mano, jurando no ser jamás enemigas.

»Cada disputa sobre el punto de saber cuál de los principios de la *certidumbre*, merece el pri-

mer lugar prueba una confusion de ideas. Entre cosas de diferente naturaleza, no es posible comparacion alguna. Tres principios de certidumbre son los que usamos: la conciencia ó sentido íntimo, la evidencia y el instinto intelectual, llamado de otra manera *sentido comun*.

»La conciencia abraza todos los hechos inmediatamente presentes á nuestra alma con la cualidad de hechos *subjectivos*. La jurisdiccion de la evidencia se estiende á toda verdad objetiva, sobre la cual se ejercita nuestra razon. El instinto intelectual es esa inclinacion que naturalmente nos lleva á dar nuestro asentimiento en los casos que están fuera del doble dominio de la conciencia y de la evidencia. Ahora bien: cada uno de estos tres principios en su órden y de diferente manera nos son necesarios. Ninguno ademas es absolutamente independiente de los otros; no se podria destruir uno solo sin llevar la confusion á nuestra inteligencia.

»Toda filosofía que se contenta con considerar al hombre bajo un solo aspecto, es una filosofía incompleta, que corre el riesgo de convertirse en una filosofía errónea. Analícense cuanto se quiera las fuentes de la verdad; pero téngase cuidado, estudiándolas aisladamente, de no perder de vista sus relaciones recíprocas. Privado de sensaciones, el hombre estaria falto de materiales indispensables á su inteligencia; en este estado faltaria á su

espíritu el aguijón propio para ponerlo en acción.

Admitamos por el contrario las sensaciones; pero suprimamos la razón, el hombre no será mas que un bruto. Los diversos principios del conocimiento se fortifican, se completan en nosotros recíprocamente, y es de notar que las verdades sobre las cuales se hallan de acuerdo todos los hombres, están apoyadas á la vez por todos sus lados en cada una de las bases de la certidumbre.

»Así es como sin conceder la mas mínima parte al escepticismo, comprende el exámen filosófico. Yo no suprimo el exámen, antes por el contrario, le estiendo y le completo. Este método presenta otra ventaja, la de restringir las estravagancias de ciertos filósofos, obligándolos á quedarse en la regla comun de la humanidad. La filosofía, lo sé, no vendrá á generalizarse hasta el punto de hacerse popular; pero no es preciso que sus locas pretensiones aislen al filósofo á la manera del misántropo. La filosofía en este caso, no seria otra cosa que *filosofismo*. Observar los hechos, examinar con paciencia y lealtad, espresarse con claridad, tales son las condiciones de la verdadera filosofía, la cual no será por esto menos profunda, á menos que la profundidad no signifique tinieblas. Los rayos del sol llevan su claridad á los extremos mas remotos del espacio..... (1)»

(1) *Filosofía fundamental*, lib. primero, cap. 34.

VII.

Principio de Descartes.

«La máxima célebre de Descartes «yo pienso, luego soy,» ha sido con harta frecuencia combatida. El ataque sería legítimo si el filósofo hubiese dado á su máxima el sentido riguroso que la escuela acostumbra aplicar á las palabras. Presentado como un entimema, el argumento de Descartes pecaría por su base y no se apoyaría en nada. Vuestro entimema, se le diría, se reduce á este silogismo: «Todo lo que piensa existe; yo pienso, luego existo.» Razonamiento desprovisto de toda especie de valor.....

»Es probarle que Descartes diese á su máxima un sentido muy diferente. Suponiendo por un instante que duda de todo, desechando la certidumbre de todo lo que sabe, Descartes se concentra en sí mismo, y busca en el fondo de su alma un punto de apoyo, sobre el cual pueda reposar el edificio de los conocimientos humanos. En este estado de concentracion, en el seno de esta duda universal, la primera certidumbre que se presenta á su pensamiento, es la existencia de los actos de su alma, la conciencia misma, el pensamiento.

»La máxima de Descartes no es en manera alguna un entimema, es la simple espresion de un hecho. Este filósofo ilustre hubiera podido dar mas exactitud á esta espresion. Su lenguaje daria á entender que él *argumenta*; es sobre todo importante comprender que *prueba*. Basta leerle con atencion las mas de las veces, para interpretar verdaderamente su pensamiento. Se nos permitirá decir que Descartes no tuvo una conciencia muy clara de la operacion que se verificaba.....

»Si se toma la pena de reflexionar sobre él, Descartes, estableciendo su duda universal, no habla sino como todos los filósofos. ¿Qué es en el fondo su método? Este se reduce á dos términos: 1.º yo quiero dudar de todo; 2.º á pesar de mi voluntad, no puedo dudar de mí mismo. Por estraña que parezca nuestra asercion, la escuela diametralmente opuesta á la de Descartes, no emplea otro método. Descartes toma por punto de partida su propia conciencia. Locke y Condillac se han visto obligados á hacer otro tanto..... El hombre bien puede trastornar, desquiciar, pero se encuentra siempre en presencia de sí mismo, y es á él á quien trastorna, desquicia y aniquila. Cada esfuerzo que hace para destruir á sus propios ojos su existencia, sirve mas que á hacer mas visible esta misma fantasma, á quien ningun golpe puede herir, y que manifiesta por cada herida un nuevo torrente de luz. ¿Viene el hombre

á dudar que siente? Siente por lo menos que duda. ¿Duda tambien de esta duda? Siente que duda de su duda. De suerte, que, poniendo en duda sus actos directos, entra en una série interminable de actos reflejos que se encadenan necesariamente unos á otros, y se desarrollan á su interior mirada como una tela sin fin.

»Considerado como entimema el principio de Descartes, no podria pretender el título de principio fundamental; pero si se le mira como la simple manifestacion de un hecho, la cuestion cambia, y desde entonces conviene examinar si su pretension tiene algo de lejitima..... (1)»

VIII.

Error de M. de Lamennais.

«El hombre se siente arrastrado por una fé instintiva hácia la autoridad humana. Este es un hecho que la esperiencia atestigua y que ningun filósofo se atreveria á poner en duda. Dirigida convenientemente por la razon, esta fé constituye una de las bases de la verdad....»

»Un célebre escritor ha pretendido reducir todos los principios del saber al solo principio de la

(1) *Filosofía fundamental*, lib. 1.º, caps. 17, 18, 19.

autoridad humana. Para él el sentido comun, *sensus communis*, es el sello puesto á la verdad, no existe otro (1). Este sistema tan estraño como erróneo se halla en la exageracion elocuente: propia del que le ha inventado; elocuencia, á la verdad, que no encubre en el escritor la poca profundidad filosófica.

»Entregarse á la autoridad de otro en todo y por todo, es quitar al individuo todo medio de discernir la verdad; es aniquilar todos los principios de su saber, sin esceptuar el mismo que se pretende establecer.

»En primer lugar, cómo el testimonio de la conciencia podria apoyarse en la autoridad de otro? Manifiestamente este testimonio estaria precedido de otro criterio de verdad, pues que discernir y juzgar seria imposible á quien no pensase. Bajo el punto de vista científico, nada mas débil que la pretendida refutacion del principio de Descartes por M. de Lamennais....

»Un principio que pretende ser único deberia seguramente reunir estas dos condiciones: no depender de un principio anterior y poder aplicarse á todos los casos. Precisamente el principio del consentimiento general se encuentra, mas que otro alguno, desprovisto de esta doble condicion. Acabamos de ver que el testimonio de la conciencia le

(1) Véase el *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religion*, tom. II, cap. XIII.

precede , como tambien el testimonio de los sentidos.... En efecto , cómo conocer el consentimiento de otro sin una manifestacion percibida por nuestros órganos? Hasta qué punto , por otra parte, el consentimiento comun es necesario? Será preciso recoger los votos de la humanidad entera? Cuántos seres humanos será preciso contar? Qué número de opositores bastará para destruir la legitimidad del consentimiento público?

»M. de Lamennais no se ha apercebido que tomaba el efecto por la causa, y la causa por el efecto. Tal es su error. Notó que ciertas verdades reunen el consentimiento universal, y saca en consecuencia que la opinion de cada uno se halla garantida por el consentimiento de todos. El juicio individual, dice, saca su certidumbre del consentimiento general. Con mas reflexion hubiera comprendido que este mismo consentimiento, formado por todos, no es mas que un resultado del asentimiento que cada uno en particular se siente obligado á dar. En este consentimiento general del género humano, cada voto está determinado por una impulsión natural, y experimentando todos una impulsión idéntica, han votado en el mismo sentido. Cada uno, dice Lamennais, ha votado en este sentido, porque todos han votado así; pero no sospecha que un voto semejante no sabria jamás empezar ni concluir....

»M. de Lamennais pretende dar por base á las

ciencias exactas el consentimiento comun: en este punto su opinion no es menos insostenible. Ciertas notas de su libro destinadas á demostrar la incertidumbre intrínseca de las matemáticas, son en extremo débiles. Semejante argumento empleado por el elocuente escritor, deja traslucir que habia profundizado bien poco el estudio de las matemáticas.... (1)»

IX.

¿Existen dos ideas innatas?

«Qué se entiende por la palabra *innato*?—Lo que no ha nacido.—Cuándo se trata de ideas, las que posee el espíritu no por su propio trabajo ó por impresiones venidas de lo esterno, sino por un don inmediato de ángel que ha creado el espíritu, existen ideas innatas? Esto es preguntar si alguna idea se encuentra en nuestra alma antes de toda impresion recibida y anterior á todo acto operado por la inteligencia.

»En primer lugar no podria sostenerse que las *representaciones sensibles* sean innatas. Sin la impresion recibida por nuestros órganos, la representacion que corresponde á la impresion nos faltaria;

(1) *Filosofía fundamental*, lib. I, cap. XXXIII.

al contrario, despues que el órgano se encuentra convenientemente puesto en accion, la representacion seguirá infaliblemente. Tal es la historia de toda sensacion, de las actuales, como tambien de las evocadas por la memoria. La esperiencia atestigua este fenómeno. Pretender que la representacion sensible existe en nuestra alma anteriormente á toda impresion recibida por los órganos, es sostener una opinion que no se apoya, ni en la esperiencia ni en la menor razon *a priori*....

»La idea intuitiva que no se relaciona á la sensibilidad; la idea, por ejemplo, que se produce en nosotros, luego que reflexionamos sobre el acto *comprender* ó el acto *querer*, no presenta el carácter de *innata*. En efecto, esta idea no es otra cosa que el acto mismo de la comprension ó de la voluntad, presentándose á nuestra percepcion en la conciencia. Afirmar que tal idea es *innata*, seria pretender que el acto, del cual se trata, *existia* antes de *existir*. Lo que se aplica á la idea intuitiva, evocada por la memoria, lo mismo puede aplicarse á la idea teniendo por materia un acto presente. Asi, pues, ninguna idea intuitiva es *innata*.

»En cuanto á las ideas generales son estas de dos maneras: la idea general *determinada* es la que se refiere á una intuicion. Ella no podria existir antes que la intuicion misma: luego esta intuicion, no siendo posible mas que por un acto, es manifesto que la idea general *determinada* no podria ser *innata*.

»Resta la idea general *indeterminada*, esto es, la que por sí sola nada ofrece al espíritu de existente ó nada de posible. Profundizando el carácter de esta idea, se descubrirá que ella es simplemente la percepcion de un cierto aspecto de los objetos considerados bajo una razon general. Mas por qué nos figuramos esta idea como una forma preexistente en nuestro espíritu y distinta del acto, por el cual se ejerce la facultad de percibir, especie de cuadro oculto en el fondo de un Museo, y sustraído hasta un dia dado á la mirada curiosa del espectador...?

»En lugar de abandonarnos á estas vanas hipótesis, limitémonos á reconocer en nuestro espíritu una actividad innata, la cual se encuentra sumisa á ciertas leyes trazadas por la inteligencia infinita y creadora... (1)»

X.

Aspiraciones del alma humana.

«La observacion atenta de los fenómenos internos nos manifiesta que las aspiraciones de nuestra alma, van infinitamente mas allá del dominio que el alma posee actualmente. Los objetos que caen bajo su inmediata intuicion no las satisface. Ella se

(1) *Filosofía fundamental*, lib. IV, cap. XXX.

lanza á la investigacion de objetos de un órden superior, y en los que se ofrecen inmediatamente á ella, no se satisface con la apariencia, pretende saber lo que estos son en sí mismos.

»Fijada en un punto de la inmensa escala de los séres, nuestro espíritu no se limita á percibir los fenómenos que le rodean y á recorrer la atmósfera en el seno de la que vive. Aspira á conocer los séres que le preceden y los que le siguen; pretende dominar el conjunto y descubrir la ley que produce la inefable armonía de la creacion. Los goces mas puros de este espíritu se encuentran mas allá de los límites fijados á sus facultades. Su actividad supera á sus fuerzas, y sus deseos son superiores á su ser.

»Este fenómeno que notamos en la inteligencia se encuentra en el sentimiento y en la voluntad. Al lado de las afecciones convenientes á su limitada naturaleza, el hombre experimenta sentimientos mas altos y se encuentra arrebatado, por decirlo asi, fuera de su órbita y siente su individualidad absorberse en el océano de lo infinito. Que el hombre se ponga en contacto íntimo con la naturaleza, considerada en su propia esencia, y experimentará un sentimiento indefinible, una especie de presentimiento de lo infinito.

»Acercaos al borde de la mar, sobre una playa solitaria; aplicad el oido al sordo rumor de las olas; durante el silencio contemplad el firmamen-

to; considerad esos astros realizando su carrera, con una tranquilidad que los siglos no han interrumpido, y sentireis formarse en vuestra alma emociones profundas; vuestro pensamiento se levantará sobre ella misma, é irá á perderse en la inmensidad. Vuestra propia individualidad parecerá como que desaparece para vosotros, y percibireis la armonía que preside á esta inmensidad, de la cual vuestro ser forma una parte.

»Este sentimiento grave, profundo, lleno de una calma poderosa, es una expansion del alma que se abre al contacto de la naturaleza, como una flor al sol de la mañana. Esta es una atraccion, con la cual, el autor del universo nos levanta de este monton de polvo, sobre el cual arrastramos nuestros breves dias. En este punto el corazon y la inteligencia se encuentran acordes. El uno presiente lo que el otro entrevee. Todo nos advierte que el ejercicio de nuestras facultades no se limitará al estrecho círculo de acá abajo. Preservemos, pues, nuestro corazon del soplo del escepticismo, y pongamos al abrigo de esta helada llama la llama de nuestra inteligencia destinada á una inmortal duracion (1).»

(1) *Curso de filosofia elemental*, 4 cuadernos Madrid 1847. Version latina. Barcelona 1849.

XI.

Curso de filosofía elemental (1).

Completamente reasumido de la obra anterior el *Curso elemental de filosofía*, escrito por BALMES en las dos lenguas española y latina, se divide en cuatro partes. La primera forma un tratado de lógica sencillo y breve. El autor ha conservado en este tratado diversas muestras de las fórmulas usadas en la dialéctica de la edad media.

La segunda parte, titulada *Metafísica*, comprende á la vez la *Estética* ó tratado de la sensibilidad, la *Ideología* pura, un tratado de gramática general, y por último, la *Teodicea*. El tercer cuaderno contiene la *Estética* ó *Moral*.

La obra concluye con una *Historia de la Filosofía*. «Presentando esta corta historia, nos dice BALMES, debo advertir que no tanto he procurado con trabajo hacer notar las relaciones entre las diversas escuelas, cuanto hacer entrar á estas en cuadros sistemáticos. Cada vez que he creído descubrir una filiación entre ciertas ideas, la he indicado: fuera de este caso he suprimido un aparato de clasificación, cuya exactitud me hubiera parecido

(1) *Filosofía fundamental*, lib. IV, cap. XVIII.



muy dudosa. La historia de la filosofía es la historia de las evoluciones del espíritu del hombre en sus movimientos mas múltiples y mas libres. Este espíritu no ha quedado encerrado en una sola órbita, pues ha recorrido mil formas diversas demasiado irregulares. Concretarse á describir estas órbitas por medio de contornos fijos y precisos, es correr el riesgo de trazar un diseño fantástico. Cuando se trata de reproducir un modelo vago y variable, el medio de juntarle con verdad, es pintarle con libertad.»

En estas pocas líneas se ve todo el buen sentido de BALMES.

XII.

Ética ó Moral.—Teoría del poder público.

Algunas líneas sacadas del tercer cuaderno del *Curso elemental de Filosofía* completarán estas indicaciones sobre ella, y pondrán fin á nuestro trabajo.

«Obligados á buscar la fuente del órden moral fuera del hombre y del resto de la creacion, nosotros no la encontramos sino en Dios, esto es, en la fuente de todo ser, de toda verdad, de todo bien.... Me he esforzado en presentar cada cues-

tion de moral bajo el aspecto que mejor conviene á las necesidades de nuestro tiempo. Si esta regla es sábia, alguna parte seguramente hay en esta materia. La ideología, la sicología no ocupan mucho á nuestras academias ; pero en todas partes se discuten las grandes cuestiones sobre la *sociedad*, el *poder público*, la *propiedad* y el *suicidio*. Importa que tengamos ideas fijas sobre tan diversos puntos. Asi estas cuestiones deben ser tratadas con el método y en la lengua de la época, sin que la verdad, frecuentemente velada, deje de difundir con abundancia su claridad fecunda....

»Las relaciones de los hombres entre sí no pueden quedar limitadas á la sociedad doméstica. Sin la autoridad paterna, ningun órden estable puede haber entre los individuos de una familia, ni sin la autoridad política puede haberle entre las diferentes familias. Habiendo Dios hecho al hombre para vivir en sociedad, ha querido necesariamente todo lo que es indispensable para que la sociedad sea posible. Se sigue de aqui, que la existencia del poder público es de derecho natural, y de derecho natural es tambien la obediencia á este poder. El hombre se alimenta, se viste y se pone al abrigo de la intemperie de las estaciones; todo esto bajo la pena de cesar de existir. Se reune en familia, porque le es imposible vivir; las familias entre sí forman una sociedad, porque no podrian permanecer aisladas, y desde entonces se

encuentran sujetas á la necesidad de un poder público, sin que de lo contrario tardasen en dispersarse ó perecer. ¿A qué, pues, inventar teorías para explicar hechos tan naturales?

»Sin embargo, si es incontestable que la existencia de un poder público es de una necesidad absoluta, bueno es añadir que este poder en sus formas presenta una diversidad parecida á la de las costumbres y á la de los alimentos usados entre los hombres. Mil circunstancias, las costumbres, el clima, el estado social contribuyen á esta variedad, la cual, por otra parte, nada probaría contra la necesidad del hecho fundamental. En cada país, el hombre se alimenta, se viste, hace su habitacion de una manera diferente; no se sigue de aquí que estos medios diversos de asegurar su existencia no le sean en todas partes indispensables. La filosofía que, al aspecto de las formas políticas de los gobiernos, forja la hipótesis de un contrato primitivo, me parecería tan bien fundada como imaginándose que los hombres, reunidos en un día bello, han hecho entre sí la convencion de vestirse, de construir sus moradas, y de dar á sus vestidos ó á su vivienda tal ó tal forma.

»¿Cómo el poder público se ha organizado en cada sociedad? Como todas las grandes cosas que no están jamás sometidas á la estrecha regularidad de los procedimientos establecidos por el hombre. El poder paterno, los matrimonios, la riqueza, la

fuerza, los tratados, las conquistas, el deseo de proteccion, tales son las causas que han fundado naturalmente la supremacia de un individuo, de una familia, de una casta, y que, una vez establecido este poder, han determinado, estendido, limitado las funciones..... Considerad de qué manera se han formado los Estados modernos, y comprendereis cuál fué el origen de los Estados de la antigüedad. ¿Se ha visto á los gobiernos en Europa constituirse despues de un principio fijo, segun una regla única y constante? Conquistas, sucesiones, revoluciones, elecciones voluntarias: tales son los orígenes múltiples del poder público en las sociedades modernas. En su origen como en su desenvolvimiento sucesivo, estos gobiernos nos presentan una mezcla continua del derecho, de la violencia y del fraude. ¡Qué de trasformaciones verificadas en nuestros dias! Aqui, bajo la influencia de la diplomacia; alli por el ascendiente de una asamblea; en otra parte por la fuerza de las bayonetas, ó por efecto de una conmocion popular. Esta transformacion incesante de las sociedades, estas revoluciones, por las cuales Dios les conduce á realizar en este mundo los destinos que ha trazado á la humanidad, todo esto sale á cada instante de los cuadros mezquinos imaginados por la filosofia. Contemplad la sociedad desde un punto de vida elevado, y comprendereis lo fútil de esas teorías miserables que pretenden con la ayu-

da de algunas ficciones , esplicar y reglar el mundo.»

¿Cuál es el objeto del poder?—El bien público. ¿Por qué medios el poder obra el bien público?—Primeramente, protegiendo el bien: en segundo lugar, fomentándole. Asi, la primera funcion del poder es la de proteger la libertad, esto es, dar el movimiento, por el cual el individuo se conduzca libremente hácia el bien; favorecer, alentar este movimiento no es mas que la segunda funcion del poder.

¿En qué términos definiremos la perfeccion social?—Cuando, dice BALMES, la mas grande suma de inteligencia posible, cuando la mayor suma de moralidad posible; por último, cuando la mas grande suma de bienestar posible, sea procurada al mayor número posible; tal es el punto triple hácia el cual debe tender la sociedad. Protejer y secundar esta marcha, es el único fin del poder público; por donde se ve que el precepto, en virtud del cual, el individuo se inclina delante de la autoridad pública, es un precepto dictado por el interés del que obedece.

FIN.

NOTA.

Después de terminada nuestra traducción, hemos observado que una gran parte de las noticias pertenecientes á la *Vida* del Doctor Balmes, han sido tomadas, á nuestro parecer, por el Sr. Blanche Raffin de la biografía escrita por el ilustre autor de la *Historia de Cabrera*, D. Buenaventura de Córdoba. Creemos deber hacer esta aclaración, porque somos amantes de la justicia, y de dar á cada uno lo que le pertenece.

Como en una y otra Biografía nada se dice acerca del monumento que trata de levantarse á la memoria del filósofo de Vich, parécenos que nuestros suscritores leerán con gusto la siguiente noticia que dió *El Bien Público*, periódico de Barcelona, en 16 de marzo del presente año.

PANTEON DEL DOCTOR BALMES.



«Hemos tenido ocasión de ver el diseño elegido del panteón que debe erigirse en Vich para colocar en él los restos mortales del ilustre literato Doctor D. JAIME BALMES, que como dijimos en uno de nuestros anteriores números, fue concebido por el aventajado escultor de Cámara D. José Bover, quien se ha encargado ya de la ejecución de este monumento sepulcral, cuya descripción es la siguiente. Sobre una grada de tres escalones, se eleva un sarcófago de forma griega. En el centro de la fachada principal se vé simbolizado en un bajo relieve el dolor causado por la temprana muerte del Doctor BALMES á sus amigos y admiradores, por medio de un géneo reclinado sobre un vaso cinerario. En el frontón, el sol en su ocaso demuestra el sensible término de la vida del ilustre Escritor. En las otras tres fachadas laterales aparecen asimismo representadas en bajo relieve; 1.º las insignias del Doctorado; 2.º un grupo de libros en que se leen los títulos de sus principales obras; 3.º símbolos de matemáticas y ciencias; todos estos detalles esculpidos en los frontones. En los centros de las fachadas deben colocarse los lemas é inscripciones que indique la Junta directiva. Sobre este sarcófago descuella la estatua del malogrado Sabio en actitud estudiosa y meditabunda, con algunos papeles en la mano, teniendo detras varios libros revueltos y confundidos. La planta del monumento es de forma cuadrilonga, debiendo contener en su centro los preciosos restos, para cuyo objeto se dejará la correspondiente sala mortuoria. El Sr. Bover ha encargado ya los mármoles que deben venir de las célebres canteras de Carrara, para dar principio á esta obra.»

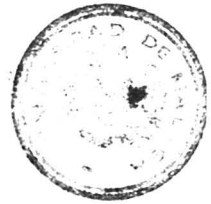
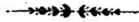


TABLA DE MATERIAS.



PAGINA.

INTRODUCCION. V

VIDA DE JAIME VALMES.

I.....	Su nacimiento.—Su patria..	19
II.....	Sus primeros estudios.	22
III.....	Obtiene un beneficio.	26
IV.....	La universidad de Cervera.—Método seguido por Balmes en sus estudios.	27
V.....	Sale á oposicion para una canongia.—Se ordena.	33
VI.....	Enseña en la universidad.—Sus primeras ideas politicas.	35
VII.....	La estancia en Vich.—Explica matemáticas.—Su piedad.	39
VIII.....	Su primera obra: <i>Observaciones sobre los bienes del clero</i>	46
IX.....	<i>Observaciones politicas sobre la situacion de España</i>	50
X.....	Empieza su obra sobre el <i>Protestantismo</i> .—Causas que le determinan á escribirla.	53
XI.....	Varios opúsculos.	56
XII.....	Primera estancia de Balmes en Francia.	57
XIII.....	Regresa á Barcelona.—Sus primeros escritos periodísticos.	60
XIV.....	Muerte de Ferrer y Subirana.	65
XV.....	<i>Cartas á un Escéptico</i> .— <i>El Criterio</i>	66
XVI.....	Balmes funda en Madrid un periódico politico: <i>El Pensamiento de la Nacion</i> .—Objeto de este periódico.	69
XVII.....	Sistema politico de Balmes.	73
XVIII.....	Diferentes partidos en España.—El marqués de Viluma.	74
XIX.....	Enlace de la Reina.—Ventajas de la alianza propuesta por Balmes.	78
XX.....	El sentimiento nacional en este asunto.	83
XXI.....	La cuestion es decidida por el gabinete francés.	86
XXII.....	Juicio de Balmes sobre el doble enlace.	88
XXIII.....	Sus predicciones.	91
XXIV.....	Publica su doble tratado de <i>Filosofia</i> .—Plan de esta obra.	93
XXV.....	Ultimo viaje de Balmes á Francia.—Sus previsiones sobre la suerte de este pais.	97
XXVI.....	Opúsculo sobre Pio IX.	101
XXVII.....	Análisis de este opúsculo.—Balmes es atacado con violencia.	103
XXVIII.....	Se retira á Barcelona.	108
XXIX.....	Su muerte.	112
XXX.....	Los funerales.	116
XXXI.....	Luto de España.	119
XXXII.....	La conducta del gobierno español es un homenaje á la memoria de Balmes.	124
XXXIII.....	Obras posthumas.—Proyectos.	125
XXXIV.....	Retrato de Balmes.—Sus virtudes.	128
XXXV.....	Carácter de su talento.	134
XXXVI.....	El conocimiento de los escritos de Balmes, útil para la Francia.	138

OBRAS DE JAIME BALMES.

Lista de estas obras.	141	
<i>El Protestantismo comparado con el catolicismo</i> .— <i>Observaciones politica y económica sobre los bienes del clero</i>		
I.....	Pensamiento fundamental del libro sobre el <i>Protestantismo</i> .—La escuela <i>doctrinaria</i> en Francia y en España.—Plan de la obra de Balmes.	143
II.....	Capitulos preliminares.—Definicion del <i>Protestantismo</i> .— <i>El instante de fé</i> .—España frente á frente del <i>Protestantismo</i>	149

III.....	El individuo.—Abolicion de la esclavitud.	133
IV.....	Sentimiento de individualidad.—Error de M. Guizot en este asunto.	135
V.....	La familia.—El matrimonio.	158
VI.....	La sociedad.—De la conciencia pública.—Análisis del sentimiento del honor.	160
VII.....	Dulzura de costumbres.—Influencia particular del catolicismo sobre la beneficencia pública.	162
VIII.....	Del derecho de coercion en general.—Inquisicion de España.	164
IX.....	Ordenes religiosas.—Su necesidad en el presente y en el porvenir.	165
X.....	Doctrina política del catolicismo.—Origen del poder civil.	167
XI.....	Comunicacion <i>mediata</i> del poder.—Comunicacion <i>inmediata</i> .	170
XII.....	De la resistencia al poder civil.	172
XIII.....	Influencia del protestantismo sobre las doctrinas políticas en Europa.—Escuelas de Italia y de España.—Escuela galicana.—Bossuet.	174
XIV.....	Influencia del catolicismo sobre las letras.	178

ESCRITOS POLITICOS.—PIO IX.

I.....	Ojeada sobre la historia de España de cien años á esta parte.—La revolucion en España ha sido una sorpresa.—Opinion carlista.	179
II.....	La España fiel al catolicismo.—Cuadro de las sociedades modernas.—Perturbacion de las ideas en Francia.—Ventajas de la unidad religiosa.	190
III.....	Opinion sobre la monarquia.—El sentimiento monárquico.—Consideraciones sobre la <i>unidad</i> .	203
IV.....	La <i>unidad</i> concebida en un grado escelente.—Doctrina importante.	213
V.....	De la aristocracia en España.	218
VI.....	Deberes de la aristocracia.—Triple deber.	223
VII.....	Opinion sobre la democracia.—La perfeccion social.—Dos clases de democracias.—Doctrina de S. Agustin.	229
VIII.....	De la sucesion real en España.—Estado de la cuestion.—Sentimiento de Balmes.—Consideraciones sobre el principio <i>sálico</i> .	238
IX.....	Alianzas de España.— <i>El pacto de familia</i> .	250
X.....	La centralizacion.—Paralelo entre la Francia y la España.—Las libertades provinciales en España no se oponen á la unidad del reino.	255
XI.....	Discurso del marqués de Valdegamas.—Teoria de la <i>dictadura</i> .—Principio de las revoluciones.—Dos clases de represion: la <i>Religion</i> y la <i>Política</i> .	261
XII.....	Cartas del mismo.—La civilizacion filosófica.—La civilizacion católica.—Triunfo <i>natural</i> del mal sobre el bien.—Triunfo <i>sobre-natural</i> de Dios sobre el mal.—Enfermedad de las sociedades actuales.	273
XIII.....	Opúsculo sobre Pio IX.—Citas.	281
XIV.....	Pronósticos.—La soberania temporal del Papa.—El pontificado y las sociedades modernas.	288

OBRAS FILOSOFICAS.

I.....	Juicios sobre la filosofia de Balmes.—Análisis de esta filosofia por el doctor M. Martinez.—Opinion de D. J. de Mora.	296
II.....	El <i>CRITERIO</i> .—Resúmen de este libro.	305
III.....	Pensamientos sobre la <i>unidad</i> .—Doctrina notable de Sto. Tomas de Aquino.	307
IV.....	Cartas á un <i>Escéptico</i> .—La filosofia alemana.—El eclecticismo francés.—España á cubierto de estos sistemas.	310
V.....	Filosofia fundamental.—Plan de la obra.	313
VI.....	Bases de la certidumbre segun Balmes.—Triple base.	315
VII.....	Principio de Descartes.	318
VIII.....	Error de M. de Lamennais.	320
IX.....	¿Existen ideas <i>innatas</i> ?	323
X.....	Aspiraciones del alma humana.	325
XI.....	<i>Curso elemental de filosofia</i> .—Division de esta obra.	328
XII.....	Ética ó Moral.—Teoria del poder publico.	329
Notas.....		334



